



"LAS PUERTAS DE BABEL"

UNO DE LOS DIQUES DEL PUERTO DE BUENOS AIRES, DONDE SE VE A LAS HUMANAS CHATAS CARBONERAS ALTERNAR CON LOS GRANDES NAVIOS QUE HAN SURCADO TODOS LOS MARES.

(Fotografía de LA NACION)



Las Albertina Rasch Girls, que actúan en el Victoria Palace de Londres. Tienen asignado un sueldo anual de 1000 libras esterlinas.



De las doce muchachas que integran el cuerpo de baile, varias se han graduado en la escuela del Zeigfeld Follies. En un ensayo.

Las mujeres más elegantes nos indicaron exactamente como deben ser las medias de su agrado

TEXTUALMENTE dijeron: "Deben ser bonitas y de impecable estilo. Conociendo ustedes a la perfección el arte de fabricar medias finisimas, ¿por qué no nos han de hacer medias de seda pura que al mismo tiempo sean durables?" . . . Y esto es, precisamente, lo que nosotros hemos hecho. . . . ¿Ha visto usted las nuevas y preciosas medias Holeproof, de gran duración, que para usted hemos fabricado expresamente?

Las nuevas medias Holeproof están hechas con la más fina seda, tejidas firmemente y reforzadas de un modo especial. (La mayor densidad del tejido requiere mayor cantidad de seda.) Pueden obtenerse, en todas las tiendas elegantes, en 12 estilos y colores distintos, con o sin cuchillas y con el talón de última moda.

Medias Holeproof

(pronúnciese "Jolpru")

Representante: J. FERNÁNDEZ, Alsina 1328, Buenos Aires; Cuareim 1236, Montevideo. Al por mayor, En Bs. As. I. BENGOCHEA, Rivadavia 1255. En Montevideo: PIZZORNO CASTRO Y CIA., Rincón 734



Anita Page en un original disfraz de oficial de policía.



Las manos que usan JABÓN HENO DE PRAVIA

adquieren finura y suavidad. Al verlas junto a las flores, no se sabe, a veces, cuándo la rosa empieza a ser mano y cuándo la mano deja de ser rosa

\$ 0.70

en Todas Farmacias y Perfumerías de toda la República

PERFUMERIA GAL - MADRID
Sucursal en la Argentina: Maestros, 2010-14 - Buenos Aires
Procuradores de S.S. - en Reyes de España

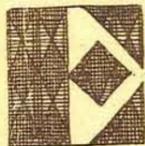




MACAYA

LA CARTA DE RECOMENDACION

MATEO BOOZ
ILUSTRACIONES DE
LUIS MACAYA



I
L. café Lago di Como, donde mitigaban su sed y su tedio los hombres más conspicuos de Palo Seco, rebosaba aque-
lla noche de parroquianos. Discurrían unos frente a los jarros de cerveza y otros, espolvoreados de tiza, giraban a la redonda de los billares. Un mudo ofrecía, con gestos y sonidos inarticulados, billetes de la Nacional. Tras las vidrieras, la lóbrega plaza matriz se agujereaba con el macilento resplandor de los farolillos a kerosene.
Alzabase un rumor de conversaciones, de lozas y vidrios que se golpean, de dados que brincan y de tacos que baten las tablas del piso. Unos letreos, a jabón, anunciaban en la turbia luna de un espejo el "cocktail" del día.
El mozo de servicio repasó

el mármol de un velador y preguntó al cliente que acababa de sentarse:

—¿Qué le traigo, señor de León?

El nombrado vaciló unos instantes.

—¡Psch! Por tomar algo, un té con limón, y que la raja sea recién cortada.

—¿Y unas gotas de anís?

—No; solo.

Y bajando la voz, inquirió:

—Che, ¿no ha venido esta noche don Telesforo Almada?

—Allá está, pegado al mostrador, con el presidente de la comisión de fomento.

—Ah, sí... No digas que he preguntado por él.

Marcos de León llevaba veinte años de residencia en el lugar. Adolescente, llegó de la capital de la provincia con su padre y su hermana Consuelo.

Su padre, viejo maestro español, vino a dirigir la escuela primaria y en ella murió, tiempo más tarde. El Estado asignó a los hijos una pensión proporcionada al corto sueldo del difunto. Ambos se graduaron en la Escuela Normal de Palo Seco.

Consuelo fue nombrada maestra y, a los pocos meses, declarada en disponibilidad.

Igual suerte corrió Marcos con un empleo de bibliotecario. Al presente no tenían más proven-
to que la pensión paterna y

conllevaban las estrecheces de una vida común.

Miró Marcos desde su rincón a don Telesforo Almada, el personaje más influyente de Palo Seco, hombre adinerado y de escasas letras, tan escasas, que sus detractores sostenían que, aparte de las usadas para su firma, no conocía ninguna.

Los que granjeaban su amistad o su protección le atribuían una virtud que llamaban viveza criolla y el privilegio de un instintivo buceador del alma humana. ¿No pregonaba acaso la posesión de extraordinarios dotes de conductor y condensador de voluntades su prolongada y notoria preeminencia electoral en el distrito? Este tó-
pico solía desarrollarlo profusamente "El Heraldito", hebdomadario de Palo Seco. Fue forjador de esa herramienta de cultura y periodista bravo que se dictó la audaz empresa de minar los prestigios de don Telesforo. El aludido periodista pergeñaba una noche su catilinaria semanal, cuando un plomo lo echó de bruces sobre las cuartillas. El bravo periodista fué al cementerio. Sindicóse en el pueblo de instigador del crimen a don Telesforo, mas la justicia gastó muchas hojas de papel fiscal sin sacar nada en limpio. Los enses de "El Heraldito" los adquirió el propio don Telesforo. Este hizo seguidamente el maravilloso hallazgo de un publicista dotado de un estilo rotundo y mordaz para poner en evidencia las lacras de los enemigos del orden y los méritos de un repúblico de los quilates del dueño del periódico. El negro Mir — ese

era el foliculario — le redactaba la correspondencia, los documentos políticos y (murmuración de pueblos chicos) los anónimos que solían recibir las esposas de los maridos opositores.

II

Abandonó don Telesforo el Lago di Como, acompañado por el presidente de la comuna. Era aquél un hombre bajo, espaldado, cetrino, de barba ligeramente grisácea.

Marcos tomó también la puerta. Metros más adelante se dibujaban los bultos del caudillo y el funcionario comunal, bafiándose a momentos en el resplandor rojizo de los faroles.

Luego don Telesforo continuó solo, y advirtiendo de improviso un ruido de pasos, tornóse, de espaldas al muro, con la prontitud de quien previene una sorpresa.

—Buenas noches, señor Almada — saludó Marcos.

—¡Ah! ¿Había sido usted? — contestó, deponiendo la actitud defensiva. — ¿Puedo servirlo en algo?

—Si usted quisiera...
—Vamos a ver. ¿De qué se trata?

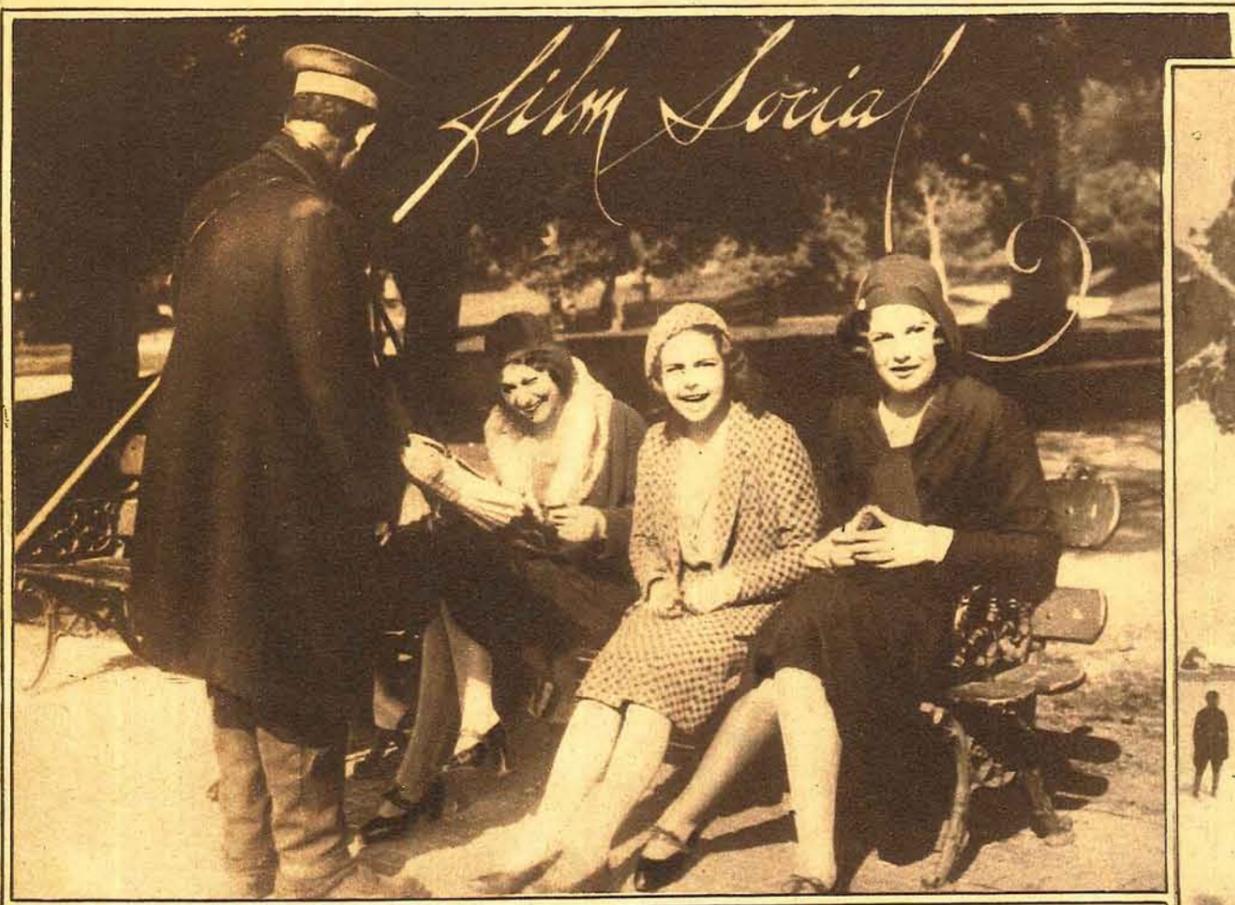
Caminaron juntos.
—Usted sabe que a mi hermana y a mí nos dejaron cesantes, sin ningún motivo.

—¿Sin ningún motivo?

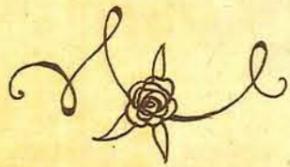
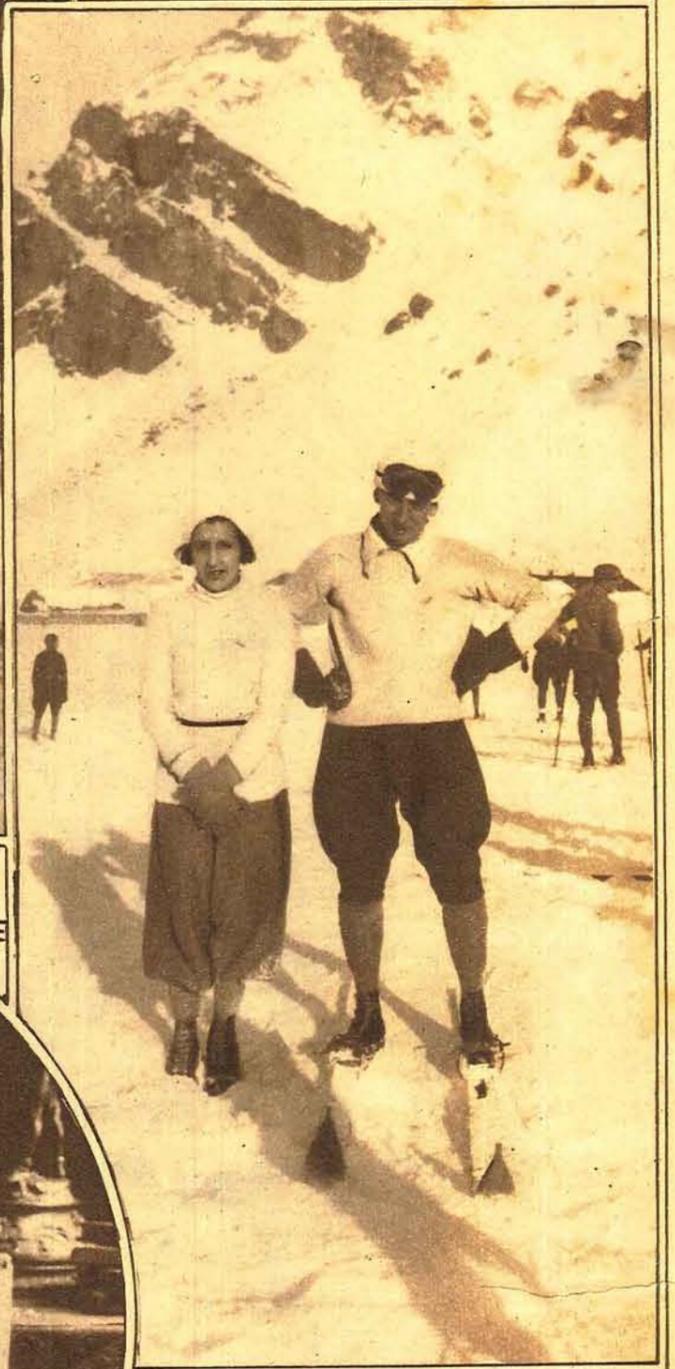
—Sin ningún motivo. Mi hermana y yo cumplíamos nuestras obligaciones puntualmente. Ella bregaba con los chicos de la escuela y yo con los libros de la biblioteca; poníamos mucho fervor, créame, en nuestros quehaceres. Y de la noche a la mañana, ¡pum!, nos quitan los puestos. Y la pensión de papá es muy mezquina para que nos permita vivir sin aflicciones.

—Sin embargo — observó don

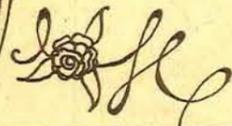
(Continúa en la pág. 32)



El proveedor de golosinas del paseo de Palermo ha interrumpido la lectura y los comentarios de este grupo, formado por las Stas. María Rosa Zemborain, Justa Zemborain Dose, y Teresa Zemborain.



La Sta. Julia Vallée Meyer Pellegrini.



Esta escena no se desarrolla como podría creerse en Saint Moritz, lugar privilegiado para los sports de invierno, sino en Rosario de la Frontera que ha ofrecido este año frecuentes oportunidades para practicarlos a los aficionados, entre los que se hallaron la Sta. Sara Moyano Ghirardo y el Sr. Ernesto Palma.



Las Stas. María Cristina Villatte, María Clementina Villegas, María Elena Rocha Grondona, Marta Pearson Esnaty y Valentina Beltran Kier, cosiendo ropas para los pobres de las Cantinas Maternales.

EL FRUSTRADO SUICIDIO DE ALLEGRO GIOIA

POR
OLINDO MALAGODI

(Para LA NACION) ROMA, septiembre de 1930



QUELLA decisión suprema y fúnebre de poner fin a todavía jóvenes años, mi amigo Allegro Gioia no la tomó, co-

mo hubiesen podido decir luego los periódicos, de repente, en un momento de locura o de desesperación. Esto no hubiese correspondido con su carácter moderado y minucioso. Llegó a ella después de una tranquila y ordenada revisión en su vida, que a él se le antojaba se acusase con demasiados ceros, y no fué en un día borrascoso y gris, sino, muy al contrario, en el atardecer de un hermoso día sereno, y precisamente cuando el último rayo del sol poniente, filtrándose entre dos chimeneas, llegó hasta su habitación y reverberó en el pulido metal de una pistola que allí entre libros y paquetes se encontraba encima de un estante desordenado.

Su decisión fué terminante e irrevocable; pero no la puso en seguida en ejecución, pues

tampoco una resolución precipitada hubiese cuadrado con la índole de este asunto; por otro lado, otros motivos contribuyeron también a hacerle aplazar su decisión. No hay que olvidarse que en asuntos como este del suicidio, lo mismo que en otras muchas cosas, existe no solamente la substancia, sino también el modo de ejecutarlo. No basta con que uno ponga suicidarse; es necesario también saber escoger los medios más adecuados, el momento más oportuno y tantas otras cosas. En aquel momento, teniendo en la mano el revólver, sintió en seguida, al examinarlo, una invencible repugnancia en dejar la vida valiéndose de aquel medio, que era como engañar su propia alma con el mecanismo de aquel juguete. Mil veces sería mejor un lazo al cuello, pensó, rugiendo como un león cogido en la red, y dirigió su mirada hacia el gancho que en el centro del techo de su habitación sujetaba a la lámpara. Y como de rechazo se vió en seguida a sí mismo, colgado de aquel gancho, con las puntas de los pies hacia abajo, los brazos pegados al cuerpo—un cuerpo como achicado y que cuelga en un vestido ya demasiado grande—y los ojos desmesuradamente abiertos, como quien tiene miedo de las sombras en las cuales va a desaparecer para siempre y quiere seguir mirando hacia este mundo a toda costa. Pero nada podía ser más opuesto que todo esto a la idea que él tenía de la muerte, la cual, según su modo de ver, consistía en cerrar los párpados lentamente frente al torbellino estridente de la realidad

y entrar en el eterno silencio, apretando los labios para negar hasta la última palabra. Aquella tragicómica idea de su cadáver declamando y colgado del techo en el lugar de la lámpara, le produjo tal disgusto, que poniéndose en pie de repente, cogió su sombrero de la percha y se precipitó escaleras abajo, como huyendo. A decir verdad, también este asunto se le presentaba bastante mal. ¿Terminaría mal también? Rechazó en seguida esta idea, pensando que existían tantas puertas para salir de la vida, que sería un milagro el no hallar la que le mejor le cuadrase. No tenía prisa y bastaba con buscar y estudiar bien el asunto.

Corrió toda la noche. No sabré decir si en busca de algo definido, pero lo cierto es que en sus correrías se encaminó hacia aquellos lugares que tanto atractivo tienen siempre para los suicidas; las calles suburbanas apenas trazadas, los terrenos que no son ni ciudad ni campo. Se encontró sobre los rieles del ferrocarril y

característico con que acoge un cuerpo cuando cae, apenas si con un rumor sordo y con un leve encrespamiento, plácida y suave, como la madre que acoge entre sus faldas al niño que duerme. Hasta el color fúnebre de aquellas aguas características, en vez de alejarlo, tenían para él una atracción irresistible.

Poco le faltó para que allí mismo diera fin a sus días, pero le vino a la mente el recuerdo de la suerte que les está deparada a todos los ahogados cuando el cadáver, después de tener una semana de reposo, parece que renace a una nueva vida y empieza a removerse en el fondo, hasta que finalmente sube a flote, hinchado y horrible, con los ojos vidriosos, como si volviese del otro mundo, provocando el espanto de las lavanderas, y después las investigaciones, la exposición y los reconocimientos...

"EL MISTERIOSO CRIMEN DEL ESCARABAJO"

EN el próximo número de la revista comenzará a publicar LA NACION una nueva obra de S. S. Van Dine, el autor bien conocido de "El caso de la "Canario". "El misterioso asesinato de Benson" y otras varias novelas policiales que le han conquistado justo renombre junto a los maestros en el difícil género.

Un exótico ambiente de pesadilla en el corazón de Nueva York es el ambiente de "El misterioso crimen del escarabajo". La magia atrayente del antiguo Egipto, con su esplendor artístico, sus leyendas sombrías, sus dioses iracundos que no perdonan a los hombres de ciencia modernos que profanan la paz milenaria de sus sepulcros, constituye el marco sugestivo de "El misterioso crimen del escarabajo", la mejor quizá de las amenas narraciones policiales de Van Dine.

En el museo Bliss de la ciudad de Hudson ha sido cometido un extraño crimen. Una mano misteriosa ha asesinado bárbaramente al multimillonario Kyle, protector financiero de las exploraciones egiptológicas del doctor Bliss. Las apariencias convergen todas a acusar a éste. La policía ha reunido desde

el primer momento abundantes pruebas de su culpabilidad. Va a detener al sabio investigador.

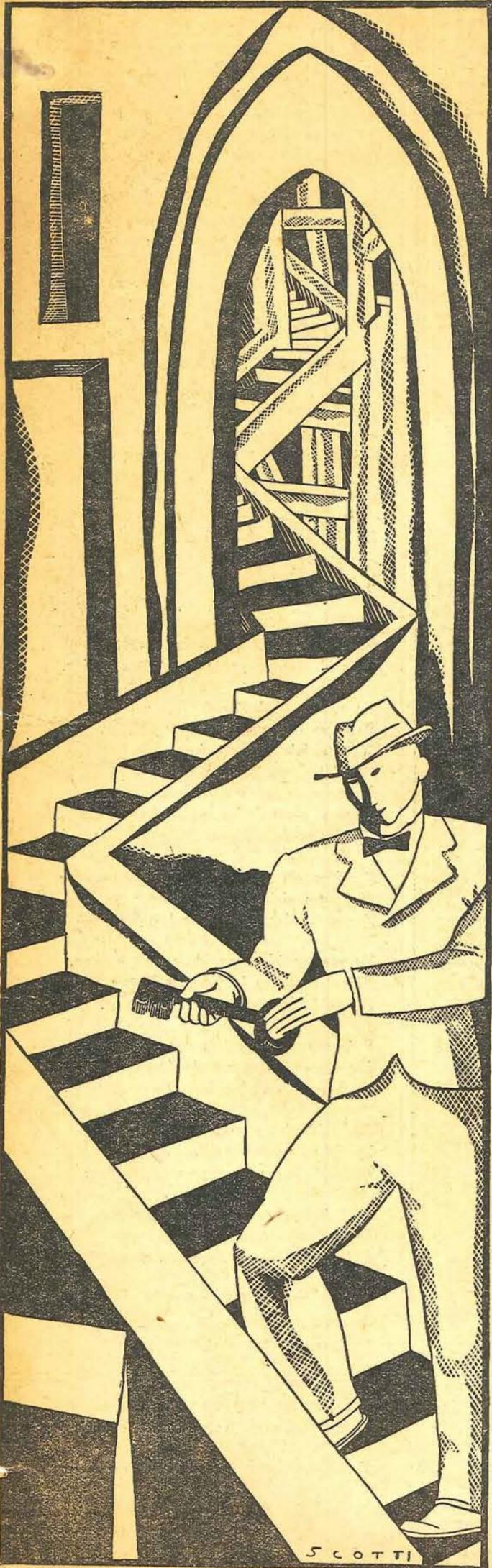
Pero allí está Philo Vance, figura tradicional de las novelas de Van Dine, detective amateur, sonriente y escéptico, que gusta burlarse de la lógica y perseguir la verdad por entre las rendijas de aquella. Y allí están asimismo Meryt - Amen, la esposa de Bliss, inquietante mujer de belleza perturbadora, y Salveter, sobrino del millonario asesinado, y Scarlett, y Hanni, enigmático personaje copto que odia a los occidentales y vigila con amor lacera los tesoros que ellos arrebataron a las tumbas de los faraones.

Un hilo invisible parece atar al delito a cuantos respiran el aire envenenado del museo Bliss. Un hilo de pasiones violentas que va a dar por un extremo en las manos de Anubis, el dios ultraterreno de los muertos, y Sakhmet, la diosa implacable de la venganza. Y es en esta atmósfera cargada de miasmas donde el escéptico Philo Vance va escrutando las circunstancias del crimen hasta poner en descubierto la verdad, terrible, diabólica, y con ella al autor del delito.

El creador de Philo Vance, S. S. Van Dine, autor de "El misterioso crimen del escarabajo", la apasionante novela que la revista de LA NACION comenzará a publicar en su próxima entrega



El creador de Philo Vance, S. S. Van Dine, autor de "El misterioso crimen del escarabajo", la apasionante novela que la revista de LA NACION comenzará a publicar en su próxima entrega



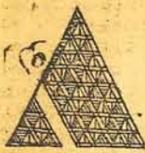
SCOTTI

ILUSTRACIONES DE ERNESTO M. SCOTTI

tas amarillentas u oscuras que caían una por una del cuentagotas; y luego se veía salir de la farmacia, llevando en la mano el sello o la pequeña ampolla verde que contenía su destino. Pero mientras meditaba de este modo, he ahí ante sus ojos una rata que surge de un extraño laberinto de su memoria; es una gran rata de alcantarillas, que se abandona ante sus ojos a una frenética danza de círculos cada vez más reducidos y más vertiginosos, como si estu-

(Continúa en la pág. 23)

LAS ELECCIONES ALEMANAS O EL CENTENARIO DEL ROMANTICISMO



NTES de empeñarme en explicar por qué han obtenido el triunfo—relativo, pues no serán la mayoría, ni siquiera el grupo más numeroso, que éste lo seguirá siendo el socialista; serán el segundo grupo — los nacional-socialistas en las elecciones del Reich, voy a contar sencillamente cómo son los nacional-socialistas que yo he visto. Su jefe, el señor Hitler, es un austriaco que podría ser bávaro. Es un moreno grandulón y exuberante, de ojos claros, exaltados friamente cuando se enardece en los discursos. El jefe de Berlín, el Sr. Goebbels, es menudo, agitado, mejor orador que el Sr. Hitler y quizá más ambicioso, más fanático y temible. El público, también de fanáticos, que los escucha en Berlín, tiene algo de provinciano. Efectivamente, el movimiento nacional-socialista surgió en provincias, en los Estados federales. La central del partido está todavía en Munich, y uno de los avances que con motivo del triunfo electoral se anuncian, es el traslado del centro del partido a Berlín. Este traslado, por cierto, puede favorecer al señor Goebbels contra el señor Hitler, a quien, según se rumorea, no le disgustaría suplantar. El señor Hitler como orador resulta demasiado provinciano en Berlín. No se ha acostumbrado todavía al público de las reuniones berlinesas, a pesar de que a ellas, como he dicho, para escuchar al jefe nacionalista acuden los últimos fondos provinciales de la Capital.

Todas las damas de otro tiempo que tienen voto electoral en el presente y viven, como en vitrinas, en las salas de las pensiones baratas de Berlín, suspirando por aquella Alemania imperial en la que recibieron, o creen haber recibido alguna vez, el saludo de Wagner, si no fué el de Bismarck, parecen darse cita para callear las cenizas de sus recuerdos con los efluvios de virilidad que constituyen la sugestión fisiológica de todo orador y, más aun, del orador sin ideas, como el Sr. Hitler.

Otra gran parte, y esto es lo más grave, del público hitleriano, componenla los jóvenes, por lo general estudiantes, aunque también haya empleados y obreros. Es la nostalgia de las banderas y las armas que se sigue renovando en la juventud alemana, sobre todo de las capitales federales que añoran, bajo su progreso moderno, la antigua corte en miniatura de un principado de sangre; como en la juventud francesa de provincias no deja de renovarse, otra tontería, la pipa y la pana de la bohemia.

Evidentemente existen fuerzas más políticas detrás de Hitler. Existen las fuerzas organizadas militarmente de hombres decididos y pagados. El Partido Nacional Socialista no parece que pudiera existir sin este nervio de la guerra que es el dinero y que en otros partidos populares es una consecuencia de la organización; en el Partido Nacional Socialista la organización es una consecuencia de él. El Partido Nacional Socialista y todos los fascismos, como el italiano, son partidos populares al revés. La primera cosa que tienen a retropelo de los partidos populares es su creación, que no es popular, es decir, de dentro a fuera, sino que está hecha de fuera a dentro, con un populismo, en vez de natural, buscado a posta como elemento aprovechable, susceptible de ser utilizado por los que han tenido interés en crearlo. Hablan en plucha: por los que han dado el dinero.

Se aportan motivos, quizá demasiadas explicaciones del aumento de nacional-socialistas. La situación crítica de la clase media pobre alemana, que no puede sostenerse como clase media ni quiere perderse en el proletariado, y ha encontrado en el nacional-socialismo un socialismo para andar por casa... El plan Young, recargado a última hora, que ha provocado o dado motivo para provocar en amplias zonas del pueblo alemán el espíritu revanchista de los nacionalistas más exasperados... Pero estos motivos económico-políticos no deben hacer menospreciar el motivo económico-sentimental del romanticismo. En Hitler ha ido a articularse todo un movimiento espiritual de solteronas arruinadas y de jóvenes pobres hombres. No es el romanticismo comunista moderno; es verdaderamente el centenario del romanticismo, un romanticismo centenario. Es, no vale negarlo, una reserva espiritual.

¿Es peligroso? ¿El nacional-socialismo alemán es tan gran peligro como parece? Vuelvo a mirar las personas. Hitler era pintor decorador, semiartista, semiobrero, clase media pobre. Asegúrese que hoy es rico, que tiene casa puesta en Munich y automóviles. Sin querer desprestigiarlo con procedimientos vulgares, no hay más remedio que tener en cuenta la posibilidad de su aburguesamiento. Sus medios financieros pueden darle muelles para saltar y también para adormilarse. Desde luego, es de notar que en el periódico muniqués bajo su influencia directa, se ha rebajado el tono revolucionario casi hasta desaparecer y, sintoma capital, no se ataca ya a los judíos,

siendo la confiscación de los Bancos judíos y la supresión del derecho de ciudadanía alemana a los judíos puntos primordiales del programa nacional-socialista. Ahora, con razón o sin ella, se empieza a ver en Hitler el exponente político con quien puede tratarse del nacional-socialismo mientras se polariza en Goebbels todo el revolucionarismo del movimiento.

Si las personas pueden cambiar, también pueden cambiar las circunstancias. Un "putsch" nacional-socialista será posible, aunque no lo quieran los jefes, siempre que haya tropa. El que haya "putsch" nacionalista o no lo haya depende de la habilidad con que se produzca el choque entre esta fuerza ascendente y la resistencia que se le oponga. Puede descenderse y hasta provocarse el estallido del "putsch" para vencerlo fácilmente en la calle, como apaga diariamente la policía los ataques aislados entre comunistas y nacional-socialistas. El peligro está en que los nacional-socialistas



ADOLF HITLER, jefe del Partido Nacional-Socialista alemán, en el que muchos ven un equivalente del fascismo italiano, y cuyo aplastante triunfo electoral reciente miran con inquietud ciertos países europeos

cuente un día, si no con el ejército, con la policía de algunos Estados. Esperan contar ya con la policía de Turingia, donde el Gobierno está en manos nacional-socialistas. Sin el concurso de la fuerza pública, el "putsch" nacional-socialista, como uno comunista, no parece que pueda ser ahora otra cosa que un accidente trágico.

Tampoco hace falta que haya "putsch" para que el peligro nacional-socialista sea temible. Al contrario, sin violencia, sutil, puede ser peor; esto, análogamente, no dependerá tanto del nacional-socialismo como del gobierno del Reich. Tal vez, cuando se publique este correo que, al igual de las elecciones alemanas, se va por la posta, quiero decir por el correo romántico que ahora es el aéreo, el cable, sin embargo, haya adelantado algunas previsiones sobre la actitud que el canciller Brüning tomará en el Reichstag. Por lo pronto, el canciller, buen católico, se limita a afirmar, si no tanto como Jesucristo: "Yo soy quien soy", más modestamente: "Nosotros somos nosotros"; y semejante firmeza bastaría si no empezaran las vacilaciones al preguntar quiénes son esos otros que están con el canciller, porque no lo sabe exactamente el canciller mismo. Tiene que averiguarlo.

Cualquiera que sea el estado en que se encuentre la averiguación cuando se publique este correo, puede considerarse en seguida que con el canciller está su partido, el partido católico o del centro. En los países protestantes o principalmente protestantes, en Alemania como en Holanda, suele ocurrir que en los momentos decisivos la solución política se halla en manos del partido católico. Revancha póstuma de las guerras de religión. Al volatilizarse la religión en la lucha y hacerse ésta solamente política, mientras los vencedores, los protestantes, sin que la religión los ligara ya políticamente, riñeron en partidos, los vencidos, los católicos, con las precauciones de proteger su religión y hacerla tolerable, resultaron unidos y cada vez menos intransigentes. Con este doble carácter actúan todavía hoy. Significan así la transacción y la unión. Por eso forman un solo partido en Alemania y es el del centro.

Si el canciller no tuviera que atender más que a las indicaciones de su partido, su actitud ante los nacional-socialistas, extremistas, intransigentes y paganos, con dioses indígenas, no dejaría lugar a dudas. El nacionalismo, en Alemania como en todas partes, es lo anticatólico de la democracia. La democracia anticlerical, a la francmasonería, no es sino la continuación moral del catolicismo; en cambio, el nacionalismo, rompiendo la religión universal, es la rebelión democrática contra el catolicismo. El partido católico alemán no admite de por sí con el nacional-socialismo. Pero el Sr. Brüning no es sólo el exponente de un partido: Es el canciller del Reich.

Al Sr. Brüning llegan varios hilos o, si queréis la explicación por la política sin hilos, diferentes ondas de distintos puestos que no tienen la misma longitud. Una de estas ondas es el antiguo capitán de fragata y actual ministro Sr. Treviranus. Cuando se dice que el Sr. Brüning es el gran vencido de las elecciones, no se dice exactamente la verdad. Más gran vencido es el Sr. Treviranus, disidente nacionalista, fundador de un partido conservador que ha sacado únicamente cinco diputados. Es verdad que el señor Treviranus no es el exponente de un partido, sino del presidente Hindenburg. Resulta que el gran vencido de las elecciones es el anciano presidente. Así es. Unos le achacan sus atavismos. Otros no ser fiel a su pasado. El presidente es una buena pantalla contra la que han sido disparados muchos votos.

Detrás de la pantalla ha habido indudablemente una política que deshizo la coalición, echó a los socialistas del poder, formó el gobierno Brüning y ha fracasado en las elecciones. ¿Qué hará ahora esa política presidencial? ¿Volver a llamar a los socialistas? ¿Nacion-socializarse?

El peligro está ahí: en el ejecutivo. Si las elecciones alemanas han adolecido de lo romántico, su peligro es el clásico.

EPISTOLA PRIMAVERAL

A

JUAN SILVA RIESTRA

*Con recia voz de palpitante anhelo
Entono en este canto tu alabanza
Por dedicarte a cultivar el suelo,*

*Donde el nativo fía a la esperanza
Lo que la voluntad del extranjero
Con fuerza logra y con tesón alcanza.*

*Tu ejemplo sirva de modelo. Quiero
Para grandeza de la patria mía
Que haya en cada abogado un chacarero.*

*El campo que fecunda tu energía,
Celebro, en surco de terceto henchido,
Por el tierno alfalfar para la cría,*

*El huerto vario, el monte florecido,
El nevado vellón de sus ovejas
Y el gallinero rico y colorido.*

*Zumban en los enjambres las abejas;
Pace el ganado al par que se enardece
Y aumentan las multíparas conejas.*

*La vida en este tiempo se enriquece.
Libran las puercas al mediar octubre,
Y la piara mamona se enfurece*

*Al disputar la colectiva ubre,
Mientras en confortable baño urbano
Goza el verraco que a las puercas cubre.*

*Ya no eres el doctor grave y galano,
Docto en defensas y en frivolidades.
Sino un labriego retozón y sano.*

*El campo te revela cualidades
Como el amor de las muchachas lindas
Te hizo poeta, allá, en tus mocedades...*

*Y así es que ofreces las primeras guindas
Al pulcro visitante ciudadano,
Y con rural afecto se las brindas.*

*Ya por sencillez, humilde, sobrio y llano,
"Hijo" te llama la fecunda Tierra,
Y San Isidro Labrador: "hermano".*

*Y truecas, con sentido que no yerra,
Las discutidas carnes de Argentina
En oro indiscutible de Inglaterra,*

*Como has trocado en fácil disciplina,
Tu difícil desorden enemigo;
En gesto alegre la expresión mohina;*

*El tribunal hostil en sol amigo.
La pluma doctoral en fuerte azada
Y la prosa forense en rubio trigo.*

*Que lo demás del mundo vale nada
Junto a la vida verdadera y pura,
Lejos de la mentira, que es letrada.*

*Ya estás a un paso, pues, de la ventura;
Y habrás de conquistar tu mejor palma
Si al par que el campo, el corazón madura.*

*Tu inquieto ayer, ya es hoy serena calma;
Y así has dado a tu vida su nivel
Y saludable ocupación al alma
Que, abierta al cielo, se dilata en él.*

LUIS CANE

CORPUS BARGA

(Para LA NACION)
BERLÍN, septiembre de 1930

fracasado en las elecciones. ¿Qué hará ahora esa política presidencial? ¿Volver a llamar a los socialistas? ¿Nacion-socializarse?

El peligro está ahí: en el ejecutivo. Si las elecciones alemanas han adolecido de lo romántico, su peligro es el clásico.

LAS NOVELAS HISTORICAS DE EDUARDO ACEVEDO DIAZ

"ISMAEL" - "NATIVA"
"GRITO DE GLORIA"

I

"ISMAEL"



N 1888, por la imprenta de "La Tribuna Nacional", publicóse en Buenos Aires el romance de este título, el primero

de la trilogía heroica con que D. Eduardo Acevedo Díaz, publicista y tribuno famoso, enriqueció las letras del Uruguay.

En las dilatadas páginas de "Ismael" se extinguen las posturas penumbras del coloniaje y fulguran los resplandores iniciales de la heroica edad.

Vemos allí el Montevideo de piedra y de hierro del amanecer secular, sus murallas erizadas de cañones, sus estrechas y fangosas calles, en las cuales resuenan todavía las gaitas de los highlanders de la invasión inglesa. Allí encontramos latiendo el corazón heroico de los "tupamaros". Allí divisamos la dura y férrea figura de D. Francisco Javier de Elío, cuyo amor al lejano monarca no era más grande que su odio hacia los criollos, odio que extendiase a Liniers, el virrey francés de Buenos Aires. Odio de hombres y de virreyes, ardiente y tumultuoso en aquellas horas en que se respiraba la agonía colonial.

Primavera de 1808. La plazaleta de San Francisco. Y entre los oficiales del regimiento de los Verdes, que un día, allí mismo, juraron a Fernando VII, un teniente de Blandengues, de físico agradable, casi rubio, escuchaba pensativo las conversaciones. Hablaban de Liniers, del Cabildo abierto, de la Junta Suprema. Sobre todo, de Liniers. ¡Oh, el pérfido francés!

—Esto matará al Rey — dijo un fraile.

Encogiéndose de hombros, el teniente se alejó en el crepúsculo, solo con sus sueños. Se llamaba Artigas.

Tres años después. El verano de 1811. Un gauchito de veinte años, de poncho colorado, chipiripá de lanilla azul y botas de potro, "vástago fiero de la familia hispano-colonial, sencillo y agreste", simboliza el espíritu rebelde al principio de autoridad. Perseguido un destacamento de caballería desde hacía muchas horas, desde hacía muchas leguas. Pero él, que se llamaba Ismael Velarde, había logrado burlar a sus perseguidores en su alazán poderoso. Era Ismael un "tupamaro" de una estancia del Santa Lucía. Había andado por los montes del Río Negro, poblados de cuatros y contrabandistas. La selva era una patria libre. Allí había corrido sangre de dragones, bajo las dagas del "tupamaro". Allí, bajo el alero de los ranchos pobres, resonaban las guitarras y las risas sonoras de las chinas. Las partidas del Preboste solían rondar las poblaciones de la selva y tendían celadas en los caminos.

Ismael pertenecía a una banda de cuarenta hombres. La capitaneaba un antiguo cabo de milicias, llamado Venancio Benavidez. En la reducida hueste latía un anhelo sublime. Un día el ex cabo habíales dicho:



Eduardo Acevedo Díaz

—Tupamaros: ha llegado el momento de alzarse contra los godos que oprimen nuestra tierra. Preparen las lanzas, por amor a la libertad. De Buenos Aires vendrá ayuda.

Pedro J. Viera, de Porto Alegre, también había lanzado el grito:

—¡A las armas, tupamaros! Toda la noche de ese día vibraron las vihuelas. Blancos, mulatos, negros, indias, contemplaban con admiración a la desgredada hueste. Agitábanse las lanzas, los trabucos viejos, las tercerolas venerables, las dagas de canales, las boleadoras de piedra retobadas en cuero de lagarto, las picas de los tapes.

—¡Guerra al opresor! Hasta los cambujos repitieron el grito. Era la aurora. Venancio Benavidez tenía que reunirse con Pedro J. Viera en el arroyo Asencio.

Se multiplicaban las partidas en todos los pagos. En una de ellas encontrábase un gauchito conversador y simpático. Veía-sele de fogueo en echando su cuarto a espaldas, jugando a la taba, "cachando". Jugador, jinete, rastreador, nadie como él bailaba el pericón ni manejaba el cuchillo en toda la Banda Oriental.

Había huído de la casa paterna cuando era casi un niño, y fuese con los matreros al monte. "Centaurito, guerrillero, gauchi-político, bailarín, tahir, manirroto, tramposo, camorrista, tenía algo del puma, del zorro y del ñandú". Su rostro era muy moreno, airoso su aspecto, y veíanse en él algunas gotas de sangre indígena.

Su hermano Félix, jefe de la partida, acababa de morir, y él, Frutos Rivera, al lanzarse a las marejadas de las revoluciones, solo, pobre y licencioso, no tenía miedo alguno al peligro ni a la muerte. Fué así que heredó la hueste de su hermano mayor, la cual aumentaba siempre con matreros y desertores, acompañados por sus chinas, crudas pero lindas y bravas como sus hombres.

El grito lanzado en los montes, nuevo y extraño, extendiase por comarcas y desiertos. Todos respondían, hasta el indio en su toldería lejana. Ahora, Manuel Artigas hallábase en Maldonado. Cada pago era una leonera de caudillos.

Sinforosa era una de las amazonas de la hueste de Velarde, encarnación de aquellas

"orientales" épicas y rudas como su tiempo, con sus dientes de loba, su nariz chata y sus ojos de fuego. Tenía la pasión del valor. Mascaba tabaco y se entonaba con caña. Alumbraba como las leonas en el desierto, y de sus bravías entrañas nacía una generación al ruido de los clarines y era bautizada con pólvora.

Nos hallamos ahora en las ásperas faldas de Pan de Azúcar. Un ala realista se lanza contra los centauros en la luz pálida del amanecer.

—¡Indio, tocá degüello! Surge, trágico, impresionante, en medio del entrevero, un mocetón fornido, de hombros de ciclope. Su lanza chorrea sangre. Pero él no se cansa nunca. Es Lavalleja...

Todos iban en la cruzada: Basualdo, en Lunarejo; Jorge Pacheco, en Paysandú; Vásquez, en San José; Ojeda, en Tacuarembó; Delgado, en Cerro Largo; Márquez y Zúñiga, en Canelones; Torgués, en el Pantano. Los ganados quedaban sin pastores, los ranchos sin hombres, las estancias sin caballos, las mozas sin amores...

Manuel Artigas, el antiguo ayudante de Belgrano en el Paraguay, veía aumentar su milicia, y crecía en los pagos el sordo rumor de la tempestad.

Ismael Velarde andaba con las huestes. Felisa, su mocita morena, lo esperaba siempre, pero no le veía volver nunca por las cuchillas. ¿Dónde estaba su hombre? Ella debía morir sin verlo más, allá en el fondo de la estancia solitaria, mientras soplaban el viento de las batallas, y el pampero se estrellaba contra las murallas y bastiones del Real de San Felipe, en el Montevideo de hierro y de piedra. Artigas estaba en Buenos Aires. Desde el campamento de Belgrano recibía ayudas y ascensos. La Junta veía en el antiguo teniente de Blandengues al héroe de la tierra natal. Hervían las legiones a su regreso. Y se oyó entonces la diana de las Piedras, entre el molinero de las lanzas y el silbar de las boleadoras.

Termina el romance de "Ismael" con la visión de fray Benito en la penumbra taciturna del convento de San Francisco.

El fraile patriota ve aparecer el nuevo elemento de acción y de reacción, el elemento indómito que venía desde el fondo de los pagos y de los montes, como leones febriles e iracun-

Por HECTOR PEDRO BLOMBERG

dos, a realizar la emancipación definitiva, quebrando a golpes de lanza el vínculo férreo de la vieja colonia y afirmando la victoria del nuevo derecho.

II

"NATIVA"

Luis María Berón había nacido en Montevideo cuando la ciudad de San Felipe no era más que un hacinamiento de casas bajas sin revoque, de techos de teja, de calles estrechas con velas de sebo en faroles de pescante, con plazas en que crecían hierbas y pacían bestias, campanarios al ras de las cumbrecas, cementerios dentro del recinto, casernas de granito y negros trozos de muralla.

Su padre, hidalgo castizo, había amado a Fernando VII más que su viejo amigo y tertulio el virrey Elío, de infausta memoria. Educado por los frailes de San Francisco, oyó decir más de una vez, allá en su infancia, que Artigas no era más que "un cuatrero con presillas de coronel", y el general Alvear "un ambicioso y desleal teniente de carabineros".

Lejos estaba de pensar el honrado hidalgo que las inquietudes infantiles de su único retoño habían de llevarlo un día a la gloria de Sarandí...

Errante y herido, le vemos llegar una mañana de 1823 a la estancia de don Luciano Robledo. Tenía entonces poco más de veinte años. Alzábase aquella estancia en las riberas de Santa Lucía.

Por aquel tiempo el Brasil ya no era de Portugal, pero los dragones portugueses del general Lecor y del barón de la Laguna patrullaban las ciudades y los caminos de la Banda Oriental, y el pabellón lusitano ondulaba sobre las murallas de piedra de San Felipe.

Luis María Berón no era de los que querían una patria grande, aunque fuera brasileña, sino una patria pequeña pero libre, como la había soñado Artigas. Era el ensueño del "tupamaro".

Dios santo... ¡Cómo se había peleado en la tierra oriental por aquel ensueño, y cuánta sangre tenía que correr todavía!

Ahora Luis María Berón se hallaba en los montes ribereños, con una pierna rota y una carta de Oribe en el bolsillo. Su negro Esteban y su indio Cuaró, intrépidos y fieles, le cuidaban. Y fué en la estancia de los "Tres Ombúes", que reflejaban sus saucos y sus talas en la clara corriente del Santa Lucía, donde los ojos azules del patriota se encontraron con las pupilas garzas de Natalia Robledo, la hija del estanciero.

Y Natalia le amó. Narrábase él, en las tardes largas de la estancia, los sueños ardientes y confusos de su niñez en los claustros oscurecidos del convento de San Francisco, en las calles angostas y polvorientas del Montevideo natal, en los campamentos de los caudillos, en las noches heladas de la cuchilla; de cómo él, y todos los guerreros de las legiones altivas y harapientas, sabían que el ensueño de libertad tenía que surgir victorioso sobre la borrasca de sangre...

Hablábase luego de su odisea de patriota, la vida de aventuras y peligros, del bosque a la cuchilla, de la cuchilla al bosque, las marchas forzadas, ejercicio permanente de centauro, en el estero, el bañado, en la loma, en el vado, en la picada; la lucha constante contra los hombres y contra las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Ella le oía, con los ojos garzos llenos de lágrimas misteriosas. Y él, mirándola y escuchando el arrullo de las tórtolas en el monte, parecía olvidarse

por un instante del fragor de los entreveros.

Pero de noche, cuando todos dormían en la estancia y el cielo de la tierra natal se llenaba de miríadas de estrellas, tornaba a su ensueño y soñaba despierto que a la lanza rota de Artigas debía suceder fatalmente el sable de Sarandí...

Curábase la pierna rota de Luis María Berón. Junto a los ojos claros de Natalia veía ahora las negras y húmedas pupilas de Dorila, la hermanita menor, coronados siempre los oscuros cabellos con jazmines del monte; y al leer en los ojos de las dos hermanas, le dolía extrañamente el corazón. Fué en un cálido mediodía cuando una tropa brasileña cayó sobre la estancia de Robledo para arrear la hacienda. Y fué Luis María quien cayó herido al lanzarse sobre ellos con su indio, su negro y su puñado de matreros.

Al descender la noche, el silencio era profundo en la estancia Lívido, sin sangre, el herido parecía dormir. Dos pálidas sombras femeninas revoloteaban en torno de él.

De allá, de los montes próximos, llegaba el mugido ronco de la hacienda dispersa.

Y fué una clara mañana, muchos días después, cuando Dorila, creyendo morir, vió que los labios exangües de Luis María Berón se posaban en los de su hermana.

Otros días siguieron, dulces y profundos para Luis María y para Natalia; de agonía para la hermanita.

Pero Berón ya se encontraba repuesto de su horrible herida; tenía que partir. Esperábanlo los suyos en los campamentos y los campos de batalla de la tierra oriental. Volverían a verse en Montevideo...

¡Infeliz Dorila! Fué el indio Cuaró quien halló su cadáver en un remanso del Santa Lucía. Los jazmines silvestres, húmedos y pálidos, coronaban la morena cabecita de la pobre muerta de amor.

Ese mismo día llegó la tropa brasileña a la estancia desolada para ocuparla y llevarse a su dueño a Montevideo, por traición al invasor.

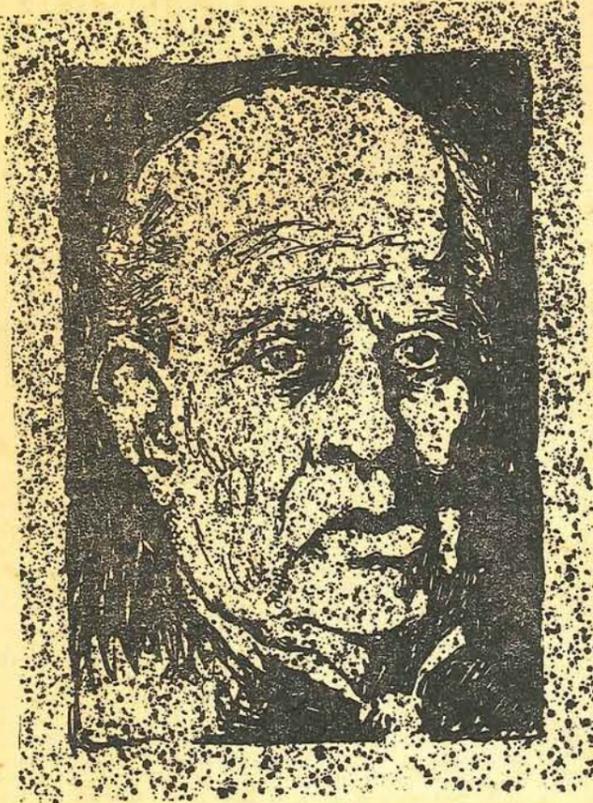
Y mientras la comitiva partía rumbo a la ciudad de San Felipe, Natalia y don Luciano

(Continúa en la pág. 33)



PARA AFEITAR la barba mas rebelde sin irritar la tez, lo mejor es empaparla en Crema Hinds y enjabonarse como de costumbre. Haga el ensayo y convézase.

CREMA HINDS



SARMIENTO EN ACONCAGUA

(Para LA NACION)

Santa Margherita Ligure, agosto 1939.

UNA RELIQUIA OLVIDADA

En el donoso valle de Aconcagua, a dos kilómetros de Santa Rosa de Los Andes, se encuentra Pocuro, aldehucha de unas cuantas centenas de habitantes. Las geografías se cuidan poco de anotarla; los turistas que llegan a la ciudad de Los Andes por hacer excursiones a la montaña, rica de saberes sobrenaturales, no van a Pocuro, porque nadie les habla de él; la misma gente ciudadana suele ignorar ese recoveco de su valle, que al cabo tiene muchos iguales, jugosos y bonitos. Casi nadie sabe que ese pueblucho lleva aureola histórica y que se merece la visita, y también la peregrinación. Yo misma que viví siete años en el valle de la bella luz y la bella fruta, vine a saber después de tres años que Pocuro puede considerarse una especie de Santiago de Compostela por los maestros primarios primero, y por cualquier gente americana después.

En su primera escapada hacia Chile, Sarmiento tuvo que peonear en la Cordillera como barretero, y no sé si por atravesar la montaña sin dar sospechas, o porque no llevaba blanca en el bolsillo, al igual de cualquier emigrado. Llegando a la primera ciudad, a Santa Rosa de Los Andes, pensó quedarse allí un tiempo, buscar medios de ir viviendo, observar la situación de Chile y pensar más tarde en el viaje a Santiago.

¿Qué había de pedir él que no fuese una escuela? Llevaba a la escuela más que a Facundo atravesada en el pensamiento y la imagen del pan suyo y la del pupitre escolar se le hacían una sola pieza; la escuela se le venía solita al alma, como el halcón al puño del cazador. La pidió, pues; era un extranjero, con la añadidura de desterrado; se sabía de él poco o nada en aquella aldea con clasificación de ciudad que era Santa Rosa; debía andar mal trajeado y con la cara desastrosa que el sol y el viento dan al peón cordillerano; las autoridades revisaron de una ojeada al pedigüño, revisaron el cuadro del servicio y le ofrecieron lo disponible: el pobre Pocuro, que apenas juntaba treinta niños para su escuela, si es que los juntaba.

Sarmiento, que venía de comer las marraquetas duras de la cuadrilla y de padecer aquellos soles taurinos, aceptó la oferta sin ponerle mal gesto. Al cabo él se parecía desde ese tiempo a Hércules en el no rechazar faena ordinaria, al buen Hércules de Michelet, por servicial, dispuesto a toda cosa, y por libre de remilgos, viril.

Yo no sé cuántos años se quedó allí Sarmiento; me han dicho que uno, me han dicho que dos. Siempre es mucho para que esa estación de su vida se olvide tanto en las biografías, aunque haya sido poco para que su huella de toro que dejaba cavadura, se borrara en Aconcagua.

Cuando pudo averigüé entre las gentes de Pocuro sobre esa "pasada" y conseguí saber poco, y lo sabido, contradictorio. Tres veces fui a pie desde Los Andes a mirar la casa del maestro Sarmiento, y más cosas me dijeron la construcción despotrada y el paisaje circundante que los que viven en las vecindades.

CAMPESINOS; RURALIDAD

También en el campo de Segovia me costó dar con el convento de San Juan de la Cruz, averiguando entre los campesinos, antes del mausoleo suntuoso y detestable, Santa Teresa, sí, de ella sabían; de Juan el Asiático, casi nada; tanto se ha comido la fama de

ella el nombre de él, sin que buscarse esto la veneradora del compañero.

Los pueblos se aprenden su reliquia moral cuando los señores de la ciudad llegan de pronto allá, con automóviles y con bandas, echan discursos que los campesinos tampoco entienden y clavan allí una piedra que estorba el tráfico, y por el estorbo les hace acordarse... El campesino — y a mí me duele porque soy de ellos — es una criatura sobre la cual no tienen señorío sino las estaciones ayudadoras y perversas para la vid y los frutales; el campesino — y esto hace su perfección y su vileza — es de veras una mota más de su tierra a la que no comueven sino únicamente el sol y la lluvia, con lo que se traen, y para el cual el mejor maestro no vale lo que un forastero que les fuese a enseñar cómo se acaban los animalejos que enronchan la hoja de la vid y vuelven desmedrada la parra. Esto pasa en Aconcagua como en Avignon, donde echaban palabrotas sobre el bueno de Fabre, buscador de hormigones y de culebras sin ninguna gracia...

Por estas razones, el campesino de Pocuro sigue ignorando que hace muchos años traqueteó por ese polvoso camino suyo un "cuyano" que se llamaba con dos nombres, y que en aquella casa que se cae, enseñó a su padre tozudo las primeras letras, que valen por los primeros dientes, un hombre tan conocido de los ojos americanos y tan ostensible para ellos como la misma Cordillera patrona.

La casa es fea y no ha debido ser mejor: la escuela del tiempo, chata y pesada como la duna; de pocas aberturas, en razón de que se pasaba afuera el día entero; construida en unos adobes que la mucha y la poca agua se llevan; creo que techada de la totera chillona que se calienta en verano pero que se llena de bichos; con un patio pelado que apisonaron los niños, y donde sólo se ve el clásico poste donde se amarraba el caballo. Para sala de clase bastaba un cuarto; para habitación del maestro soltero, otro cuarto.

En esa miseria hecha más de humedad y de sombra que de materiales vergonzantes; en ese rincón chileno de llorar, adonde no llegaban periódicos ni gentes con quienes cambiar un comentario argentino; en ese grupo de casas al que se llamaba aldea dándole promoción, vivió un tiempo un maestro vital, amigo de la escuela-palacio, amigo de la asamblea en que dar su salto de tigre sobre el malo o el adormilado, verdadero amigo de la ciudad de los hombres.

EL PAISAJE

La majestad épica del paisaje, la limpieza esplendorosa de la atmósfera, la blandura femenina de la vegetación; aquella caja luminosa, violácea abajo, blanco-fulgurante arriba, formada por cerros soleados, han debido confortar a Sarmiento en los largos meses de la pobreza pasada en soledad, que es la peor pobreza.

En aquella parte, el valle, antes de tomar una angostura de navaja, traza un abra y parece que la hiciera para ver la montaña y para dejarla ver. Antes de Santa Rosa de Los Andes, la Cordillera se ve en macizos aislados o en una sublime bestia crinada de blanco como desde Santiago; pero en el abra que cuentan la Cordillera ya es una presencia plena e inmediata, cuyas formas se tienen a manos llenas.

Cuando se sale de mañana sin acordarse de donde se vive, de pronto se la mira, y ella asusta con su crudeza luminosa de mayólica eterna puesta al mejor de los soles; cuando se camina por el valle buscándola, queriendo conocerla desde acá y verla desde allá, ella se nos hace familiar, pero con la familiaridad de los dioses, que siempre sujeta un poco el aliento y hace juntar algo los párpados. Son hermosos sus picos finos, mejores sus pechadas salvajes, y son sobrenaturales aquellos nudos en que ella se apelotona como para una operación secreta que nunca se acaba. Pedazo a pedazo la montaña es sorprendente; pero lo más querido de cuanto ella nos regala son su manera de luz y su manera de aire. Ambas cosas yo las perdí cuatro años para recobrarlas en la meseta de Anahuac y vine a entender, cuando viví sin ellas, que aquella luz no solamente orna un valle, sino que nutre a las criaturas y que aquel aire generoso y seco acicatea al pesado y al vivo lo pone en una vibración prodigiosa.

La urna de la atmósfera, en que las cosas parecen guardadas para durar, estando más desnudas que en ninguna parte, aproxima la montaña y hace unos juegos prestidigitadores con la distancia; la maravilla está allí, a una jornada, y se cree tocarle las grecas del lomo y las quiebras del casco crinado. No hay tal: los costurones, las arruguitas que se miran desde abajo, son unas serranías de recorrer en meses y unos valles mayores que el nuestro. La luz acérrima, que le confiesa todos los accidentes y la recorta con una brutalidad gloriosa nos permite creer a los del valle que vivimos entre sus pechos, y vivimos siempre a sus pies, o más abajo de ellos, pues al cabo están bien escondidos al igual de los pies de las vírgenes cuyo manto arrastra.

El aire del valle de Los Andes, siendo muy de altura, muy cortador de la cara y demasiado ligero para el pecho de carne, es ya cosa más humana que la luz: él contiene y balancea los olores de los muchos huertos y el de la vendimia que se cumple en grande del lado de Panquehue; subiendo un poco, él ya tiene los aromas que punzan de hierbas de olor y de espinos, los cuales huelen intenso como en los suelos donde la aridez comienza.

Esta naturaleza de fuerza en la altura y de regañoneo en el valle, ha debido volver soportable a Sarmiento su doble destierro: el de la Argentina y el de la vida urbana que era su preferencia. Si al pobre Pocuro de una sola calle y de memoria de tiza le decimos alguna pesadez por que no se dió cuenta de su hombre ni procuró ayudarlo, tal vez nos contesta que le hizo más sangre en aquellos meses y le dió empuje para que después se peleara con los aduleses de Bello

o con los inocuos Domingo Godoy, cuando llegase a Santiago...

PROVINCIAS FRATERNALES

Quienes aseguran saber de Sarmiento en Aconcagua, y saberlo por aquellos que lo vieron, cuentan que parecía un criollo aconcaguino, un decidido de bromas de bulto, nada "citadino" melindroso, nada pedante, bastante brusco cuando le hostigaban con una opinión cerril: una especie de Facundo al revés, del cual la leche fuerte de la pampa había hecho un bueno violento y que no sabía ser bueno sino poniendo alguna arremetida en medio de las acciones benévolas.

No se engañaban en aquello de que parecía aconcaguino de mejor calidad que los vistos. Por aquellos tiempos sin Transandino, en que los arreos de ganado eran más frecuentes y penetraban lentamente a Chile, Coquimbo y Aconcagua, con Mendoza y San Juan, vivían una misma costumbre, casi hablaban el mismo canturreo y la estampa rural de gran sombrero, de espuela cruel y de poncho de vicuña, mostraba el mismo énfasis de platas y de buenas lanas.

Yo me he dormido de niña en el valle de Elqui oyendo a "huasos" y a "cuyanos" trocar sucedidos fabulosos de la Cordillera, mientras circulaba el mate terriblemente común, y sus caras se me confundían en el recuerdo. La misma color de baya de algarrobo, los ojos acalenturados y burlones, y un cuerpo delgado que las cabalgatas de meses no dejaban engrosar.

Aquellas provincias eran una lonja criolla muy ceñida y muy donosa de la América, sin ninguna extranjería aun, y Martín Fierro podía hallar buena guitarra del lado nuestro y escuchadores como los suyos engolosinados con la tonada que cae y se endereza lo mismo que el lazo.

Las cosas han cambiado bastante y se me ocurre que vamos separándonos a medida que recibimos inmigración, que quien nos taja el trozo de la costumbre mudándonos en extraños, es el de afuera con todo lo que ha traído consigo. El mendocino ya no tiene de común con el sanfelipeño sino el mirar viñedo unánime y cerros centaúreos: durmiendo en la misma cama de paisaje, nos hemos arreglado para no parecer más. El hispano-americanismo, cosa de nuestra generación, quiere acomodar lo averiado y crear otros orden cordial; pero para mí que la cosa perdida que es la costumbre igual en los valles de los Andes, esa sí era la cara de la fraternidad.

CONSERVACION DE LA RELIQUIA

Don Pedro Aguirre Cerda, hacendado y profesor, que es dueño de la tierra de Sarmiento en Pocuro, hablaba una vez conmigo sobre esa reliquia americana que no hemos honrado con honra grande ni pequeña: ella no ha merecido ni unas horquetas que la mantengan en pie unos años. Hablamos de fundar allí una Escuela Granja Sarmiento, excelente en una zona ruralísima, y si no pudiéramos ambos con la empresa, traspasar al Gobierno la obligación bastante imperiosa.

Mi amigo retiene su promesa, y yo creo que su libro reciente, "La cuestión agraria", cuya edición él destina a una escuela granja en que ambos guardaríamos la intervención entera, busca juntar buenos dineros con esa finalidad.

Cuentan que Apolonio de Tyana, pseudo mago o mago de veras, recorría el Mediterráneo buscando lugares que se le antojaban sobrenaturales por algunas facciones extrañas, a fin de esconder en su suelo ciertos talismanes de su construcción. Quería saturar tal o cual sitio de espíritu fuerte, turbar en esos puntos la tierra que es más pesada que la tortuga, por medio de unas dinamos disimuladas bajo amuleto. El talismán irradiaba "poderes" y lograría provocar un profeta oportuno en el lugar, el santo de que necesitamos de tarde en tarde, o bien espolear a los santones y volverlos maestros de cuerpo entero. El pobre Apolonio de Tyana vino caminando desde Egipto a las francesas islas Lericí, parándose en los paisajes que le hacían un signo de aquiescencia y clavando allí el talismán famoso, no tan encima que el aluvión se lo llevara, ni tan soterrado que sus rayos no saltaran a la superficie y acogiesen al pasajero bienaventurado.

Nosotros tenemos, por más que nuestra historia cruja todavía de almidón, muchísimos lugares históricos a lo largo de nuestra América que pueden servirnos para un menester mágico semejante al de los talismanes excitadores de Apolonio: descansos o peñas de Bolívar, casa mendocina donde conversaron San Martín y O'Higgins, vivienda de Morelos, "estaciones" de José Martí, y las escuelas de Sarmiento desde la primera a la última. Estos lugares de cita formidable con la historia pueden desatarnos la electricidad de la creación, que guardamos a veces en el puño, sin empleo; pueden aplicarnos, de la coronilla a los pies, el fustazo que dieron a San Pablo en el camino de Damasco; pueden remecernos con terremoto salubre de la carne la pesadez de casa de adobe que llevamos todavía, aunque nos creamos tan ágiles y desembarazados.

El disgusto de la miseria escolar, así en la roña didáctica como en la pobreza de la casa-escuela; la cólera hacia la dejadez americana, hecha de ignorancia y de sensualidad; el desprecio con escupitajo de los mandones de la provincia que, no sabiendo hacer, tampoco dejaron hacer; el hambre furiosa de la biblioteca pública, sufrida en los puebluchos donde la noche es más larga para gozar narración y los sentidos están más limpios para recibir y comprender; el ímpetu elefantino que empujó la cultura de las capitales hacia el desierto verde, todo esto que en bloque se llama deció en la soledad de Aconcagua, delante de un pupitre descascarado y de la modorra de mi gente chilena "el hombre Sarmiento", ¿no lo conoció él y no lo panna emparentada con su gente argentina del tiempo?

EL ULTIMO PERIODISTA "CRISPINO"

RECUERDOS DE UNA TARDE EN LA CAMARA

MA muerto hace poco, a los setenta y cinco años, mendigando en las puertas de aquella Cámara de Diputados contra la cual lanzara durante tantos otros, día y noche, Júpiter peripatético, las hermosas centellas de su elocuencia callejera, de sus "artículos hablados"; ha muerto de vejez y de miseria el último periodista crispino: nombre ignorado a quinientos metros de distancia del Palacio de Montecitorio, sede del Parlamento; pero ejemplo romántico de hasta qué punto, en otro tiempo, la fe y los entusiasmos de un espíritu pudieron convertirse en religión. Porque este periodista de setenta años, muerto de hambre después de haberse resignado a pedir cinco liras de limosna a viejos colegas y a diputados nuevos, hasta su hora penúltima, viendo en torno suyo florecer una más grande Italia fascista, ha gritado que Italia retrasó su marcha en veinte años, su ascenso a gran nación, tan sólo porque, en su momento, no supo comprender al hombre, al gran hombre, que Dios le dió para acompañarla en su vía luminosa. Y en la miseria se consolaba diciendo:

"¿Qué importa que yo, abogado, periodista, pluma y corazón que bregaron durante medio siglo, me vea reducido a la mendicidad, envilecido de esta suerte? ¿Acaso él, mi maestro, mi señor, mi dios, Crispi, no fué incomprendido por hombres que se arrastraban en el polvo, abandonado al olvido? ¿Qué es, pues, mi miseria frente a su majestad hollada?..."

Abría los brazos como para responder: "¡Nada!". Y sonreía amargamente bajo su cabello blanco, con una barba de dos semanas: "Dios había dado a Italia su hombre... Y esos de adentro, esos del maldito palacio, no lo aceptaron".

Y con ojos llameantes y mano trémula mostraba la Cámara, gritando:

—¡De allí, de allí vi salir a Crispi una tarde!...

Yo también lo vi salir aquella tarde; él, ya anciano; yo, mozalbete... Y todavía recuerdo...

En resumen, menos de veinte años después de 1870, inmediatamente después de la unidad de Italia, alzándose de las filas de los desterrados, de aquellos que habían trabajado en formarla con su sangre, digno en todo de Cavour, apenas a treinta y cinco años de distancia de éste, se erguía el hombre que venía a despertar a Italia de su sueño político y encaminarla hacia grandes destinos: Crispi, Francesco Crispi, el gran Crispi, de quien nada quería saber absolutamente la pequeña Italia de entonces. En todas partes lo reconocieron al punto: en Francia, donde lo odiaban; en Alemania, donde le temían; en Inglaterra, donde le respetaban y le discutían. Tan sólo Italia no supo comprenderlo a tiempo. Viéndole sólo, aislado, no supo medirlo. Logró verlo más tarde los pigmeos para que su estatura se mostrase a todos entre aquéllas, según las cuales se mide a los hombres; que éstos se vuelven, a pesar suyo, a mirar. Había dado a Italia, junto con Garibaldi, la revolución siciliana, porque fuego y llama eran su corazón y su cerebro. Tenía, como Garibaldi, ojos ardientes; tenía, como el gran Bismarck, puños de hierro, que, al golpear una mesa, hacían enmudecer al punto las asambleas más tumultuosas y turbulentas; y tenía cerebro lúcido y mente íria, larga vista y corazón firme, a lo Cavour, a la italiana, o, mejor dicho, a la manera tempestuosa pero segura de los grandes italianos, de aquellos de las grandes repúblicas, de las batallas victoriosas, de las obras maestras inmortales: César Borgia, Andrés Doria, Dante. Hombre entre hombres, Crispi no se alzó, por cierto, a esas alturas, pero digo que la mezcla de tormentos y corazón tranquilo, fuegos en la mirada y hielo

en el alma, hizo siempre la grandeza de los italianos que sellaron en su tiempo con oro las páginas de nuestra historia.

¿Qué quería Crispi? Una cosa sencilla: ver primero, mirar desde lejos, anticipar. Parece nada, y es todo. Todos suelen mirar nada más que a la punta de su nariz, porque más allá está lo desconocido, y en la obscuridad o semiobscuridad tienen que caminar con las manos extendidas, muy cautelosamente. Para mirar como miraba Crispi, esto es, veinticinco o cincuenta años delante de sus pasos, se precisan ojos de largo alcance y atrevidos. Allí está Africa, botín de Europa, frente al Mediterráneo. A grandes tajadas, antes de que la unidad se lograra, mientras se lograba e inmediatamente después de lograda, todas las grandes naciones europeas colonizaban la tierra africana, cuyo suelo abraza el gran sol ecuatorial, fecundizándolo extraordinariamente con sus llamas.

Túnez, a dos brazadas de nuestra Sicilia, casi unida por debajo del mar (apenas a ciento cincuenta kilómetros de distancia) a Italia, el fértil y floreciente Túnez se perdió por un golpe de mano político de los hábiles ministros franceses y por la fácil renuncia que caracterizaba con exceso a los nuestros... Y entonces, para tener colonias, necesitamos ir al otro extremo de Africa, donde aun se enseñorean las tribus indígenas bajo el cetro de un emperador negro, rey de reyes. El imperio de Abisinia... El Negus Menelik... La Eritrea... Las áridas arenas de "ambas" para subir más tarde a los floridos altiplanos. Y el primer episodio trágico: Dogali, es decir, quinientos soldados italianos caídos en una emboscada, del ras Alula, y muertos todos, salvo uno, en hileras, en su puesto, sin retroceder un paso...

Pero si no retrocedieron un paso los quinientos héroes de Dogali, si retrocedieron por la minúscula victoria del ras Alula, Cámara y país, todos los corazones italianos..., o casi todos. Pero, ¿qué pueden las minorías en los Parlamentos, donde el número triunfa y manda? Si caen en una hora quinientos soldados ¿dónde está el inocuo pase militar, al que hubieran podido asistir hasta mujeres y niños, que prometiera a los italianos el viejo ministro Depretis? Llamado al Gobierno, Crispi quiere devolver el ánimo a Italia y llevarla de nuevo allá a combatir, pero Italia no quiere. Crispi cae por vez primera. Luego, pertinaz, regresa, y obstinado, reanuda el sueño de allá, la guerra colonial, la marcha por las "ambas" áridas y ardientes, casi al nivel del mar hacia los altiplanos ventilados y tibios, a dos mil metros de altura. En esta ocasión Italia parece seguir al ministro aventurado, pero la desgracia da al traste en Adua con los nuestros. Mal preparada por los jefes, perdemos la batalla. Aquí y allí cede el bloque de sesenta y cinco mil hombres, se quiebra. Aquí y allá oleadas negras rompen y surgen la masa compacta de blancos. Un regimiento es roto; luego otro; y cuando ceden mil hombres, veinte mil, cincuenta mil son arrollados. Napoleón lo

supo en Waterloo; Italia en Adua. Por culpa de unos pocos, derrotados todos. Por un batallón que flaquea, porque unos cuantos centenares tiraron las armas, treinta millones de hombres desármense.

Recuerdos de mi adolescencia. Días tristes, tardes obscuras... La patria enlutada. Banderas llorando en todas las ventanas, pero viles banderas; no de las que dicen: "Gloria a los muertos. Honra a los derrotados. El golpe es duro, pero aquí estamos todos. Adelante..." No. Banderas de funeral, funeral de los muertos y de la patria heroica. A sepultar inmediatamente todo, italianos derrotados en Adua: muertos e ilusos, víctimas de la visión colonial y misioneros babiecas. ¡Adiós, Africa! Italia te vuelve la espalda. Italia quiere la paz. Italia quiere el silencio. Y ¡abajo inmediata-

zándole acusaciones al rostro, que ora reviste palidez mortal, ora enrojece al fuego de su corazón. Y él, Crispi, de cuando en cuando, no pudiendo dominarse, les interrumpe con una frase precipitada y un puñetazo sobre los papeles; pero, ¿quién le oye? Sala y tribunas aúllan sin escucharle. Y está solo en el banco del Gobierno. Nadie se atreve a acompañarlo en medio de la tormenta. Pero él está allí, impávido, con su sueño, dispuesto a morir por él, con él, enfrentándose a la Italia que no lo comprende...

Así habló mi padre. Y al día siguiente era el 4 de marzo de 1896. El precursor habla a los diputados. Palabras grandes, videntes de iluminado, miradas lejanísimas de profecía... Pero, ¿quién quiere subir tan alto, allá donde él mira y se mueve, en el espacio, en el tiempo? Los enanos ríen y vociferan en torno del gigante caído. ¡Des-

honra al hombre de la guerra inútil vergüenza al Ministerio de la derrota!... Pocos fieles resisten todavía, intrépidos, insuficientes, en la borrasca. Y son golpeados por las manos y las palabras de cuantos no se atreven a encarrarse con él y a ofenderlo, a él, que aun caído está todavía en alto, y, como un rey de tragedia shakesperiana, aunque vilipendiado por la multitud, conserva toda su majestad.

En la penumbra de la sala, donde la plebe parlamentaria aúlla sin discutir y da aullidos en vez de razones, los cristales de las lámparas se iluminan de súbito. ¿Luz en los cerebros? Nada de esto... Votación. Los diputados van a votar. Placer de decir "no" a Francisco Crispi, respondiendo a la llamada nominal; gloria de negar a la patria, derrotada en doloroso episodio, la honra de rehacerse,

de volver a vencer, de vencer por completo; vanagloria parlamentaria de dejar por muchos años en el mundo internacional con aquel voto, una Italia pequeña, renunciadora y humillada, que mire a las otras naciones hacer, vivir, pensar y obrar en grande, agazapada en un rincón, cerca del fuego, ¡cien años de Europa! Lleven los "no", uno tras otro, de todos los grupos: derecha, izquierda, centro.

Pocos "sí" de aquí y allá, gritados con aire de desafío, bofetones desesperados en el rostro de la mayoría parlamentaria, besos apasionados en la faz impenetrable e inmóvil de Francisco Crispi, que, cruzado de brazos, ajustadas ya sus cuentas, aguarda para irse, ¡para irse para siempre!, el cómputo en los bancos de la Presidencia, el resultado oficial del voto, el boletín de victoria de la insurrección. Afuera, en la plaza, unos cuantos apóstoles gritan: "Le odiaban. Fuerte, nacido para la grande Italia y no para la pequeña Italia parlamentaria, esclava de sus diputados, demostró querer gobernar hasta sin Parlamento, obrar por sí, ser, actuar, mandar, él solo responsable, aun con la Cámara cerrada. ¿Dictadura? Sí, sí, y dictadura santa, porque la visión grande de un solo cerebro no siempre pueden compartirla, si es audaz, si es heroica, los cerebros de trescientos hombres, la medianía fatal de una mayoría.

¡Y hoy quieren vengarse! Amos de la Cámara y del país, los lacayos quieren regalarse con este espectáculo de saturnal antigua: ¡ver salir, echado a la puerta, al amo! ¿Qué importan en esta hora, Adua, la derrota, los muertos, la patria?... La guerra de Africa es un pretexto. No es a ésta a quien hay que cortar las alas, sino a él, al águila, a quien hay que impedir a toda costa el gran vuelo"...

La plaza de Montecitorio a las siete de la noche. La Cámara ha votado. Aguardamos allí a que salgan del Parlamento los ministros de Crispi dimisionarios. Y sale el primero, el anciano ilustre Francisco Crispi. Cuando franquea la puerta, todos se descubren. Fácil es votar contra él, pero más difícil es no inclinarse ante él. Todavía, desde grupos lejanos, detrás de las filas de soldados, dos o tres voces osan gritar: "¡Abajo Crispi!" ¡Con qué altivez alza el rostro el anciano y sus ojos centelleantes buscan a quienes profirieron los gritos, a lo lejos, detrás de la tropa, entre la multitud!... Es tan hermoso el reto, que un aplauso saluda a Crispi vencido, a Crispi expulsado de la vida nacional. Rodeado de un aplauso sube a su "cupé", acompañado por su secretario. Y, doblando hacia el Panteón, el presidente del Consejo atraviesa la multitud que no aplaude, que no silba, que no acierta sino a saludar... "¿Como cuando pasan los muertos!", exclama a mi lado, que estoy entre un grupo de fieles al gran ministro, un minúsculo diputado de oposición. "No, le responde fulminante una voz por todas: como cuando pasa, entre los cobardes, la bandera!"...

Roma está envuelta en tinieblas. Resuena, a lo lejos, algún grito: "¡Abajo Crispi... Abajo la guerra!" Más cerca gritan los diaristas: "¡La caída de Crispi en la Cámara!" ¿En la Cámara? No. Cae toda la patria en la historia. Italia se retrasa en su camino. Terminada la sesión, arrian y envuelven la bandera en el palacio de Montecitorio, como todas las tardes; pero al perderse Crispi a lo lejos en las callejuelas, parece que también la bandera se pierde para Italia. Mozalbete, conservo las diversas impresiones de la caída de un gran ministro, de la desviación de la historia. Silencioso, a nuestro lado, un periodista se retuerce las manos. Sonriendo en su frivolidad femenina y rutilante de joyas, una hermosa señora pasa en coche. Mi padre, con los ojos llenos de lágrimas, me dice: "Vámonos... a casa". Otro periodista observa: "Después de la votación, hasta Crispi ha llorado"...

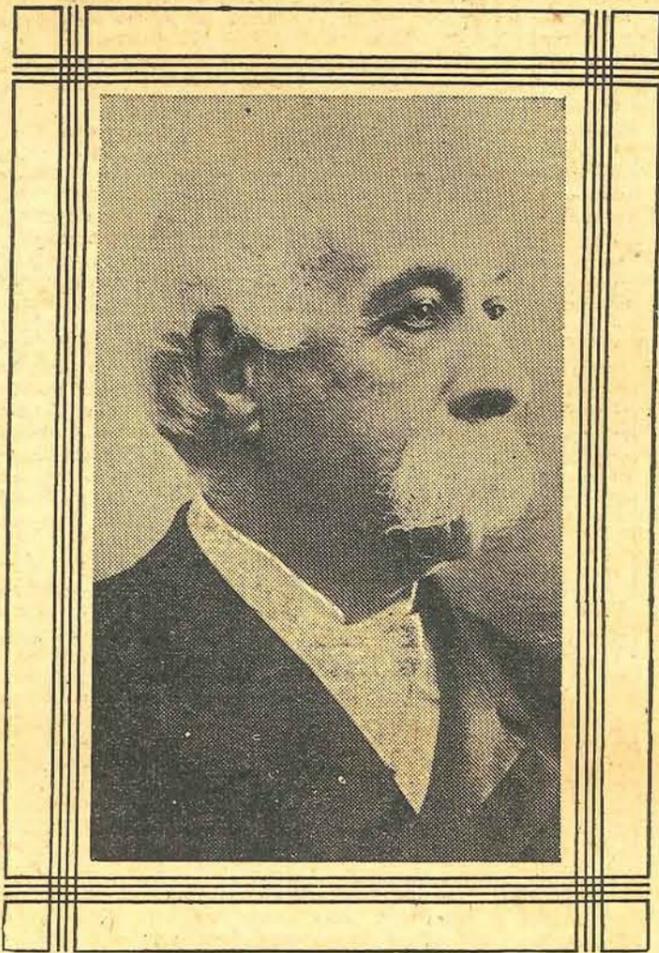
Ya está desierta la plaza de Montecitorio. Rebajada Italia por otros veinte años, los diputados italianos cenar alegremente, entre mujeres y flores, en los restaurantes luminosos del centro de Roma, cancelando y consolándose parlamentariamente de la vergüenza crispina de Adua en la cocina.

A los que sufren del estómago

Vamos a darles para alivio de sus males una valiosa receta, de resultado seguro. Basta tomar después de cada comida 1/2 cucharadita de Bicarbonato cálcico disuelto en un poco de agua para hacer cesar al instante toda molestia o dolor y obtener la digestión normal.

El bicarbonato cálcico es un producto científico, recomendado por los señores médicos y que obra eliminando el exceso de acidez, al par que estimula las secreciones naturales indispensables a la digestión.

Todos los que sufren de molestias gástricas pidan el folleto ilustrado gratis a los señores Laich y Rey, Belgrano 2544, Bs. Aires.



FRANCESCO CRISPI

mente Crispi! ¡Abajo el gobierno megalómano! Abajo el gabinete de la derrota, que, para atrapar la victoria, tiene ya listo otro general...

Era yo un rapaz. Tenía diez y seis años no cumplidos en aquel marzo infausto. Y en casa, como en todas partes, no se hablaba sino de Africa en aquellos meses. Y he aquí que una tarde, a raíz de Adua, me encontré con mi padre en las puertas de la Cámara. Los periodistas que le quieren y le comprenden todavía exaltan y defienden a Crispi, que ya naufraga en la impopularidad. Los otros, los que se han vendido al Ministerio del Interior, visten ya la librea, ya en espera del muerto entonan el "De profundis". Mi padre, partidario de Crispi por sus cuatro costados, me dice furioso, con la cara congestionada por la cólera:

"Vengo de la sesión. Me moría los puños de rabia. ¡Ni aun quieren escucharlo! Ahí está Crispi, en su banco, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos centelleantes. Sus adversarios hablan, clamorean a cada palabra que él dice, lan-

LUCIO D'AMBRA

(Para LA NACION)
ROMA, septiembre de 1930

UN NOVELISTA EN SU TALLER



SIGNIFICA esto que en la novela o en el cuento el desenlace debe ser imprevisible? Luego trataremos el punto.

Aunque el ordenamiento de los episodios o de las escenas no sea el fondo de la novela, es asunto de importancia capital, y revela, mejor que el fondo mismo, el genio del novelista.

El fondo o la idea puede ser concebida por varios autores. La dificultad mayor está en explotar artísticamente esa idea, inventando personajes e incidentes y ordenándolos.

Este es asunto de forma, pero de una forma que denominaremos "interna", para distinguirla de otra más superficial, como sería el lenguaje en que está escrita la obra, más o menos correcto y elegante, "forma externa".

No debemos, pues, confundir la forma externa con el estilo, porque el estilo es la manera o el procedimiento habitual de un escritor e involucra ambas cosas, la forma interna y la forma externa.

La acción esencial en la novela

Hablo de ordenamiento de episodios, porque supongo que en toda novela hay episodios. Si no los hubiera no sería novela, sería un tratado de estética, o de filosofía o qué sé yo, pero ciertamente cosa muy distinta.

Los episodios, bien trabados, constituyen la acción; y éste es el elemento de mayor interés para la inmensa mayoría del público.

¿A cuántos lectores de novelas no hemos sorprendido saltando páginas para llegar a un diálogo! Así suelen hacer los que leen el Diario de Sesiones de las Cámaras, que saltan los discursos para caer más pronto en los entreveros, donde aparece la consabida indicación de "Risas".

¿Es que interesan los diálogos más que otra cosa? No; puesto que si fuera así, las piezas teatrales impresas obtendrían más éxito que las novelas.

Pero sucede que cuando el lector se ha enfascado en la lectura de una novela monócoda y aburrida, su única esperanza es llegar a un diálogo, señal de que "allí está ocurriendo algo".

En la novela tiene que suceder algo. De lo contrario, la obra carecería de vitalidad, no sería novelesca.

Si una tragedia debe ser trágica, y una comedia cómica, y un drama dramático, no veo cómo una novela pueda eximirse de ser novelesca.

No quiero engañar a mis lectores: mi teoría no es la favorita de los hombres eminentes en estética, filosofía de la historia y otras ramas sólidas del saber humano. Por lo general, los hombres eminentes en esas ciencias prefieren las novelas "no novelescas", o en otros términos, las que los mortales de orden común llamamos novelas aburridas.

Un cura amigo que estaba convaleciendo de una grave enfermedad, me pidió una novela para entretenerse, sin calentarse los cascos; y yo le presté Miguel Strogoff, de Julio Verne, que me parecía admirable.

Me la devolvió casi en seguida y pude comprobar que no había leído ni la cuarta parte.

Poco después lo hallé devorando con fruición "Calixta o la Iglesia en el Siglo III", novela teológica del cardenal Newman, que a mí, cierta vez que intenté leerla, me pareció la especie más soporífera caída hasta entonces en mis manos.

La razón de esto es que los hombres eminentes no pueden gustar de las novelas, y si por excepción toleran alguna, es cuando responden a sus preocupaciones del momento; sociales, políticas, religiosas y se parece muy poco a lo que debe ser.

Lo malo será que en ese caso se entusiasmen con el descubrimiento y se pongan a escribir un tratado para demostrar que eso que les ha caído en gracia es el modelo a que deben ajustarse los novelistas.

No siempre es sincero tal modo de ver.

Hay quienes creen más elegante declarar que leen a Proust o a Joyce, que confesar que están leyendo a escondidas "El prisionero de Zenda". Habría que ponerles centinelas de vista para averiguar la verdad.

Una novela que aburre por falta de acción, tiene un defecto tan capital como la que hace sonreír por su estilo informe o sus diálogos necios.

Guardémonos de creer que todo el mérito de una novela debe consistir en lo bien urdido de su fábula. Pero guardémonos de desdén, como un arte inferior; el genio de urdir fábulas; guardémonos de preferir la habilidad de hacer frases elocuentes o ingeniosas, al arte de crear personajes que parecen vivos.

Lo que los personajes dicen en una novela, o lo que el autor dice por cuenta de ellos, es muy importante, pero es más importante todavía lo que los personajes hacen, especialmente en las novelas de amor, por aquello de "obras son amores y no buenas razones".

Debe considerarse también que lo interesante para un miembro del Instituto no siempre es interesante para el lector común.

Aquel suele tener el juicio menos espontáneo, de acuerdo con su prejuicio o con sus intereses, pues también suele ser autor de novelas. Este sólo juzga por sus sentimientos. Y se han dado casos en que el público ha tenido razón contra los sabios.

Obras que declaraban excelentes los maestros han desaparecido, y en cambio, obras que sólo obtuvieron el sufragio del público y no el de los maestros, han durado hasta nosotros y resistirán siglos de siglos.

El interés de la novela nace de la vitalidad de sus personajes.

El interés de una novela no nace de lo espeluznante de sus aventuras.

Se equivocaría mucho el autor que se imaginara que cometiendo muchos crímenes desde el primer capítulo encadenará el ánimo del lector.

No. El interés es una forma simpática y ardiente de la curiosidad, que despiertan personajes reales y vivientes.

El lector quiere seguirlos, quiere saber qué harán sin esperar de ellos aventuras estupefactas. Por el contrario, lo que desea es verlos vivir su vida normal.

Dickens, Eliot y Pereda han logrado cautivar la imaginación arisca de millares de lectores relatando las escenas domésticas más sencillas.

Una niña que mira flover, una viuda que dobla sus manteles, un marinero que cose un botón de sus pantalones, porque no tiene madre, ni mujer, ni novia, son motivos sobradamente interesantes cuando los explotan Pereda, Eliot o Dickens.

¿En dónde está el secreto del interés?

En la vida de los personajes y en la claridad cristalina de la narración. En su realismo. Pero el realismo artístico no es el realismo de la vida.

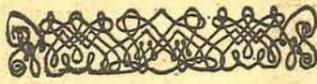
No es necesario que los personajes sean verdaderos: basta

II FORMA INTERNA Y EXTERNA

que el autor haya hecho aceptar su ficción como cosa cierta, y que sus personajes imaginarios actúen con lógica y verosimilitud, dentro de su atmósfera convencional.

Por ejemplo, los "Libros de la selva virgen" (the Jungle) de Rudyard Kipling, en que los animales hablan, son realistas sin que puedan ser en ningún instante verdaderos.

Y en otro tipo de ficción citaríamos "El jorobado", de Feval o "Los Tres Mosqueteros", de Dumas. Una vez que el lector ha aceptado el convencio-



El despertar de una muchacha aldeana

Suena el viento en el pinar
los caramillos del alba,
y en un columpio de seda
se va anifiando en las ramas.

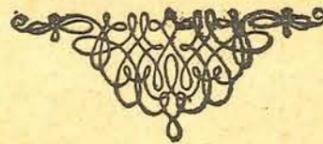
Posa en la tierra la luz
y, al penetrar en la casa,
deshace la red de sombra
que te aprisiona en sus mallas.

Acucia tu corazón
rítmicamente su marcha;
que en el país de los sueños
ya madura la mañana.

Pureza del despertar.
Regocijo sin palabra:
Se está vistiendo la vida
en una casita blanca!

Y al transponer el umbral,
oliente a clavel y a malva,
lucirá su seno al sol
como un ánfora colmada!

Francisco Isernia



nalismo de los personajes y del ambiente, las más extravagantes aventuras le resultan verosímiles y las sigue con ese interés que sólo despierta la vida.

Lo verdadero y lo verosímil.
El color local

He referido en "15 días sacristán" cómo fué el primer cuento que escribí. Se titulaba: "¡Loca...!", así, con tres puntos suspensivos y dos admiraciones.

Necesitaba dejar un solo hijo a una viuda que tenía seis. Había oído contar que en una espantosa epidemia que azotó mi ciudad natal, la difteria le llevó en ocho días sus ocho hijos a una madre, y me pareció que disminuyendo un poco la velocidad del flagelo y el nú-

HUGO
WAST

(Para LA NACION)

LAUSANNE, septiembre de 1926

mero de los pequeños cadáveres podría valerme de aquel recurso.

Maté, o mejor dicho, hice matar por la difteria en quince días los cinco chicos que me estorbaban.

Mi abuela, que antes he recordado, tenía muy buen sentido artístico, y en lugar de enternecerse cuando leyó mi cuento, se puso a reír, lo cual ofendió mi vanidad, y me desconcertó.

—¡Qué matanza de inocentes, hijito! ¡Ni el rey Herodes! —¿Pero cómo es eso, mamá? —¿No me ha contado usted de una tía a quien la difteria le llevó ocho hijos en una semana?

—Sí, desgraciadamente; pero aquello fué verdad, y esto es un cuento...

Ella no se explicó más largo, porque no sabía analizar sus razones estéticas; y solamente años después he comprendido la gran lección de literatura que me dió la santa viejita: no siempre lo verdadero es verosímil, y "en arte solamente lo verosímil es verdadero".

Años más tarde fui aprendiendo trabajosamente otra lección, que se refiere al color local.

Atiborrado como estaba de lecturas extranjeras y habiendo observado muy poco de la vida real, antojábaseme que una verdadera novela no podía desenvolverse ni con los argumentos que ocurrían cerca de mí, ni en el ambiente de mi ciudad.

Si necesitaba mencionar una calle, encontraba ridículo nombrar mi calle; si quería referirme a un árbol, parecíame insulso decir un tala, o un algarrobo. Tenía que situarme en países imaginarios, donde crecieran tilos, palmeras y baobabs.

Naturalmente, mis cuentos carecían de todo realismo y no tenían ninguna probabilidad de ser originales.

Yo mismo disminuía su interés, renunciando a inspirarme en el ambiente en que había nacido, y que podía observar.

Recuerdo que en "Los dos grumetes", uno de mis primeros cuentos, el protagonista es un viejo marinero que se llama el "tío Trinquete", y refiere una historia triste, sentado al pie de un añoso tilo...

Esta pueril preocupación es bastante frecuente en los principiantes. Creen que sólo tiene interés y dignidad literaria el escenario remoto, el lenguaje desusado, el personaje irreal.

Y es justamente al revés; nada hay más interesante para los lectores de todas las latitudes que el color local. Es el que tenemos al alcance de la mano y el que hará universal nuestra obra, si sabemos aprovecharnos de lo que ven nuestros ojos.

Porque es lo único que nos da base para ser realmente originales. Cervantes, Pereda, Manzoni, Maupassant crearon obras maestras enfocando un rincón de su región.

Las novelas psicológicas, las trascendentales y otras especies

Hace unos cincuenta años, por reacción contra el naturalismo que había volcado en la literatura los establos de Augias, se puso en gran predicamento la novela psicológica, que no era por cierto ninguna novedad. Y se inventó la teoría de que la novela es un género filosófico, y cuando no hay en ella cuestiones en debate, análisis de alma, procesos a sistemas sociales, asuntos trascendentales y espesos, no es digna de ser considerada como obra de arte.

Esta teoría resultó cómoda para la gran mayoría de los novelistas, pues coincidió con un período de agotamiento de la imaginación.

Era más fácil hacer sociológica chirle que verdadera novela.

La novela psicológica, entendida así, es una visión incompleta de la vida.

En ella los personajes son medusas transparentes y gelatinosas. A duras penas el lector imagina su figura real. Vivien del aire. Las dueñas de casa no cocinan. Los maridos no tienen tranquilidad. Los matrimonios no tienen hijos. No hay niños, ni viejas, ni criadas. A lo más, algún lacayo sin rostro, que se introduce como correvedile en casos extremos.

El cansancio del público ha provocado la crisis de ese género pretencioso y hueco; y "montañas de novelas psicológicas", llenas de adulterios y de crímenes, pero no por eso menos aburridas, han ido a las fábricas de papel con las hojas sin cortar.

Aun los cuentos de hadas deben ser psicológicos. Quiero decir que "el novelista debe hacer psicología sin notarlo", o mejor dicho, sin anunciarlo y sin que el lector adivine su propósito. Un argumento bien conducido a lo Eliot, a lo Daudet, es una psicología en acción.

En una novela bien concebida y ejecutada todo es dinámico, nada se estanca; marcha la narración a la par de los caracteres, entre verdaderos paisajes, como un río copioso.

No hay discurso del autor pretendiendo explicar lo que debe surgir de la acción misma y descubrirlo el lector sin que le abran los ojos.

En el género de la novela puramente de ideas se han escrito obras interesantísimas, cuando el autor era un verdadero novelista y su concepción no pecaba contra los principios esenciales de la novela. Por ejemplo: "La vida privada de Miguel Dessier", del suizo Rod; "El demonio de mediodía", del francés Bourget; "Pequeño mundo antiguo", del italiano Fogazzaro.

Es achicar los dominios del género el no considerar como obras de arte sino las novelas trascendentales y otras que parecen trascendentales porque son aburridas.

Precisamente el tipo clásico y eterno es el de la novela de aventuras. ¿No han sido, acaso, novelas de aventuras la "Iliada", "La Odisea" y el "Quijote"? Estoy lejos de pensar que la novela ha de ser sólo un pasatiempo.

Ninguna actividad humana tiene su fin en sí misma, ni siquiera el Arte. Toda labor en el mundo debe servir para un fin más alto que ella misma. Por consiguiente, toda novela debe contener alguna especie de trascendencia, que la haga expandirse en sentimientos o ideas grandes, más allá de sus propias páginas.

Por ejemplo, "Robinson Crusoe" es una gran novela de aventuras, lo que no impide que sea una gran lección de conformidad y de confianza en Dios, de virilidad, de perseverancia y de generosidad.

Pero la novela que no procura al lector un descanso mental, que vuelve a zambullirlo en las mismas preocupaciones de que desea escapar, peca contra una de las razones de ser del arte, que es liberar al hombre del círculo estrecho y material en que vive.

Nada más saludable para el cuerpo y el alma que un viaje. El ver otros paisajes, otras escenas, renueva en nosotros la energía y la sensibilidad.

La novela es un viaje imaginario. Pero no cualquiera logra arrebatarnos de nuestro sillón y conducirnos a través del espacio y del tiempo. Ese milagro no lo realizan sino las verdaderas novelas, en que hay vida, y por lo tanto, interés.

(Continuará)

LA ÚLTIMA CARTA

GREVILLE Foreland apuró su copa de brandy, contempló su mano temblorosa bajo el cono blanco de la lámpara eléctrica y se rió con una risa forzada.

—Por lo menos esta vez—murmuró—, seré metódico.

Se quedó pensativo, recordando el comentario tantas veces repetido de su paciente superior, y tomó distraídamente un sobre.

¿Qué era lo que el coronel Baxter había observado en las numerosas ocasiones en que los descuidos y la falta de método de su ayudante provocaron dificultades en la dirección administrativa del batallón? Le había dicho muchas veces: "Foreland, continuará usted cometiendo errores hasta el día de su muerte. Siempre ha incurrido en omisiones desde el principio al fin. Su entrada en el cielo o su embarque en el puerto de Satanás dependerá de un error. ¡Maldita sea, hombre! Vive usted de equivocaciones, y seguramente morirá con ellas".

Foreland recordó todo lo sucedido durante los dos últimos años, mientras escribía en el sobre el nombre y la dirección del coronel. Luego, dejando el sobre a un lado, tomó la carta que había escrito, y que estaba lista para ser puesta en el correo. Mientras acariciaba con una mano un pesado revólver del ejército, sus ojos recorrieron las líneas de la carta, que decía:

"Coronel E. H. Baxter.—Mi estimado coronel: Mil perdones si esta carta no está de acuerdo con la fraseología campanuda y la etiqueta de los círculos militares. Cuando usted la reciba estará ocupado en el cielo o gozando de una licencia permanente en el infierno, donde el trabajo es de proporciones iguales, pero el personal es considerablemente mayor. Confieso que me gusta la vida regalada, y como ya no me es posible seguir cubriendo las apariencias y disponer cómodamente de los fondos substraídos, he decidido abrirle mi pecho (sic) antes de que mañana se descubran, inevitablemente, mis desfalcos.

"Hasta ahora, siempre he logrado ocultar la situación con un éxito perfecto, pero tenía que llegar la hora en que el descubrimiento fuese inevitable. He demorado este momento todo cuanto he podido, pero mañana llegará la confrontación de los fondos y de las cuentas. No encuentro forma alguna de reponer lo que falta, y mi naturaleza plácida y tolerante se horroriza ante la idea de la desgracia y de la prisión.

"Se trata de seiscientas libras, aproximadamente. Esa es la cantidad que he malversado. Si contare con algún medio para reunir esta suma, la repondría inmediatamente, y sólo se sabría que la pedí "prestada". ¡Pero lo cierto es que no suceden milagros, mi coronel! ¡Sólo incurro en equivocaciones! Todo el mundo me conoce demasiado bien para que alguien quiera prestarme seiscientas libras. En consecuencia, cuando mañana se descubra la defraudación, cuando se examinen las cuentas, ya no estaré junto a usted. Ni siquiera estaré en espíritu, mi querido coronel; no quiero que mi espectro le atormentara.

"Espero que el instinto metódico que me ha inducido a explicar las causas de mi desceso será apreciado como merece.

"Saluda a usted respetuosamente, Greville Foreland, capitán y ayudante".

Foreland introdujo la carta en el sobre, y lo selló, fijándole luego, cuidadosamente, la estampilla. Su latrocinio no despertaba en él remordimiento alguno. Lo único que lamentaba era el descubrimiento inevitable. Había olvidado de cumplir su undécimo mandamiento: "No debes ser descubierto", y eso significaba el fin de su carrera. No le quedaba más remedio que valerse de una bala. ¿Se expondría a caer en desgracia, a ser encarcelado, para salir luego en libertad y luchar desesperadamente después para ganarse la vida? ¡No, señor! Foreland encendió friamente un cigarrillo; contempló de nuevo su mano temblorosa y se convenció de que su calma externa no era más que una máscara

que ocultaba los temores que sentía.

—Muy pronto terminará todo—murmuró, como para infundirse ánimo—. Un tirón del gatillo y estaré fuera del alcance de todo el mundo. No sentiré nada, pues ocurrirá con demasiada rapidez.

Levantó el revólver para deslizarlo después en un cajón, y, tomando la carta, salió para echarla al correo. Mientras andaba, maldecía sin razón al destino, que no le permitía reponer el dinero con el tiempo necesario para evitar ser descubierto. Metió la carta en un buzón y regresó a sus habitaciones.

se examinarían las cuentas. ¡Un milagro! Nunca había creído en ellos, y, sin embargo, aquello era un verdadero milagro.

Echó una mirada al dinero y se sonrió. ¡Qué rasgo típico de su tío de enviar dinero en efectivo en vez de hacerlo mediante un cheque! El tío James no tenía confianza alguna en los bancos, y siempre usaba dinero en efectivo en sus pagos.

Foreland recordó la personalidad del rudo minero, propietario de yacimientos que prometían mucho y no daban ningún rendimiento.

—Pórtate como un verdadero hombre—le había dicho—, y no

cuidadosa maniobra preparada durante dos años.

Foreland colocó el revólver en un cajón, puso el dinero en un sitio seguro, tomó su sombrero y se dirigió apresuradamente al buzón. Pero ya habían retirado la correspondencia.

Nuevamente se le presentó a la imaginación el cuadro de su desgracia. Foreland permanecía parado en el extremo del camino, casi desierto, echando maldiciones; imaginó su ruina provocada por un oficial superior bondadoso, pero inexorable en cuestiones relacionadas con el deber y el honor; la cesación del envío de nuevos fondos por parte del tío James, quien se

intentar substraerla antes de que llegara a sus manos. Eso no era posible. Foreland sabía que el coronel recibía personalmente su correspondencia, pues algunas de las comunicaciones que le enviaban eran muy importantes y no permitía que sus cartas pasaran por manos de otro hombre, fuera de los funcionarios del correo.

—¿Por qué no esperé?— se preguntó Foreland, que había perdido toda su calma. Se había convertido en un hombre completamente distraído, que estaba convencido de que su ruina era algo inevitable.

Bebió brandy en abundancia. Sus manos temblaban tanto que se derramaba gran parte del líquido generoso. En una forma vaga el hombre comprendió que las horas pasaban rápidamente. De tarde en tarde, murmuraba cosas sin sentido. En cierta ocasión, lanzó una carcajada histérica, mientras pasaba las manos sobre los billetes que estaban esparcidos sobre la mesa. El coronel Baxter no consentiría nunca en aceptar aquel dinero para ocultar el asunto. Era inflexible, completamente inflexible. Y a él sólo le esperaba la ruina. Todo por un error, por una simple omisión. Si sólo hubiera esperado hasta la mañana, o siquiera media hora más antes de enviar aquella maldita carta...

Foreland recordó la suerte que había corrido otro hombre que, años atrás, se había apoderado de los fondos del batallón. Los parientes habían enviado dinero para cubrir los desfalcos, pero todo fué inútil. El coronel Baxter no perdonaba a nadie cuando estaban en juego el deber y el honor. Lanzó un suspiro y echó una mirada al reloj.

—¡Las nueve!

No tardarían en llevarle el desayuno. En esos momentos el coronel Baxter estaría, sin duda, leyendo su carta. Foreland se hundió más en su silla.

—¡Seré arrestado!—murmuró febrilmente.

Súbitamente se irguió. No había duda de que vendría la policía en cualquier momento. ¿Acaso no había comunicado al coronel su intención de suicidarse? El anciano denunciaría el caso a las autoridades en cuanto leyera la carta.

Foreland se echó a reír al comprender que la red se estrechaba cada vez más. No había escapatoria: sería arrestado. Inspiraría horror a todo el mundo. Y aunque se salvara de la prisión, quedaría privado de todas las cosas buenas de la vida, a causa de esa mancha que no desaparecía jamás.

Foreland se rió nuevamente. Se sentó sobre la mesa, bebió un buen trago de brandy, y, mientras tanto, buscaba a tientas su revólver.

—¡Y todo por un error!—murmuró—. ¡Un simple error! ¡Si sólo hubiera esperado antes de mandar aquella maldita carta!

Fué levantando lentamente el arma.

■ ■ ■

En la puerta de calle el sirviente examinaba cuidadosamente una de las cartas que le había entregado el cartero. Llevaba el nombre del coronel Baxter, las señas de su casa y el sello oficial. En el dorso del sobre tenía una indicación de que no había sido hallado el destinatario.

—No va dirigida a ningún pueblo o ciudad—refunfuñó el cartero—. Tenemos que devolverla por falta de dirección. Hay personas que siempre se equivocan. Pero, ¡por Dios!, ¿qué es eso?

"Eso" fué una detonación que se oyó dentro de la casa, seguida por el ruido sordo que produce un cuerpo al caer.



—En esta forma terminará el último día de mi licencia—murmuró—. ¡Seal!

Tomó el revólver, hizo girar el tambor con el dedo pulgar, echó una mirada a los cartuchos y empujó el seguro hacia adelante.

Levantó el arma a la altura de su cabeza, y después de pasarse la lengua por los labios cerró los ojos. Cuando sus dedos empezaban a hacer presión sobre el disparador oyó el rumor de los pasos de alguien que se acercaba. Oyó una tosecita que sonaba afuera, y que una mano llamaba a la puerta, respetuosamente, golpeando con los nudillos.

El sirviente, al entrar, encontró a su patrón sentado tranquilamente junto a la mesa. El revólver estaba oculto detrás de una caja de cigarrillos.

—Acaba de llegar esta carta, señor—dijo el sirviente.

Foreland manoseó la carta certificada, indicó a su sirviente con un movimiento de la cabeza que podía retirarse y luego abrió el sobre apresuradamente.

Cayó un papel doblado mientras sus manos extraían un fajo compacto de billetes. Con mirada de asombro recogió el papel y leyó lo siguiente:

"Señor: En nombre de mi cliente y tío suyo Mr. James P. Morpeth, se me han dado instrucciones para entregarle, en efectivo, la cantidad de mil libras esterlinas, suma que se le debe por la súbita e inesperada aparición de petróleo en los yacimientos en que tiene usted participación, con motivo de haber cumplido la mayoría de edad".

La carta estaba firmada por un abogado de fama.

Foreland reprimió un deseo loco de gritar alborozado. Tenía en sus manos un gran fajo de billetes. Por la mañana podría reponer el dinero substraído, antes de las diez, hora en que

te pesará cuando cambie mi suerte, Greville.

Pero siempre había considerado esto como la simple promesa de un anciano que tenía un concepto rígido de lo bueno y de lo malo. Por suerte, la súbita prosperidad había precedido al examen de las cuentas. Foreland se echó a reír al pensar que, sin duda, recibiría otras sumas a medida que aumentarían las ganancias. Pero si el anciano llegaba a tener noticias de sus depredaciones cortaría inmediatamente los envíos de dinero. Jamás perdonaba a los "pillós". Una sonrisa cínica se dibujó en los labios de Greville. Reemplazaría los fondos que faltaban por la mañana, y después todo marcharía a pedir de boca. Le sobraban cuatrocientas libras, y, si no sucedía algo que lo malquistara con el tío James, recibiría en adelante más dinero.

Pero, súbitamente, Foreland dejó escapar un terrible juramento. ¡Se había olvidado de su carta! El coronel la recibiría a la mañana siguiente en su casa particular de la costa del Este. Durante un minuto entero permaneció alelado. ¿Por qué demonios no había esperado hasta la mañana para echar la carta al correo? No le sería posible dar nunca con una explicación satisfactoria. Aun cuando reemplazara el dinero, tratando de hacer pasar la cosa como una broma estúpida, el coronel, en tren de sospechas, examinaría las cuentas desde un nuevo punto de vista, y descubriría la

sentiría indignado ante la vileza de su sobrino.

Con el corazón batiéndole violentamente se dirigió a la oficina de correos. Estaban clasificando las cartas.

Sin perder la calma, Foreland explicó que por error había colocado un documento importante en una carta. Describió el sobre minuciosamente y presentó pruebas de su identidad. Y terminó pidiendo, con una sonrisa en los labios, que la carta le fuera devuelta.

Con cortesía, pero con firmeza, el funcionario le advirtió que la devolución de cualquier carta era imposible. Una vez echadas al correo, todas las cartas eran de propiedad del director general de la repartición hasta que fueran entregadas a las personas a quienes iban dirigidas.

Foreland insistió en sus ruegos. No tuvo éxito, y perdió la paciencia. El funcionario se mantuvo impasible. Desesperado, Foreland intentó sobornarlo. Propuso una suma grande, y en seguida aumentó la oferta. El hombre, en quien se habían despertado las sospechas, se negó a seguir escuchándole. Foreland salió del lugar con paso vacilante. Tenía la sensación de que una gran tenaza le oprimía las sienes. Recordó la frase inexorable del coronel: "Vive usted de equivocaciones, y seguramente morirá con ellas".

Una vez en su habitación, Foreland se dejó caer sobre una silla y trató de hallar la forma en que saldría de aquella situación. Al obscurer, aun estaba lejos de encontrar la solución. El alba sorprendió a Foreland con los ojos hundidos y los cabellos en desorden.

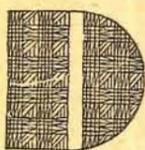
Dentro de pocas horas el coronel Baxter recibiría su carta. No había forma alguna de impedirlo. ¡Ninguna! La carta sería entregada a su destinatario, con toda seguridad. No podría

RALPH
PLUMMER
ILUSTRACION DE
JUAN CARLOS HUERGO

CRISIS!

La gran crisis que atravesamos nos obliga a hacer economías. No compre vestidos nuevos: límitese a teñir los viejos con SUNSET que les da un bonito color de moda y la apariencia de nuevos. SUNSET es fácil de usar y de seguros resultados.

PEQUEÑAS DELICIAS DE LA VIDA CONYUGAL



El aquel viaje que el director de LA NACION hizo a los Estados Unidos cuando en los campos de Europa rugía aún el cañón con acentos tremendos, derivaron para este diario algunas cosas importantes. La provisión de papel, que era, más que nunca, como la provisión del imprescindible alimento cotidiano, había sufrido graves tropiezos por obra de la campaña submarina. La perspectiva de un estado cataleptico por inanición—y que se me perdone el despropósito científico en gracia a la realidad periodística que por aquellos momentos encerraba—fué la causa determinante de esa travesía un poco precipitada, en el primer barco que zarpó de aquí para el norte—el Tongwa, un "cargo boat" de la matrícula de Bombay—y entre el riesgo siempre posible de los siluros germánicos.

Pero la preocupación fundamental, preocupante grande, obsesionante, ya que se vinculaba con la publicación misma del diario, no podía impedir que, así colocado en el vastísimo campo experimental que constituye el periodismo norteamericano, el hombre de prensa argentino lo observase todo con acucioso interés profesional y, puesto el pensamiento en el propio, franquease de buen grado su espíritu a las abundantes sugerencias del medio. De aquella época datan algunas de las transformaciones operadas en LA NACION. Fué entonces—para no referirme sino a la mayormente visible—cuando la parte más destacada del diario, la primera plana, fué destinada a lo más substancial del diario en su función informativa, es decir a las grandes noticias, que de esta suerte desplazaron, con firmes propósitos de mejor servicio, a la publicidad usufructuaria de semejante posición. Y fué también entonces cuando cierto día consolidadas ya las primeras innovaciones, anunció el director, en la intimidad de la tertulia coronadora del trabajo cotidiano, que iba a presentarse otra novedad: una historieta cómica.

Aquella resolución dejó perplejos a muchos de los que tuvieron el anuncio primordial. ¿Era posible? Más aun: ¿era serio que LA NACION incluyese sistemáticamente en sus páginas diarias un material de esa especie, por muy artístico que fuese? Entre la noticia y su realización medió algún tiempo. Aquella se difundió por la redacción toda y entre los amigos de la casa. Las opiniones adversas abundaron. Los ju-

La tira que sirvió para iniciar la publicación en LA NACION, el 18 de octubre de 1920

A DIEZ AÑOS DE DISTANCIA

POR JACK DAY

cios favorables fueron desconsoladoramente escasos para los que en el primer momento creímos que la autoridad de LA NACION no iba a sufrir desmedro alguno por obra de tal iniciativa. Ya se había pensado en ello, porque la idea estaba lejos de ser el resultado de un "impromptu".

—Los diarios argentinos—había dicho el director al revelar su propósito—pecan por exceso de adustez. En esta adustez han educado a su público, que, habituado a ella, no pide otra cosa. A mi juicio, hay en eso un error. Un diario puede ser muy serio sin dejar de ser ameno. Y es tan ardua de por sí la vida que debe celebrarse cuanto, dentro de la discreción impuesta por los límites infranqueables de las más severas normas periodísticas en el sentido de la rectitud, de la honradez estricta y de la lealtad invariable, tienda a alegrarla con un destello de buen humor, sobre todo cuando, en sus comienzos la jornada, puede ofrecerse ese destello como elemento predisponente del ánimo para el trabajo que aguarda.

Por lo que atañe a LA NACION, este concepto no era nuevo. Tiempo hacía ya que los lectores saboreaban el ingenio retozón y finísimo de Emilio Becher y el humorismo zumbón de Arturo Cancela en sueltos que ponían sendas notas de ágil espiritualidad en medio de las columnas graves de la página editorial. Bien que de muy diversa naturaleza, los dibujos cómicos iban a contribuir a la reafirmación de esa tendencia con nueva substancia periodística. Por lo demás, a quienes disgustasen les quedaría siempre el recurso de eludirlos. Debo reconocer que el argumento no tuvo muy grande fuerza de convicción. Entonces pudo comprobarse una vez más cuán honda es la vinculación que el tiempo y la costumbre establecen entre el lector y el diario preferido. La identificación de aquél con éste llega a ser tan íntima que hasta inculca la noción de un derecho real, indiscutible, inalienable: el derecho a que el diario sea tal como el lector cree que debe ser. Por lo que hace a LA NACION la evidencia de la solidaridad así establecida era halagadora en alto grado, aun cuando las expresiones de voluntad que en

virtud de ese derecho llegaban a la imprenta fuesen contrarias a la idea de los dibujos cómicos. Hay que reconocer que las voces adversas fueron muchas más que las favorables. Pero ya he dicho que la idea había sido maduramente meditada, y el 18 de octubre de 1920 apareció la primera tira de lo que se llamó "Pequeñas delicias de la vida conyugal".

Fué el recio desatarse de la tempestad que se incubaba. Llovieron cartas en abundancia. Se insistió, no obstante. La historieta había sido elegida



con cuidado entre muchas que gozaban ya de popularidad sólidamente cimentada. Conviene advertir que no fué una elección fácil. De ella dependía en buena parte que la iniciativa cuajase en éxito o se desvaneciese en el fracaso. Desde luego, entre el país originario de todas ellas y el nuestro había diferencias psicológicas que era preciso no olvidar. Constaba que tal creación de tal artista había logrado en los Estados Unidos una vasta difusión con-

La historieta famosa ha sido a través de los años una crónica de la evolución de las modas femeninas

sagratoria, pero ¿gustaría aquí de igual modo? Hubo que prescindir, pues, de esa suerte de antecedentes y examinar el copioso material con ojos argentinos. Finalmente, optóse por la historieta que en los países de habla inglesa aparecía con la firma aun poco conocida, pero destinada a una notoriedad universal, de George McManus. Era una historieta con caracteres profundamente humanos. Presentaba, por esto mismo, episodios y situaciones comunes a todas las latitudes. Fuesen ridículos o graves, ofrecían siempre aspectos risueños, que a menudo adquirían relieves de comicidad de buena ley. Por lo demás, y en virtud de eso mismo, brindaba posibilidades de adaptación que en aquellos comienzos, frente a un público mal dispuesto a aceptar lo que su temperamento rechazaba, podían ser positivamente útiles. Hace un par de semanas recordé la intervención que tuve en el rebautizo de algunos de los personajes—Don Trifón, Doña Sisebuta, Dorita—y cómo consideré grato privilegio la obligación de iniciar la no siempre fácil tarea de verter al español frases y leyendas a cada paso caracterizadas por una germania del más puro sello neoyorkino, si se me permite el adjetivo.

De cuantos, entonces o después, entraron en contacto con él, ¿quién negará que Don Trifón le conquistó rápidamente, definitivamente? Bien sé que hubo muchos lectores que mantuvieron durante algún tiempo su aversión irreducible. Mas para todos llegó un día en que la mirada se detuvo como distraída en la artística tira cotidiana. El remoquete habitual hizo sonreír. Y fué para todos el comienzo de una rendición sin condiciones. Es que Don Trifón tenía gracia en sus ocurrencias, y que, además, las cosas que le sucedían eran absolutamente humanas, justamente porque no eran extraordinarias. En muchos hogares, casi diría que en todos los hogares, por lo menos de tarde en tarde, acaecía también algo de eso. A poco el nombre de Sisebuta era antonomástico de la esposa tiránica y una cordial simpatía rodeaba la figura de Trifón, marido mártir en su comprensivo culto de la paz vernácula. Junto a ella, la del amigo di-

lecto y a menudo cómplice, Dinty Moore, encontraba en la vida corriente infinidad de caracteres análogos...

De esta suerte, al cabo de contadas semanas Don Trifón Opez, celebrado por la mayoría desde el primer momento, no era ya en nuestro periódico un intruso para nadie. Cierro que a la excelencia de la idea que determinó el trasplante periodístico de los dibujos cómicos al medio argentino correspondió la excelencia del gajo con que iba a intentarse. Hasta hubo muchos lectores norteamericanos radicados en nuestro país que afirmaron—yo creo que habría excesiva modestia en callar el hecho—que la historieta de Geo McManus tenía, tal como la publicaba LA NACION, un valor superior al del original neoyorkino. Sea como fuere, la verdad es que los dos personajes principales adquirieron rápidamente una popularidad consagratoria. Lo demuestra, entre muchas otras cosas, la circunstancia de que la propaganda comercial los tomase, con autorización de este diario en cada caso, como elementos fundamentales para llamar la atención del público. Hasta se les llevó al teatro y al cinematógrafo... Después "Las pequeñas delicias de la vida conyugal" han sido algo inseparable del diario mismo. Ocupan un lugar que, no obstante su alejamiento de las secciones informativas de carácter e interés generales, atrae cotidianamente la atención de todos. Desde ahí sigue Don Trifón sonriendo todas las mañanas a sus amigos, grandes o pequeños. Pues conviene señalar el hecho realmente curioso de que si las aventuras de nuestro pintoresco personaje interesan a los adultos, en no menor grado cautivan a los niños.

Es frecuente oír una admirativa reflexión:

—¡Qué prodigiosa fecundidad la de McManus!

Lo es, en efecto. Ese hombre más bien grueso, no muy alto, de semblante jocundo, que manejando su lápiz habilísimo gana más de 100.000 dólares anuales, comenzó su historieta mucho antes de que LA NACION empezase a publicarla. Trabajaba entonces en la sala de dibujantes de uno de los diarios de Park Row, lugar silencioso como todos los del "downtown" neoyorkino por la noche, pero infernalmente bullicioso en las horas de actividad y acaso el más ruidoso del mundo en los momentos del "rush" formidable. Era la suya por aquella época, todavía distante de la fama y de la fortuna, una labor ardua y él lo ha dicho:

—Concebir sintéticamente un argumento e interpretarlo en un lugar lleno de colegas, de

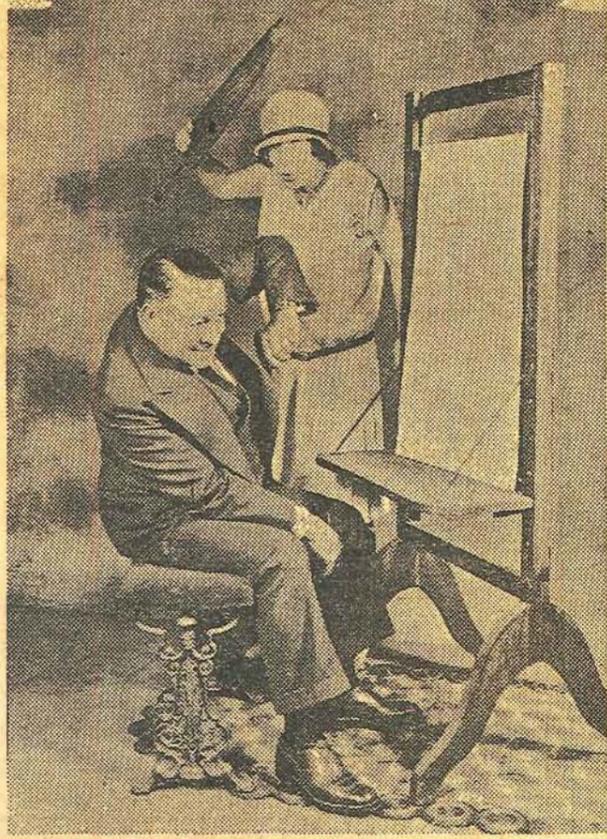




Pero, a fin de cuentas, será conveniente o no el avance del feminismo? Sostengo que es un error. Mi arte personal podrá ser plausible o no. Es una cuestión aparte. Pero, en sí mismo, el género es positivamente artístico, y no de los más accesibles. De ahí que no pueda ser acometido en cualquier momento, como si sólo se tratase de una tarea mecánica. También requiere, no diré propiamente inspiración, pero sí que el ánimo esté plenamente bien dispuesto. Concebir los gestos y las expresiones de cada personaje para adaptarlos cabalmente a la idea que se trata de interpretar, no es siempre cosa sencilla. A veces eso "no sale", por mucho empeño que se ponga en el trabajo. Y entonces es menester dejarlo para cuando la facilidad venga por sí sola.



He aquí, sobre todo, por qué es admirable McManus. A lo largo de los diez años que Don Trifón ha cumplido en LA NACION, ni un solo día ha estado ausente. En tan dilatado lapso



Una fotografía de la misma época en que Don Trifón se asomó por primera vez a las columnas de LA NACION: McManus y su esposa al regresar de una visita a los campos de batalla de Flandes

reporters, de secretarios y de visitantes, en medio del rumor recio de conversaciones inacabables sobre los temas más distintos, entre densas nubes de humo y frente al zumbido incesante y enorme que llegaba de la agitada colmena callejera, no fué nunca cosa fácil. Pero eso no duró mucho tiempo. La prosperidad trajo una independencia relativa. George McManus pudo así abandonar la sala común y aislarse. Ahora ocupa un suntuoso departamento en uno de los grandes edificios de la elegante Park Avenue, frente a la pulcritud del vasto Parque Central de Manhattan. Es un piso alto, substraído por su misma elevación al estrépito del tráfico nutridísimo de la ancha arteria aristocrática, y desde cuyas ventanas la vista puede recrearse en la dominación de esa parte magnífica de la gran ciudad. A ellas suele asomarse a menudo el artista para descansar los ojos. Es un placer al mismo tiempo, mas no un placer gratuito. Lo recuerda el propio McManus cuando por su espléndida residencia se le envidia:

—El Parque Central no es de propiedad del dueño del inmueble en que vivo, pero me lo cobra como si fuese suyo. Y yo lo pago porque en mi tarea ha llegado a ser un auxiliar tan insospechado como eficaz. A veces concibo una idea, o me la sugiere un amigo, o me la inspira un insignificante episodio presenciado en la calle, en el subterráneo, en cualquier parte. Voy a casa, tomo el tablero y comienzo a dibujar. Pero al cabo de un rato advierto que "eso" no marcha. La realización me resulta, efectivamente, poco aceptable. No hay que dudar cuando esto ocurre: rompo la cartulina pausadamente, resignadamente, en trozos pequeñitos y me asomo al



McManus toma a menudo del natural los finos rasgos de sus "girls"

parque para refrescar la cabeza.

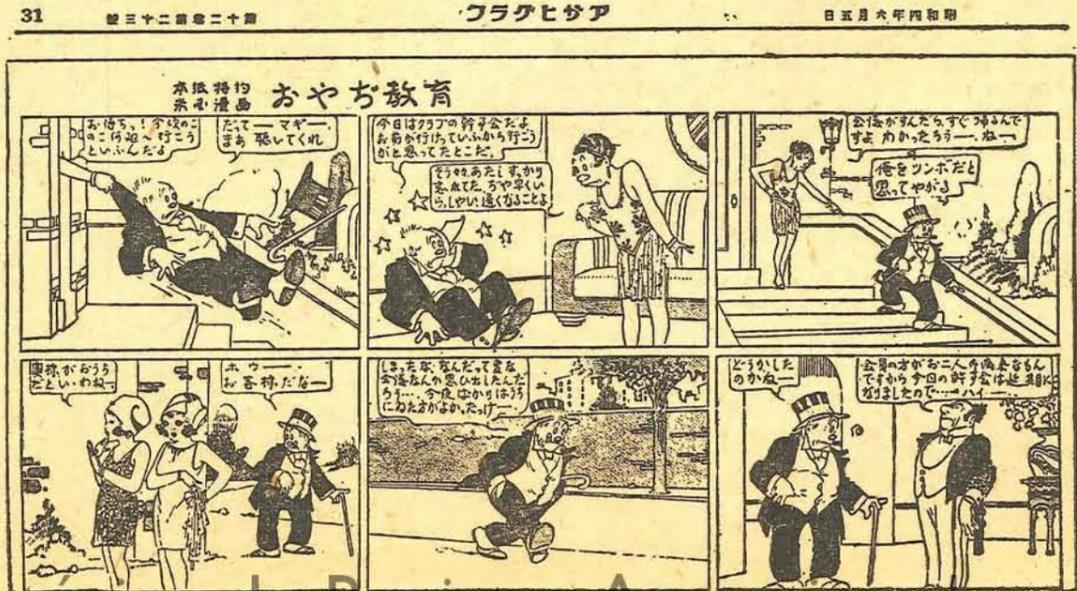
Otras veces el procedimiento es más radical: destruida la historietta apenas esbozada, George McManus sale a dar un paseo, o, si es la hora, se va a pasar un rato al teatro. Ya ha explicado por qué:

—Para mucha gente, los dibujos cómicos no son arte o, por lo menos, un arte serio.



el formidable trabajador que lo engendró artísticamente habrá tenido, sin duda, enfermedades y habrá necesitado periodos de descanso. Consta que alguna vez se llegó durante ellos hasta Europa. Pero "Las pequeñas delicias de la vida conyugal" no han faltado nunca en los diarios que con ese u otros títulos las difunden para recreación cotidiana de sus lecto-

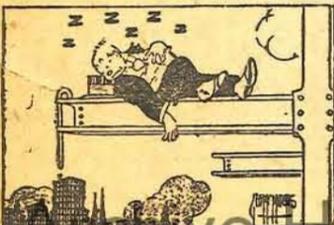
Fragmento de una de las páginas dominicales que aparecen en la revista "Asahigraph", de Tokio

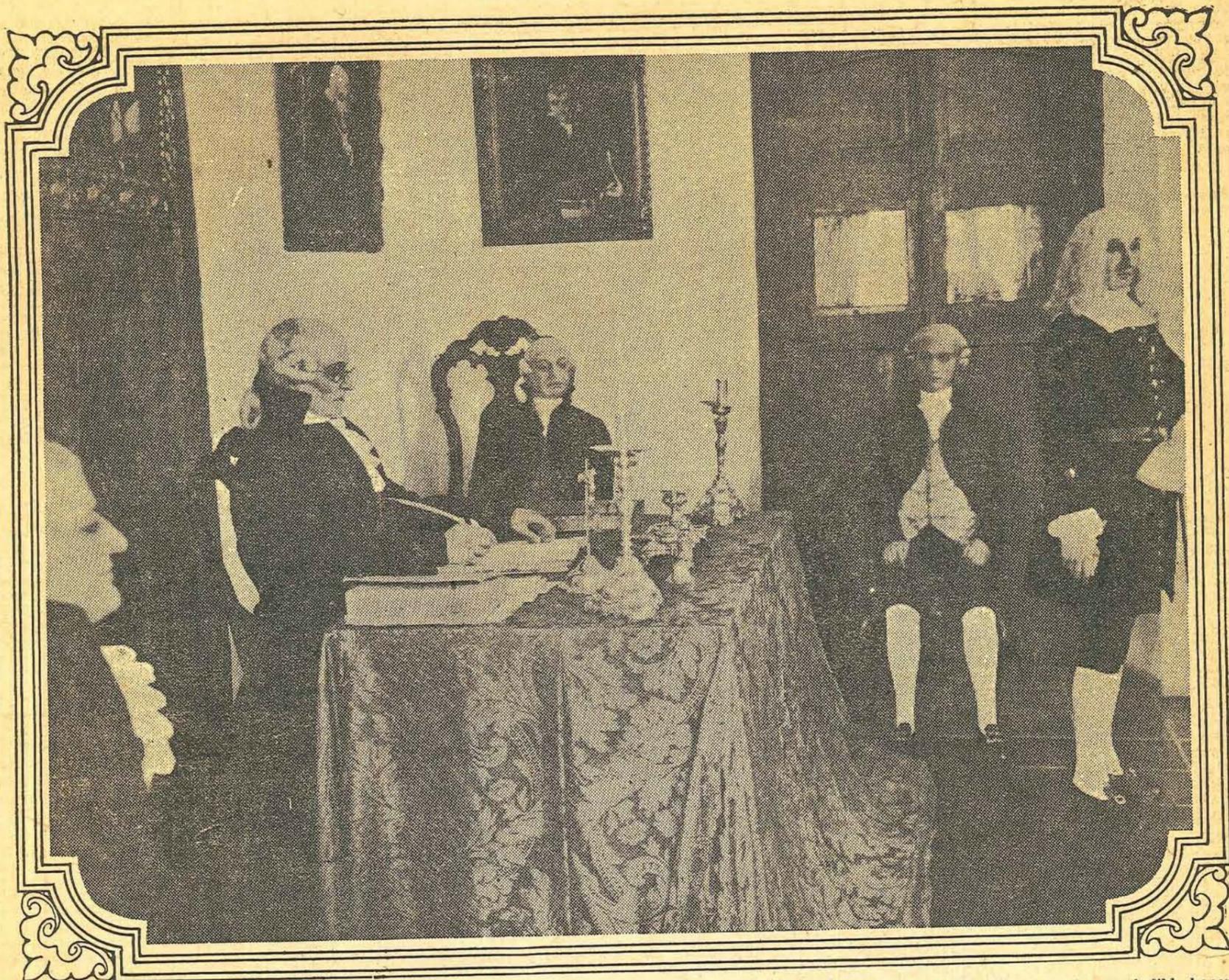


Con la actriz Polly Moran, que tuvo a su cargo el papel de Sisebuta en la película realizada por la Metro Goldwyn Mayer

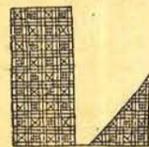
res. Por lo demás, no nos extraña que a veces languidezca la vena cómica del artista creador. Para cumplir sus obligaciones frente al público, Geo McManus necesita realizar un acopio constante de ideas que, si no son propiamente cómicas en todos los casos, han de tener, al menos, y ello de un modo invariable, cierta dosis de gracia de buena ley. La tarea de ideación resulta por tal modo fatigosa e incesante. Es una tarea que no da tregua y que acaso resulta mucho más ardua que la propia concreción de las ideas a punta de lápiz. Se explica así sin esfuerzo que sea una tarea principescamente retribuida. El sindicato para el cual trabaja directamente McManus ha concluido por pagarle, como va dicho, salarios enormes. Y es posible abonarlos porque los dibujos originales circulan, en reproducciones adaptadas a una gran diversidad de idiomas, por todo el mundo. Hasta por el Extremo Oriente.

Fuera de lo puramente material, la labor de McManus ha encontrado asimismo una compensación justiciera y grande. Los artistas que en los Estados Unidos y en muchos otros países cultivan el género suman millares. Ninguno ha logrado, sin embargo, la notoriedad del autor de Don Trifón. Geo McManus es hoy una figura de muy altos relieves en el arte, en el periodismo, hasta en los círculos sociales, porque ya se sabe que en su patria el triunfo en una actividad noble da por sí mismo singular jerarquía. Yo he querido, como intérprete argentino de sus populares tipos, tributarle el homenaje de estas líneas. Lo admiré desde el primer día. Y es que Geo McManus, privilegiado del buen humor y genio de la línea, resulta en verdad admirable, aun para espíritus de aptitud crítica hartos más alta que la mía.





La muerte trágica del capitán D. Diego de Luján



A inmensidad de nuestras pampas era del dominio de los indómitos querandíes, quienes compartían su posesión con los animales salvajes que abundaban en sus grandes llanuras cubiertas entonces de pajonales e hinojales, con alguna vegetación arbórea en la que descollaba nuestro hermoso y poético ombú, los talas, espinillos, algarrobos y otras especies que luego fueron destruidas por los nuevos pobladores.

Luján es una de las primeras poblaciones que se fundaron en las cercanías de Bs. Aires, y su nombre lo toma de un conocido episodio: la muerte trágica del capitán D. Diego de Luján el año 1535, ultimado por los indios querandíes a orillas del río a que dió nombre ese intrépido oficial de D. Pedro de Mendoza, pues antes era designado por río del Corpus Christi, bautizado así por los primeros conquistadores.

Cuando el año 1580 tuvo lugar la repoblación de Bs. Aires, llevada a cao por D. Juan de Garay, éste repartió para su adelantado D. Juan Torres de Vera "el valle de Corpus Christi, que por otro nombre se llama el río de Luján, la tierra firme de dicho valle, hacia la parte de Santa Fe otro pedazo de tierra y ha de tener por el riachuelo arriba de la tierra firme 3000 varas de frente..."

Como es natural, pasó mucho tiempo antes de que esos pobladores agraciados con tierras y luego con repartos de indios, pudieran ver un grupo de poblaciones reunidas en aquellas vastas soledades; pero después, debido a la necesidad de comunicarse con el interior de las comarcas de Chile y del Perú, se eligió el camino que había de servir de ruta preci-

EL • TERCER • CENTENARIO DE • LUJAN •



sa, denominándosele por un auto del gobernador del Río de la Plata, D. José Martínez de Salazar, del año 1663, con el nombre de camino real para los reinos de Chile y del Perú, cuya carretera tenía sus primeras postas donde hoy existen los actuales pueblos de Morón, Merlo y Luján.

Cómo se quedó la Virgen en el pago de Luján

Siendo gobernador de estas provincias del Río de la Plata el mariscal de campo D. Francisco de Céspedes, ocurrió un hecho extraordinario que había de ser el principio del pueblo de Luján.

Fué el año 1630, según el viejo cronista Felipe José de Maqueda, cuando se produjo el conocido milagro de la Virgen, cerca del paraje donde se alza hoy el templo votivo más hermoso de América del Sur.

Un convoy de carreteras tiradas por bueyes salió de Buenos Aires con rumbo a Tucumán, y al tercer día del lento viaje llegaba la tropa al río Luján, vadeándolo por el paso del "Arbol Solo", llamado después "Paso de la Virgen".

En una de las carretas iban dos cajoncitos de igual tamaño, destinados a Sumampa (hoy jurisdicción de Santiago del Estero).

Hasta cinco leguas más allá del río de Luján no ocurrieron novedades, mas llegando a aquel lugar, en lo que es hoy la Cañada de la Cruz, la carreta de los dos cajoncitos quedó detenida en el medio del ca-

Reconstrucción de la sala de acuerdos del Cabildo de la Villa de Luján, en el museo de dicha población. El alcalde presidiendo el Ayuntamiento en pleno



El alferez real perpetuo don Juan de Lezica y Torrezuri (Maniquí existente en el Museo de Luján)

LA TRADICION GLORIOSA DE LA VILLA EN LA HISTORIA NACIONAL Por ARTURO F. GONZALES



mino. Seis bueyes no podían arrastrarla, a pesar de hallarse sobre una llanura; y después de cargar y descargar la mercadería, sólo cuando bajaron de la carreta uno de los cajoncitos, el enorme carromato pudo arrancar.

Los troperos y peones levantan la tapa del pequeño cajón, apartan unas virutas, un poco de paja y se encuentran con una imagen de la "Pura y Limpia Concepción de María". ¡Aquello era un milagro!

Divulgada la noticia por el contorno, vino un dueño de hacienda próxima, D. Rosendo de Oramas, quien destinó para oratorio consagrado a su culto un modesto rancho que se levantaba solitario en medio de la inmensidad imponente de la pampa. Siendo así como la Virgen se quedó para siempre en el pago de Luján.

Fernando VI erige la población en villa y crea el cabildo

Según relata D. Enrique Udaondo en su trabajo sobre "La villa de Luján", fué sobre un solar del cabildante de Buenos Aires y sargento mayor del Rey, D. Marcos de Siqueyra, donde se levantó otro nuevo oratorio a la Virgen junto al paraje del "Arbol Solo", en el sitio que hoy se halla el pueblo de Luján.

Eligióse este nuevo lugar por tener como defensa natural contra el indio el río, pues una larga y cruel experiencia había enseñado a los pobladores de estas comarcas que era necesi-

dad imprescindible hacer de cada población un fuerte.

Poco a poco se van agrupando vecinos en el pago que se denominó de Nuestra Señora del Río de Luján, atraídos por su devoción a su santa imagen, según lo expresa el gobernador Andonaegui, siendo designado como parroquia, el año 1730, a instancias del gobernador y mariscal de campo D. Bruno Mauricio de Zabala, quien lo visitó varias veces.

En medio de la preocupación constante del vecindario por levantar una iglesia sólida y estable, aparece en Luján una figura que había de adquirir gran notoriedad: la del noble vizcaíno D. Juan de Lezica y Torrezuri, quien tiene muchos títulos a la consideración de la posteridad por los servicios prestados en el Alto Perú, en Buenos Aires y en esta población, donde ocupó diversos cargos públicos.

Lezica, postrado por una grave dolencia, arribó al santuario más muerto que vivo, después de recorrer la distancia que lo separaba del Alto Perú, y tras una novena a la Virgen quedó del todo bien.

Agradecido a tal beneficio, se hizo cargo de la dirección de la obra de la Iglesia, empresa que terminó felizmente el año 1763, inaugurando un amplio santuario, no sin antes obtener del rey Fernando VI una real cédula por la cual elevaba a la categoría de villa a la población de Luján, creaba su cabildo y regimiento.

Es digno de hacer notar que como por aquel entonces escaseaba el dinero, el nuevo templo se había hecho en su mayor parte con donaciones de los fieles, que consistían en ganado vacuno, yeguarizos y lanares, cueros y cereales, sufragándose con la venta de tales ofrendas los principales gastos que demandó la fábrica de la iglesia, cuyos muros habían sido levantados por manos de negros esclavos.

El cabildo fué creado el año

1756 y de él formaron parte los vecinos más destacados hasta su extinción, el año 1821. Los libros de dicho cuerpo relatan en sus acuerdos el acto solemne de nombrar y jurar por patrona a la Virgen de Luján. Por eso su real estandarte, que fué bordado por las monjas del convento de Santa Catalina de Buenos Aires, lleva la efigie de esa imagen y las armas reales.

La huida del virrey Sobremonte y los caudales del fuerte

Al producirse la invasión del ejército inglés que atacó a Buenos Aires, el virrey Sobremonte sólo atinó a huir de la Capital, llevando consigo alguna tropa y los caudales que sacó del fuerte en varias carretas, las que llegaron con gran trabajo a Luján, sirviendo como depósito de los mismos la pieza del juzgado del edificio del cabildo.

Sobremonte ocupó la casa vecina, conocida actualmente por la casa del Virrey, pues las leyes de Indias prohibían a los mandatarios reales alojarse en las casas consistoriales.

Viendo el pusilánime Virrey que el enemigo avanzaba a tambor batiente sin encontrar resistencia, resolvió marchar a Córdoba, creyendo que el real tesoro estaba seguro; pero a mediados de julio, cumpliendo órdenes del comodoro Popham, el capitán Roberto Afbutuck con un piquete de soldados del 71 y del 2º de dragones ligeros, todos a caballo y con los oficiales Graham y Murray, apresaron los caudales existentes, acondicionados dentro de numerosos sacos que contenían las onzas de oro.

Como al anuncio de la llegada de los enemigos, los soldados, carreteros y peonada huyeron dejando abandonadas las carretas dispuestas a seguir viaje para Córdoba, un español, vecino y cabildante de Luján, don Andrés de Migoya, aprovechando esos momentos de pánico se acercó a una de ellas y extrajo un cajón de metálico.

Según era voz pública en Luján — refiere el doctor Florencio Varela en el periódico "El Comercio del Plata" — y agrega que unos aplaudían el hecho, pues que eso, decían, no llegó a manos del inglés, y ha cedido en beneficio de una familia del país, y otros lo criticaban acaso por envidia.

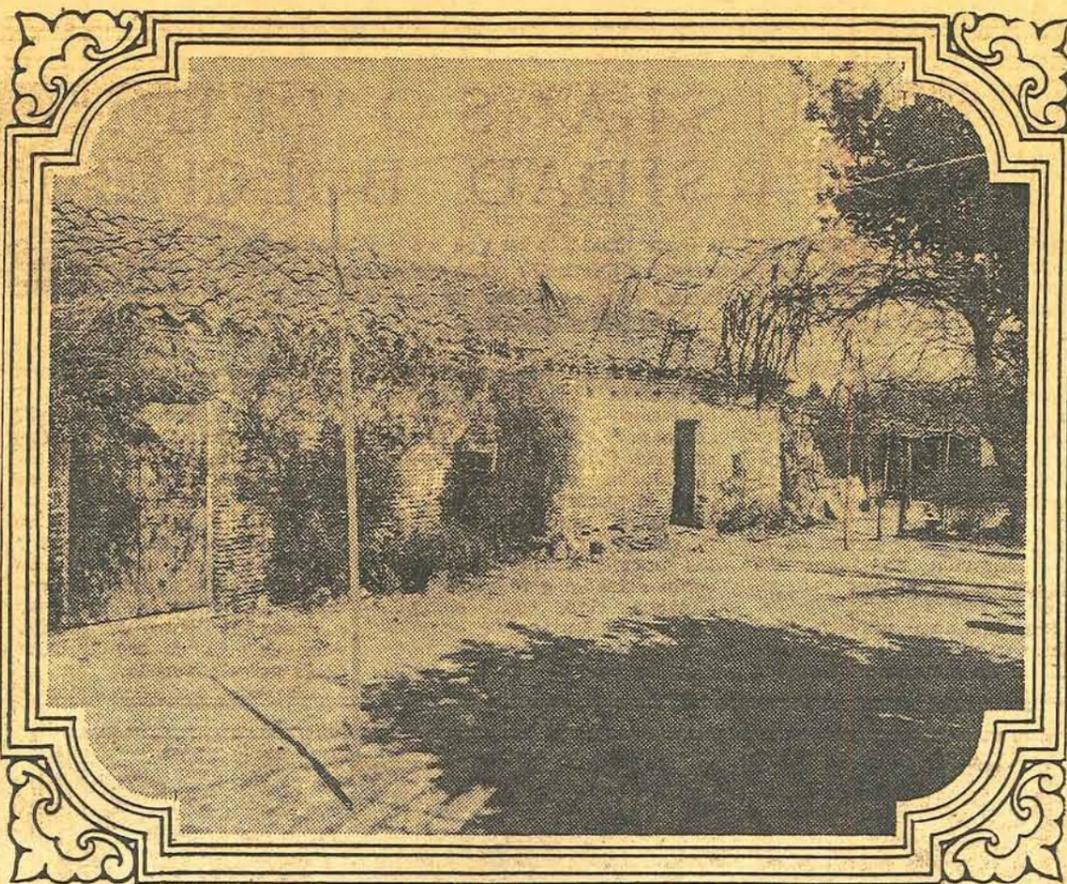
Gran parte de los caudales fueron embarcados a bordo del "Narciso" rumbo a Inglaterra, donde fueron paseados triunfalmente por las calles de Londres, y el resto quedó a disposición de los generales ingleses.

Don Juan Martín de Pueyrredón, lleva al frente de su tropa el estandarte real

Otro episodio a que está ligado el pueblo de la villa de Luján, es la actuación del intrépido don Juan Martín de Pueyrredón, pues allí organizó el año 1806 un cuerpo de voluntarios, activamente secundado por el alcalde D. José Lino de Gamboa, el alguacil mayor D. Valentín de Olivares, el sargento D. Julián Cañas, y el joven Martín Rodríguez, que se presentó con diez y nueve hombres armados a su costa, para repeler a los invasores.

En cinco días reúne unos trescientos hombres decididos a la lucha, todos vecinos de los partidos de Luján, de su Guardia, de Areco, del Pilar y de Capilla del Señor. Mas como le faltaba a esta tropa, una bandera que la estimulara en el cumplimiento del deber, el cabildo de Luján les ofrece el propio real estandarte, "la cosa mayor que puede ofrecer en servicio y defensa de la patria, pues por un lado iban las armas de nuestro Católico Monarca y del otro el retrato de la Purísima Concepción de María".

Esa tropa fué la que luego se batió valientemente contra varias compañías del famoso re-



gimientó 71 de escoceses, en la chacra de Perdiel.

San Martín, Belgrano y otros próceres, profesaban especial afecto al santuario

Así como Belgrano tuvo gran dedicación por el pueblo y santuario de Luján, lo mismo puede decirse de otros próceres de la Independencia que lo frecuentaron, contándose entre ellos a los generales don Juan Martín de Pueyrredón, don Martín Rodríguez, don Nicolás de la Quintana, don José Rondeau, don Juan Ramón Balcarce, don Cornelio Saavedra, don Juan José Viamonte y don Ignacio Álvarez Thomas, quienes en diferentes circunstancias, solos o a la cabeza de sus ejércitos, vivieron en ella.

El mismo general San Martín visitó por dos veces a Luján en los años de 1814 y 1824, e hicieron lo propio Soler, Alvear, French, Dorrego, Zapola y otros que sería largo enumerar.

Varios de esos jefes celebraron actos especiales ante la imagen de la Virgen, como el coronel French, que la juró por patrona del célebre regimiento "Estrella", el después 3 de infantería.

La Virgen de Luján y la bandera argentina

De todos los próceres, el que se considera más vinculado a Luján es el general don Manuel Belgrano, quien al pasar por la villa en septiembre de 1810 para marchar al Paraguay, pone a su pequeño ejército bajo la protección de la Virgen de Luján, y años después, a raíz de la victoria de Salta, le consagra dos banderas tomadas al enemigo.

Una de las casas más antiguas de la vieja villa de Luján, que perteneció al cabildante D. Juan de Irrazábal en 1777

El erudito Padre Salvaire, en su magna "Historia de Nuestra Señora de Luján", dice que no pocos venerables ancianos contaban "que Belgrano

general, no puede extrañar en él semejante inspiración de entusiasmo religioso y patriótico.

El voto del Padre Salvaire, prometiendo un templo si los indios le perdonaban la vida

En el año 1872 el Ilmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Dr. D. Federico Aneiros, confía el santuario de Luján a los sacerdotes de la Congregación de la Misión, fundada por San Vicente de Paul, desempeñando el cargo de cura el R. P. Fretet y de teniente el R. P. Jorge M. Salvaire, oriundo de Castres (Francia).

Dichos religiosos comienzan desde el año siguiente por asegurar con llaves de hierro las bóvedas del viejo santuario levantado por don Juan de Lezica y Torrezuri, ponen baldosas en la techumbre y forran interiormente el camarín de la Virgen con madera de cedro artísticamente tallada y dorada.

Durante ese mismo año de 1873, parte el padre Salvaire para las misiones entre los indios. Permanece un año con ellos, entrevistándose con los principales caciques del Sur, Catriel, Calfucurá, Namuncurá y otros; predica a las tribus en su propia lengua y abre una escuela de primera enseñanza para los indios, mereciendo la confianza del Dr. Adolfo Alsina, quien más de una vez le confió misiones de paz, dado los conocimientos que tenía de las lenguas indígenas.

Hallándose en la toldería del poderoso cacique Manuel Namuncurá, acampado a cien leguas del Azul hacia el Oeste, en un paraje denominado Sali-

nas Grandes, fué víctima de una calumniosa campaña contra él por algunos vendedores fraudulentos de aguardiente.

Reunido el consejo supremo de los jefes para juzgarlo, al oír los gritos de muerte de la indiada, y viéndose condenado a la última pena por los caciques de Namuncurá, acudió a la Virgen de Luján, haciendo voto de escribir la historia de su santuario y de elevarle un templo si lo sacaba con vida de entre esos foragidos.

Inmediatamente notó un cambio radical en sus enemigos, quienes se contentaron con despojarlo y abandonarlo a su suerte, hasta que después de pasado un mes de privaciones y sufrimientos, pudo por fin despedirse de Namuncurá y su hermano Bernardo, recibiendo como indemnización de lo perdido, tres caballos y un poncho tejido por las mujeres de la tribu.

El abnegado misionero supo cumplir el voto hecho. Diez años después publica la monumental "Historia de Nuestra Señora de Luján" (3 tomos grandes en 8º), que preparan la coronación solemne de la bendita Imagen; y en 1889, al ser nombrado cura párroco de Luján, formaliza los trabajos del nuevo templo cuya primera piedra se había colocado en mayo de 1887.

El Padre Salvaire fué el alma de todo ese gran movimiento espiritual y artístico, luchando sin descanso hasta 1899, año de su muerte; siendo curioso hacer notar que jamás se han suspendido los trabajos por falta de dinero, hecho notable, ya que se trata de un templo inmenso, costado solamente con las limosnas de los fieles, y en el que se han invertido ya varios millones de pesos.

La Basílica

La gran Basílica Nacional— aun sin terminar — es el monumento religioso más importante de la América del Sur; su estilo es ojival del siglo XIII y está levantada en el mismo lugar donde estuvo el viejo santuario construido por don Juan de Lezica y Torrezuri.

Del grandioso edificio que domina hoy la llanura y se destaca airoso cerca del río Luján, frente a la plaza principal de la ciudad, se ha construido según los planos del arquitecto francés don Ulrico Courtois, y con la intervención del P. Salvaire, que para tal fin hizo estudios especiales de arquitectura.

Vista de cerca, no desdice de sus hermanas medievales de Europa, las más afamadas por su magnitud y su forma arquitectónica; es de buena dimensión, y está como aquéllas, toda revestida de piedras sillares. En el interior, las columnas, los grandes arcos y el santuario entero, son de piedra procedente del departamento de Villa Colón, Entre Ríos.

El frente es majestuoso e imponente y está flanqueado por dos elevadas torres puntiagudas, de las que a una regular altura, cual centinelas avanzadas y metidos en otras tantas garitas o nichos, se destacan diez y seis estatuas de seis metros de alto, representando a los Apóstoles y Evangelistas.

Ocupa el lugar de preferencia en la Basílica, el Camarín de la Virgen. A su frente se eleva el altar mayor a una altura de 22 metros, formando con los dos altares del Sagrado Corazón y de la Inmaculada y las capillas laterales, un conjunto verdaderamente artístico.

Como es un Santuario Internacional, la nave central es dedicada a la República Argentina, la derecha al Uruguay y la de la izquierda al Paraguay.

Romance de la señora Muerte

Gajo de niebla este día
Sobre mi hombro curvado.
¡Siquiera fuese la Muerte
La que me diera la mano
Para pasar de esta pena
Al sueño nunca contado...!

¡Siquiera fuese la Muerte
La que me alzara en su brazo...!

Por la ribera del día
Ando tan ciega y cansada
Que quisiera hallar un lecho
—Fuese de agua o de llama—
Para dormirme soñando
Que el amor nunca se acaba.

En la ribera del día
Cayó mi estrella del alba.

¿Qué hago sin luz y sin risa,
Sin mi lucero de plata,
Perdida así en la tiniebla,
Rosa caída, mi alma?

¡Soy tan delgada y sin fuerza,
Enredadera en el viento...!
¡Ay de aquél que me quería,
Y se halla ahora tan lejos!

¡Ay de las dulces palabras
Que ya se llevó el pampero!

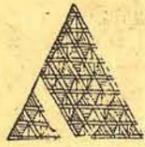
¡Ay Muerte, Señora Muerte,
La de mejilla de hielo!

Juana de Ibarbourou

al dar a la Bandera de la Patria los colores blanco y celeste, había querido, cediendo a los impulsos de su piedad, honrar a la Pura y Limpia Concepción de María, de quien era ardiente devoto y bajo cuya protección habíase puesto en su Santuario de Luján".

Y a la verdad, quien conoce el carácter piadoso del ilustre

LA ENSEÑANZA SUPERIOR EN LA RUSIA SOVIETICA: UNA UNIVERSIDAD BOLCHEVIQUE



Nicolás Boubnov, ilustre profesor de Historia que desempeñó durante más de quince años el decanato de la Facultad de Ciencias Históricas y Filológicas de la Universidad de Kiev, debemos una visión de la nueva Universidad bolchevique, la que permite apreciar la básica transformación que ha experimentado en Rusia el régimen de la enseñanza superior. En un artículo publicado en la "Revue Internationale de l'Enseignement" nos relata sus desventuras desde la ocupación de Kiev por los comunistas, y si bien se advierte a través de su exposición un apasionamiento justificable en cuanto a la crítica del nuevo gobierno, su honestidad intelectual asegura la exactitud de la información.

Es escaso el conocimiento libre de toda sospecha de parcialidad respecto al régimen universitario imperante en los estados soviéticos, aunque abunde la información tendenciosa hecha con fines de proselitismo o de impresionismo. Por eso, la palabra de un sabio que conoce a fondo la enseñanza superior rusa es, por el momento, quizá la única base seria para juzgar el nuevo sistema educativo bolchevique.

Para valorar la importancia de los datos que se nos suministran debe tenerse presente que, como lo ha declarado Lunacharsky, a los bolcheviques les interesa más la enseñanza primaria que la superior, porque aquella permite, según la gráfica expresión de Zinovief, apoderarse del alma del niño, y que esta política educativa ha pospuesto en importancia e interés lo relativo al régimen universitario y, por consecuencia, la información y comentario a su respecto.

El profesor Boubnov, a pesar de haber estado a punto de ser fusilado, como lo fueron sus compañeros Florisnesky y Armachesky, no guarda una impresión amarga de su trato con los bolcheviques, y en un tono lleno de humorismo relata cómo los comisarios soviéticos organizaron — desorganizaron, para emplear sus palabras — la Universidad de Kiev, la antigua Universidad ucraniana de San Vladimiro.

En la mañana del día 31 de marzo de 1919, dos comisarios soviéticos se presentaron en el rectorado para tomar posesión de él y, una vez a su frente, comenzaron a ejecutar su programa de acción.

Las atribuciones del comisario de la Universidad excedían en mucho a las del antiguo rector, pues no solamente ejercía aquél facultades administrativas, sino también legislativas dentro del orden universitario. Pero sus funciones y el nuevo orden que había anulado todo el sistema jerárquico anterior, no le impedía, cuenta Boubnov, coquetear de cuando en cuando con la "rutina". Así, aunque tuviera, en virtud de sus facultades extraordinarias, el derecho de matricular discrecionalmente a los nuevos estudiantes, el joven comisario Mitz Kouhn solicitó su inscripción a la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas. La carencia de certificados que acreditaran las condiciones reglamentarias del candidato no era un inconveniente, ya que todas esas limitaciones "burguesas" habían desaparecido, pero era curioso que aquel que todo lo podía en la Universidad, pidiera lo que podía ordenar. La Facultad decidió contestar diplomáticamente que semejantes cuestiones las debía resolver el propio comisario, que terminó por

inscribirse el mismo.

Sus primeros actos fueron consecuencia de la ideología comunista. En la Facultad respectiva se suprimió la enseñanza del derecho canónico, del derecho romano y, lo que es sorprendente, del derecho administrativo. No lo dice nuestro informante, pero es posible que toda disciplina científica destinada a poner orden en la administración no fuera del agrado de los nuevos pedagogos.

Los diplomas universitarios fueron reemplazados por certificados sin menciones. También

"Hemos llegado a un momento en que los espíritus equilibrados han resuelto no leer nada referente al estado actual de cosas en Rusia, ante el temor de ser engañados".—

ALBERT THOMAS

Las asignaturas deben ser elaboradas tanto por personas de conocida actividad política como por especialistas en la materia. Preparación del proletariado en los cero-semesteres para el primer semestre de la enseñanza universitaria. Toda la enseñanza será gratuita y las puertas de la Universidad serán abiertas a todos los ciudadanos, claro está, siempre que no se tratara de burgueses. Nuevos métodos para apreciar los "éxitos" de los alum-

completó. La Facultad de Medicina formó una escuela separada. La de Derecho fué suprimida y sus antiguos alumnos debieron seguir los cursos en el Instituto de Economía Social, que reemplazó a la antigua Escuela de Comercio, y donde algunos cursos eran dictados por comisarios soviéticos. Los alumnos de las Facultades de Historia y Ciencias Matemáticas y Naturales fueron inscritos en el Instituto Pedagógico temporario, con orden de terminar sus estudios dentro de un año, pues después de ese término debía ser clausurado.

Ante este abuso "alcohólico" pregunta el profesor Boubnov: ¿No obrarán nuestros reformadores bajo un estado de ebriedad causado por el uso immoderado de la cocaína de las doctrinas de la nueva religión social, o no le habrán agregado aún el verdadero alcohol, proveniente del monopolio del Estado soviético?

El informe de Boubnov trae un último dato referente a la organización reciente de la Academia de Ciencias de Petrogrado: cinco de sus miembros nombrados en 1923 son agitadores comunistas, figurando entre ellos Bujarin, el conocido propagandista del nuevo régimen.

No creo que sea una información inexacta la que nos proporciona Boubnov. Todos los que han escrito sobre la materia, aun los que admiran la obra de los bolcheviques, no pueden dejar de reconocer que la enseñanza está cerrada a los que no pertenecen a la clase proletaria, y que la condición de burgués es un impedimento insalvable para ingresar en una Universidad rusa. Alvarez del Vayo, cuyos libros son alegatos en favor del nuevo régimen, afirma que en mayo de 1924, un decreto que limitaba el número de estudiantes universitarios, precisaba, sin embargo, que "la reducción no afectará en ningún caso a los estudiantes de extracción proletaria". Era una nueva "limpieza" de la Universidad...

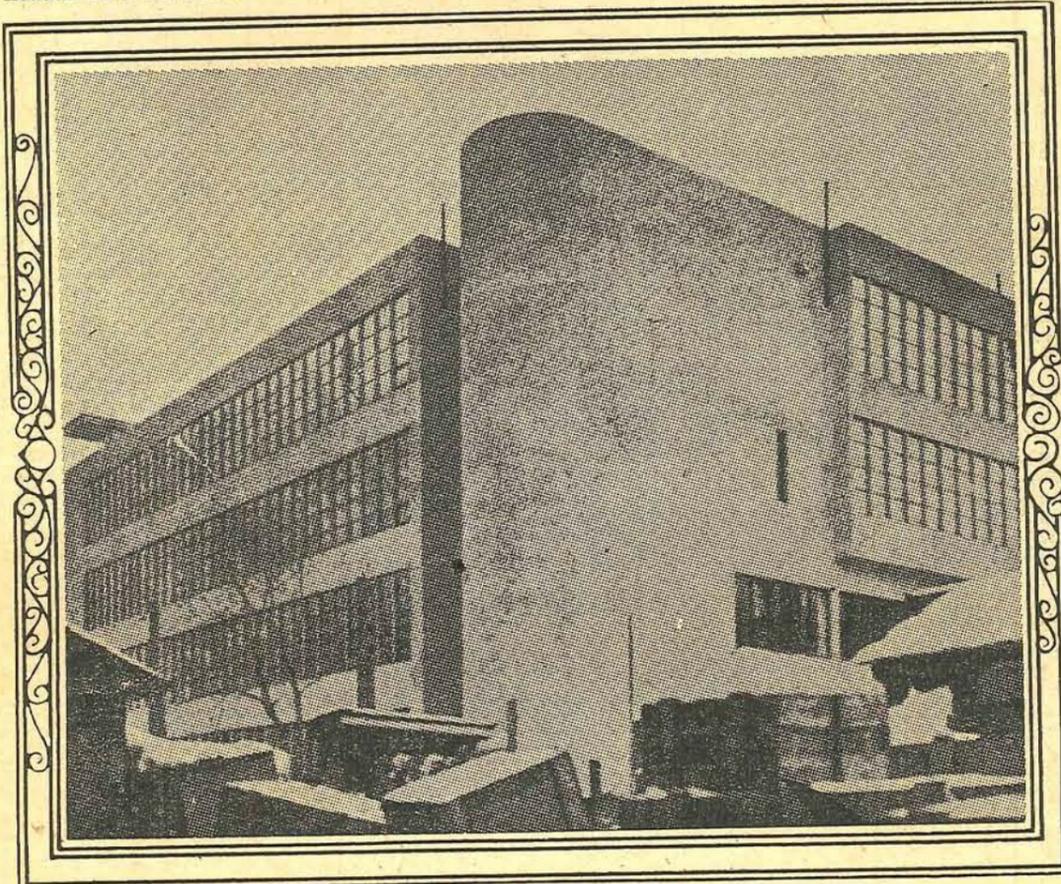
Además, numerosos documentos oficiales autorizan a pensarlo.

El profesor B. Mirkine-Guetzevicht, en su obra "La théorie générale de l'Etat Soviétique", recuerda el principio fundamental que inspira toda la obra soviética y que se ha concretado en el artículo 32 de su Constitución, que estatuye que "en interés de la clase obrera, R. S. F. S. R. priva de sus derechos a los individuos y a los grupos separados".

Bujarin, que, como hemos dicho, es miembro de la Academia de Ciencias de Petrogrado, en su libro "El programa de los bolcheviques", califica a los "intelectuales" como secuaces y servidores de los capitalistas, enemigos de los obreros y de los campesinos. Puede presumirse, por sus amabilidades con la clase culta, cuál puede ser la orientación que impondrá a la enseñanza universitaria.

Todo esto revela que no debe ser imaginario el cuadro que pinta Boubnov de la Universidad de Kiev. Y como para muestra basta un botón, el siguiente decreto, referente a la sección del Norte, permitirá, sin necesidad de comentario, apreciar el criterio pedagógico de los bolcheviques:

"La sección recibe quejas de alumnos de diferentes establecimientos de enseñanza secundaria relativas a la severidad intransigente o al carácter demasiado formal de las exigencias de los profesores; se denuncia en estas quejas que, contrariando las instrucciones del comisariato, se señalan el mismo día varias lecciones que aprender o varios ejercicios que ejecutar en el domicilio... La sección cree útil recordar a los maestros que es muy difícil, en ocasión a la actividad revolucionaria actual, exigir durante el año escolar que empieza, que las ocupaciones sigan su curso normal, porque el período transitorio en que vivimos es un período de organización y preparación revolucionaria del personal dedicado a la enseñanza y de los alumnos hacia los principios de la nueva escuela comunista..."



Un centro de enseñanza superior en la Rusia soviética: el edificio del Instituto científico de Moscú, obra de los arquitectos Nicolaief y Fissenko

en los exámenes fueron suprimidas.

La biblioteca de la Universidad de Kiev era famosa por la riqueza de sus colecciones de libros y sus valiosos manuscritos. Las nuevas autoridades permitieron el préstamo de sus libros a domicilio. Es esto lo que más afecta a nuestro sabio ante la inevitable destrucción a corto plazo de ese tesoro científico.

Otra de las nuevas medidas tomadas fué el traslado del personal de servicio y de los funcionarios de la Universidad. Aquellos ocuparon las mejores habitaciones, éstos los subterráneos. Como uno de los perjudicados en el cambio protestara, el comisario bolchevique le contestó imperiosamente:

"¡Compañero! El espíritu del poder soviético os escapa, porque él exige precisamente que los servidores sean alojados en las habitaciones de los empleados y estos últimos en las de los servidores."

El fin que perseguían los comunistas era hacer de la Universidad un centro de propaganda para las nuevas doctrinas socialistas. Creían conseguirlo con los siguientes postulados: Toda ciencia debe inspirarse en los principios del socialismo, teniendo presente que el proletariado constituye la base de la nueva cultura. Las ciencias socialistas y económicas deben figurar en todos los programas de los ciclos universitarios. Los programas de to-

nos, lo que permitió calificar en tal forma los exámenes de los estudiantes burgueses y los de los proletarios, que los primeros debieron abandonar la Universidad.

Por decreto del 4 de abril de 1919, la antigua Universidad sólo formó una de las tres secciones de la escuela reformada y se la llamó Sección Escolar. El concepto de la nueva Universidad se amplió, comprendiendo dos nuevos departamentos: la Sección Científica, con carácter de Academia de Ciencias, y la Sección de Instrucción Popular, Universidad libre.

El gobierno de la Universidad también fué democratizado; al consejo de la Facultad de Ciencias Históricas se le agregaron 36 miembros estudiantes, que lo transformó más en una asamblea que en una comisión directiva. Pero, como a pesar de esta nueva organización no se obtenía una mayoría favorable, pudo alcanzársela con la fusión de varias escuelas, que, aunque elevó el número de consejeros a 168, 88 miembros se reclutaron entre los estudiantes de ambos sexos y sólo 80 entre los componentes del cuerpo docente.

En la tercera ocupación de Kiev por el ejército del Soviet, la reforma universitaria se

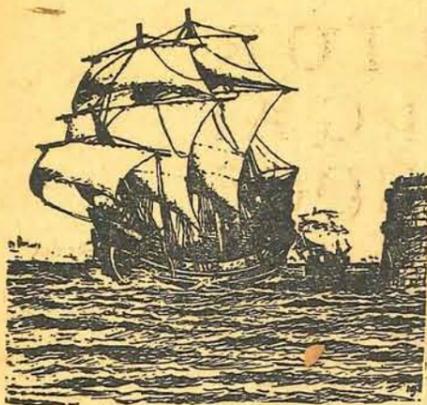
JOSE
ARIAS

Esto en cuanto a los alumnos del tercero y cuarto años. Los del primero y segundo formaron una escuela aparte, denominada VINO (con las iniciales de las palabras "Vischi Institut Narodnago Obrazovaniya", Instituto Superior de la Instrucción del Pueblo), que en lengua rusa tiene el mismo significado que en la nuestra.

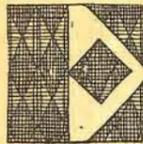
En esta escuela se enseñaban materias más o menos vinculadas a la orientación social y política del partido dominante, como la doctrina de la evolución, el materialismo histórico, la historia del partido comunista en Rusia, la lucha de clases, etc.

Para su admisión, el estudiante debía ser recomendado por una alianza profesional. Los candidatos con instrucción más deficiente eran, sobre todo, los recomendados por la alianza de domésticos, que llevaba la pomposa denominación de "Alianza de la nutrición pública y de los alojamientos comunes". Se los sometía a un examen, en el que el candidato debía contestar preguntas tales como las siguientes: ¿Quién es Trotzky? ¿Qué diferencia hay entre el himno zarista y la Internacional?

Este instituto fué reemplazado por la PIVO (expresión formada con las iniciales de las palabras "Pedagoguitchesky Institut Vyschago Obrazovaniya", Instituto Pedagógico de Enseñanza Superior), que en idioma ruso significa cerveza.



La Tranchemar saliendo del puerto de La Rochela (10. de mayo de 1402). Dibujo del autor según los documentos de la época



L descubrimiento del Nuevo Mundo, hecho en 1492 por Cristóbal Colón, ha sido sin duda uno de los acontecimientos más considerables de la historia. Pero es lícito preguntarse si otros navegantes, realizando viajes anteriores, no le prepararon, en cierto modo, la ruta al ilustre marino genovés. Hoy se puede responder esta pregunta citando el nombre de un navegante normando, Juan de Béthancourt.

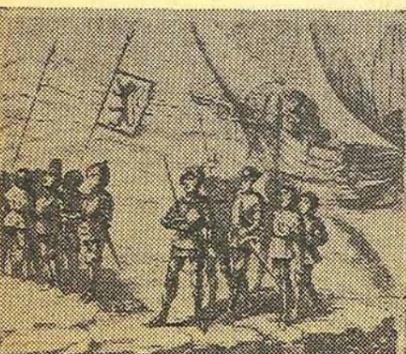
Juan de Béthancourt nació en 1359, en Béthancourt, en el condado normando de Eu. Proprietario de varias señorías, entre las que se contaba la de Grainville-la-Teinturière, cerca de Fécamp, era, además, barón de Saint-Martin le Gaillard y chambelán del Rey de Francia Carlos VI. Su mujer, que también era de familia noble, llevaba el nombre de Fayel. Impulsado por el deseo de aventuras lejanas, característico de los normandos, resolvió aumentar sus riquezas e ilustrar su nombre, para lo cual decidió intentar la conquista de las islas situadas próximas a la costa norte de África y que eran llamadas las islas Afortunadas, así denominadas por los antiguos navegantes a causa de la suavidad excepcional de su clima.

Así que concibió su proyecto, Juan de Béthancourt se dispuso a realizarlo. A comienzos del año 1402 partió para La Rochela a fin de organizar su expedición. Allí conoció al caballero Gadifer de la Salle, que andaba también "buscando aventuras". Le comunicó sus proyectos, Gadifer los aceptó y quedaron de acuerdo.

El barón de Béthancourt había reunido una flota de tres buenos barcos. Conocemos el nombre de dos: uno se llamaba Tranchemar y el otro Morelle. El primero de mayo de 1402 desplegó velas, llegó primero a la Coruña, después a Cádiz, donde estacionó algún tiempo. Como había de sucederle noventa años más tarde a Cristóbal Colón, varios hombres de sus tripulaciones, asustados por la audacia de una navegación hacia el Oeste, se negaron a ir más lejos. Quedándose con los valientes y despidiendo a los cobardes, Juan de Béthancourt levó el ancla y navegó hacia alta mar. Cinco días después llegaba a una de las pequeñas islas del archipiélago de las Canarias, que llamó Graciosa; después, siguiendo más adelante, desembarcó en una isla mayor que bautizó Lancerote (Lanzarote), dándole el nombre de una joven castellana que, según parece, raptó al partir.

Hubiera querido apoderarse de cierto número de indígenas, pero la operación era difícil. Se puso entonces en relación con el rey de la isla, que se llamaba Guardafuía; este rey consintió

Juan de Béthancourt desembarcando en la isla d'Erbanie (1402). Miniatura del manuscrito original



en dejarle levantar un fuerte, al que dió el nombre de Rubicón. El barón dejó allí algunos hombres, bajo la autoridad de uno de sus tenientes, Bertin de Berneval, y partió con el resto de su tropa para conquistar la isla Erbanie (llamada hoy Fuerteventura). La recorrió durante ocho días sin encontrar un solo habitante y tuvo que regresar a la isla de Lanzarote. Allí resolvió volver a España para comunicarle a Enrique III su descubrimiento y conseguir provisiones. Partió, pues, encargándole a Gadifer el gobierno general de las islas, que había denominado Canarias a causa del gran número de perros (en latín canes) que vivió en ellas al desembarcar.

★ ★ ★

Juan de Béthancourt, antes de partir, había nombrado a Martín de Berneval comandante del fuerte Rubicón. Berneval era enemigo personal de Gadifer. En seguida que Béthancourt hubo partido, incitó a cierto número de hombres a rebelarse contra el gobernador. Habiendo éste abandonado por algunos días la isla de Lanzarote, Berneval simuló una alianza con el rey de la isla, que acudió con veinticuatro de sus súbditos a ponerse entre las manos del traidor. Este les hizo remar char grillos y los vendió a unos piratas que pasaban a la vista de la isla, con excepción del Rey, que había podido evadirse.

Cuando Gadifer regresó, encontró ocupado a Berneval en saquear todo lo que Béthancourt había dejado en el fuerte Rubicón, y marchó a refugiarse en el islote de Lobos, donde tuvo que soportar grandes privaciones. Mientras tanto, el traidor Berneval partía para España, con la intención de burlar la buena fe del rey Enrique III, contándole los acontecimientos a su manera. Pero un hombre llamado Courtille, trompa de Gadifer, desenmascaró al impostor, que fué encerrado en la prisión de Cádiz.

Béthancourt obtuvo audiencia del Rey, que lo felicitó por su conquista, lo nombró virrey de Canarias, le concedió el quinto de todas las mercaderías que mandara a España y le dió, además, el derecho de sellar moneda en el país de Canarias. El soberano le regaló además un barco bien armado, bien provisto y tripulado por ochenta hombres.

Entretanto, en Lanzarote se desarrollaban graves acontecimientos. Algunos soldados de Gadifer fueron muertos por los canarios, y el gobernador de la isla quería exterminar a todos los hombres y no conservar más que las mujeres y los niños, cuando llegó el barco enviado por Béthancourt. Gadifer partió para explorar la isla de Fuerteventura, en la que desembarcó internándose en la isla con treinta y cinco hombres; pero, atacado por los indígenas, salvó con sólo trece de sus compañeros y se volvió a su barco llevando cuatro mujeres prisioneras.

Partió de Fuerteventura y abordó en la Gran Canaria, donde quinientos indígenas lo recibieron, proponiéndole el trueque de productos de la tierra por abalorios, pero se opusieron al desembarco de sus gentes, teniendo los exploradores que volverse a sus buques. Costearon entonces la isla del Hierro, llegando luego a la isla Gomera. Allí también los indígenas se mostraron hostiles y se opusieron a todo desembarco. Gadifer pudo, en fin, descender solo en la isla del Hierro, donde quedó veintidós días, pudiendo apreciar su increíble fertilidad. De allí pasó a la isla de Palma, cubierta de dragos y de pinos. Regada por amplios ríos y apropiada para todo género de cultivos, sus habitantes eran altos y robustos, tenían la piel blanca y las facciones agradables. Gadifer partió de esta isla y se dirigió a Lanzarote.

Durante su ausencia sus compañe-

ros habían seguido peleando con los indígenas y hecho numerosos prisioneros, que solicitaban el bautismo. Gadifer mandó a España uno de sus tenientes para que le diera cuenta a Béthancourt del estado de la colonia. Pero, mientras aquel emisario se hacía a la vela para Cádiz, el barón de Béthancourt desembarcaba en Lanzarote. Inmediatamente quiso activar la conquista: el rey Guardafuía, que seguía resistiéndose, fué tomado prisionero, pero se sometió y recibió el bautismo con todos los suyos.

Pero el barón de Béthancourt no estaba todavía satisfecho: quería hacer algo más y conquistar las costas del África occidental situadas frente a Canarias. Sin embargo, antes tenía que asegurar su dominio en todo el archipiélago. Se puso, pues, a la vela y llegó a Fuerteventura, donde estuvo tres meses. Se apoderó de gran número de indígenas llamados guanches, e hizo construir, para defenderse de los ataques, un fuerte que llamó Richeroque, cuyas ruinas, subsisten actualmente. Después encargó a Gadifer que conquistara la Gran Canaria. Este partió el 25 de julio de 1404, pero su expedición fué un fracaso y tuvo que regresar a Lanzarote.

Una vez allí desahogó su descontento contra el Barón de Béthancourt, del que estaba celoso. Le dijo a éste sus quejas, agregando que quería "marcharse de aquellas tierras, en las que cuanto más quedaba menos ganaba". Béthancourt, que partía para España, le propuso que lo acompañara a fin de someterle su pleito al Rey. Partieron y llegaron a Sevilla. Pero, habiéndole dado el Rey plena razón al barón, Gadifer se fué a Francia y no volvió jamás a las islas Canarias, de las que había abrigado la esperanza secreta de llegar a ser el soberano.

Béthancourt, bien provisto de oro, de armas y de víveres, volvió a partir para Fuerteventura, donde fué recibido con alegría. En los últimos combates que sostuvo contra los indígenas acabó de vencerlos, y entonces acudieron a someterse y a pedir el bautismo; en poco tiempo todos los habitantes de Fuerteventura se convirtieron al catolicismo.

Entonces el barón, satisfecho con sus éxitos, pensó en volver a ver Normandía y su castillo de Grainville-la-Teinturière. Partió, pues, en enero de 1405, llevando tres canarios y una canaria, que quería vieran a Francia. Veinte días después llegaba a su castillo de Grainville, donde toda la nobleza de la región fué a felicitarlo. Pero, después de las alegrías del regreso, sólo tuvo un pensamiento: volver a sus islas y fundar una colonia próspera. Enroló, pues, cierta cantidad de hombres casados o casaderos, prometiendo darles tierras vastas y fértiles, y los embarcó en Honfleur en dos barcos que, en veinte días, los llevaron a Lanzarote.

Aquí, el señor normando fué recibido con incomparables manifestaciones de regocijo. Los colonos fueron instalados en seguida y comenzaron a trabajar sus cultivos. Entonces Béthancourt quiso conquistar la Gran Canaria y partió, el 6 de septiembre de 1405, con tres barcos. El viento los llevó primero hacia la costa africana, más allá del cabo Bojador, donde desembarcó el barón. Se internó diez leguas y se apoderó de varios centenares de camellos, que embarcó a fin de aclimatarlos en las Canarias. Por último, arribó a la Gran Canaria, pero las imprudencias de sus soldados les costaron caro: veintiuno de ellos fueron muertos por los canarios. Béthancourt terminó entonces la conquista de las islas de Palma y de Hierro y regresó a Fuerteventura con sus tres barcos. Repartió las tierras entre sus compañeros, y lo hizo con toda justicia, que todos quedaron satisfechos.

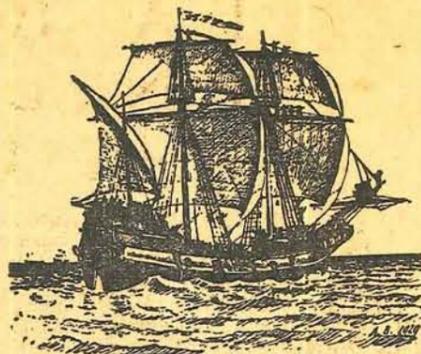
JUAN DE BETHANCOURT CONQUISTADOR DE LAS ISLAS CANARIAS



Juan de Béthancourt. Litografía de Ronergue. (Epoca romántica. 1840)

POR ALPHONSE BERGET

(Para LA NACION)
PARIS, octubre de 1930



La Morelle llegando a vista de la isla Graciosa (1402)

Pero tenía otra ambición: ir a Roma a fin de obtener del Papa Inocencio VII el nombramiento de un obispo para el reino de Canarias. Antes de partir nombró a su sobrino Maciot (Mateo) de Béthancourt gobernador general de todas las islas, y partió el mes de diciembre de 1405, en medio de las lágrimas y desolación de sus súbditos, entre los cuales había adquirido un prestigio increíble.

El soberano pontificio lo recibió solemnemente, lo felicitó por haber conquistado para la fe cristiana un nuevo reino y, accediendo a sus deseos, nombró a Alberto de las Casas obispo de todas las islas Canarias.

El barón de Béthancourt regresó entonces a Francia, a su castillo de Grainville. Pensaba en volver a ver sus queridas islas, pero murió a fines de diciembre de 1405.

★ ★ ★

He ahí, muy resumida, la historia de la conquista de las islas Canarias por el noble normando. Su sobrino Maciot reinó algunos años y tuvo descendencia. Pero, habiendo entrado por el camino de las extorsiones, fué expulsado del país. Entonces comenzó un período de agitaciones e intrigas. En 1463, una fuerza española de quinientos hombres, comandada por don Diego de Herrera, desembarca en Tenerife y toma posesión de la isla en nombre de los reyes de Castilla y de León.

En mayo de 1492 la isla de Palma fué conquistada a su vez, y desde entonces las Canarias pertenecen a España, de la que forman hoy una provincia.

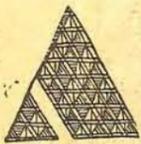
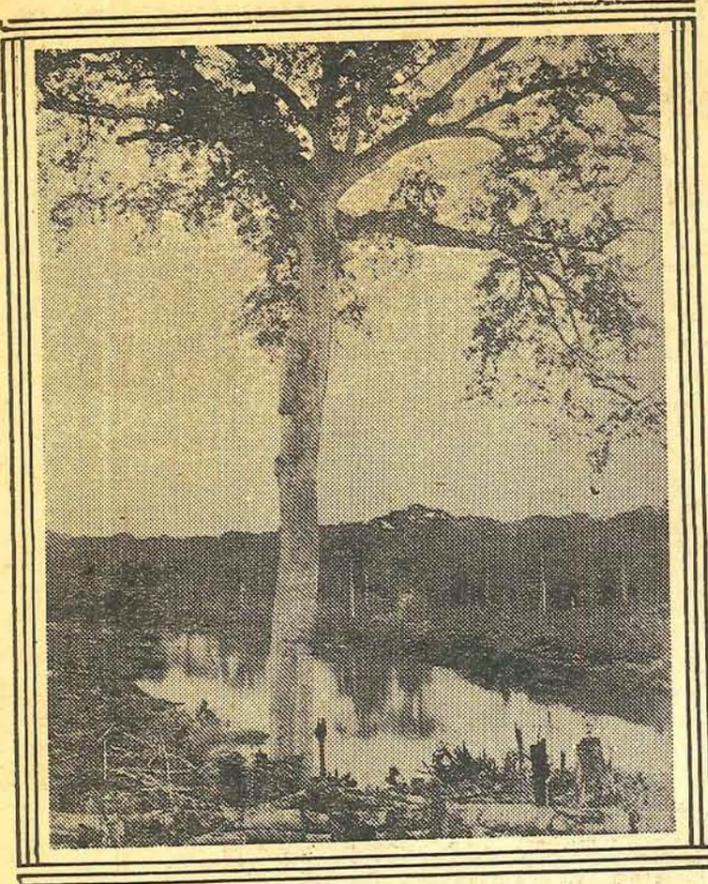
Cristóbal Colón hizo escala en ellas en 1492, cuando su primer viaje de descubrimiento; sin duda que numerosos colonos normandos o descendientes de Maciot de Béthancourt siguieron a los sucesores del ilustre marino genovés, porque el apellido Béthancourt está hoy muy esparcido en las Antillas, en Cuba y aun en la República Argentina. En fin, la antigua capital de Fuerteventura lleva todavía hoy el nombre de Betancuria, y se ve allí la capilla gótica que hizo construir el aventurero normando.

Se puede decir, con el célebre geógrafo alemán Alejandro Humboldt, que Béthancourt "hizo realmente las dos primeras etapas de las dos inmortales navegaciones de Cristóbal Colón y de Vasco de Gama", porque ambos hicieron su primer escala en las Canarias.

Hay que transportarse con el pensamiento al año 1402, es decir, 90 años antes del viaje de Colón, para comprender qué suma de valor necesitaba tener nuestro explorador para emprender esa navegación hacia lo desconocido, a través de los mares misteriosos del Oeste, y puede decirse sin vacilar que el gran mérito de Juan de Béthancourt no está en haber llegado, sino en haber partido.

La misa celebrada delante del rey y la reina de las islas Canarias. Miniatura del manuscrito original





UN hoy abunda el hipopótamo en todos los grandes ríos del Africa. Estos paquidermos se encuentran general-

mente en sitios poco explorados, habiendo disminuido considerablemente en los distritos más frecuentados por los hombres. Y esto no es extraño, ya que hay europeos que se ufanan al poder contar en su tierra, que han muerto a más de cien hipopótamos.

Este animal habita generalmente en aguas dulces, pudiendo encontrarse, como al cocodrilo, en la costa de los mares, o bien ya en los ríos al mar. Como muchos otros animales del Africa, el hipopótamo da más señales de vida al anochecer; abandona el agua a la puesta del sol para subir a las orillas, que frecuentemente presentan grandes barrancas. Durante la noche pastorean y realizan grandes correrías, y vuelven por la mañana a los lugares acostumbrados, para sumergirse en las aguas profundas.

En los sitios en que no son molestados, también suelen salir de día a tierra, para tenderse sobre las rocas y bancos de arena, y dormir allí tranquilamente, o bien procurarse alimentos.

Este animal es más bien tímido y huye siempre del hombre, sobre todo cuando sospecha algún peligro; se conocen casos, sin embargo, en que herido o cazado ha hecho frente a sus perseguidores, volcando su canoa y dando muerte a

Paisaje de la orilla en un río en el interior de Africa



Arbol gigante, cuyas especies alcanzan una altura de hasta 50 metros

quienes cayeron al agua y se pusieron a su alcance.

Los hipopótamos que viven solos y separados de las manadas, suelen ser más crueles y agresivos; son muy frecuentes los choques de botes con los hipopótamos.

Muy apreciados por su gran valor, son los colmillos de estos paquidermos, cuya calidad se puede comparar con la del mejor marfil; con ellos se fabrican muchos objetos de lujo como puños de bastones, etc... De su piel se cortan correas y látigos, pero antes deben ser bien secadas al aire libre.

Si se le hiere mortalmente, cosa que ocurre por lo general cuando se les acierta en la cabeza, se hunde en seguida, para volver a la superficie sólo después de varias horas. Cuando se mata un hipopótamo en aguas profundas, el cazador se expone a perder la presa, ya que muchas veces se lo lleva la corriente hacia lugares donde es presa de los cocodrilos. Por esto, debe cazarse en condiciones más favorables, en ríos no tan profundos o que tengan en su lecho algún obstáculo, como rocas o bancos que retengan el cadáver.

Es muy difícil disparar varios tiros sobre un mismo animal, porque como generalmente viven en grandes manadas y sacan del agua nada más que la cabeza que mantienen en constante movimiento; hay casos en que una vez herido, el hipopótamo sale del agua para buscar refugio en tierra. Más abajo contaré algún caso de estos.

La matanza de animales fe-

Hipopótamos

meninos se puede evitar fácilmente cuando tienen crías, pues éstas van siempre con la madre, que las cuida con mucho esmero.

Bien preparada, la carne del hipopótamo resulta muy sabrosa. Durante la gran guerra se ha abastecido a muchos destacamentos de tropas con grasa de hipopótamo, especialmente preparada; entre los cazadores de estos animales, es apreciada especialmente la carne de la cabeza.

Durante mi larga estada en Africa, nunca pude decidirme a la caza de hipopótamos, a no ser para distraerme o para acompañar a algunos europeos recién llegados al Africa, pues éstos suelen ser los más aficionados a semejantes expediciones. Así, recuerdo que acompañé en cierta oportunidad al señor Curt Schon, con quien me dirigí en canoa, río abajo, una vez obtenido el permiso necesario. No fué menester ir muy lejos, pues a unos mil metros más allá de nuestra factoría ya pudimos observar una manada de ellos. Como estos animales tienen la costumbre de sacar a cada tanto sobre la superficie del agua la cabeza o únicamente las narices por las que echan un gran chorro de agua a una altura de dos metros, pudimos divisarlos desde lejos. Nos acercamos a tierra y mi compañero se dispuso a disparar su rifle.

Los hipopótamos, naturalmente, nos habían visto ya, y temerosos sacaban y hundían sus cabezas en el agua, de manera que se hacía poco menos que imposible hacer blanco sobre aquellas inquietas cabezas. Mi compañero hacia lo imposible para apuntar bien y asegurar el resultado. Volvió una y otra vez a repetir la operación de "apuntar", pero cada vez que estaba en condiciones de hacer sonar su rifle, los hipopótamos desaparecían... y era necesario repetir el acto otra vez, hasta que por fin, el señor Schon comenzó a sudar y a sentirse agitado, pensando en que no sacaría provecho de los 100 marcos que tuvo que pagar para obtener la licencia de cazar un hipopótamo. Aun esto fué inútil: los hipopótamos se alejaron cada vez más, burlándose de su "indeciso" perseguidor, y éste terminó por sentirse vencido, abandonando a los hipopótamos. Luego ocurrió a mi compañero Schon, un suceso lleno de ironía, capaz de alterar al más pacato. Estando un día ausente de sus plantaciones, que él mismo cultivaba, un grupo de hipopótamos salió del río, que a pocos metros de la casa de mi amigo tenía poca profundidad y fueron a comerle y destruirle gran parte de sus plantaciones.

A. Ritter

von der Osten



Con la canoa de caza en el río Munga

Si hubiese permanecido en su casa en aquella ocasión, hubiera podido cazarlos a unos 15 metros. Entretanto, venció el plazo del permiso y perdió los cien marcos y el hipopótamo...

En otra oportunidad acompañé a otro europeo, también recién llegado, en una caza de hipopótamos. Apenas conseguido el permiso necesario, salimos río arriba y a unos cien metros antes de llegar al lugar de los hipopótamos, que estaban sobre un banco de arena, cubiertos con un poco de agua, salimos a la orilla para acercarnos más, resguardándonos tras los árboles y arbustos, a fin de no ser notados por los hipopótamos. Ya a unos 15 metros, mi amigo hizo fuego sobre ellos. Con el tiro, los formidables paquidermos desaparecieron instantáneamente, y a fin de hacer un rastreo en busca del animal herido, volvimos a ocupar un sitio en la canoa que habían acercado a la orilla nuestros remeros. Apenas habíamos hundido las cañas en el agua, salió de repente un hipopótamo, que, con sus terribles colmillos, dió una tremenda sacudida a nuestra débil embarcación. ¡Poco faltó para que cayéramos al agua! Mientras buscábamos refugio en tierra, oímos el llamado de unos negros, que observaban nuestra caza, y que nos señalaban un punto determinado por donde salía en esos momentos el animal herido. En seguida volvimos a nuestra canoa, que habíamos reparado ligeramente, para dirigimos al sitio señalado; mi amigo saltó luego a tierra y echó, a todo correr, tras de su presa; mas sintió tal entusiasmo cuando oyó el grito "¡ahí viene el hipopótamo!" y corrió de tal modo, que tropezó con unas rocas y cayó en tierra tan largo como era, con su rifle que pareció haberse hecho pedazos. El hipopótamo, entretanto, dió un mugido terrible, pero, a pesar de señalar con ello su presencia, mi amigo tuvo que abandonarlo, pues se había lastimado bastante en su caída. Pocos días después se encontró el cadáver del hipopótamo en

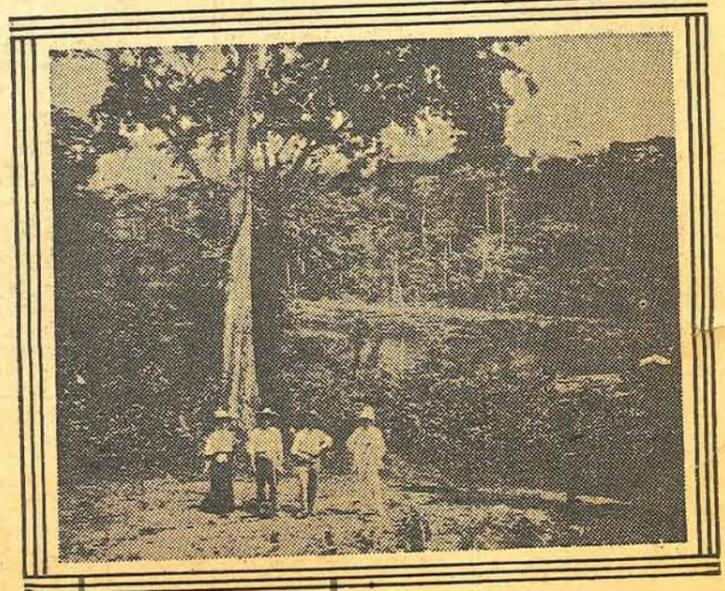
las adyacencias del sitio en que había sido perseguido por mi compañero.

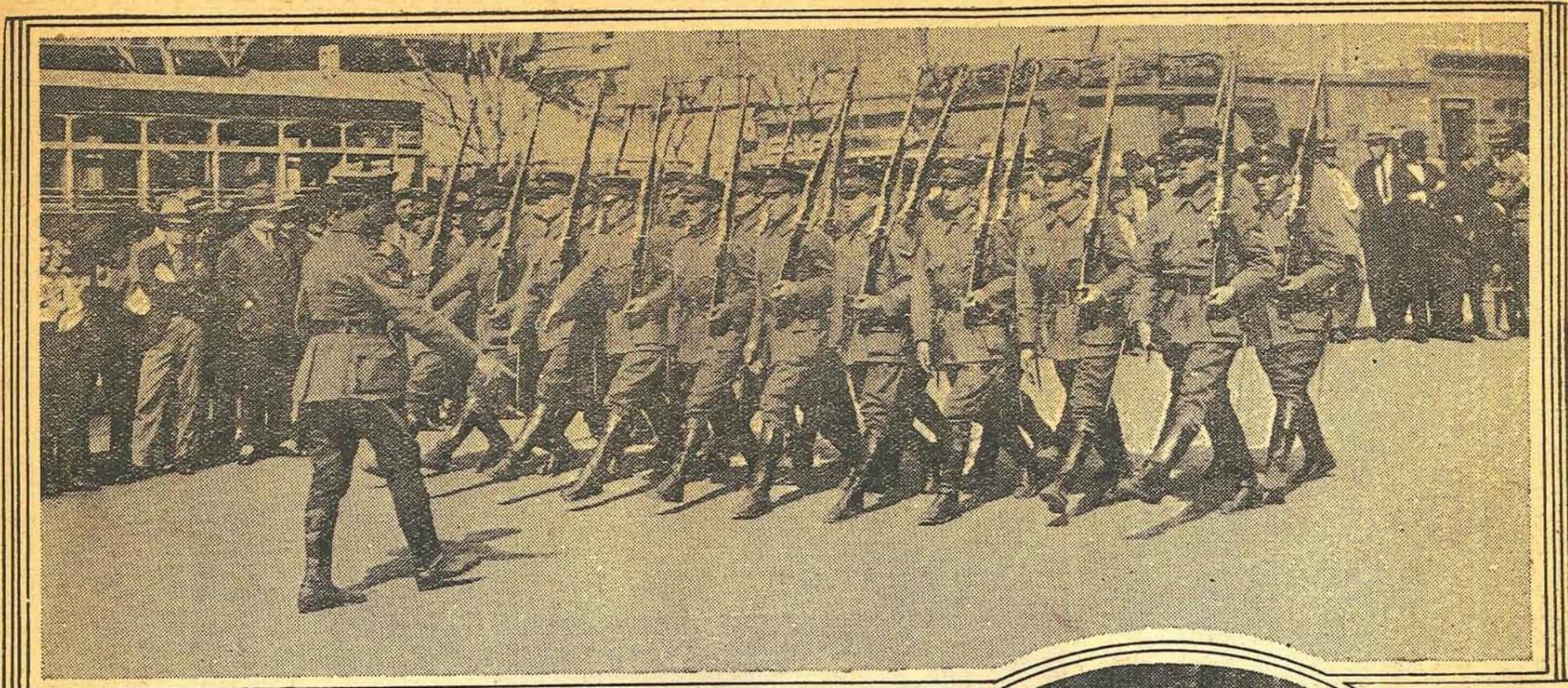
Un caso lleno de peligros, ocurrió a mi lavandero, de nombre Akori, el cual salió de pesca una tarde sobre una canoa. Cuando ya se disponía a regresar a la factoría, echó una vez más la red, y cuál no sería su sorpresa al advertir que se había metido entre las mallas un hipopótamo adulto que resoplaba y trataba, con todas sus fuerzas, de librarse de la red. Tanto luchó, que el pobre Akori, que por desgracia tenía atada la cuerda de la red en la muñeca, fué arrastrado al agua, así que cuando quiso darse bien cuenta de lo que pasaba, el hipopótamo lo tenía ya en las profundidades del agua, de donde, afortunadamente, pudo salir bien pronto, ya que el paquidermo había roto la trama de hilo fino, incapaz de resistir a tanta fuerza. De este modo, gracias a Dios, mi lavandero pudo librarse de una muerte segura.

En el Africa occidental, no abunda tanto el hipopótamo como en el Africa oriental y desaparece cada vez más. Aunque es cierto que en algunas regiones del Africa estos animales causan algunos daños en los cultivos del maíz y algunas otras plantaciones, no debería sin embargo, permitirse que su matanza se efectuase en la escala en que se hace. Para evitar los perjuicios que puedan causar los hipopótamos, bastaría cercar las plantaciones con una cuerda o alambre, que ya es suficiente para asegurarlas. Los indígenas del río Cross me han asegurado en muchas ocasiones, que estos colosales huven de todo lo que represente un peligro para ellos. Pero son muy pocos los negros que se preocupen de la construcción de cercas en sus huertas o quintas.

Debería ser terminantemente prohibido, hasta nueva orden, la caza del hipopótamo en regiones donde su carne y piel no tengan aplicación alguna, especialmente en lejanos distritos de aldeas donde estos animales no pueden causar daño alguno a los cultivos. De tal manera, este representante de los grandes mamíferos, se conservaría en el reino de la naturaleza, aún por muchísimo tiempo.

Vegetación de un bosque virgen

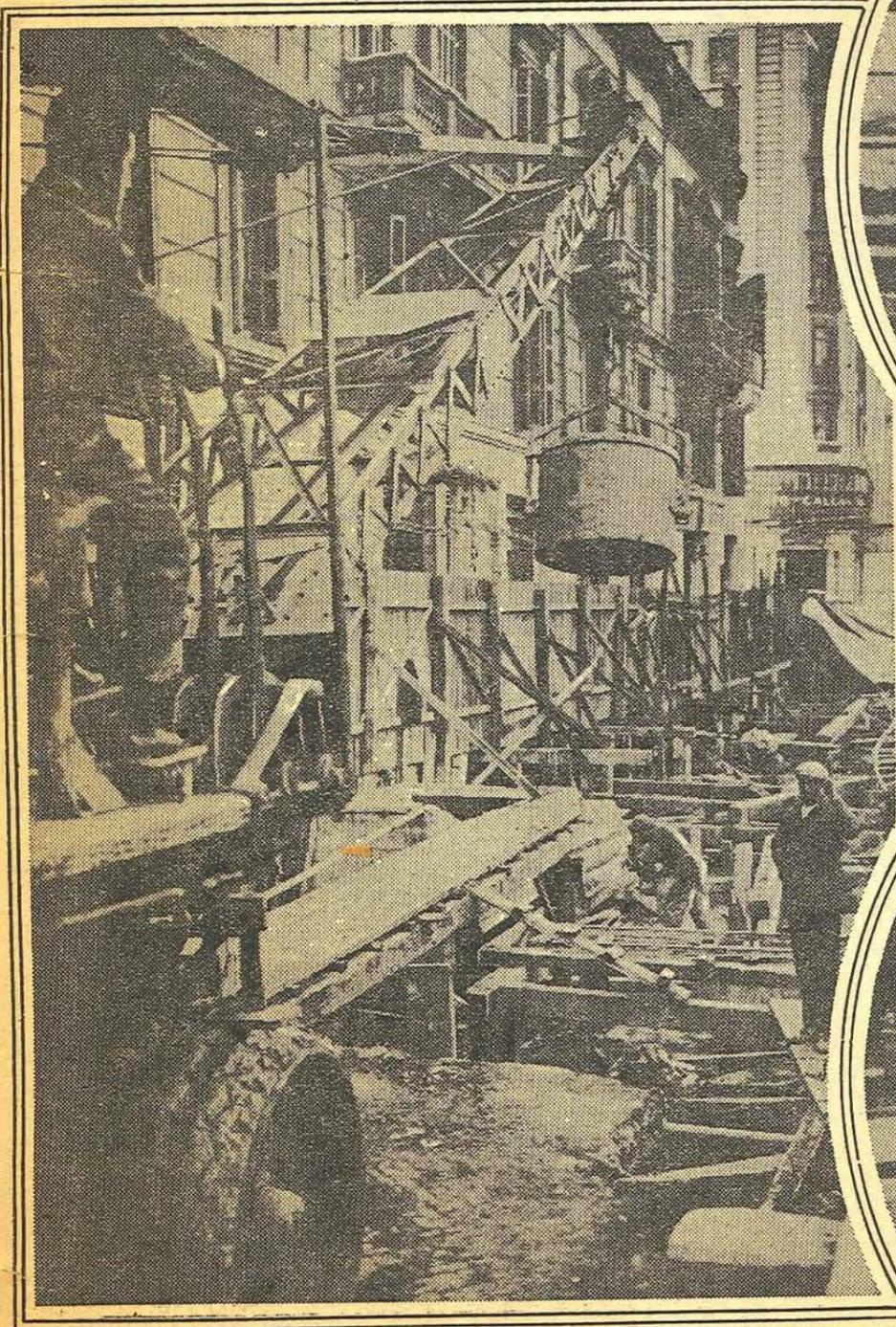




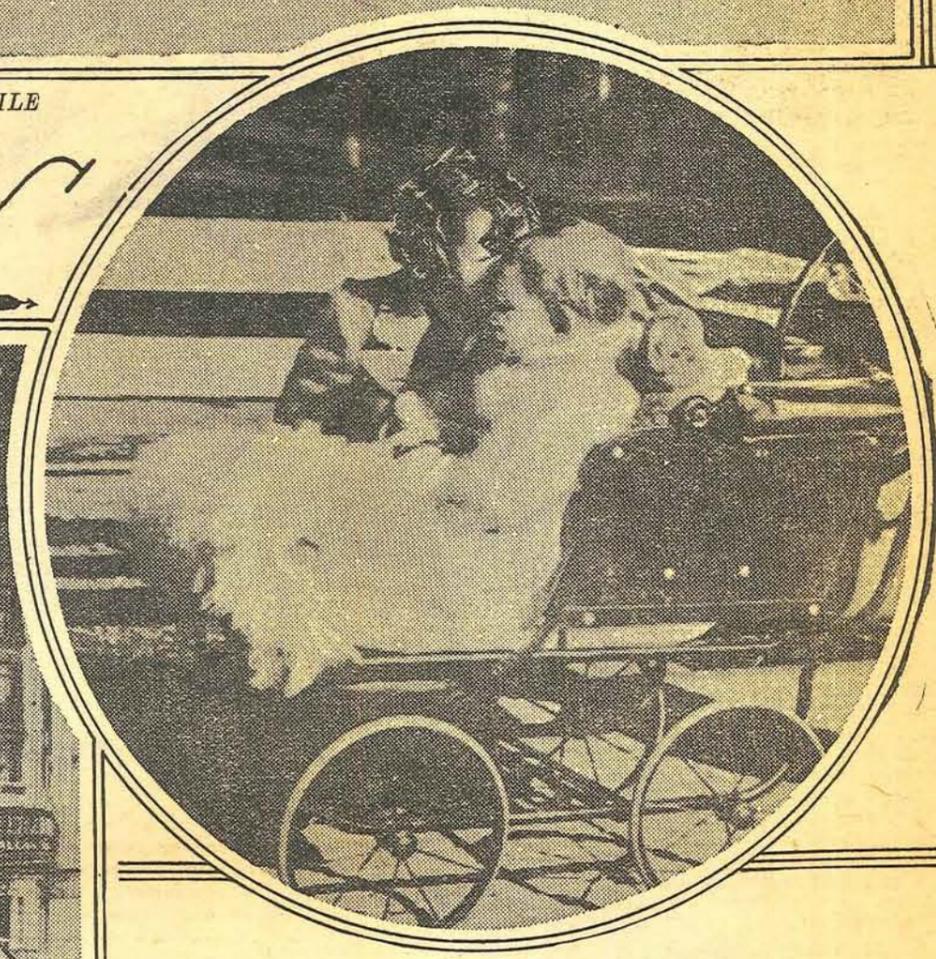
LAS MARCHAS PREPARATORIAS DEL ULTIMO DESFILE

INSTANTANEAS

¡EN SECRETO!...



DURANTE LAS OBRAS DEL SUBTERRANEO LACROZE, EN CORRIENTES Y CALLAO



EL PRECIO DE LA VERDURA SIEMPRE ES DISCUTIDO

Cuatro preguntas a Mlle. Vindya

¿Falda con la espalda larga?

Larga y muy pegada al cuerpo, quizá porque ese estilo de falda es el que me sienta mejor.

Creo que ni el mismo traje sastre es agradable. Estoy decididamente por la falda larga.



¿Cual es su sport predilecto?

Me gusta mucho andar a caballo, por ser el sport más elegante; pero prefiero el automovilismo. No hay, a mi modo de ver, nada más agradable que un paseo a las 9 de la mañana por Palermo y por el Tigre.

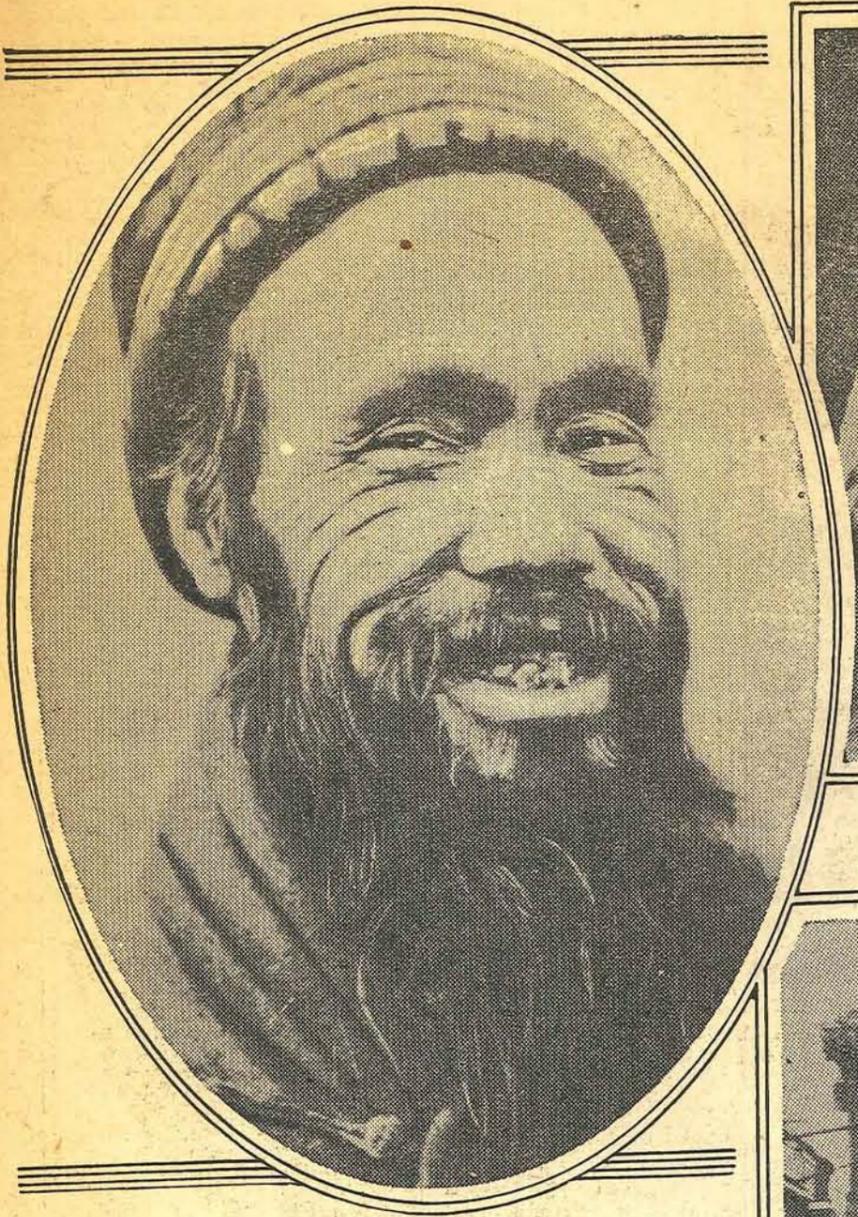
¿Cómo estudia sus bailes?

Ante todo, y de acuerdo con mi profesor, elijo el género oriental, por ser el que mejor se adapta a mi "personalidad". En seguida hago componer la música especialmente para mí, de modo que los motivos sean nuevos y exactamente en el estilo exótico. Después de un mes de severo entrenamiento, en un curso clásico y acrobático (una hora diaria de cada uno), empiezo a trabajar con mi maestro Staats. El pianista toca la música y yo improviso para que el maestro vea los movimientos que siento y los que resultan más adecuados. Luego llega el turno al maestro para combinar los pasos, siempre en el género elegido, y como aquél es muy artista y muy escrupuloso, es frecuente el caso de destruir en una lección todo lo hecho en la anterior. Necesito de nueve a diez lecciones para que un baile "esté a punto" y "bien equilibrado". Después ya no queda más que trabajar para conseguir flexibilidad y elegancia.

¿Qué música prefiere?

Me parece que no hay nada más atrayente y agradable que la música de Wagner. En otro género me gustan Rimsky Korsakoff y Debussy. Los valeses vieneses tienen para mí un encanto de primavera. Por último, para bailar en sociedad, el tango, siempre el tango...





Chino de la región del Tibet

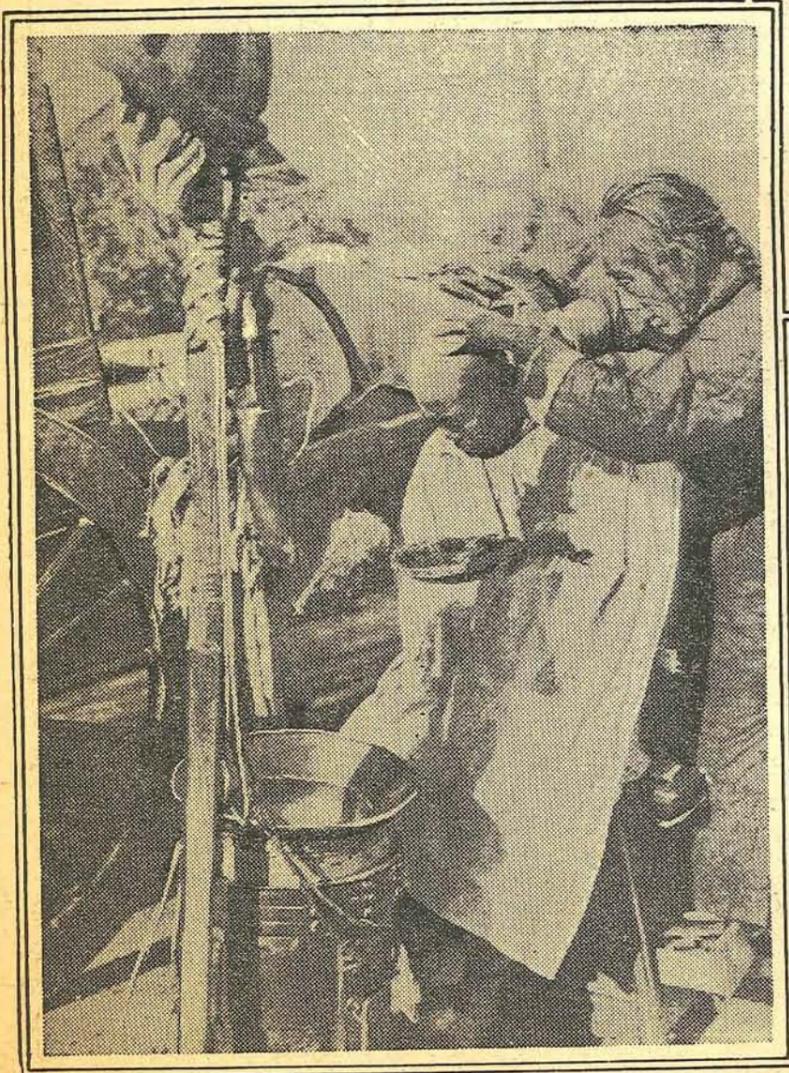


Escritor de cartas profesional, de gran ayuda para los analfabetos

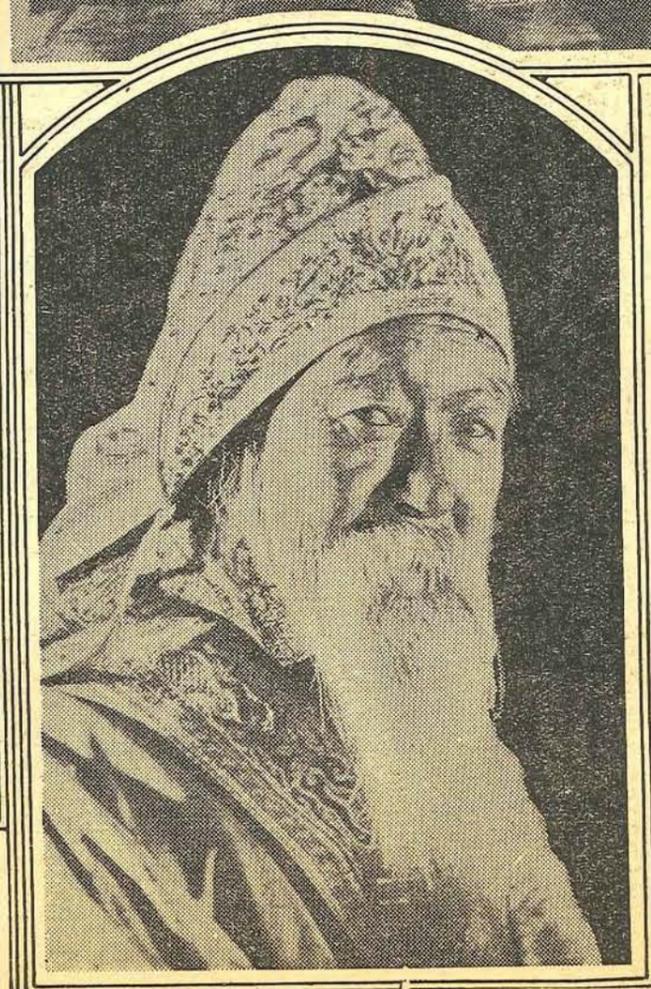
De la China



El paso por las calles durante el sepelio de un chino poderoso



Aspecto típico: peluquero trabajando en la calle



Lama chino, vestido con las ropas inherentes a su sacerdocio

LAS CANAS...

hay que hacerlas desaparecer, pero en forma inteligente, y ello sólo se consigue usando el COLORANTE ALSINA, pues su preparación eminentemente científica hace que sus tonalidades sean perfectas y siempre iguales, dando, así, al cabello la sensación del color natural.

CAJA \$ 7.- Interior \$ 7.50
Para evitar falsificaciones exija la caja cerrada.
Aplicaciones y venta:
MAIPU 843 - U. T. 31 Ret. 0374



Una pose original de Gertrude Dahl



Gertie Messingen luce un novedoso traje de baño



Un gesto expresivo de Alice White, al entrar en el río



Muriel Belasco, estrella del Morosco Theatre de Nueva York

EL FRUSTRADO SUICIDIO DE ALLEGRO GIOIA

(Continuación de la pág. 5)

viene maravillosamente amaestrada y quisiera demostrar de ese modo sus habilidades. Pero de repente disminuye la velocidad y se interrumpen los círculos con bruscos y desesperados saltos, como si el animal intentase escaparse de un círculo invisible y del cual se sintiese prisionero; hasta que todo cesa de repente y la rata se tumba patas arriba, contorsionada y con la panza gris y fofa, que todavía se estremece en ondas angustiosas. El miraba esta escena asombrado, hasta que un recuerdo le asaltó. El había visto aquella rata en vida o más bien como en un incubo, siendo chico, en un lúcido y obscuro patio detrás de la cocina, en donde la cocinera, que había tenido con la pobre bestia una cuestión personal, le había administrado con toda mala intención ciertos polvos grises, mezclados en las delicias de la basura. La impresión de la danza fúnebre del pobre animal—aquella imagen que como una advertencia volvía a su memoria—fue tal, que si en aquel momento hubiese tenido en la mano el sobre o la ampolla, éstos se le hubiesen caído de los dedos y se le habría derramado el contenido.

El único consejo que le trajo la noche después de agitar-se sin cesar entre las sábanas, fue que lo mejor que podía hacer en aquel momento era dormir, pero aquella preocupación le siguió hasta en sueños, y éste fue de lo más agitado, como el de aquel que tiene entre manos un mal asunto, del cual no sabe cómo podrá librarse.

Al levantarse por la mañana y durante varios días sucesivos, durante el breve examen de su vida que solía hacer mientras atendía a su "toilette", se afeitaba, limpiábase las uñas o se hacía el nudo de la corbata, se vio obligado a comprobar que poco o nada adelantaba en su asunto tan meditado. Pero no tenemos intención de seguirlo de semana en semana, a través del laberinto de su perplejidad que se mostraba en un continuo ir y venir, a pie o en tranvía, de la mañana a la noche, del café a los jardines públicos, por todas las calles de la ciudad, sin fin determinado. Dejémosle, pues, correr y confundirse entre la gente y limitémonos a comprobar que las dificultades que se oponían a su propósito no habían disminuido, sino que más bien a ellas se habían añadido alguna que otra nueva razón. No encontrar, siquiera, la forma de suicidarse, ¿no era como la suprema justificación del suicidio? Esta vida nuestra, que no dispone de puertas adecuadas para quien quiere salir de ella, ¿no es acaso esto motivo suficiente para que el que quiere marcharse, debido al fastidio o a la desesperación, se tire de cabeza por la ventana? De todos modos, no pudiendo hacer nada por el momento, resolvió tomar una decisión intermedia, abandonando las calles de aquella ciudad, que había recorrido tantas veces en todas direcciones, y huir y desaparecer. Y como era, según habréis comprendido, una de esas cabezas razonadoras, que una vez que se posesionan de una idea la desmenuzan hasta el fondo, esta idea de la desaparición fue como un mundo abierto ante él en medio de tanta perplejidad como la que le atormentaba. Trazó una ecuación: suicidarse era desaparecer; desaparecer era perderse en la soledad. ¿Y dónde podría buscar la soledad? En su imaginación vio pasar montañas y mares que parecían atraerlo con sus espacios ilimitados, sus asilos impenetrables.

Algunos días después nos lo encontramos manejando el remo, como el antiguo enamorado, en busca de la muerte. Ahí lo tenemos deslumbrado por un resplandeciente ocaso, sobre el encrespado infinito del mar, sobre este desierto inmóvil y fluctuante, siempre diferente y siempre igual, perdida de vista la playa y sintiendo

bajo sus pies aquella muerte de que tan sólo le separa la frágil envoltura de su embarcación. Bastaba un ligero movimiento; que él se dejase ir con la cabeza hacia abajo, y después de abrirse un pequeño surco, el agua volvería a cerrarse con gran indiferencia sobre él y la mística frontera que existe entre el ser y el no ser habría sido franqueada. Pero ahora es esta misma facilidad lo que le detiene.

Le parece que su muerte, que representa para él un hecho supremo, se convertiría en algo demasiado modesto, de fácil olvido, perdiéndose de este modo como una sencilla gota de agua en este mar infinito de muerte, sin orillas y sin fondo. ¿Pero no era precisamente esto lo que él buscaba?, oyes diréis. Sí, era esto; pero hay tantas formas de hacerlo... mas todas estas son suposiciones gratuitas, porque no comunicó nunca a nadie su secreto propósito; únicamente podemos comprobar que cuando terminó la temporada de baños el hombre no había llegado a conclusión alguna. El mar lo rechazó, al fin de cuentas, como a uno de estos deshechos—un sombrero desgarrado o una vieja bota—que se ven a veces en las estaciones balnearias flotando durante días y días sobre las olas, rechazados tan pronto por el agua como por la arena, bajo el guiño implacable del sol.

Se marchó, huyó de aquella soledad estéril y malévola, buscando lugares más simpáticos entre las montañas. Sigámosle también en esta última peregrinación y lo encontraremos peleando con las rocas que se amontonan piedra sobre piedra, hasta confundirse con las nubes; le sorprenderemos sobre los voladizos, encima de los precipicios. Al asomarse con cautela, sentía que el vértigo le entraba por los ojos y le invadía por todo el cuerpo, disolviéndole huesos y músculos como si fueran gelatina, y él entonces se representaba el vértigo como una bestia inmundada, un monstruoso y viscoso pulpo que agazapado en el fondo de los abismos, dirigiese silenciosamente hacia él sus tentáculos invisibles. Y entonces se echaba hacia atrás, agarrándose con las manos, con las uñas, y aferrándose con toda su persona a las rocas y a aquella vida que había decidido abandonar. Justificábase ante sí mismo esta contradicción en que caía, con el argumento de la defensa de la propia voluntad, puesto que debía mantener su dignidad hasta lo último, aniquilándose sólo por su propio impulso.

Pero parándose a pensar en este nuevo concepto, sintió en su interior como un nuevo despertar en el que toques de corneta y charangas estupendas parecían indicarle imperiosamente un nuevo camino, el verdadero camino; aquel que le llevaría a una actitud de desafío, a lanzar su vida en la cara de sus semejantes como si fuese un guante. Su suicidio debía, pues, ser un hecho clamoroso, casi histórico, y tener lugar ante un verdadero anfiteatro de público, con la mirada y el alma de todos pendientes de él.

Con este nuevo plan fijado en su alma, tomó el tren de regreso a la ciudad, proponiéndose perfeccionar aquel proyecto que acababa de trazar.

Por lo pronto, era necesario empezar a ponerlo en ejecución en seguida, y al bajar del tren, se encontró con un amigo que le felicitaba por el aire de salud que traía después de sus vacaciones marítimas y alpinas, y entonces le declaró, sin más rodeos, y como si se tratase de una noticia cualquiera, cuáles eran sus intenciones.

—Es salud desperdiciada, porque he decidido suicidarme. ¿Lo tomas a broma? Es una resolución científica, filosófica.

El suicidio por convicción; no hay nadie a quien no se le ocurra pensar esto alguna vez en la vida; pero es necesario que alguien dé el ejemplo. Yo me sacrificaré porque me conviene.

Este mismo discurso u otros de índole parecida los fue repitiendo durante los días siguientes a los amigos y a los conocidos, por las calles y en el tranvía; lo dijo en los cafés, a voz en cuello; lo razonó con todo lujo de detalles en los corrillos y en las tertulias, contestando a todas las objeciones que se le hacían. Quería de ese modo preparar el acontecimiento, hacerlo más agudo y, sobre todo, quería con ello comprometerse irremisiblemente. Lo que, en efecto, consiguió. La cosa cundió y se difundió por todas partes; el hombre se convirtió en el suicida ambulante, el hombre que lleva a sus espaldas el propio suicidio, siguiéndole por todas partes las miradas, las sonrisas y las murmuraciones. Nadie, natural-



mente, lo tomaba en serio. El se daba perfecta cuenta de aquella ironía que le seguía; pero podía permitirse despreocuparla, en vista de la respuesta final que les tenía reservada. Que le diesen únicamente el tiempo necesario para dar con la forma que exigía su nuevo plan, y entonces verían. Y finalmente dió con la solución.

Dió con ella durante uno de sus paseos nocturnos por los senderos de la colina que circundaban la ciudad por el mediodía y donde se había detenido para contemplarla desde la altura, en un lugar en que la calle formaba una especie de terraza. La ciudad se extendía a sus pies, confusa, con sus techos accidentados como las olas del mar, con sus piedras descoloridas y apagadas como el árido terreno que la circundaba y donde, a semejanza de un gran hormiguero, se delineaba apenas. Aquí y allá sobresalían algunas fachadas de iglesias y las esbeltas líneas de sus campanarios; pero la silueta más sobresaliente era la enorme torre medieval, construida con ladrillos rojos y que, a una altura de ciento y un metros, se destacaba con su remate almeado sobre el fondo azul del cielo. Por medio de su pensamiento se trasladaba a la cima de aquella torre, desde donde veía la ciudad a sus pies y a él mismo caer en medio de la asustada muchedumbre, que acudiría de todas partes. Esta misma muchedumbre presentaría con sus cien mil ojos su filosófico suicidio. Durante sus correrías por las calles de la ciudad, en los días que siguieron, se daba cuenta de cómo aquella torre había sido erigida por los antepasados guerreros para dominar a la ciudad;

su mirada encontraba en cada momento, en cada esquina, la masa de la torre, que así, vista desde abajo, le parecía cada vez más imponente en todos sus aspectos y en su pausada carrera hacia el cielo; imponente y formidable sobre todo para aquel que, parándose a sus pies, levantase la vista hacia su cima y dejase correr su mirada a lo largo de aquellos muros, sintiéndose como aplastado bajo el peso de la inmensa mole. Veía la torre y la presentía ahora como un símbolo, pensando que su alma participaría de aquella grandeza el día en que él se encontrara allí arriba, en la soledad de la cima, azotada por los vientos, y por encima de la muchedumbre que, como grandes ríos negros, correría por las calles que desde la periferia de la ciudad cercana pasan a este punto, mezclándose allí unos con otros, inmovilizándose en un silencio expectante, como un inmenso lago, en la plazoleta que existía bajo la torre. Jamás suicidio alguno—pensaba erigülecido—había sido tan gloriosamente meditado y preparado. Su perplejidad y sus anteriores huidas, que tanto le habían humillado, quedaban ahora justificadas como una inconsciente preparación del gran plan que había concebido.

El sol, finalmente, se levantó, iluminando sobre el gran día; y todo lo tenía ya preparado hasta en sus más pequeños detalles. Había puesto todo su empeño para que el gran acontecimiento que debía realizarse a las doce en punto llegase al conocimiento de los amigos, de los periódicos, de toda la ciudad, advertidos a tiempo para que todos pudiesen asistir al espectáculo sin poder evitarlo por eso. El guardián de la torre, un pobre zapatero alojado con su tienda en un cuartucho que endeblemente se apoyaba al pie de la torre, le entregó, sin siquiera levantar la mirada del remiendo en que estaba ocupado, la enorme llave que tenía siempre sobre la mesa entre las herramientas propias de su oficio y que solía usar algunas veces en vez del martillo. Encontró la pequeña puertecilla y tuvo que hacer un gran esfuerzo para abrir la cerradura oxidada; una vez que hubo entrado, la volvió a cerrar y le pareció con esto que se había ya ido fuera del mundo de los mortales y se encontraba en la primera antecámara de la Eternidad. Luego levantó la mirada hacia arriba.

La impresión de la torre desde su interior fue de una grandiosidad diversa, pero no inferior a la recibida por su aspecto exterior. Más formidable tal vez por ser más misteriosa. En la altura se elevaba, hasta perderse de vista, un inmenso cono de sombra, que a medida que se elevaba, se hacía más compacto, interrumpido sólo de vez en cuando por haces y chispas de luz que entraban por las hendiduras y que ponían en aquella obscuridad sus pinceladas lividas y amarillentas llenas de apariencias confusas, en parte vistas, en parte adivinadas. La palidez de aquellas luces hacía resaltar aquí y allá algunos relanos, vigas y contrafuertes, que contribuían a aumentar la impresión de fuerza y de grandeza. La escalera, completamente pegada al muro, empuñada en comparación con el macizo de la torre, parecía subir trabajosamente, humildemente, haciéndose ver en un rayo de luz, desapareciendo en las tinieblas, para reaparecer nuevamente. Era un inmenso túnel de sombras y penumbras, sumido en la claridad del día, que se realizaba sobre el cielo para hacer irrupción en su cima, en la suprema gloria de la luz.

Empezó a subir por la espi-ral de las escaleras, que daba tantas vueltas, que parecía no terminar nunca. Mientras subía, sentía rumores imprevis-

tos provenientes tal vez de algunos halcones que, asustados a su paso, se desprendían de las paredes para echarse en el vacío, o tal vez lechuzas que buscaban nidos en sombras más densas. Luego sintió un revolotijo y un gato, salido de Dios sabe dónde, como si fuera un "genius loci", lo acompañó maullando y restregándose contra sus piernas, como si quisiera impedirle el paso con la autoridad que estas bestias adquieran viviendo solitarias y encerradas en los lugares deshabitados, y luego lo dejó, siguiéndolo tan sólo con sus ojos amarillos desde la sombra y con alguno que otro maullido cada vez más lejano. Al llegar al cuarto y al sexto pisos se acercó a las hendiduras para echar una mirada hacia abajo y ver si empezaba a reunirse la muchedumbre. Pero no se veía a nadie. Algunos transeúntes, empuñados por la distancia, atravesaban la plaza, preocupados de sus propios negocios; ninguno miraba hacia arriba y se hubiera dicho que ni siquiera se daban cuenta de la existencia de la torre. El ruido de la ciudad, después de haberse confundido en un solo ronquido, se había finalmente extinguido, aumentando así aquella impresión de indiferencia. El hombre se sintió algo turbado, como un actor que mira por los agujeros del telón y que ve el teatro casi vacío en el momento de recitar. En el último piso sintió que le llegaba el aire y la luz como una invitación; el ladrillo que se descascarillaba de los muros y la madera putrefacta de la escalera, se iluminaron a su alrededor y sobre su cabeza apareció la abertura de la salida. Corriendo, subió los últimos escalones como si le hubieran crecido alas, y salió a la gloria del sol y del azul del cielo, en el que algunos halcones destacaban su silueta.

Pero se le amargó aquel primer momento de alegría cuando, adelantándose al borde de la torre, miró hacia abajo. No había aún ningún indicio de que la muchedumbre esperada empezase a agruparse acudiendo a su cita. Quedó un rato mirando, entristecido ante la sospecha de algún contratiempo; luego empezó a agitar los brazos, a llamar la atención. Finalmente, la mirada de uno de los transeúntes se paró sobre él. Ganas le hubieran dado de abrazarle. Aquel primero avisó a otro y pronto se vio una docena de caras mirando hacia arriba. Luego vio a una figura aplastada con un delantal que movía los brazos y adivinó que era el zapatero, que se había dado cuenta de que la puerta estaba cerrada y que, por lo tanto, protestaba. Con-

Una moda que se impone

Nos referimos a los cabellos claros, que hoy están en boga y hacen furor en las grandes ciudades europeas. Personas recién llegadas de París nos afirman que toda niña y hasta las damas que se precian de elegantes lucen sus cabellos color oro, obteniendo así en el rostro ese aspecto agradable de juventud y de belleza no igualado por ningún otro medio. Con este motivo se han preparado productos de tocador que reallzan a la perfección el maravilloso cambio de los colores del cabello. Entre los decolorantes más renombrados cabe destacar la manzanilla Verum, que hasta ahora ha dado entera satisfacción por su resultado insuperable y su sencilla aplicación. Se emplea con suma facilidad en casa, y en 4 ó 5 días da al cabello el tono de color deseado. En las buenas farmacias se encuentra pronto para el uso envasada en frascos que alcanzan para varias aplicaciones. Su uso no perjudica en nada el cabello, sino al contrario, favorece su conservación, por lo que es hoy muy recomendada para los niños.

URBANISMO Y ARQUITECTURA

NOTAS DE VAGA FILOSOFIA
SOBRE LA CASA Y LA CIUDAD
EN FUNCION DE NUESTRO TIEMPO

testó con gestos como de película, y aquel gesto a través del aire llamaba siempre a más gente: dos, tres y a montones. Sin embargo, esto era una miseria en comparación con su sueño. Quería ver toda la ciudad a sus pies, en actitud de ansia y de estupor, y no a aquellos pocos curiosos. De repente le vino una idea. Al subir había visto en uno de los últimos pisos una cuerda que colgaba. En un principio no se había fijado mucho en ella; pero, ¿dónde podría terminar esa cuerda sino en una campana que debía haber por allí escondida? Volvió a bajar y al encontrarse con la cuerda se agarró a ella. Resistió un poco, era pesada, pero luego cedió, hasta que con un balanceo cada vez más amplio, llegó a dar los primeros toques en el bronce. Luego el repiqueteo empezó con un ruido imprevisto, que subía muy arriba, tocaba el techo, saltaba, se precipitaba en el inmenso hueco como unas cataratas de vidrios rotos, despertando una infinidad de ecos, los unos vastos y profundos, y los otros pequeños e insignificantes, que se encontraban, se perseguían y se callaban, fundiéndose, igualándose luego en un solo sonido incesante, que parecía provenir de la sombra misma. El se enorgullecía de ese ruido—oyéndolo lo mismo que si fuese su propia voz—, que de un modo tan irresistible llamaba a toda la ciudad. Y se dejaba caer asido a la cuerda, de tal modo que no se sabía si el movimiento de la campana lo daba él o si más bien era la cuerda quien tiraba de él, arrastrándolo hasta el borde de la almena, hasta que se soltó asustado. Hubiera sido una broma imperdonable el morir de este modo, por equivocación, en aquel pozo de sombras, unos minutos antes de su glorioso suicidio a plena luz y bajo la mirada de todos.

Porque finalmente la ciudad se había despertado y acudía de todas partes. Cuando se asomó de nuevo, vio las calles llenas de gente y la plaza a sus pies se iba llenando cada vez más. En todas las ventanas de la plaza había espectadores y algunos hasta habían subido sobre los tejados de las casas. El momento solemne se acercaba. Esperó todavía un poco, como se hace en los teatros para dar tiempo a los espectadores a que lleguen a ocupar sus asientos respectivos; luego, acercándose al borde del abismo, titubeó y como movido por un impulso imprevisto, se quitó el sombrero de la cabeza y con un gesto teatral lo tiró en el vacío. ¿Quién sabe por qué razón, cuando nos sentimos arrastrados por un impulso de destrucción, la primera cosa que se tira es el sombrero! Lo siguió con ansias, como si fuese un pedazo de sí mismo, hasta que le vio dar media vuelta y desaparecer. Quedó allí asomado por algunos instantes y se retiró, porque le vino una idea. Sentóse sobre el suelo, se quitó los zapatos y con gesto solemne los tiró también, dejándolos caer cada uno por un lado, como si estuviese cumpliendo con un rito. Al caer, es muy posible que dieran sobre la cabeza de alguno, porque débilmente llegaron hacia él los primeros gritos. El respondió a aquellas voces quitándose la chaqueta y lanzándola detrás de los zapatos; luego, una después de otra se fué quitando también las demás prendas, con la misma sensación que tiene el nadador cuando se desnuda para dar el salto. Cada prenda era recibida abajo con un vocerío cada vez más fuerte. La aparición de su cuerpo desnudo, que se destacaba sobre el ladrillo, fué saludada por un nuevo silencio, en el que se adivinaba una expectación brutal, hasta cruel; esperaban que diera el salto. El sentía que de cada una de las innumerables manchas blancas que eran las caras de la muchedumbre salían rayos visuales, todos dirigidos hacia su persona, y mien-

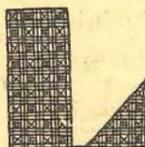
tras difería el salto, le parecía que aquellos rayos se hacían cada vez más agudos, que iban en busca suya como ganchitos para agarrarlo, arrastrarlo hacia el vacío, precipitándolo luego desde esa altura. El horror, un horror que no tiene nombre, irrazonable, le invadió, revolucionando y penetrando todo su ser, por lo que él, sublevándose, se echó, no hacia adelante, ni hacia fuera, ni tampoco hacia el angustioso vacío, sino hacia atrás, dejándose caer como un guiñapo sobre la sólida piedra calentada por el sol, agarrándose a ella con toda su persona.

Desde el abismo de la plaza subió un grito que atravesó la distancia, prolongándose en un murmullo interminable como el del mar cuando está enfurecido por la tormenta; un murmullo que subía y parecía que iba a buscarlo hasta allá arriba, como olas de rabia, como espuma, escupitajos de saliva, para afrentarlo, y este rumor se iba picando cada vez más, porque él seguía escondido detrás de las almenas que coronaban la torre. Sus semejantes no le veían ya desde abajo; tan sólo los dioses en lo alto, desde el anfiteatro de las nubes, lograban descubrirle, postrado con la frente en el suelo, pegado al suelo como un gusano. Ellos sí podían penetrar en su intimidad, ver toda su angustia impotente, que, sin embargo, no le impedía darse cuenta de la aventura y hasta descubrir una última novedad. Y era esta: que si él hubiera podido desdoblarse y mirar la propia vida como un objeto aislado, tomarla y tenerla en sus manos, ¡oh!, entonces sí que no hubiera dudado ni un solo momento en tirarse allí abajo, en el vacío, después de su sombrero y de sus zapatos y de todas las demás prendas. Pero para presenciar este desdoblamiento suyo tendría que ser también espectador como lo era aquella muchedumbre bestial; hubiera querido verse caer, precipitar y saber lo que sucedería después.

Llegaron los carabineros después de haber echado abajo la puerta, mientras otros bajaban con grandes esfuerzos a la muchedumbre encaprichada que intentaba abrirse paso para verlo y tal vez hacerlo saltar a viva fuerza. Y allí lo encontraron, en aquella misma postura, y se lo llevaron afuera. Por lo que en vez de subir tuvo que bajar su calvario, sumergiéndose cada vez más, de peldaño en peldaño, de piso en piso, en aquella marea de desprecio que se agitaba abajo y que llegó al punto culminante en el preciso momento en que apareció, envuelto providencialmente en una manta de caballo de algún coche de alquiler; después la gente se tranquilizó, como suele suceder con la muchedumbre en uno de esos momentos de instantánea piedad; muchos de entre ellos le tendieron las manos piadosas, que le iban dando y entregando aquí su sombrero, más allá la camisa, cuando no los zapatos y hasta una pierna de los pantalones estropeados, sus pobres cosas maltrechas, que volvió a ver con insospechado e imprevisto enternecimiento.

Ahora, en los días buenos y en aquellas calles preferidas por los empleados jubilados, es muy posible que encontremos, dando un paseo, a un señor vestido de gris, pero de buen aspecto, con su traje bien conservado, con ese cuidado especial que ponen los empleados para que dure eternamente el mejor de sus vestidos; y lo mismo en la cara como en todo el aspecto exterior, podemos advertir las señales de esa felicidad placida propia de los empleados jubilados. Es él, mi antiguo amigo Allegro Gioia, cuya vida, después de aquella estrepitosa aventura, ha respondido, si bien con una intensidad menor, al nombre que lle-

(Continúa en la pág. 35)



objetos derivados de la realización de las ideas, existe en el espacio y en el tiempo. Tiene duración temporal y espacial.

Debido a ello, las cosas y los objetos continúan existiendo, aun después que han desaparecido las condiciones espirituales que les dieron el ser.

Existe, sin embargo, una continua relación de vanguardia entre las ideas en función del tiempo y los objetos en función del espacio. Proyéctese, asimismo, el fenómeno de la supervivencia de la materia en relación con determinada idea. Y los objetos que quedan en el espacio, una vez transcurridos los pensamientos que les dieron origen, forman luego verdaderos obstáculos materiales para la ejecución de obras que sinteticen ideas actuales o nuevas, reduciendo también el grado de eficiencia del intelecto colectivo.

La arquitectura es, entre los productos de la civilización, el más duradero, ya que tiene en sí misma un sentido estático. Un edificio de piedra o de madera puede sobrevivir a muchas generaciones. Erigido por los tatarabuelos, pasa a alojar a los biznietos y éstos, por la ley del menor esfuerzo, acomodan su tipo vital a las condiciones añejas que la casa perpetúa.

En tiempos más remotos, cuando la humanidad avanzaba lentamente, la diferencia entre generaciones de siglos diversos era insignificante. Con la aparición de las ciencias positivas y de la técnica, las etapas del progreso comenzaron a ser conquistadas, no a través de siglos, sino a través de años, de meses; y la diferencia entre generaciones inmediatamente sucesivas se tornó enorme, hecho que vino a agravar el anacronismo entre el individuo y la casa que habita.

El compás de la marcha progresiva se aceleró en todos sentidos, pero en la arquitectura acentuóse el atraso. Al poco tiempo, la actividad arquitectónica de los pueblos pasó de la vanguardia en que estaba, a la retaguardia de la cultura, donde se encuentra ahora.

La ciudad, y el universo que el hombre creó a su alrededor, se compone de productos estáticos y anacrónicos de arquitectura. Entretanto, la ciudad como concepto ha llegado a ser dinámica. Es un organismo que tiene su proceso de desenvolvimiento, pero su crecimiento está determinado por normas rígidas establecidas por el pasado. El tráfico de una ciudad moderna ya no se realiza cómodamente en los límites de sus calles, porque su volumen y su velocidad requieren arterias más amplias. Las vías de comunicación urbana, limitadas por los edificios demasiado duraderos, continúan teniendo sus formas antiguas, al mismo tiempo que el tráfico, cuya evolución está en relación directa con el progreso de la industria automovilística, se intensifica y llega inclusive a compliarse seriamente.

La circulación de los vehículos, viva, dinámica, se realiza por calles que están prácticamente muertas en lo referente a sus formas y a su disposición. Y la ciudad se congestiona, se ahoga.

El hombre, no obstante ser el creador de las ciudades, ha pasado a ser su esclavo. Construido al perímetro urbano por sus negocios y sus intereses, no puede prescindir de

ella, aunque lo desee. Nace, vive y muere en la ciudad. Esta, tal como es, con sus anacronismos y sus aristas ásperas, dicta e impone su ritmo vital.

Envuelto por la ciudad, el hombre pierde el derecho de hacer su propia voluntad, sintiéndose como una gota en la corriente. Las ciudades, al formar un obstáculo entre la criatura y la naturaleza, transforman la psiquis e imprimen su cuño al somatismo de sus habitantes.

El tenor de vida exigido e impuesto por la ciudad obliga al hombre a disponer de su tiempo en tal forma, que nunca puede gozar de la acción benéfica del sol. Las horas en que más brilla este astro las pasa en lugares de trabajo: en el escritorio, en la oficina, etc., donde hay poco aire y poca luz. La división arbitraria de los terrenos y la tendencia a aprovechar cada centímetro cuadrado de terreno, origina como consecuencia una disposición grotesca de los edificios.

Construidas sobre terrenos excesivamente estrechos y relativamente profundos, las casas poseen una fachada pequeña, que no basta a iluminar todas las dependencias interiores. (Debe hacerse notar que el problema de la fachada se agrava aún más por las razones estéticas que hacen que las ventanas no sean dispuestas de acuerdo con la utilización máxima de luz y sí con el escrúpulo de su mayor o menor belleza). De esta suerte, éstas dependencias sólo pueden recibir luz por medio de las "bocas de luz", las cuales son insuficientes para garantizar, al organismo de las innumerables personas que trabajan en determinado predio, la suma de rayos solares y de renovaciones aéreas necesarias. Agréguese que el hombre, en los centros urbanos, no recibe los rayos ultravioletas, tan beneficiosos para el desenvolvimiento del organismo, porque el material usual del revestimiento de las casas los absorbe y aniquila.

Entretanto, ese material concentra calorías y las irradia, causando influencias malélicas en el organismo.

La gravedad de tal situación se hace más patente cuando se piensa que el hombre está condenado a pasar su vida en las calles-corredores, entre dos altos muros, agitando en un espacio que es precisamente el campo de los rayos caloríficos.

La concentración de la vida comercial en la "city" propiamente dicha, expulsa las residencias privadas del centro, llevándolas a la periferia urbana. El hombre vive lejos de sus lugares de trabajo, y recorre dos o cuatro veces por día la distancia que le separa de la "city". La ciudad y el tráfico crecen de proporciones, pero las calles permanecen inertes y, aun cuando se modifican, las variaciones no responden a las necesidades del momento.

Con el congestionamiento de las calles, el hombre pierde cada vez más tiempo para ir al escritorio o para regresar a su casa. Esto le cansa inútilmente y disminuye, al mismo tiempo, la duración de su tiempo de reposo.

En general, la concentración de las energías materiales e intelectuales en las ciudades grandes, establece una urgencia de eficiencias hasta ahora inédita. Dando al hombre medios de transporte, aumentando su capacidad de producción en el trabajo, nuestra civilización ha-se revelado, empero, negligente respecto al punto más esencial, que es la vida propia del hombre. Es la amontonamiento de casas arbitrarias, la cuestión del tráfico, las distancias, etc., son cosas que no hacen más feliz al hombre. A medida que las

ciudades exigen una eficiencia máxima, disminuyen las posibilidades de descanso del hombre, las oportunidades de que recupere las energías para el trabajo del día siguiente. Son cosas que habitualmente pasan inadvertidas debido a la baránda característica de los grandes núcleos de actividad.

La ciudad actual es característica de nuestra época — época de confusión. Vivimos un tiempo en que se confunden las cosas que deben morir con aquellas que deben nacer o están naciendo.

Existe la ciudad como forma inerte, herencia de los siglos pasados, al lado de la ciudad como producto dinámico de nuestra civilización; y la ciudad nueva no puede llegar a implantarse debido a la existencia excesivamente prolongada de la ciudad antigua.

Hacemos muchas conquistas parciales. Para realizar una siquiera, pero que sea completa, es preciso, ante todo, embellecer la relación de supremacía entre el hombre y el objeto que produce.

Falta, en fin, una organización racional de la vida y de la cultura colectivas.

En medio del caos y de la desorganización de los elementos de nuestra civilización, ya va haciendo, aunque lentamente, un nuevo tipo de pensamiento, una nueva manera de ver las cosas. Y también nace el nuevo concepto de realización entre el hombre y el universo que le circunda, entre la parte y el todo. Antes, el hombre pensaba ser un "yo" opuesto a la "gente". Ahora ya comienza a pensar en "humanidad" y su "yo" es concebido como una parte orgánica del género humano. La intelectualización parcial cede el paso lentamente a la intelectualización total. Nacen conceptos integrales. Y ese es el fin probable de esta época de confusión.

La ciudad, considerada no como una suma aritmética de casas, calles, plazas, etc., sino como la integración orgánica de tales elementos, es un fenómeno de dinamismo. Y este es un concepto nuevo que apenas cuenta diez años. Como resultado de él surgió el urbanismo: la teoría de la formación y funcionamiento de las ciudades.

Es conveniente anotar, además, que el urbanismo como ciencia no tiene nada de común con el urbanismo como paisajismo; este último es una tentativa de carácter puramente estético en el sentido de remediar la arbitrariedad de los conjuntos arquitecturales, procurando conjuntos más armónicos. En cambio, el urbanismo como ciencia es una biología de las ciudades en función de los tiempos modernos. Estudiando sus procesos vitales, concretos y latentes, el urbanismo científico no trata de determinar la duración de sus elementos en el espacio, sino también en el tiempo. De esta manera su objetivo también puede determinar la duración espacial y temporal de la arquitectura.

No obstante el hecho de haber podido realizar muy poco prácticamente el urbanismo, representa éste una tendencia acertada en la lucha emprendida para que el hombre se apodere de sus propias conquistas y para que sea, en definitiva, un poco más feliz. Tiene como objetivo integrar los procesos parciales a fin de transformar la ciudad actual, que pesa sobre el hombre como "facto", en un instrumento dócil y perfecto al servicio de la voluntad humana; la ciudad que es hoy origen de desdichas para el hombre podrá convertirse mañana en un estímulo de prosperidad.

VLADIMIRO CONSTANTINOVSKI

LA VOZ DEL VACIO

POR
PIERRE
QUIROULE
(CONTINUACION)

ILUSTRACIONES DE
PEDRO DELUCCHI

—¿Puedo hablar con Mr. Robert Stone?—preguntó.

El empleado, sin parar mientes en su interlocutor, dijo automáticamente en voz alta:

—Mr. Stone: aquí quieren verlo.

En respuesta, apareció un hombre de unos treinta y cinco años, moreno, bien formado y de mirar vago y perdido.

—¿Quién pregunta por mí?—inquirió.

—¿Es usted Mr. Stone?

—Sí; yo soy.

la calle, pues el cierre del banco no implicaba la terminación de la tarea para el personal superior. Entró, por lo tanto, a un restaurante vecino, sentóse junto a una ventana, desde la cual se dominaba el banco, y pidió un refresco.

Pasó media hora y las puertas del establecimiento permanecían cerradas. Pero Peter no se impacientó. Pronto el paso de un hombre frente al banco iba a darle que pensar. Perdido entre la multitud que a esa hora de la tarde circulaba por allí, ese hombre le llamó particularmente la atención. Cuando quiso mirarlo por segunda vez ya había desaparecido, pero Peter tuvo tiempo suficiente para reconocer en él al hombre bajo y rechoncho que encontrara junto a la puerta del departamento de Dane.

Este descubrimiento encendió en Peter ciertas sospechas. ¿Se trataría de una simple

zar la calzada, caminó unos pasos y dobló por una callejuela. Peter lo seguía le lejos, pero no perdía de vista ninguno de sus movimientos. Poco tardó en advertir que alguien se acercaba a Robert Stone y lo tomaba por la manga. Era el hombre bajo y rechoncho.

III

Stone se detuvo bruscamente y sostuvo un rápido cambio de palabras con su compañero. Peter podía contemplar a su gusto el rostro del empleado de banco y advirtió en ella una súbita expresión de miedo y también esa inquietud inconfundible de la persona que cree ser espía. De pronto, con un rápido saludo a su compañero, se lanzó tras un ómnibus que en ese momento pasaba y subió de un salto al estribo.

Peter se dispuso instintivamente a seguirlo, pero la hábil maniobra lo tomó tan desprevenido, que el ómnibus había desaparecido entre el tráfico tumultuoso antes de que pudiera percatarse de su número o la dirección que llevaba.

Peter estuvo a punto de perder su sensatez habitual, pero pronto recapacitó que sería inútil tratar de alcanzar a Mr. Stone y que lo indicado era vigilar los pasos del otro.

Concibió la idea y la puso en práctica. Poco trabajo le costó ver al hombre atravesar Prince's Street y seguirlo luego por los vericuetos de la City, hasta llegar a la estación de Cannon Street.

La gente se apiñaba frente a las taquillas, pues las oficinas de la City lanzaban a esa hora sus legiones de empleados y escribientes, y Peter, disimulando entre los grupos, pudo acercarse a su presa sin suscitarse sospechas, oírle pedir un boleto para Chislehurst y tomar otro para el mismo destino.

En la plataforma esperaron cinco minutos la llegada del tren y Peter subió al vagón vecino al de nuestro hombre. Durante los tres cuartos de hora que siguieron no consiguió poner en orden sus pensamientos. Pero estaba seguro de una cosa y era de que no había errado la pista. Podía afirmar también que el hombre bajo y rechoncho había entrado en el departamento de Dane inmediatamente después de salir él y leído el mensaje de Dane, tras lo cual habíase apresurado a informar a Robert Stone de su descubrimiento.

Todo esto lo veía claramente Peter Quirk. No dudaba de que Robert Stone y el hombre eran cómplices, pero no podía vislumbrar más lejos. Tampoco podía adivinar la trama sutil que estaba en juego y su plan se reducía, por el momento, a no levantar los ojos de su presa y a aguardar las próximas eventualidades.

Iba sumido en estas especulaciones cuando el tren llegó a Chislehurst. Por la ventanilla vio al hombre de marras atravesar la plataforma en dirección de la barrera, y demás está decir que Peter se apeó inmediatamente y siguió detrás del sujeto.

Ahora era menester más circunspección que nunca, pues los pasajeros se dispersaron pronto, dejando a Peter y su presa a escasa distancia uno de otro, pero afortunadamente, el desconocido no parecía advertir que sus movimientos eran vigilados y proseguía su camino sin detenerse.

Peter guardaba cierta distancia, caminando tras él sigilosamente, protegido ahora por las tinieblas. De esta manera atravesaron toda la ciudad de Chislehurst, tan pequeña como Bonita, y llegaron a la carretera.

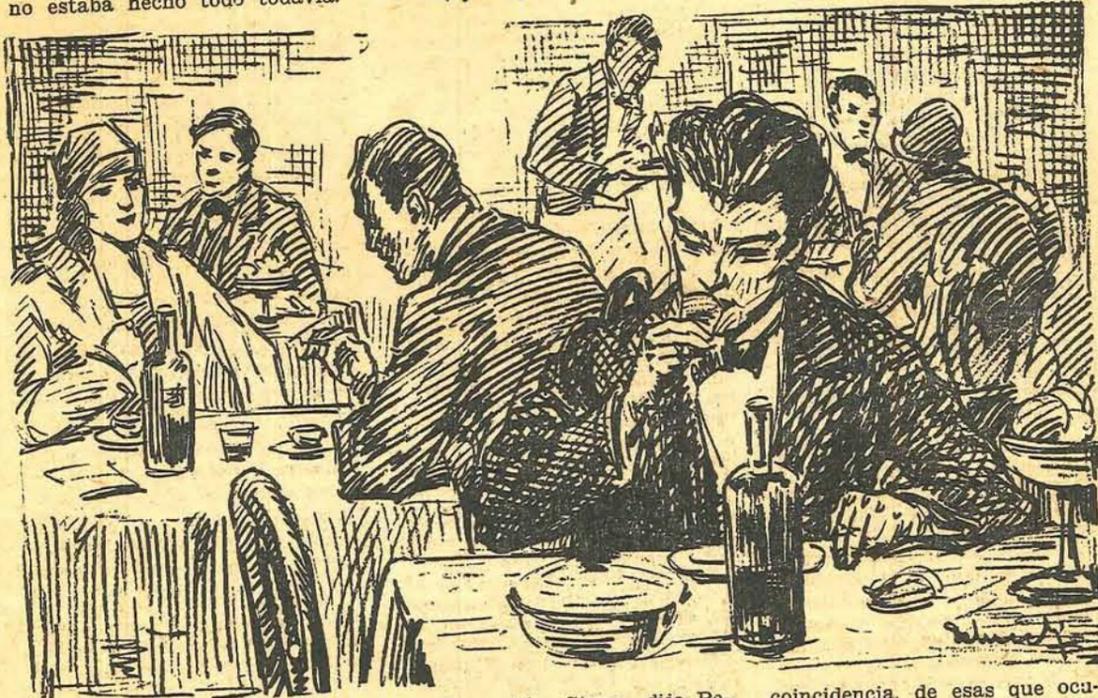
El hombre sospechoso tomó por un camino lateral y apretó el paso. Las sombras de los árboles tornaban más obscuro el crepúsculo y ahora le resultaba difícil a Peter la vigilancia. Durante diez minutos, sin embargo, pudo seguir el rastro, pero de pronto descubrió que el

trict Bank Lothbury Chaqueta Azul Dane".

Esto demostraba que Dane tenía la pista del misterioso robo de la noche anterior; que aparentemente, sospechaba de Robert Stone, miembro del banco en cuestión. Eso era lo que el mensaje daba a entender y no se requería mucha sagacidad de parte de Peter para darse cuenta de ello. Y con la visión de la recompensa de mil libras como aliciente, se apresó a cumplir las indicaciones de su patrón.

Pero se le presentaba una dificultad: ¿Cómo podría reconocer a Robert Stone sin suscitarse sospechas?

Peter tenía una mente ágil. Un prospecto de la Library Publishing Company (Compañía General de Librerías) que descansaba sobre la mesa, le sugirió la solución del problema. Se lo guardó en el bolsillo. Pero no estaba hecho todo todavía.



La mente de Peter era prudente, a la vez que ágil, y el nombre se dirigió a un ropero, abrió un cajón y extrajo unos bigotes blancos de entre la abundante cantidad de artículos de disfraz de John Dane, que gustaba de presentarse en los bailes de fantasía con las indumentarias más exóticas. Peter se pegó el bigote al labio superior, se miró, satisfecho, al espejo, tomó de un escritorio un Colt automático, lo escondió en el bolsillo y partió.

—Ya sabes, Peter, que uno nunca sabe lo que puede pasar...—murmuró para su codo, mientras descendía rápidamente las escaleras. Al abrir la puerta de calle oyó un grito pronto reprimido.

—Sí, sí; buen susto me ha dado. Iba a llamar cuando usted abrió la puerta. ¿Puedo ver a Mr. Mortimer?

Quien así hablaba era un hombre bajo y rechoncho que estaba parado en el umbral.

—¿Mr. Mortimer? Ignoro quién es. No vive aquí—respondió Peter.

—¿Cómo que no vive aquí? ¿No es esta casa el número 12 de Starbank Road?

—No, es el número 22—contestó Peter con rudeza.

—¿De veras?—exclamó el otro, mirando la numeración.—¿Qué estúpido que soy! Discúlpeme que lo haya molestado.

Y quitándose el sombrero se alejó apresurado.

Peter no asignó, por el momento, importancia al incidente. Subió a un ómnibus en marcha y poco más de media hora después llegaba a la sucursal de Lothbury del London and District Bank. El celador del banco se disponía a cerrar las puertas en ese momento, pero Peter logró introducirse en el local. Se encaminó a una taquilla abierta y llamó, asomándose por ella, a uno de los cajeros.

—Bien, Mr. Stone—dijo Peter, extrayendo el prospecto del bolsillo.—Soy representante de la Compañía de Librerías y Publicaciones. Vamos a editar una nueva clase de libro de cuentas, y como recordamos que hace poco tiempo usted se dirigió a nosotros...

—Yo no me he dirigido jamás a ustedes para nada. Y no precisamos sus libros. Buenas tardes.

Y diciendo esto, Mr. Stone se retiró con gesto brusco y mal humorado.

—Pero, Mr. Stone...—exclamó Peter.

Mr. Stone se había reintegrado a su trabajo y no parecía dispuesto a interrumpirlo.

Peter quedó muy disgustado y cohibido por esta recepción grosera, y apretando contra el pecho su precioso prospecto, salió del banco. Empezó a caminar pausadamente, meditando sobre lo que debía hacer. Las instrucciones de Dane eran precisas; tenía que vigilar a Robert Stone, tarea que no le resultaría muy difícil, puesto que ya conocía al personaje. Lo trabajoso sería no despertar sospechas. Pero al pasar frente a una tienda de artículos de segunda mano tuvo una súbita inspiración. Se pasó furtivamente la mano por el labio superior, arrancándose el bigote y penetró en la tienda.

Dies minutos más tarde salió de ella un individuo desarrapado, con aspecto e indumentaria de hombre de mar y una gorra echada sobre la frente, y se encaminaba lentamente hacia la sucursal del London and District Bank. Al llegar allí este individuo, que no era otro que Peter Quirk, se dio a vagar por los alrededores, con las manos hundidas en los bolsillos.

Sabía que tendría que esperar una hora o dos antes de que Robert Stone apareciera en

II
D ESPUES de conseguir el taxímetro que su patrón le había pedido y de verlo partir, Peter Quirk volvió a la escena de sus labores y atacó de nuevo a la máquina de escribir.

Peter Quirk era un hombre tímido y reticente que representaba bastante más años de los treinta que tenía. Antes de desempeñar junto a John Dane los oficios de factotum general, había vivido días amargos, y en uno de ellos éste lo encontró en el Embankment, en una de las frecuentes visitas que el novelista hacía a los barrios bajos, en busca de inspiración y color local.

Peter Quirk le suministró al momento ambas cosas, inspiración y color local. Agradecido, John Dane le invitó a tomar un café y esa amistad ocasional se afianzó rápidamente. Y como Peter Quirk no tenía dónde dormir esa noche, nada más natural que le ofreciera habitación en su departamento de St. John's Wood Y allí se quedó. Aprendió en poco tiempo las habilidades de dactilógrafo y se hizo tan indispensable a John Dane, que éste solía admirarse de haber podido vivir tanto tiempo sin él. Entre los dos hombres, de tan distintos temperamentos y costumbres, que se habían conocido por mera casualidad, existía una comprensión mutua, íntima y profunda, nada común en las relaciones entre amo y subordinado.

Acostumbrado a las pequeñas excentricidades de su patrón, Peter Quirk no asignó mayor importancia a la entrevista que acababa de presentarse y concentró toda su atención en pasar en limpio entregas de "La Chaqueta Azul". Terminó su tarea a la hora de almorzar, recogió las hojas desparramadas en el escritorio y partió en dirección al "Morning Post", donde aquella sería publicada. Cumplido con esto, entró a un mezzquino restaurante de Flee Street, almorzó apurado y no se puede decir que opíparamente, y volvió al departamento de St. John's Wood.

John Dane no había regresado, pero esto importó poco a Peter, a quien nunca faltaba ocupación. Empezó a recopilar recortes de periódicos y aun se hallaba empeñado en esta tarea cuando sintió golpear la puerta de calle.

Bajó a abrir y se topó con un mensajero que le preguntó por el señor Peter Quirk.

—Soy yo —contestó—. El mensajero le entregó entonces un telegrama que decía:

"Azfxx llyviv Wrefirfx yzmp olfsyig Chaqueta Azul Dane".

Peter frunció el ceño ante aquel extraño y, en apariencia, ininteligible enjambre de letras. Quedó un momento como aturcido, y a la pregunta del mensajero de si había contestación, respondió instintivamente que no, y le alargó dos peniques de propina. Tras este insolito dispendio, cerró violentamente la puerta y subió apresurado las escaleras. Una vez arriba, miró fijamente el despacho, tratando de descifrar su significado, ya que, evidentemente, significaba algo, pues era absurdo suponer que alguien pudiera gastar bromas tan ridículas.

Fijóse en el nombre de la oficina transmisora; era Surbiton. Contrajo el ceño otra vez, como si esto lo ayudara a pensar. De repente iluminó su rostro el resplandor de una idea. "Chaqueta Azul", allí estaba la clave del problema. John Dane usaba en su última novela que llevaba este título un código de su invención.

Fácil le fué a Peter recordarlo, pues él mismo había colaborado en su formación. Al momento pudo, por lo tanto, descifrar el despacho. Rezaba así: "Vigila Robert Stone Dis-

hombre bajo y rechoncho había desaparecido.

Lanzó una exclamación de despecho, se detuvo un segundo y miró a su alrededor. Si; había desaparecido de pronto como si se lo hubiera tragado la tierra. Hondamente irritado, Peter corrió unos cuantos metros y retrocedió luego.

No quedaba huella alguna del hombre perseguido; nada que pudiera explicar su misteriosa desaparición. Ya estaba Peter por decretarse a sí mismo vencido, cuando vió un estrecho sendero que corría a través de un bosquecillo. Lo siguió y fué a dar a un caserón oculto por los árboles, que, evidentemente, le sugirió al momento una posible explicación de la desaparición del hombre perseguido. Si éste había tomado por el sendero era, sin duda, para dirigirse a la casa, en la que, probablemente, se encontraría ahora.

Peter determinó llevar sus investigaciones tan lejos como pudiera y examinó la casa. Desde allí veía un ala bordeada por un alto muro, casi completamente cubierto por los árboles. Como no parecía aquel un buen lugar de observación, caminó unos pasos y llegó hasta la entrada principal.

De la verja de hierro, en cuya parte superior se leía el nombre de la finca, "Cedar Lodge" (el Chalet del Cedro) partía un camino que llevaba a la casa, cubierta por una cortina de follaje. De primera intención no se notaba luz alguna. En apariencia, todas las ventanas estaban cerradas.

Decidido a todo, Peter entreabrió la verja y se dirigió cautelosamente a la casa. Vista más de cerca, confirmaba la primera impresión; su aspecto era de abandono y soledad. No se percibía la menor luz, pero junto a una terraza había una gran "limousine" negra.

En el primer momento Peter pensó acercarse al automóvil, pero pronto se le ocurrió que si había alguien, por casualidad, dentro de él, descubriría inmediatamente su presencia. Ello no le convenía por ningún concepto y, por otra parte, le interesaba mucho más el interior de la casa que el del coche, pues presentaba que el caserón misterioso y sombrío encerraba algún siniestro secreto. En el ala derecha había una puertecilla. Se acercó a ella sigilosamente, pero la encontró cerrada. Continuó entonces bordeando las paredes, entre los arbustos, hasta llegar a la parte posterior.

Estaba igualmente oscura, con las ventanas herméticamente cerradas y, en realidad, producía una impresión más sombría, más pavorosa aun que la fachada. Pero Peter tenía el convencimiento de que en la casa había gente y experimentaba una extraña excitación que no conseguía explicar, pero que no amenguaba su decisión de entrar.

Pronto encontró la manera de realizar su propósito. Se aproximó a una ventanita situada en la mitad del basamento. La cerradura estaba rota, por lo cual le costó poco trabajo abrirla, con ayuda de su cortaplumas.

Pasó trabajosamente a través de ella para caer en la oscuridad absoluta, pero tanteando las paredes dió con una puerta que, afortunadamente, no estaba cerrada con llave y que conducía a una especie de corredor del subsuelo, de características y dimensiones imposibles de determinar por la falta de luz.

Y mientras Peter permanecía allí, vacilante y, en cierto modo, temeroso, el silencio imponente que reinaba en la casa fué desgarrado por un grito lastimero, grito desesperado del hombre que sufre una tortura cruenta.

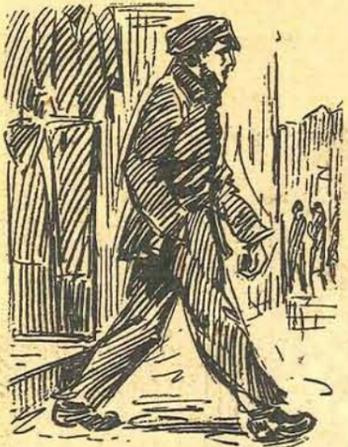
Persuasión

Un terrible escalofrío estremeció a Peter Quirk. Permaneció atónito, con los puños cerrados convulsamente, tratando

de retener la respiración. Tenía el oído atento, pero el grito no se repitió. Reinó de nuevo silencio, un silencio helado y pavoroso como de tumba. Había sido un grito ahogado, pero parecía provenir de muy cerca, de encima de su cabeza. Peter se enjugó el sudor, nervioso, que le bañaba el rostro y empezó a andar a tientas. Tenía la conciencia de su temor y la intuición desesperante de que en aquella morada siniestra se estaba ejecutando un acto monstruoso e inhumano.

Topó de pronto con unos escalones que lo llevaron hasta un descanso triangular, cerrado por una puerta, que dejaba pasar unos rayos de luz. Se aproximó a ella en puntas de pies, intrigado por el murmullo de voces que hasta él llegaba y atisbó por el ojo de la cerradura.

El espectáculo que se ofreció a su vista era curioso en verdad. El agujero de la cerradura no le permitía contemplar más que parte de la habitación, pero



esto ya era suficientemente interesante. En el reducido radio de su visión surgían dos hombres y un par de pies descalzos.

Uno de los hombres era el personaje bajo y rechoncho, a quien ya conocemos: estaba en el fondo del cuarto, y en su cara redonda se dibujaba una sonrisa equívoca.

Los pies emergían de un costado de una mesa, a la cual debía estar atado su dueño, pero Peter no podía ver nada más de su cuerpo. Cerca de ellos estaba el tercer ocupante del cuarto, hombre pálido y jiboso, con unos espesos bigotes negros y una gran cicatriz, que le cruzaba la cara. Tenía en una mano una antorcha encendida, a corta distancia de los pies misteriosos, y su rostro malvado aparecía desencajado de rabia y de pasión.

—Hable—gruñó—. Diga de una vez dónde está escondida la valija, o si no...

No completó la amenaza, pero la antorcha se elevó un poco.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Peter siguió contemplando el espectáculo sombrío, lleno de horrible fascinación. Y nada rompía el silencio, que aunque duró sólo minutos pareció prolongarse hasta la eternidad.

De pronto se oyó una voz agonizante y dolorida.

—Váyanse al diablo, pero suéltense de una vez. Tiré la valija al pantano, justamente de este lado de la ciudad.

Y esta voz reveló a Peter la anonadante verdad, que lo inundó de ira, de compasión, de asombro. Era la voz de John Dane.

Cediendo a un impulso violento, Peter dió un formidable empujón a la puerta y se abalanzó, saltando con agilidad de gato salvaje, sobre el hombre de la antorcha, apresándolo por el pescuezo.

Ciego de furia, no atinaba a pensar. Su deseo era, por el momento, asesinar, matar, gozar del salvaje placer de hacer sufrir al monstruo que tenía bajo su garra. Crispado por ese ímpetu, esa fuerza rabiosa que nos sacude en los momentos de pasión, fácil le fué dejarlo imposibilitado para la acción y,

allí quedó semi-inconsciente, con los cabellos desgredados y la faz cubierta de sangre.

Peter se recuperó en seguida y se puso en guardia, a la expectativa de un ataque del otro malhechor, pero éste había desaparecido, desconcertado tal vez por la violenta irrupción o temeroso de que ella fuera el preludio de una batida policial.

Peter estaba a punto de lamentar que hubiera partido. Tan vehemente era su deseo de venganza. Luego se acordó del hombre atado a la mesa. Se precipitó hacia él y empezó a romper febrilmente, con ayuda de brazos y piernas, las ligaduras que lo inmovilizaban.

John Dane se enderezó trabajosamente al sentirse libre, pero al tratar de ponerse en pie cayó desmayado, después de articular un gemido, en los brazos protectores de Peter. Enloquecido por el dolor y por la emoción de su salvación imprevista, no atinó, una vez vuelto en sí, a nada mejor que echarse a reír histéricamente.

Luego alcanzó a gritar:

—¡Peter! ¡Peter! ¡La valija! ¡La valija! ¡No dejes que se apoderen de ella! Está en el mojon número trece de la carretera a Londres.

Dicho lo cual cayó de nuevo en un desmayo, mucho más profundo y duradero que el anterior.

Peter no se ocupó más de él. Una vaga sospecha se había apoderado de su mente. Vaciló un momento y luego saltó por una ventana al jardín y corrió al frente de la casa.

La limousine atravesaba en ese momento la verja abierta de par en par. Peter emprendió la carrera, buscando al mismo tiempo en el bolsillo la pistola automática.

Pero ya era tarde; el coche había doblado a la derecha. Peter descendió uno, dos, varios tiros en su dirección, pero ninguno lo alcanzó. Ahora doblaba hacia la izquierda y en ese momento Peter tropezó con algo. Profirió una maldición que se convirtió, sin embargo, en un grito de júbilo, al notar que aquel algo era una bicicleta. Darse cuenta de ello, encender el farol y trepar a la máquina fué todo una misma cosa.

Tomó a la derecha, dobló a la izquierda y pronto se encontró en la bien pavimentada carretera de Londres.

Escudriñaba intensamente la oscuridad, en la esperanza de divisar en el confin la luz del automóvil que perseguía. Sí, allí iba la luz rojiza y fugitiva del faro trasero. De pronto tuvo la impresión de que el coche se detenía y poco después pudo precisar la silueta de éste junto al mojon de la milla trece. Peter se apeó de la bicicleta a escasa distancia del automóvil y se arrastró hacia él, con la pistola automática en una mano. En ese momento la limousine reanudó la marcha, pero Peter inició contra ella un tiroteo cerrado.

De la limousine le respondieron. Las balas silbaban en sus oídos pero él no se arredó. Sentía arderle la sangre en las venas. Continuó el tiroteo. La limousine se detuvo bruscamente, se desvió hacia la derecha, se precipitó contra un árbol y volcó. Peter corrió al lugar del accidente, abrió una portezuela, miró al interior y vió el cadáver de nuestro viejo conocido, el hombrecito gordo, y a su lado la ansiada valija. Peter la tomó, fué en busca de la bicicleta y se dirigió a toda velocidad en dirección opuesta a la que antes llevaba.

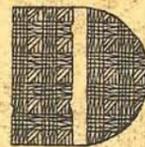
Poco tardó en cruzarse con un automóvil, cuyos ocupantes al verlo gesticular detuvieron el vehículo.

—¿Qué pasa?—preguntaron.

—Que a poca distancia de aquí ha ocurrido un accidente. Voy en busca de socorros.

Y sin dar mayores explicaciones prosiguió velozmente la marcha en dirección a "Cedar Lodge", lleno de orgullo y de satisfacción de sí mismo.

EL OXIGENO EN LAS PROFUNDIDADES MARINAS



ESDE los planc-tones hasta las ballenas, es numerosa la fauna que albergan los mares y los lagos. Lo mismo que el mundo terrestre, el acuático necesita oxígeno para vivir. Normalmente, los irracionales expuestos a la atmósfera no sufren la falta de oxígeno, pues éste constituye la quinta parte del aire que respirán, es decir, el 21 por ciento. Distinta es en cambio la proporción en el agua; en los lagos, por ejemplo, a una temperatura de 20° C., ella es de 6,4 por ciento y a 4°, de 9 por ciento aproximadamente. Mientras los seres que viven en el lago permanezcan en las capas cercanas a la superficie del mismo tendrán oxígeno suficiente, ya por la absorción del aire ya por la vegetación que bajo la influencia de la luz lo producen.

Sin embargo, a profundidades mayores también existe un gran número de seres y es interesante establecer cómo llega hasta ellos el oxígeno, sobre todo cuando la temperatura de las capas superiores del agua es elevada. El Dr. W. Halfbass, de la Universidad de Jena, dice que numerosos experimentos de laboratorio han demostrado la extraordinaria lentitud del proceso de absorción del oxígeno aéreo por las capas profundas del agua; ella, por otra parte, no da la cantidad que necesitan los seres acuáticos. A grandes profundidades no penetra bastante luz ni hay plantas que produzcan oxígeno; éste se encuentra, no obstante, en cantidad igual en las capas profundas como en las superiores de muchos lagos.

Cabe la suposición de que el viento puede hundir a profundidades mayores el agua de la superficie, que contiene más oxígeno, pero por ser más caliente, también es más liviana. Tal efecto del viento no sólo tiene un alcance de algunos metros, sino que penetra hasta una profundidad de 60 a 70, y aun más en circunstancias dadas, como lo han comprobado los oceanógrafos. Esa presión pasajera no bastaría para suministrar el oxígeno a las capas inferiores, pero debido a su influjo directo se producen ciertos movimientos del agua bajo su superficie; ellos provocan la mezcla vigorosa del líquido que desciende.

Esos movimientos son de dos aspectos enteramente diferentes. En primer lugar, pueden producirse corrientes por las cuales ciertas capas de agua, de espesor distinto, se mezclan a velocidad variable, no muy grande, pues para las corrientes mencionadas en los lagos pequeños puede llegar a 15 centímetros por segundo, en los mayores a 50 y en casos excepcionales hasta un metro.

Cuando la conformación exterior del mismo lo permiten, en algunas épocas del año, las corrientes pueden tornarse circulares. Y hay también lagos donde se observan corrientes circulares en dos partes distintas que fluyen en sentido contrario una a la otra. Tales formas de movimiento son, principalmente, paralelas al nivel, es decir, horizontales, y se comprende que gracias a ellas el agua superior, rica en oxígeno y llevada por el viento hacia

abajo, sea agitada fuertemente antes de que vuelva a ascender.

El segundo movimiento, en cambio, se efectúa en sentido vertical, es decir, desde abajo hacia arriba y a la inversa. Responde a dos cualidades del elemento: a su elasticidad y viscosidad. Puesto que en la mayor parte de los casos el viento no cae perpendicular sino que hiere la superficie en ángulo agudo, la capa líquida más caliente sólo desciende en una parte determinada del lago; la parte correspondiente a la dirección de la que procede el viento aun no se modifica. De ello se desprende que en una misma profundidad la temperatura puede ser distinta en varios puntos. La elasticidad del agua tiende a compensar la diferencia térmica y debido a la viscosidad, la compensación se realiza a velocidad distinta asimismo; ella será mayor cuanto mayor sea la diferencia de temperatura entre las masas del líquido afectadas y a veces podrá ser violenta.

Al faltar las corrientes fuertes, sobre todo las circulares, se producen oscilaciones de la masa líquida. En un periodo determinado, cuya duración depende de las dimensiones del lago y de las diferencias de temperatura, se observa entonces el fenómeno siguiente: en una parte del lago y en un momento dado el agua, de una temperatura de 18°, por ejemplo, asciende a una altura de 10 metros y en la parte opuesta igual temperatura puede comprarse a una profundidad de 20. Después de un rato, que equivale a la mitad del periodo, el proceso se invierte. En el sector donde los 18° se registraron a 10 metros de profundidad se registran ahora a 20 metros.

Son relativamente pocos los lagos en que se han podido comprobar esas oscilaciones, porque la medición indispensable impone exigencias muy grandes a la paciencia del observador y al tiempo de que dispone. Con todo, se puede suponer que se presentan en todos, salvo en los que predominan las corrientes circulares.

Son los movimientos descriptos los que en primer término provocan el suministro de oxígeno a las capas de agua profundas, haciendo así posible la vida de la fauna que albergan. También han sido observadas y estudiadas en ciertas partes del mar y aun no se sabe hasta qué punto son más importantes las corrientes, si es que hay tal importancia mayor. Falta todavía la investigación exacta acerca del particular.

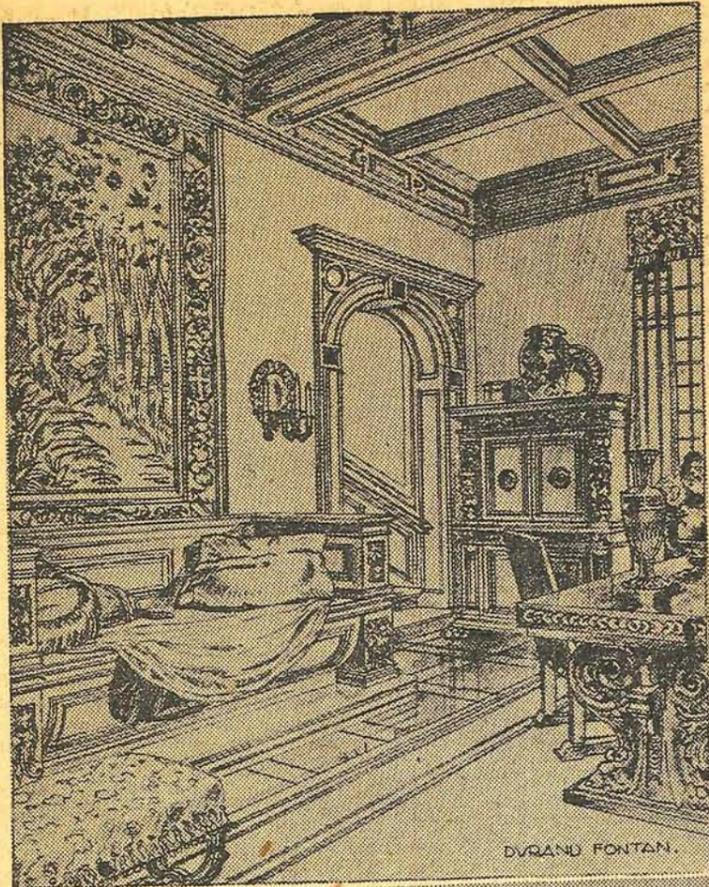
Otras formas de movimiento también confieren oscilación a las masas de agua, entre ellas la erróneamente denominada fluctuación de nivel. No cabe duda de que contribuyen asimismo a depurar las profundidades, pero como quiera que sea, en menor grado, porque abarcan simultáneamente toda la extensión líquida, no mezclan las capas tanto como los movimientos mencionados y su fuerza, y por ende el efecto, también son menores. En la depuración resultante de los movimientos debidos al viento, las características propias de un lago y las condiciones meteorológicas desempeñan, desde luego, un papel importante.

OSWALD FALKE

(Para LA NACION) — BERLÍN, septiembre de 1930

(Continuará)

ESTILOS DECORATIVOS LOS INTERIORES EN EL RENACIMIENTO ITALIANO



Angulo de un vestibulo decorado en estilo Renacimiento italiano del 1500

advertir que esta disposición de armarios embutidos en los muros—tema de rigurosa actualidad—no eran desconocidos en aquellos tiempos.

El uso de la "spalliere", un revestimiento o zócalo de madera de la altura de una persona, fué común durante el primer período del Renacimiento; por lo general, se dividían en pequeños y grandes paneles, con moldura arquitectónica y relevados con incrustaciones de marquetería, con diversas calidades de madera. Más adelante éstas fueron desapareciendo, pues la moda cambiaba prontamente, y hermosos tapices de Flandes y Francia o damascos venecianos fueron llenando las paredes hasta alcanzar el nivel del suelo.

Los cielos rasos, compuestos por una simple y recia construcción de envidado de madera colocada en el sentido pa-

a presentar los diseños que vemos hoy en los pisos de mosaicos contemporáneos. Más adelante aun se llegó a reproducir sobre el piso el motivo exacto que lucían los artesonados de los techos.

Las puertas y postigos de las ventanas talladas hábilmente y marqueteadas con raras maderas, nácar, carey y metales, fueron motivos de especial esmero; los postigos también eran claveteados con fuertes y bellos herrajes, y para proteger los interiores de los rayos solares se disponía, a modo de visillos, telares de género, pergamino o papel aceitado, que en algunos casos lucían paisajes en colores.

La estufa era el motivo más importante de toda habitación. Aun en los dormitorios, y según la importancia del local, ésta llevaba bancos o asientos de piedra, material del cual estaban hechas todas sin excepción, complementándose con morillos y braseros en hierro forjado, sobre los cuales se dis-

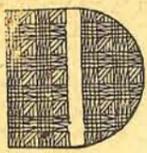
ponían los más bellos objetos de la casa, y las familias de la nobleza hacían grabar sus escudos sobre la parte superior de ellas.

Creóse la sala de recibo, la biblioteca, el estudio, los vestibulos, las salas de fiestas, los pórticos, las galerías de cuadros y demás.

En la sala de recibo o fiestas se decoraban fastuosamente el "trono", consistente en un gran cofre con tapas que servía de asiento adosado sobre un alto respaldo de madera tallada, incrustada y aun pintada; las "casapancas", que era el mismo cofre, pero con un respaldo más bajo y dos brazos laterales de la misma altura, algo así como un "lit de repos"; los artísticos bargueños con sus patas torneadas o esculpidas con figuras; los armoniosos y grandes armarios; los aparadores; las recias y pesadas mesas; las elegantes sillas en forma de equis llamadas "savonarola"; los altos sillones recubiertos de ricos géneros; los nichos formando vitrinas y finalmente, los "cassoni", cofres que tenían ubicación en todas las habitaciones, a modo de baúl, para guardar ropas, vajilla, libros o documentos.

Para la construcción de éstos empleábanse diversas calidades de maderas: el castaño, el olmo, el abeto, el pino, el guindo, pero la madera preferida era el nogal. Se había llegado a comprobar toda la belleza que su ensortijado vetado impartía a través de cualquiera graduación de tintas. La transparente coloración no esconde la venadura del nogal, y la opaca veladura de cera final que se da en el proceso del lustre a la madera, confiere a estos muebles la hermosa del bronce cubierto de pátina.

Es curioso comprobar que este precioso y magnífico estilo decorativo, exponente de una gran época de arte, no haya tenido entre nosotros la prosperidad que podíamos esperar, dada la similitud que nos acerca al temperamento latino, en tanto que en los Estados Unidos, pueblo de hábitos distintos y de diferencia racial, tiene gran aceptación este arte, lográndose hermosas realidades en la decoración de grandes aposentos, especialmente en las bibliotecas, halls, corredores, vestibulos, salones de billar, estudios y demás locales de casas privadas y del Estado.



DURANTE la Edad Media, que fué por excelencia el período religioso de la humanidad, el templo cristiano llegó

a ser motivo y esencia de la inspiración artística, y la arquitectura religiosa primaba sobre todas las expresiones del arte; así las construcciones civiles eran una continuidad del templo, y los palacios de los nobles, castillos fortificados para defenderse del invasor, contruidos en sillería de piedra o ladrillos, con muros de grueso espesor, estrechas ventanas y ríspidas escaleras, con aposentos desprovistos de comodidad y mal protegidos contra las inclemencias del tiempo.

En las postrimerías de esa época, las ideas y costumbres fueron sufriendo una evidente transformación y se inició entonces una nueva era: el Renacimiento.

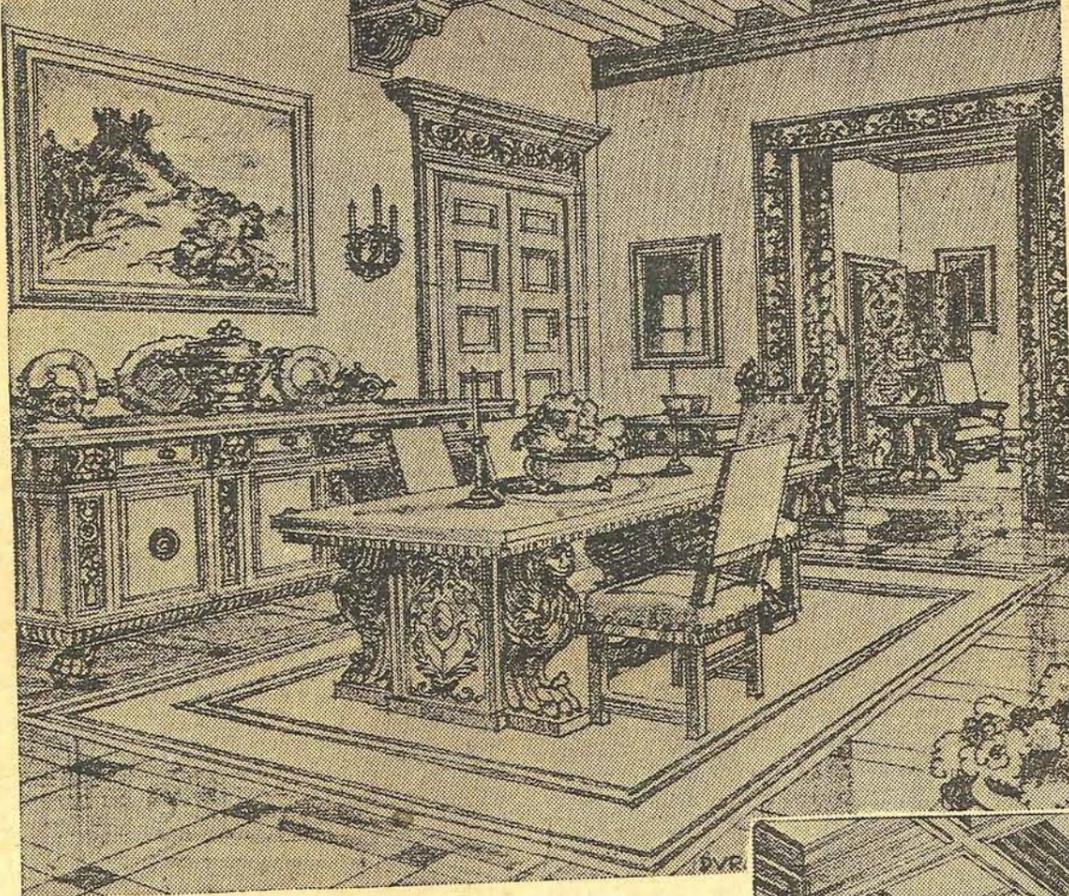
Pasadas las luchas intestinas que agitaban los pueblos, la arquitectura fué modificándose. Las copias e imitaciones de los palacios romanos se adaptaron en las fachadas primero, y luego se hizo lo propio en el interior; las habitaciones principales se ubicaron en el piso alto de las casas por razones de salubridad, las ventanas se hicieron más grandes y el confort y la belleza fueron imperando en el hogar.

Con el desarrollo e incremento del comercio, la riqueza fué acrecentándose, lo que dió un mayor impulso a la labor manual, aumentando así el bienestar general, y con tales circunstancias de renovación intelectual y artística resultaron favorecidas las artes aplicadas.

Así desarrollóse el gusto por las artes arquitectónicas y decorativas, llegando a formar, de esta suerte, en Italia un estilo propio llamado justamente Renacimiento.

En aquel tiempo era un verdadero culto el poseer suntuosas mansiones y las habitaciones tapizadas en sedas, brocados, cueros repujados, alfombras y hermosos muebles; el fervor hacia la pintura y la escultura fué también ambición de la nobleza e invadió asimismo a las personas pudientes de la burguesía.

Las paredes de las habitaciones, que hasta entonces habían sido por lo general sencillamente enlucidas o blanqueadas, se fueron pintando al fresco, pintura novedosa que estaba en boga en las iglesias. Con ella se imitaba los tapices de Oriente—muy escasos y costosísimos;

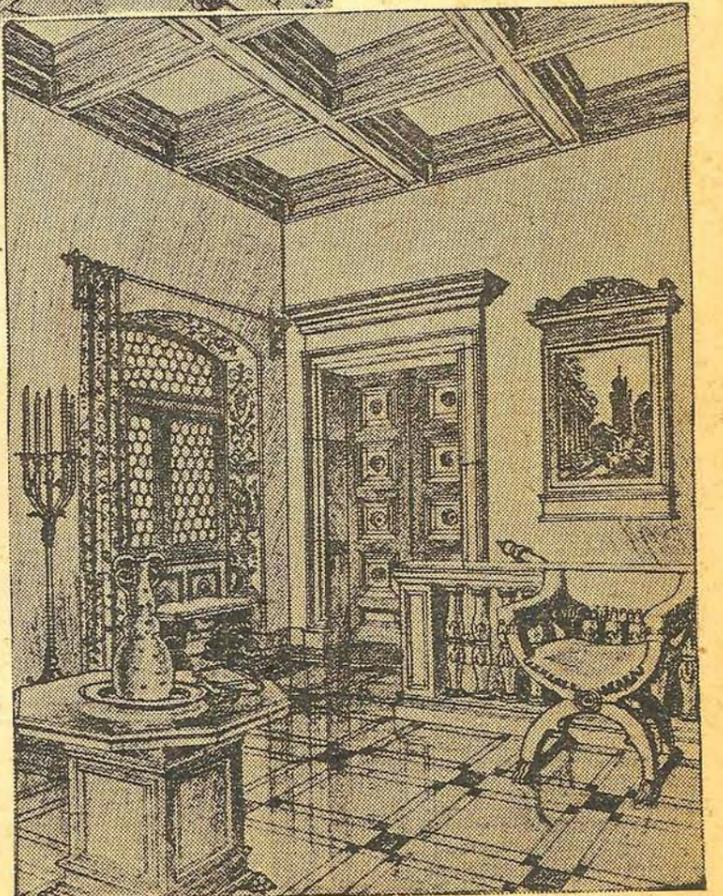


Comedor amueblado en estilo Renacimiento italiano

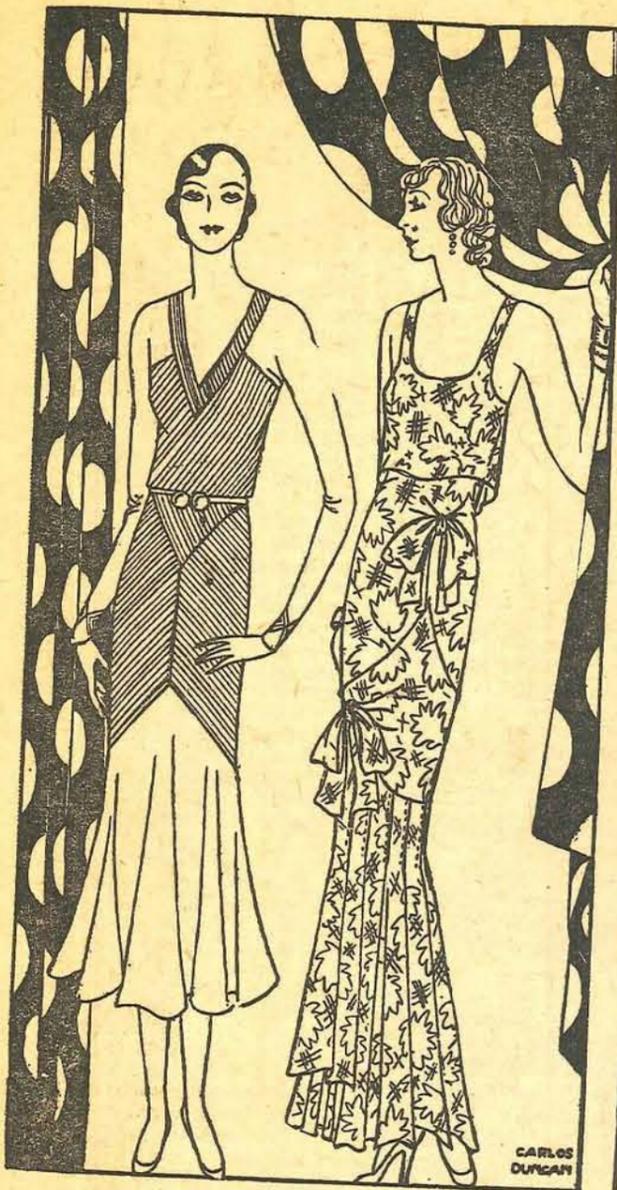
—más tarde, y siempre con ese procedimiento, se fué creando un dibujo de gusto puramente italiano, que consistía en disponer la mayor parte o toda la superficie de las paredes en compartimientos con motivos geométricos y ornamentados o bien representando preciosos géneros plegados y ligeramente ornados, llegando a producir en esta forma aposentos con los muros estucados con yeso en color marfil, dibujos grabados y realzados en oro puro, lo que nos da una idea del exquisito y refinado buen gusto reinante en aquella época.

Las paredes, revestidas en parte o totalmente por maderas, fueron escasas en Toscana, especialmente en Florencia, cuna de este maravilloso arte, a pesar de que eran comunes en la Alta Italia. Sin embargo, vemos hoy en el suntuoso estudio de Francisco I en el Palazzo Vecchio de Florencia, que toda la parte inferior de las paredes están compuestas de armarios embutidos, cuyas puertas de madera ricamente talladas y doradas tienen en el centro pinturas de innegable mérito. De este modo podemos

Una muestra del estilo Renacimiento italiano de la primera época: un vestibulo



TEXTO Y DIBUJOS DE PEDRO DURAND FONTAN



Modelo de Heim, en crêpe de Chine rojo adornado con pequeñas alforzas. Ensemble de Lucile

UNA OJEADA POR LAS CASAS DE LA "HAUTE COUTURE"

Por EVA TINGEY

LONG exhibe la silueta 1880 con escote "bateau" bordeando los hombros. Un volado en forma hace efecto de manga corta. Cocardas en forma de abanico, adornan la falda. Collares y pulseras en forma de margaritas acompañan los trajes que tienen volados que salen del talle y caen con efectos de delantal en la parte posterior, terminados por "ruches" chatos. El largo es a la mitad de la pierna, con tablas en forma de abanico.

Talbot ofrece en su colección guantes largos en chiffon, y el largo en las faldas tanto de día como de noche es hasta los tobillos. Un tapado corto para la noche es en "matelassé" y lo exhibe con un collar de turquesas y ónice. El saquito está adornado con astracán o zorro teñido en color verde. Se ven mucho para estos tapados cuellos en taffetas rizado imitando piel. Para los trajes sport se hacen "knickers" (pantalones), apareciendo bajo las faldas.

Estos trajes se acompañan de sombreros de copa baja y pequeñas alas terminadas en ondas.

Lenief exhibe para los trajes negros de noche capas de armiño estilo Directorio. En los trajes, muchos efectos de peplum, plegados o tableados saliendo de la línea del talle. El largo en estos trajes es exagerado; y se vuelve a los flecos, a las "guimpas" y a los mitones que terminan con volados de tul armado. Esta misma terminación se ve en los guantes de colores.

COLECCIÓN DE VERANO CHEZ CHANEL

NO cabe duda, que por la belleza de sus trajes, la colección de Chanel no tiene rival en bailes, playas, yates, etc.

Se ven mucho las faldas ondulantes y vaporosas en su parte inferior, los moños incrustados, cuellos châl largos y flotantes; mucho encaje como fondo para los trajes, y las orillas de los saquitos y faldas terminados en ondas o dentellados.

Para los trajes más adecuados se llevan saquitos derechos hasta las caderas, algunos con solapas anchas, casi todos terminados en ondas o festón. Las blusas en linón blanco tienen muy a menudo corbata en la misma tela del traje. Para trajes enteros se usa asimismo saquito corto con un efecto de peplum o basque.

Todos los trajes tienen cinturón. Las faldas, generalmente, tienen grupos de tablas a los lados y otras tienen cortes especiales que ajustan las caderas.

Las telas de esta estación: shantung, color verde o rosa; hilo "imprimé" con dibujos de tweed; toile de soie o crêpe de Chine, también "imprimé" como tweed.

LA NACIÓN

La

ELEGANCIA FEMENINA

Hay trajes sencillos en chiffon floreado con diseños medianos, sobre un viso más obscuro, que se llevarán con un tapado en lana liviana, forrándolo con el chiffon del traje. Para adornar las faldas se emplean godets, panneaux flotantes, pequeños volados colocados en hilera, y efectos de basque o peplum. Las faldas para los trajes de noche son amplias y largas, pero existen las que suben ligeramente por delante. Otras caen enteramente en forma a partir de las rodillas.

Hay trajes en chiffon "imprimé" con grandes diseños frondosos y a rayas borrosas, y también floreados en rosa y verde. Estos trajes tienen incrustaciones plegadas o cortes que forman moños. Amplias "echarpes" que se ajustan al cuello, cinturones angostos y volados pequeños sobre las caderas. Otros modelos son en satén blanco con godets ondulantes. Se llevan con saquitos cortos que tienen por cuello un amplio châl.

Un traje en chiffon blanco, con el cuerpo todo plegado hasta debajo de las caderas, tiene la falda con un corte en forma de paraguas que se coloca en la línea de la cadera haciendo zigzag. Otro modelo también en chiffon blanco, tiene la falda cayendo en puntas y se lleva sobre un forro de encaje blanco. Para trajes negros se combina mucho el encaje y chiffon.



Modelo de Martial et Assmand, en terciopelo chiffon con adornos de encaje greige. Traje de Lucile Paray, en crêpe "Hassouna" negro y blanco

Los escotes altos y cuadrados adelante son bajos y en punta en la espalda.

Los colores más en boga son: verde claro, negro, blanco, beige y azul.

Worth está haciendo trajes de novia en georgette rosa pálido, falda blanco-ostra, terciopelo chiffon transparente color blanco y lamé blanco y plateado.

Heim hace los cuellos de piel para los tapados incrustados en los hombros. Y las pieles que emplea son: astracán gris, negro y marrón, gaillac, breitschwantz, etc. Pero no pone ninguna piel de zorro.

APUNTES DE EVA TINGEY

EN el Teatro Pigalle y la Nuit de l'Elegance he visto muchos trajes blancos saliendo de los tapados cortos de armiño. Algunos de estos saquitos son bor-

dados con strass. Otros eran en terciopelo de colores vivos. Una elegante con un traje blanco tenía un saquito en terciopelo verde-lechuga y las mangas ajustadas terminaban con puños de armiño.

En Auteuil vi un traje en crêpe de Chine azul claro, con un saquito en terciopelo azul marino y se acompañaba con un gran sombrero en paja natural.

Los rasgos salientes que pude observar eran: trajes en cretona "imprimé" con sacos cortos en colores claros y trajes en chiffon floreados con largos sacos derechos, en terciopelo, en un tono más obscuro que el colorido del traje.

El sombrero, los zapatos, guantes y carteras, siempre en consonancia con el conjunto.

PREPONDERANCIA DEL BLANCO

Por SILVESTRE DORIAN

EL blanco ha sido realmente el color preferido en esta estación.

Entre los trajes que vi recientemente en Les Ambassadeurs, había un buen número de ellos que eran blancos; tanto en satén como en chiffon. Un traje encantador en satén blanco me llamó especialmente la atención. El cuerpo era en una línea de sencillez armoniosa, con un escote redondo. La falda se componía de secciones curvas que comenzaban en una de las caderas y bajaban por delante, formando caídas verticales. La otra cadera era una continuación de la blusa y ceñía el cuerpo como un guante. En esa misma noche, vi un modelo de Molineux que actualmente tiene gran éxito.

Este traje es en georgette blanco con una túnica que se ciñe a las caderas, atada a un lado por cuatro moños de georgette. La falda tiene un gran volado irregular y el ruedo es desigual. En el escote, formado con dos brételes angostos, tiene dos grandes flores rojas. Un bolero corto, guantes blancos, largos hasta el hombro y zapatos en crêpe de Chine blancos, daban el toque final a este modelo chic.

Al llegar los días claros, que invitan a salir de la ciudad, buscando aire y sol, empiezan también los paseos en automóvil o yate. Y especialmente para este último, nada es más práctico y bonito que los trajes blancos, ya sean en crêpe de Chine o jersey, con accesorios de color.

Un modelo muy juvenil era en crêpe de Chine blanco con falda a tablones; cuerpo sencillo, mangas cortas y escote cuadrado. Se acompañaba de un saquito azul marino, recto, con botones marineros dorados, boina azul y "echarpe" azul y blanca.

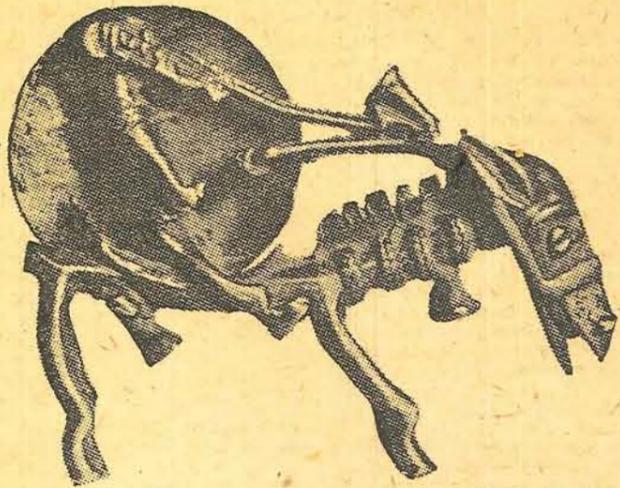
El blanco siempre será práctico y siempre será sentador. Teniendo dos o tres trajes blancos, con accesorios de color, pueden variarse hasta el infinito.

Paray. El traje color rosa pálido. El tapado corto, de terciopelo chiffon, es color granate adornado con zorro plateado. Modelo de Molineux, en georgette amarillo y blanco



OBJETOS DE ORO, DE BRONCE Y DE MARFIL EN EL ARTE NEGRO

P O R
M A G G I E
B L O O M



Figurita representando un guerrero a caballo, teniendo un escudo y una pipa. (Bronce Lobi)



Ornamento en forma de máscara humana en oro. (Lobi)

Una figurita representando un hombre de pie (Bronce Bamoum) y otra que representa una mujer de pie, mirándose en un espejo (Bronce Lobi)



Hombrecillo de marfil patinado Waregga. (Congo Belga)

OBJETOS DE ORO



N casi toda el Africa Occidental, numerosísimas mujeres llevan en las orejas, según su riqueza, uno o varios anillos de oro, abiertos y retorcidos de todos tamaños. Además, los grandes jefes poseían alhajas de oro, fabricadas con el oro nativo proveniente de las Costas de Oro y de Marfil. Pero esas alhajas de oro han sido mucho más numerosas en Costa de Marfil, porque los indígenas explotaban el oro de los aluviones en el Yaouré, y el oro de los filones en Baoulé; este último extraído desde hace 150 años solamente por los "Farfourés" de Baoulé, en Kolumbo-Bocca (dato que permite fijar la extremada antigüedad de los objetos en oro virgen que se encuentran en los países: Agni, Baoulé, Koua-Koua, Lobi, etc.).

Los principales objetos están representados por discos chatos de todos tamaños, adornados de círculos concéntricos, por rectángulos chatos adornados de cheurrones o trenzas; otros de placas de tipos diversos, objetos todos que constituyen elementos de collares o de pendentifs; cabezas en oro más o menos estilizadas y de diversos tipos; composiciones zoomorfas; y por último, tallados en madera, adornados de esculturas geométricas y a veces, de una encantadora cabecita "baoulé".

OBJETOS DE BRONCE

LOS coleccionistas más avezados, no saben más que una sola cosa respecto a estos objetos en general: y es que algunos de entre ellos, los más interesantes de todos, se llaman: los "pesos en polvo de oro". ¿Pero de qué se trata?

Es sabido que en Africa Occidental, desde el Delta del Níger hasta Dakar, la moneda indígena es el "cauri". Pero allí donde hay oro, como en la Costa de Marfil, entre Kong y Bondoukou por una parte y el mar por la otra, es el polvo de oro, contenido en los tubos de plumas obturadas por pequeños taponcitos de madera, la moneda corriente. A este objeto, los indígenas se sirven de una pequeña balancita de ástiles y platillos de cobre, y con pesas generalmente de cobre fundido, cuyas formas y dimensiones varían hasta el infinito. Cada indígena tiene sus pesas particulares, de las que él solo conoce los valores. Tal indígena sabe, por ejemplo, que, en su serie de pesos, una pequeña jirafa pesa uno a dos "mitkal", de oro; tal peso, en forma de pollito, 1/2 o 1/3 de "mitkal". Y así, en una venta, después que el comprador ha efectuado el pago en oro, el vendedor lo verifica con sus propias pesas.

El resultado de este sistema es, que para la comodidad de las ventas se necesitan pesos que representen uno y dos tercios de mitkal; y en consecuencia, necesitaron objetos de lo más variado para completar los pesos: animales, granos, útiles, armas, pequeñas composiciones geométricas, etc., etc. Ciertos forjadores que fabricaban estos objetos eran de tal virtuosidad, que además de los pequeños objetos compuestos y estilizados que representan la inmensa mayoría de los pesos, fabricaban también verdaderos animalitos, escarabajos, mosquitas, cangrejos, etc., pero estos maravillosos objetos de arte son rarísimos.

Los objetos compuestos y estilizados de Lobi, representan sobre todo pollitos, aislados o en grupos de 2, 3 ó 4, o también dispuestos en pirámides. Pero si son ellos los pesos más numerosos y más característicos, todos los otros animales están también representados: jirafas, gacelas, escorpiones, cocodrilos, pescados, etc. Sobre estos diversos objetos, está la marca característica de la Costa de Marfil, y se encuentran generalmente decoraciones que representan ya sean discos formados de una serie de círculos concéntricos, ya sean semidiscos.

La cabeza humana se encuentra también, en diversos tipos, siendo los más hermosos los de la región de Baoulé. Finalmente, otros pequeños objetos representan indígenas en todos los actos de la vida (caza, agricultura, sacrificios propiciatorios, etc.).

Cuanto más viejos, más hermosos son estos objetos como factura y pátina (en la inmensa mayoría de los casos la pátina es marrón, del tipo del bronce viejo); algunos objetos rarísimos están hechos en latón tan puro, que por el pulido del uso parecen ser de oro amarillo.

Al lado de estos pesos, de la Costa de Marfil, se encuentran en otras regiones numerosos objetos pequeños en cobre. Los más interesantes son los pequeños grupos Achantis que se parecen mucho, además, a los objetos compuestos de Lobi. Es de notar que estos últimos no están hechos en una sola pieza; los brazos, las piernas y a veces ciertos instrumentos, le son acoplados por soldaduras. Fuera de estos pesos y pequeños objetos, los forjadores ejecutan también, pequeños objetos de cobre en las otras regiones del Africa Occidental y de Camerón: anillos sobrepuestos de un camaleón, y de dos camaleones acoplados (fetiche de la fecundidad). En el Alto Sudán, se ven pequeñas estatuillas de cobre rojo, zoomorfas y antropomorfas, generalmente sin valor artístico. Recordemos, por último, que la hermosa escuela de objetos en bronce, que, bajo la influencia portuguesa, se desarrolló en Benin y ha creado tan admirables objetos de todos tamaños, en el siglo XVI y en los comienzos del XVII, ha ejercido una cierta influencia sobre el arte, en Camerón.

OBJETOS DE MARFIL

LOS del Africa Ecuatorial, que son los únicos verdaderamente representativos del arte negro, pueden tener, hecho bastante ignorado, tres clases de pátina: 1o., natural, en blanco amarillento; 2o., rojo (coloración que hace desconocer la materia aun entre el público más cultivado); 3o., negro (tintura al tanino). Los más hermosos son aquellos que tienen un soberbio tono rojo muy oscuro y un glaseado (sin rayaduras) que da la impresión de penetrar uno a dos milímetros en la materia.

Hecho curioso: los pueblos más artistas (Kasá, Ouroua) han trabajado muy poco el marfil; y por eso las estatuillas son en general bastante groseras, excepción hecha de aquellas que adornan los puños de los bastones de los antiguos reyes de San Salvador, que son piezas excepcionales, y las maravillosas estatuillas, para el mismo uso, de los viejos reyes de Mayumba.

Como hermosos objetos de marfil, antropomorfos, se destacan también, los pequeños pendentifs ancestrales de Manyema, las cabecitas pendientes de los Warega, y las encantadoras cabecitas de la región del Ecuador.

Raras máscaras de marfil eran ejecutadas corrientemente por los Ababua y los Misisi, etc., poblaciones que tenían, desgraciadamente, un arte grosero; pero estas máscaras han sido casi todas destruidas por las invasiones árabes y sobre todo, por la revuelta de los soldados del barón de Dhanis en 1896. Las más antiguas tienen generalmente rastros de carbonización.



Cetro representando un guerrero de pie (Marfil Benin)



Estatuilla de marfil rojo patinado. (Región de Tanganyka)



El consiguiente, el cronista no diría sino la verdad al añadir que la enamorada pareja era dueña de una fortuna de cuatrocientos francos, pero no esperaba ni deseaba incrementarla, pues el arrogante lema de "el arte por el arte" en que a la sazón creíamos, significaba no solamente que lo que el escritor escribía no debía entenderlo más de una veintena de lectores, sino que el arte era demasiado noble y elevado para emplearlo como objeto de lucro. Por cierto que Oscar Wilde, aunque profeta mayor del susodicho lema, no aceptó jamás la segunda parte de aquella interpretación, sino que trapeó sin misericordia a sus editores, a fuer de escritor genuino.

Como en toda película popular, siguieron a la evasión el matrimonio, la reconciliación y la paz; y como, al poco tiempo, heredamos algún dinero, nada nos impidió hacer una jira al Sur, a fin de poder gastar lo más rápidamente posible, en una vida más o menos caprichosa, el dinero que nuestros antepasados ganaron con el sudor de su frente, tarea que concluimos en dos años.

El aprendizaje en Italia

Sólo entonces empezaron mis años de verdadera aprendizaje. En aquella existencia semejante a un sueño, vivida principalmente en Italia, todo cuanto buscan y necesitan los espíritus esforzados abriase ampliamente a nuestra libertad sin trabas; y como éramos completamente ajenos a toda vida política, podíamos asimilar libremente arte y cultura, las grandes creaciones del pasado, las extravagancias y experimentos de una época saciada, al mismo tiempo que nuestros espíritus se abrían a todas las seducciones del Sur, donde había nacido mi esposa, que es oriunda de Africa del Sur y de extracción germano-inglesa.

Tuve espacio y tiempo para hallarme a mí mismo; pero, ante todo, tuve, por fin, un guía; porque aquí, inter nos, si el amigo lector me da su palabra de no contárselo a nadie, hasta aquel tiempo, entre los veinte y los veinticinco años, debí ser un sujeto asaz insufrible. Dotado, si (lo cual constituye una responsabilidad y ningún mérito)... pero tan divagador y "espiritual", tan vano y afectado, que se me comparaba con mucha razón a Oscar Wilde, aunque, por mi parte, habría preferido mucho una comparación con Lord Byron, a quien por entonces me asemejaba algo en fisonomía. Di infinidad de elegantes cabriolas antes de dar un solo paso adelante de provecho, y ciertamente habría derrochado talento y energía si el temperamento más armonioso de mi compañera, más joven que yo, no me hubiera servido de norma y de modelo.

Entretanto, seguía produciendo, sin cesar, dramas en verso. En un castillo sarraceno situado en la ribera rocosa de Capri dramaticé la historia de los Borgias, porque en César Borgia había encontrado un héroe dotado del impulso activo de que carecen los temperamentos puramente estéticos, como los Médicis. Al bendecir las casas en tiempo pascual, el sacerdote de Capri bendijo también el manuscrito que estaba sobre mi mesa; mas al descubrir el carácter siniestro de mi tema quedó sumamente confuso. Yo lo había perseguido en Italia antes de conocer a Nietzsche. Después descubrí a Nietzsche, y hasta ahora no me he separado de él. Es el único filósofo que leo siempre, el pensador más profundo desde Goethe, salvador, inspirado por las musas, de toda forma de abatimiento.

Aquel dilema de la acción y la meditación ocupó siempre mi espíritu y me atormentó mucho entre los veinte y los treinta años. Más de una hermosa mañana de mi juventud me desperté rezongando ante la pregunta: ¿Por qué me siento a escribir libros cuando debería estar descubriendo reinos o, por lo menos, gobernando los ya descubiertos? Ignoraba a la sazón que los gobernantes de reinos se despiertan malhumorados con el deseo de sentarse en una selva a escribir libros, o, por lo menos, a leerlos, en vez de ocuparse en gobernar. Traté por vez primera ese problema

en un drama: "El espejo de Shalott", cuyo asunto tomé de una leyenda escocesa, y que probablemente fué el más puramente poético de mis primeros esfuerzos literarios; y luego en una novela que se resintió de un exceso de "pathos", así como de su excesiva proximidad en tiempo y espacio. Y mientras de tal modo seguía publicando en total algo así como una docena de piezas dramáticas, todas las cuales fueron leídas y ninguna representada, y todas las cuales provenían de la historia o de la leyenda, el ansia estética se iba consumiendo a sí misma cada vez más, hasta que todo se conjuró para lanzarme a la acción.

Hacia tiempo que nuestro dinero se había evaporado, pero antes de que el último resto desapareciera nos habíamos apresurado a comprar aquellos bosques y aquella choza de piedra de Moscia. Allí vivimos durante algunos años una vida romántica en absoluta soledad, sin el menor dinero. No teníamos cocinero, ni jardinero ni hijos. La musa cocinaba y el poeta lavaba los platos... hasta que aprendió también a cocinar y quedó terriblemente azorado al ver la primera trucha pescada en el arroyo contiguo enroscarse sobre el fuego. Completamente ignorante de las leyes físicas, creyó ver un milagro; pero, al cabo, las puertas de la naturaleza se me abrieron, y empecé con ojos amorosos a observar las preciosas criaturitas de Dios. Sobre la ignorancia del hijo de la ciudad, empecé a edificar los conocimientos del campesino, observando el sol y las estrellas y buscando explicación a toda clase de cosas que hasta entonces pasaran inadvertidas para mí.

Un día, un huido ya anticipado llamó a la puerta de nuestra choza de piedra y anunció a Bismarck.

Aquellas consejas acerca de Bismarck que oyera cuando niño de labios de su médico no las había echado en olvido. En mi monomanía por dramaturgo todo, la emprendí también con ese tema y empecé a leer las cartas de Bismarck con la idea de captar así algo de su personalidad; mas en breve advertí que en esa coyuntura aquel tema no encuadraría en la forma dramática, en parte porque en aquel año de 1911 aun reinaba el Emperador Guillermo, enemigo de Bismarck, y en parte porque la excesiva proximidad de los acontecimientos ejercía aún cierta repulsión en el artista que había en mí. Así fué que hube de burlar el drama, por decirlo así, al escribir en su lugar un ensayo biográfico. Ignorante en absoluto de Emerson y Carlyle, a quienes aprendí a admirar mucho después, escribí a mi manera un "ensayo psicológico" sobre Bismarck. Obligado así a producir una prosa clara y lógica, este trabajo penoso me ejercitó inconscientemente para una nueva forma. Y aunque era una biografía, el libro me hizo en breve mucho más conocido que todos mis dramas. Era un análisis de un alma humana, que arrojaba por vez primera sobre los contrastes hostiles del temperamento de Bismarck. Obra de un dramaturgo, totalmente ajeno a las cuestiones políticas, atrajo muchos lectores que jamás habrían tocado un libro puramente político.

Mes tras mes sentí más imperiosamente, que a los treinta años no seguiría ya desempeñando el papel de Joven Eterno, como gustaba llamarme mi amigo el poeta Dehmel; antes bien, sentíame empujado hacia la prosa de composición y de vida, del pasado romántico a la realidad del presente. Como entonces la gente consentía en pagarme dinero y yo me avergonzaba de recibirlo, gané para mí algunos viajes por mar a la India y Africa, pero en especial a los países que baña el Mediterráneo; y, ensanchando mi horizonte, empecé a exigir más y más de mí.

Me deshice, trozo a trozo, mi viejo romanticismo, y cuando hué escrito un libro titulado

LA NACION BIOGRAFIA DE UN BIOGRAFO POR EMIL LUDWIG (CONCLUSION)

"Wagner o el desencantado", en donde hice estragos en el idolizado maestro de mi juventud, me había abierto paso a la libertad, desembarazándome de todo resto de arte morboso. En Wagner atacué al hombre que había hecho pedazos nuestra espléndida lengua y casi malogrado la más hermosa música del mundo, pero aun entonces el mayor peligro de mi vida, mi sugestionabilidad, era tan fuerte, mi manera de asimilar impresiones tan femenina, que precisaba recibir golpes durísimos para emanciparme del todo. Aquel libro, que era la palabra de nuestra juventud, a la sazón en plena fuga de Wagner, me suscitó mis primeros enemigos. Como uno de mis críticos se manifestara demasiado personal en sus juicios, fui lo bastante insensato para desafiarlo, y él asaz prudente para rehuir el duelo. Todo esto abrió un paréntesis natural en mi actividad dramática. Inconscientemente me acercaba a un cambio decisivo de rumbo en mi pensamiento y en mi sentimiento.

Hasta entonces Emil Ludwig había sido un esteta, un ser insociable, un devoto del Sur, un hombre del Mediterráneo, que jamás ha dejado de amar. Cuando escribí e hizo, el marco de su hogar y de su alma, todo estaba ligado a la forma y dependencia de la forma; pero la inquietud creciente que ahora le invadía era nada más que un símbolo de la desazón que ganaba a Europa rápidamente. Si hemos de decir la verdad, debemos concederle que, antes de la guerra, empezó a comprender que, a la larga, una vida de ensueños, indiferente a los rumores de descontento de abajo; la holganza en goces sensuales sobre esa delgada costra superior de vida, era no sólo cosa imposible, sino inmoral. Muy lógico fué, por consiguiente, que en aquel trance psicológico recibiera avisos del mundo exterior aun permaneciendo ajeno, como estaba, a toda realidad política. En la

se y de otras cosas por el estilo. El Señor y sus propios colegas preserváronle de entrar alguna vez en la redacción de un periódico, donde, a no dudarlo, su ritmo y su terquedad habrían puesto a sus colegas al borde de la postración nerviosa.

Cuando, a los pocos meses, la guerra le obligó a salir de Inglaterra, había adquirido, en todo caso, algún conocimiento preliminar del panorama político, y luego, en vez de ser enviado a morir, tuvo la suerte de que se le comisionara para residir durante cuatro años en las capitales de los países aliados de Alemania: Constantinopla, Sofía, Viena, en donde, so capa de corresponsal político, pudo estudiar los entretelones de una guerra de gabinete. Mientras estudiaba secretamente a reyes y mariscales de campo, a visires y sultanes, aumentaban año tras año sus conocimientos del ajedrez político, pues ¿qué sitio mejor podía hallarse para descubrir las falsas notas, el egoísmo glacial escondido tras las frases hipócritas, que entre los aliados? El odio de todos contra todos, las mentiras de los reyes y de sus ministros, el deseo de ponerse a buen seguro y de enviar a los demás a morir por la madre patria, todos estos sentimientos no se descubren en ninguna parte más brutalmente que en las antecámaras de los ministros y en los pasillos de los parlamentos.

De tal suerte, una gran parte de la comedia humana se reveló al atrasado estudiante de política, entre sus treinta y sus cuarenta años, en virtud de lo cual desvaneciése de su espíritu el último resto de su antigua actitud patética, y con pasos insensibles se fué acercando más y más a él la ironía, aquel estado de ánimo que Goethe reputaba por el más encumbrado que pudiera alcanzar el hombre.

Como consecuencia de lo que viera entre bambalinas durante la Guerra, paulatinamente se había ido tornando cada vez más radical en sus opiniones; pero nunca fué capaz de imaginarse lo que efectivamente ocurrió después del armisticio. Sólo cuando vió cómo en una semana veintidós príncipes alemanes huyeron o abdicaron sin intentar la menor resistencia, sólo entonces comprendió con millones de sus compatriotas, que el tiempo de los reyes debía haber pasado porque, de lo contrario, ¡aquéllos "deberían" haber resistido! De tal manera se convirtió en republicano, posición que hasta ahora conserva. Lo único que jamás puso en duda, aun en noviembre de 1918, fué el vigor y la salud del pueblo alemán; pero, con muchas otras personas, creyó que su pueblo debería aprender a asumir responsabilidades en vez de limitarse a obedecer órdenes. Así la pérdida de la guerra se trocaría en un beneficio, y Europa podría constituir la unidad que los recelos de los reyes imposibilitaron en el pasado.

Durante la guerra, Ludwig escribió dos novelas con el objeto de proyectar fuera de sí la multitud de retratos y siluetas que en parte formaron el drama calidos. Cópico de aquellos años tumultuosos. Además, compuso una comedia, "Diplomáticos", en la que ridiculizó a fondo las habilidades peculiares a esa profesión; pero, al estallar la revolución, creyó llegado el momento de actuar él también. Sin embargo, a los pocos meses de estar en Berlín, se dió cuenta de que, para alcanzar algunos resultados, era preciso sumergir todo pensamiento y todo sentimiento en aquel caos; era necesario sacrificar los momentos de más preciosa reflexión, luchar contra infinidad de hombres en el mismo campo, y para esa abdicación todavía eran muy fuertes su voluntad de crear y el poder imaginativo de su espíritu. Quizá también, ya había dejado de ser joven, con sus treinta y ocho años cumplidos. De todos modos, se alejó rápidamente de las luchas políticas, regresó a su hogar de Suiza,

buscando una síntesis después de toda aquella división, y exhumando de nuevo al poeta, ahora que ya había pasado la Guerra. Durante el pánico de las negociaciones de paz y el barullo en torno a la nueva Constitución que se dió la república, escribió una vida de Goethe en tres volúmenes. Este libro fué el primero en difundir más ampliamente su nombre y, en sentir de algunos, es su obra mejor.

Al intitular ese libro "Historia de un hombre", puso en ello toda su intención. Movido por todos lados a poner de relieve el aspecto humano de un hombre de genio en medio de todos los obstáculos naturales, a pintar la grandiosa lucha de un alma consigo misma, de un hombre con el mundo circundante, Ludwig ahora, por vez primera, intentó escribir la historia de esa alma, en forma tal que la obra llegara a ser meramente objeto de prueba, no de presentación. Comprendió que la obra de un hombre no representa sus revelaciones más íntimas; que se revela más claramente en sus cartas y todavía mejor en su conversación. Arbitrariamente eliminó toda anécdota que no estuviera plenamente autenticada, por vivo que pudiera ser su efecto. Advirtió que las relaciones de Goethe con sus amigos, con las mujeres que amó, que una palabra suya a otro escritor, un gesto por parte de un duque, sus charlas en privado, sus diarios y notas; que todo ello ahondaban más en la vida interior de su corazón que cualquier cantidad de famosos volúmenes.

Por este camino de rodeo llegó mucho más cerca de la obra colectiva del hombre, y después de esto procuró en su libro mostrar a la nación alemana, a la nación que adoraba a Goethe a la distancia, como si no fuera nada más que un busto en yeso de París colocado sobre un estante, cuán duramente había ganado sus laureles, cuán terrible había sido la lucha, mediante la cual llegó el hombre, lenta e imperfectamente, a su tan celebrada serenidad. En tres volúmenes compuestos como otros tantos actos de un drama, y en doce secciones que representaban otras tantas escenas, desarrolló aquella vida, épica en la superficie, pero dramáticamente en el fondo.

Ningún lector ha ganado más con ese libro que el propio autor. Sólo allí, en la Naturaleza-Dios de Goethe, estaba la clave del equilibrio, buscado siempre por el hombre que ha alcanzado el saber sin perder su fe interior y que rinde culto a la naturaleza sin adherirse a ninguna creencia. La fe de Goethe aporta fuerza a los hombres del siglo XX que están siempre fluctuando entre la acción y el pensamiento, entre el hacer y el gozar.

En aquella obra su autor se guió reverentemente por su material documental. Ni en esta ni en ninguna de sus biografías posteriores usó de cosa escrita antes sobre el mismo tema. Sólo se valió de fuentes originales; pero cada una de éstas, ya sean ciento cincuenta libros de Goethe o las 60.000 cartas escritas por Napoleón, pasaron por sus manos. Como el retratista evita el mirar cuadros pintados sobre el mismo modelo, el autor, por su parte, se sume en el estudio apasionado de los rasgos de su modelo, atento a no retocar ni una arruga hecha por Dios.

La técnica del autor de biografías

Por tanto, este escritor vió siempre su enemigo por excelencia en la novela histórica que defrauda a la vez a la historia y a la novela de sus elementos más valiosos. En toda su obra, Ludwig luchó encarnizadamente contra cualquier inclinación a inventar el detalle mínimo en la presentación de su tema. Cambiar la fecha de un documento o el pasaje de un diario en solo un año, para obtener efecto más impresionanté, le pareció una falsificación. Jamás puso en ninguna de sus biografías en boca de un gran hombre palabras que no se hubiera probado que había dicho.

De esta combinación de fidelidad documental y autenticidad con estructura y exposición dramáticas provino la fortuna del nuevo biógrafo. A él sólo le pertenecían la exposición y la interpretación de actos, hazañas y palabras aparentemente contradictorias que brotan del

CANCION DEL DIA DE SOL

Correr, entre la luz limpia de la mañana,
sobre la gran llanura de horizontes rodeada.
Correr con pies ligeros
hacia las lejanías perdidas en el cielo,—
soñadas y perdidas, vagas como recuerdos.

Con músculos rendidos, del esfuerzo cansados,
caer sobre los tréboles que ofrecen lecho blando;—
pero creer que luego se cruza el firmamento
sobre las alas firmes de las aves viajeras
que van, vencedoras del viento,
hacia otros cielos y otras primaveras.

ROSA GARCIA COSTA

primavera de 1914, sin la menor preparación de parte suya, fué enviado a Londres por uno de los grandes periódicos alemanes a estudiar la situación política británica.

La recopilación de documentos vivos y un estudio sobre Goethe

Mientras escribía y cablegrafiaba lo que el público alemán quería saber acerca de esa política, perfeccionábame también en el estudio de personajes, yendo de un estadista a otro con el aparente propósito de entrevistarlos. En realidad, a menudo se daba cuenta horrorizado de que durante minutos en el curso de esas entrevistas no oía una sola palabra, concentrada su atención en el estudio de los gestos y la expresión fisonómica de sus entrevistados, de su manera de sentarse, de reírse, de levantar-

complicado temperamento de cada ser humano; mas la presentación de ello ha de ser tan sugestiva, tan intensamente sentida, que página tras página dé al lector la impresión de que lee una novela muy animada, y, no obstante, cada detalle debe ser históricamente autenticado.

Esto sólo es capaz de hacerlo un escritor de talento y práctica dramáticos, que haya contemplado la figura antes de documentarse acerca de ella. Cinco años antes de escribir aquellos tres volúmenes, Ludwig publicó un estudio sobre el parecido de Goethe, en el que, mediante un cuidadoso examen de la cabeza del poeta desde su infancia hasta su ancianidad, trazaba el esquema fundamental de la vida interior de Goethe y lograba dar en ocho páginas la substancia de aquello que después iba a confirmar con ayuda de miles de documentos. A los veinticuatro años ya había bosquejado un retrato de Napoleón y la visión fundamental de su drama de juventud permaneció inalterable, cuando empezó a bucear en innumerables fuentes en pos de nuevas pruebas del tipo que había intuido de antemano. El autor parte siempre del retrato de un hombre, a la inversa del filólogo que estudia su material hasta que es capaz de componer con éste el retrato de aquél.

Este género de arte sólo puede compararse con el del pintor retratista, lo cual llegó a ser Ludwig a los cuarenta años. Quienes se admiraban de la variedad de sus modelos y del monto de sus esfuerzos, olvidaban cuánto más creadores fueron los grandes retratistas como Rembrandt, Holbein, Ticiano, Velázquez, que produjeron cuadro tras cuadro, sin más elemento que los modelos, en cuya interpretación estamparon su estilo personal. Asimismo, durante los siete años últimos, Ludwig ha producido frescos, óleos, aguafuertes, dibujos a pluma, poniendo uno junto a otro retratos de diez páginas y de mil docientas, pero procurando siempre conservar su levedad de toque y perfeccionarla hasta un punto que hiciera olvidar al lector la riqueza del material tratado, por decirlo así, de desmaterializar la forma de todas las vidas presentadas, a la vez que manteniéndose fiel al material de que disponía.

Porque la impresión más honda de todos sus estudios de arte le vino de Mozart. Al leer el dicho de Leonardo de Vinci de que el artista ha de tratar de expresar cosas difíciles en la forma más fácil posible, vio que ningún artista de ninguna edad había realizado aquel precepto más gloriosamente que Mozart; la prueba de ello es que escribió la vida del gran músico, porque lo ama demasiado.

Pero escribió las vidas de Rembrandt y Beethoven, de Byron y Leonardo, de Balzac y Dehmel. Luego volvió de nuevo a los hombres de acción y describió a los grandes idealistas de su tiempo, a Wilson y a Lenin, con todas sus ambiciones y flaquezas, produciendo asimismo cierto número de retratos del pasado y presente de su patria.

Su decisión de retratar también a Guillermo II, se fundó al principio en consideraciones artísticas; pero, en esta ocasión, y a pesar del carácter imparcial de sus fuentes, el retrato resultó teñido por la amargura de un alemán que se dio cuenta de que había sufrido un gran engaño con su monarca. Ludwig creció en una atmósfera crítica, pero no fué en manera alguna un revolucionario. Su padre recibió una medalla de oro de manos del padre del Kaiser y educó a su hijo en la escuela de la lealtad. Fué sólo la huida y luego la publicación de varios documentos y memorias lo que abrió los ojos de Ludwig, como los de millones de otros alemanes, pues antes de la guerra nadie más que unos cuantos de junkers, que tenían muchos motivos para callarse, sabía en Alemania la verdad acerca del Kaiser.

Cuán lejos estaba aún entonces de enredarse en polémicas políticas, podrá juzgarse por su intención y la de su editor de imprimir sólo una edición limitada del libro. Fué la algazara promovida por los partidos imperiales lo que suscitó la oposición democrática del autor, de donde resultó que sus enemigos

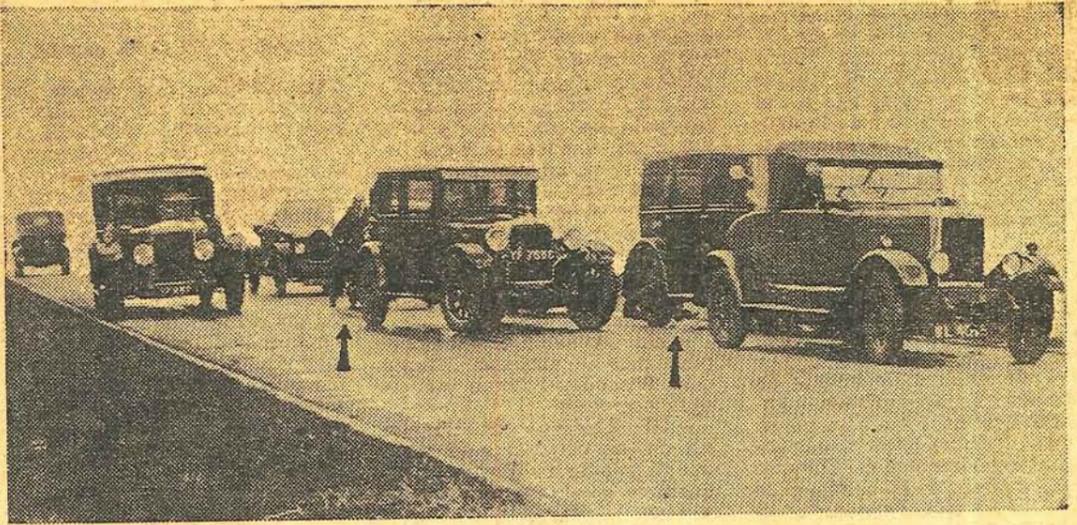
convirtieron el libro en un arma en manos de la joven república. De improviso el escritor se vió sumido en el tumulto del momento, apostrofado y calumniado; pero el resto del mundo le juzgó más serenamente. La opinión pública del extranjero declaró que el libro había ayudado al Kaiser más que cualquier defensa, mostrando que no fué un disoluto provocador de la guerra, sino meramente un pobre neurasténico, lleno de flaquezas fisiológicas y obligado a redoblar el tambor mayor con todas sus fuerzas.

Los historiadores oficiales adoptaron una postura sarcástica frente a sus libros y le buscaron errores de menor cuantía; mas el éxito de las biografías de Ludwig dependió precisamente de la circunstancia de que su autor no era en absoluto "oficial" ni profesor. A fin de hacer convincentes las figuras de un estadista o de un poeta y de presentarlas con la fuerza sugestiva de la novela, el escritor mismo hubo de salir fuera del recinto de su gabinete. Hasta cierto punto hubo de experimentar en sí mismo las emociones y circunstancias que describe.

Que trabajase en la oficina de una empresa minera o en el cuartel general de un estado mayor, no significa nada para un escritor dotado de cierta imaginación. Las formas, los movimientos, el eslabonamiento de motivos, las inhibiciones y los impulsos son siempre los mismos, y todo escritor proyecta en sus héroes las poderosas emociones que ha experimentado en el círculo más estrecho de su propia vida. Los lados del ángulo pueden extenderse, pero el ángulo sigue siendo el mismo. Hay que haber viajado mucho; hay que haber observado a mucha gente en sus diversos géneros de actividad; hay que haber tenido contacto con todas las clases sociales, desde el campesino hasta el Rey, para pintar el retrato del hombre cuya vida toca a cada hombre de esas clases.

Hay que haber vivido los entusiasmos del poeta, sus dudas y sus éxtasis, en su mesa de trabajo o en sus vagabundeos solitarios, para describir tales experiencias del poeta biografiado que puede ser inconmensurablemente mayor que su biógrafo. Hay que haber ganado y perdido amigos; hay que haber luchado contra la familia propia; sobre todo, hay que haber logrado un profundo conocimiento de las mujeres para desarrollar convincentemente la vida de un hombre, quienquiera que sea, en su lucha con partidos, amigos, parientes, amores. Cuesta toda una vida y las alas de la imaginación innata; cuesta el conocimiento de innumerables tipos, de hombres y mujeres, de catástrofes y esperanzas, de naciones y credos; cuesta una familiaridad con todo el registro de las emociones humanas el llegar a ser capaz de retratar a grandes hombres. Aquel que no haya vivido mes tras mes en estrecha intimidad con un héroe; que no haya en espíritu trabajado, comido y descansado con él; que no haya sido perseguido por él en sueños, y que, en ocasiones, no haya sido arrastrado por él hasta el borde de la locura, no intente retratar la vida humana.

Bismarck captó mi atención por segunda y tercera vez. A la caída del Kaiser, el editor de las memorias del Príncipe decidió publicar el tercer volumen, que hasta entonces había sido retenido; pues, a pesar de que Bismarck había dado instrucciones para la publicación de sus reminiscencias inmediatamente después de su muerte, sus herederos persuadieron al editor que retuviese aquel tercer volumen, durante la vida del Kaiser, con quien el Viejo de la selva sajona ajustaba cuentas en el referido libro. Aquel aplazamiento de 1898 a 1918 produjo resultados desastrosos. La autoridad de Bismarck sobre el pueblo alemán sobrepasaba tanto la de cualquier monarca, que su crítica de Guillermo II (mucho más aplastante que todo lo contenido en mi volumen siguiente) habría bastado para abrir los ojos de la Nación con respecto a su soberano. Aquel libro habría suscitado un movimiento popular que hubiera puesto en jaque las tendencias autocráticas del Kaiser, a la sazón en los comienzos de su reinado y ello le habría obligado a someterse a la opinión pública.



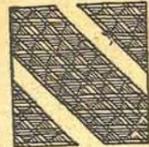
Un "snapshot" que instruye acerca del "modus operandi" de la policía volante en la persecución de sospechosos: en segundo término derecha, el automóvil de los pesquisistas; detrás del tercer coche, en la motocicleta, un detective de la escuadrilla.

LA POLICIA VOLANTE

P O R

EDWIN T. WOODHALL

EX FUNCIONARIO DE SCOTLAND YARD Y DETECTIVE DEL PRINCIPE DE GALES



NINGUN departamento relacionado con las investigaciones modernas de los delitos despierta tanto como la "policía volante", la curiosidad del público en general. La palabra "volante" se toma sólo en el sentido de prontitud y eficacia, y las informaciones que se dan acerca de las hábiles pesquisas realizadas contribuyen a provocar un interés superior al que originan todas las demás actividades del Departamento Central de Investigaciones. Si a esto se agrega el misterio que rodea a los vehículos que utilizan los miembros del grupo, que no pueden reconocerse fácilmente, se tendrá idea del entusiasmo que merece al público la actuación de los agentes de la policía volante.

El grupo está formado por agentes seleccionados, a quienes se recluta entre todas las secciones de la policía metropolitana. Los "detectives" recorren las calles de Londres en coches equipados con aparatos de radio y mantienen comunicación constante con el Departamento Central. El nombre de "policía volante" no es nuevo en Scotland Yard. Unos años antes de la guerra los inspectores jefes Kane y Fox organizaron un cuerpo de "detectives" que recorrerían las calles a pie, y que se empleaban, bajo este nombre, en diversos puntos de la ciudad, para desempeñar comisiones de carácter especial.

Bajo el régimen de sir Melville Macready, se preparó un vasto plan de investigaciones sobre una base mecánica, y en 1920, el mayor Vitty fué nombrado jefe del Departamento Mecánico. El primer grupo mecánico, o "policía volante", poseía solamente dos automóviles; actualmente cuenta con más de doscientos, camiones y acoplados. Todos estos vehículos llevan equipos eléctricos y ninguno puede ser reconocido a simple vista.

El número de coches fué aumentado rápidamente, debido a las exigencias del servicio policial. Con la popularidad que adquirieron los automóviles, surgió el bandolero automovilista, quien descubrió las buenas perspectivas que presentaba para él la acción rápida. En esas circunstancias, antes de que la policía llegara al lugar donde se había cometido el robo, los ladrones habían desaparecido. Los delincuentes inventaron, poco después, el robo de los automóviles. Los coches eran tomados en las calles o en los garages particulares, a fin de utilizarlos en asaltos rapidísimos, a las joyerías, por ejemplo, y a los grandes comercios. Se usaban también para el transporte de copiosas cantidades de objetos robados, y luego quedaban abandonados en las calles. Actualmente, el robo de un coche es denunciado en seguida a Scotland Yard, y desde allí se comunica por radio a todos los coches de la policía volante. Y así, unos trescientos o cuatrocientos hábiles "detectives", están atentos en todos los puntos del área metropolitana para descubrir el automóvil robado.

Desde 1920 hasta hace poco tiempo, la policía volante se encontraba principalmente a car-

go de los "detectives" inspectores Charles Leach y Alfred Grosse, pero los dos se jubilaron. Hay mucho que agradecer a ambos funcionarios por el grado actual de eficiencia de la organización de la policía volante. Fueron los primeros en equipar a los vehículos con aparatos de radio, aunque no eran éstos muy modernos. Algunos coches ofrecían un estado deplorable, y era cosa corriente para los funcionarios verse burlados por automóviles más veloces.

Hasta no hace mucho tiempo, todos los coches de la policía volante iban pintados uniformemente de color gris. Eran en su mayoría de la marca Lea-Francis, y sus chapas llevaban las características YF 7048 a YF 7068. A causa de ello, veíanse reconocidos inmediatamente por los delincuentes.

Pero ahora es imposible reconocer a primera vista un coche de la policía volante. El "camouflage" se ha convertido en un verdadero arte en el Yard. Se cambian con frecuencia los colores de la pintura, así como también los radiadores, los números de las chapas y los guardabarros. A veces, ocultos bajo la apariencia deleznable de una vieja carrocería hay motores de alto poder.

Hay en el equipo de radio de cada coche transmisores y receptores. En los acoplados, la antena está formada por una red de alambre de cobre, colocada en el techo. En los coches de lujo la antena va completamente oculta, y en los coches abiertos se esconde casi siempre en los pliegues de la capota. Los aparatos de transmisión y los receptores se ocultan en un cajón que parece un accesorio del mismo coche.

Los equipos de la policía volante mejoran cada vez más, y se espera que dentro de poco tiempo todos los automóviles serán capaces de desarrollar una velocidad de 130 kilómetros por hora. El problema de la aceleración ha sido estudiado cuidadosamente. Se puede "sal-

tar" de una velocidad de 15 kilómetros por hora a 100 kilómetros, en un intervalo de sólo diez segundos. Naturalmente, es esencial para este fin el empleo de frenos poderosos en las cuatro ruedas.

La sección de radio de la Scotland Yard, incluida en la organización de la policía volante, ocupa el último piso del edificio del Departamento Central de Policía. Su equipo es el más moderno que se conoce. El personal se turna y las guardias duran las 24 horas del día. Los operadores, que transmiten sus mensajes radiotelegráficos por el sistema Morse, han recibido todos instrucciones previas en el ejército, en la marina y en las fuerzas de aviación. Todos ellos son ex militares o ex marinos, y pueden transmitir mensajes con una velocidad mínima de treinta palabras por minuto.

En la actualidad, esta organización es la más perfecta en su género que se conoce en el mundo entero. El mayor Vitty tiene a su cargo la sección mecánica de la obra; el perito en radio es M. J. Kenworthy; la parte administrativa está dirigida por el gran "detective" en jefe, Mr. Ashley, y de la fiscalización de los trabajos se encarga el superintendente, Mr. Charles Cooper, uno de "los cinco grandes".

La policía volante está actualmente formada por un personal numeroso, y sería tarea demasiado engorrosa la de mencionar los nombres y obligaciones de cada uno de sus miembros. Sin embargo, conviene hacer notar que los trabajos son realizados por funcionarios de vasta experiencia en los asuntos criminales, por hombres capaces de reconocer a los delincuentes en las calles, y por personajes de tanta fama como los inspectores Ockey y Gooch.

El equipo de la policía volante, sin embargo, constituye sólo una parte de un plan mucho más vasto para vigilar el transporte y las comunicaciones. Antes de que transcurra mucho tiempo, la organización será aumentada con funcionarios uniformados que recorrerán en motocicletas diversos puntos de la zona metropolitana. Las doscientas estaciones policiales de Londres estarán ligadas por un sistema de comunicaciones radiotelegráficas, y los mensajes podrán enviarse a todo el país por medio de un código, con una longitud de onda especial.

Se puede tener idea de lo que será el nuevo sistema por la muestra que hoy existe, es decir, por la red de puestos telefónicos ubicados en un radio de 24 kilómetros desde Charing Cross. Hay casi doscientos. Cualquier agente, o cualquier otra persona puede utilizar esos puestos para comunicarse telefónicamente con Scotland Yard. Inmediatamente de recibida la información en el Departamento Central, se retransmite a más de doscientos agentes de policía volante, destacados en diversos puntos de la ciudad. Los coches que se encuentran cerca del lugar donde se cometió el delito acuden rápidamente, dando el aviso para que todo el tráfico les abra paso. Las escenas que se desarrollan después son harto conocidas, pues los diarios las describen con gran frecuencia.



EDWIN T. WOODHALL

LA CARTA DE RECOMENDACION

(Continuación de la pág. 3)

Telesforo, con leve sorna—, así nomás, por puro capricho, no iba el Gobierno a perjudicarlos.

—Usted bien sabe el pretexto, señor. Rehusé una boleta marcada. No soy opositor ni oficialista; y me resistí a esa humillación. Yo votaría la lista del gobierno sin necesidad de imposiciones.

—¡Está linda la explicación!... Pero fíjese que el gobierno necesita buenos amigos, amigos leales.

—¿Y qué mejores amigos—replicó el cesante—que los empleados cumplidores? Ellos harán más honor al gobierno que los gritones de comité.

—¡Ta, ta, ta! Dejémonos de macanas... Yo quisiera ayudarlos porque fui amigo de su padre. Pero no puedo hacer nada por el momento. Después del incidente de la boleta se le acusa a usted de opositor, y mis correligionarios no ven con buenos ojos los favores para quienes nos hacen fuego. Es justo; usted, un muchacho inteligente, lo comprenderá.

Se despidieron. Traqueó una puerta y Marcos se perdió en las sombras de la calle.

III

En el comedor charlaban los dos hermanos.

—No te angusties. ¿Qué le vamos a hacer? —consolaba ella—. Tiraremos hasta que Dios quiera dispensarnos mejor suerte. Total, las malas no han de durar siempre ni vamos a sucumbir por unas pocas privaciones.

—Me subleva la injusticia, y me duele que tomen represalias sobre vos. Casi me arrepiento de aquel arrebato mío. Debí proceder como todos: aceptar y llevar dócilmente a la urna la boleta marcada.

—Acaso tengas razón. Los pobres no podemos exagerar mucho la altivez. Pero no lamentes tu conducta. Lo hecho, hecho está, y pueden todavía soplar mejores vientos.

—Es Almada quien nos causa este daño.

—Tal vez él mismo cambie de parecer y nos saque de la situación en que nos puso. Hay, además, que considerar: es un señor con muchos compromisos, muchos partidarios pediguños.

El mismo día recibió Marcos, extrañado, la visita del negro Mir. El panfletista, con su cabellera aceitosa y su chaleco estridente, tomó asiento.

—Le traigo —declaró— una buena noticia: don Telesforo quiere hablarlo. Usted deberá ir, al anochecer, a la imprenta; entrará por el terreno baldío que comunica con la redacción y se cuidará de revelar a nadie, ahora ni nunca, este mensaje.

—Bien... ¿Y por qué tanto misterio?

El panfletista alzó los hombros, sonrió y dijo:

—Por algo será. Don Telesforo a veces desconcierta con sus cosas. Pero no le quepa un "jerónimo" de duda: hay en todos sus actos un designio inteligente, a menudo rayano en lo genial. ¡Si lo sabré yo! ¡Qué cabeza bien organizada!

—Tiene muchos amigos—consintió Marcos, un tanto molesto por el servilismo del individuo y también caviloso por la insólita invitación.

—Sí—prosiguió Mir—, tiene muchos amigos y vale la pena ser amigo de un criollo de esas cualidades. Reconozco, en confianza, que no es un hombre propiamente ilustrado ni poseedor de un estilo académico. Pero los conductores de muchedumbres, ¡obsérvelo!, no siempre han sido eruditos ni el mundo se gobierna con galas retóricas. Es un psicólogo innato. Al tipo que le echa encima la mirada le descubre inmediatamente los pensamientos y las intenciones. Y así sabe el trato que debe darle a cada uno. Es una ciencia que no otorgan los libros, sino la vida.

IV

Fué Marcos a "El Heraldo"

a la hora y con las precauciones convenidas. El caudillo reposaba en un desvencijado sofá, entre las paredes cubiertas con los periódicos del canje y a la luz de un lamparón polvoriento.

—Siéntese, mi amigo—indicó don Telesforo—. Lo hice llamar para demostrarle que no me lo olvido: su hermana y usted serán repuestos en sus empleos, y hasta conseguiré que les paguen los sueldos que han dejado de recibir.

—Esto excede a nuestras aspiraciones —exclamó Marcos deslumbrado—. ¡Cómo se lo agradeceremos!

—El gobierno cometió con ustedes un error, y muy justo que lo repare... Y muy justo también que ustedes correspondan.

—Sabremos corresponder, don Telesforo. Nunca ha habido ni habrá en lo sucesivo, se lo aseguro, queja alguna de nosotros.

—Corresponder...; yo digo corresponder de una manera más efectiva, más valiosa.

—¿Cómo? Don Telesforo, manoseándose la barba, adoptó un tono confidencial.

—Escuche; tengo para usted una misión delicada y sencilla, una misión de confianza. Mañana a la noche vendrá de la Capital una delegación opositora para dar una conferencia en la plaza matriz. No debo permitir en mi distrito esa clase de abusos; no toleraré jamás que nos falten al respeto ni que me alboroten la gente.

—Y yo, ¿qué puedo hacer? —preguntó Marcos perplejo.

—He pensado esto: que usted vaya a la conferencia. No ha de despertar recelos; lo tienen filiado de opositor. Y cuando uno de esos cachafases esté hablando, usted, desde el montón, tira un tiro.

—¿Un tiro? —Sí, un tiro al aire; sin consecuencias. Entonces el comisario tendrá motivo para presentarse con unos agentes y disolver la reunión.

—Es un poco fuerte —murmuró Marcos, preocupado.

—No tiene importancia. Ahora, si usted niega esa manito, no sé qué mérito podré invocar al Gobierno para que los repongan. Usted debe decidir y mirar por su conveniencia y la de su hermana. Sobran los que se las pelarían por un encargo así. Pero yo lo he preferido a usted.

Marcos meditó un momento. —En fin...—dijo, asintiendo.

V

Comunicó Marcos a su hermana la promesa de don Telesforo, ocultándole, sin embargo, la condición que se le señalaba. ¿Para qué enturbiarle la alegría con un sobresalto?

Y a la siguiente noche se mezcló a la multitud que, pisoteando el césped de la plaza, rodeaba la tribuna, una mesa de café. Situóse bajo un paraiso. En el bolsillo guardaba el revólver, propiedad de don Telesforo. Esperó. Aun cuando juzgaba que su comisión carecía de gravedad y de peligro, un ligero escalofrío le trepaba por las pantorrillas. Tratábase, simplemente, de procurar una coyuntura para prohibir esa asamblea opositora.

Subió a la mesa el sastre del pueblo y seguidamente un forastero, en cuya espaciosa calva reverberaba el farol pendiente de un soporte. El auditorio aplaudió y vivió al perso-

naje político. Y el personaje político disertó con voz aflautada y ademanes frenéticos.

Marcos no concedía atención a las palabras del discursante. Todos sus sentidos se concentraban en el acto que iba a ejecutar. La espesa sombra del árbol lo cubría. En torno suyo se apretujaban las gentes, sin duda más curiosos que parciales del orador. A la vereda del Lago di Como salían los parroquianos, algunos esgrimiendo los tacos de billar. El vago relieve de un centinela se destacaba sobre la encalada pared de la comisaría, del otro lado de la plaza.

Cerrando los ojos, Marcos de León levantó el brazo y apretó el gatillo. El fognazo rompió la obscuridad. Y, a continua-

la mente con la tenacidad de una acusación. Se sentía culpable de un crimen.

VI

Los opositores se apoderaron del cadáver del mudito. Cargaban a pulso el ataúd, presidido el cortejo por el sastre y aquel señor calvo que discursó en la plaza. Marcos creyó ver, con horror, levantarse sobre la negra caja la máscara grotesca y dolorosa del vendedor de loterías.

Un remordimiento envenenaba secretamente el corazón de Marcos. El no había matado a ese muchacho, pero sí fué él quien, al servicio de los planes de don Telesforo, facilitó el asesinato inútil.

Y corrieron los días y se olvidaron esos sucesos. Pero aquella faz sangrienta y trágica se grababa más ahincadamente en la imaginación de Marcos. Pensaba éste, sarcástico, que, en verdad, el caudillo del pueblo poseía el don de medir la cantidad de cobardía y de flaqueza que acumulaba el alma de cada hombre. Por eso supo escoger su colaborador para la delictuosa tropelia...

Una mañana Consuelo le dijo:

—Me apena mucho verte preocupado. Confía en que don Telesforo cumpla su promesa. Se me ocurre una idea. Pídele una carta para el presidente del Consejo de Educación. Con esa

carta te vas a la Capital y, estoy segura, conseguirás los nombramientos.

Puso Marcos en obra la idea de su hermana.

—Muy bien, mi amigo —le manifestó don Telesforo—. Deseo servirlo. No puedo olvidar lo bien que cumplió mis instrucciones la noche de la manifestación. Ahora no está mi secretario. Venga a recoger la carta pasado mañana.

Dos días después Marcos se embarcaba para la Capital. Llevaba consigo una esquila con la tortuosa firma del caudillo y la esmerada caligrafía del negro Mir. "Pido a usted, señor presidente—rezaba el papel—, el puesto de maestra de grado en la Escuela Superior de Palo Seco para Consuelo de León y el de bibliotecario en el mismo establecimiento para Marcos de León, portador de la presente."

Con esa cuña, no podían los hermanos dudar del éxito de la diligencia. Don Telesforo disponía a su voluntad de todos los empleos públicos del distrito. Un pedido de hombre de tanto arrastre equivalía a una orden.

Trepó Marcos la escalera del Consejo de Educación; un ujier lo guió al despacho del presidente. El funcionario no había llegado aún. Lo esperaba hundido en los elásticos de un sofá.

Curioseó la galería de personajes administrativos que colgaban de las paredes y la espaciosa mesa cubierta de expedientes y pliegos timbrados. Y de pronto sus ojos se detuvieron en un manuscrito abierto sobre la carpeta. Reconoció los gaviñanes del negro Mir y la rúbrica anacrónica de don Telesforo Almada.

Estaba solo en el despacho. De pie, leyó el papel:

"Mi estimado presidente: Le ruego no haga caso de una carta mía que le llevará un tal Marcos de León y que he debido escribir por un compromiso. Ese sujeto es un in-

"feliz que no aporta un solo voto. Lárguelo con cualquier pretexto. Las dos vacantes de la Escuela Superior las quiero para los sobrinos de don Balbino Arévalo, un buen correligionario. Disponga de su amigo afectísimo, Telesforo Almada."

Asombrado y convulso, Marcos tomó la carta y la echó al bolsillo. Abandonó en seguida el despacho y descendió las escaleras. Regresaría a Palo Seco con el primer tren.

VII

Después de cenar, Marcos salió de su domicilio. Atravesó la plaza oscura y silenciosa. Pasó bajo el paraíso que lo cobijó la noche de la asamblea política y creyó descubrir en los follajes el rostro torturado del niño vendedor de loterías.

Siguiendo el itinerario de otra vez, avanzó a un terreno baldío y transpuso una portezuela. Brillaba una ventana: don Telesforo Almada, sentado a una mesa, tenía un periódico por delante.

Entró Marcos, sigiloso, a la redacción de "El Heraldo". Don Telesforo irguió bruscamente la cabeza y, al reconocer al visitante, recobró la serenidad.

—¿Qué de bueno lo trae por aquí?—preguntó el caudillo.

—Tal vez algo de malo, don Telesforo.

—¡Ajá! Vamos a ver. Cuente. ¿Le fué bien por la Capital?

—Sí; me ha ido bien, porque he averiguado algo interesante; muy interesante para usted.

—Entonces no ande con vueltas; diga de una vez.

—Ya que está tan apurado... No traje de la Capital ningún nombramiento; pero traje esta carta suya. Si quiere verla...

Don Telesforo miró el papel que Marcos tenía en la mano, hizo un fugitivo movimiento de sorpresa y luego dijo, sonriente, acariciándose la barba:

—¿Y para esto ha venido a visitarme a estas horas? No valía la pena.

—Sí; para esto y para algo más. Pero antes quiero decirle que, aunque usted es un gran psicólogo, conmigo se ha equivocado de medio a medio.

—¿Le parece?

—Veo que no cree. Quizá mude pronto de opinión... Y vamos a lo principal. Yo, Marcos de León, el infeliz, a quien se le puede utilizar de instrumento para una mala acción y se le puede engañar impunemente, he venido esta noche en busca de don Telesforo Almada, el político influyente y el sagaz conocedor de los hombres, para matarlo como un perro.

—¡Upa! —hizo el amenaza-do, pestañeando rápidamente—. ¿Eso era lo que se traía en el buche?

Pero las maneras desdeñosas del caudillo se borraron ante el redondelito siniestro del revólver que le apuntaba. Le temblaba ahora la barba y un velo lívido le caía sobre el rostro. Estiró velozmente la diestra a un cajón. Y antes de que lograse empuñar el arma que allí guardaba, sonó un disparo. El mandón se sacudió, revolvió los ojos con espantado asombro y dobló lentamente la cabeza, como en otra noche, sobre el mismo mueble, el bravo periodista que fundó "El Heraldo".

VIII

El misterioso fin de don Telesforo Almada causó en la comarca estupor y alivio.

Marcos fué detenido. Alguien lo había visto aquella noche en los alrededores de la casa del crimen.

Pero, insuficientes los indicios y perdidas las elecciones por el gobierno, recuperó la libertad.

Marcos de León se ganó impensadamente los prestigios de que gozan en Palo Seco los hombres capaces de matar a un prójimo.

Y los hermanos volvieron a sus puestos en la Escuela Superior.



ción, de la comisaría vino un estruendo de fusiles. Los asambleístas, presas del pánico, huyeron tumultuosamente. Un pelotón de milicos se posesionó del lugar y aprehendió al orador y sus amigos.

Arrastrado por la avalancha, entró Marcos en el Lago di Como. Ya los mozos echaban precipitadamente las cortinas metálicas. La concurrencia rebulía. Todos decían haber oído junto a la oreja el silbido de las balas y haber visto caer mucha gente bañada en sangre. El sastre, pálido, desquiciado, preparaba un telegrama de protesta al ministro del Interior. El jefe de la comuna anticipaba los argumentos del parte policial; los manifestantes se amotinaron y la autoridad no hizo más que defenderse y asegurar el orden.

Desde un extremo del salón Marcos contemplaba el cuadro. Las ideas se le atorbellinaban y una particular rigidez le endurecía las mandíbulas. El miedo y la vergüenza se adueñaban de su espíritu. Y, por fortuna, nadie podía denunciarlo como autor del disparo.

Un vecino trajo noticias ciertas: sólo se registraba una víctima: el mudito, vendedor de loterías, que recibió un balazo en el cuello.

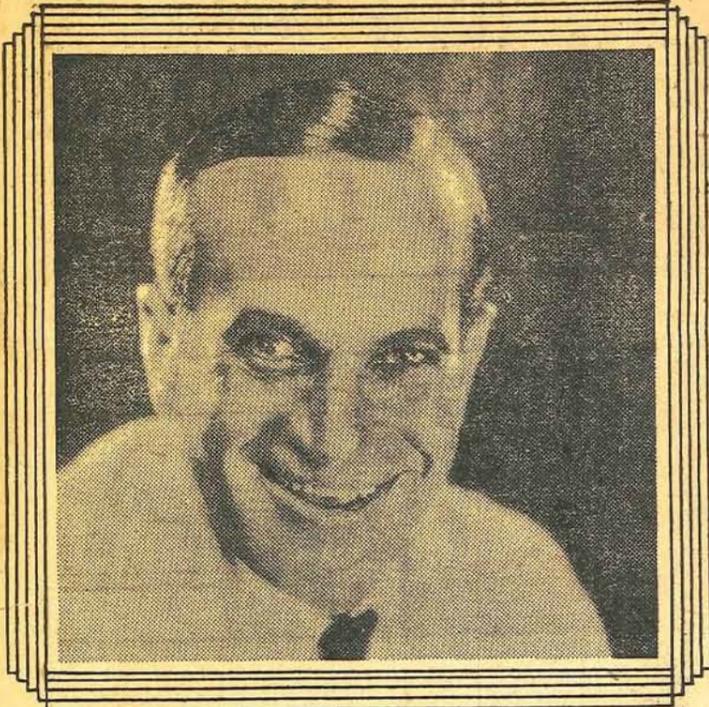
—¡Un niño!—exclamó el sastre, entusiasta—. Es lo que conviene a la oposición. La muerte de un niño toca mucho la sensibilidad del público.

Restablecíase, tras el alboroto, la habitual quietud de Palo Seco. Marcos se marchó; y obedeciendo a extraño impulso, cruzó los umbrales de la comisaría. Bajo un tejadillo yacía, en una camilla, la única víctima de los sucesos de esa noche. Tenía el muchacho una mueca inmóvil y dramática, y por los párpados entreabiertos le brillaban dos rayitas luminosas.

Alejóse Marcos de ese sitio rápidamente. El visaje del muerto se le representaba en

BRIDGE
LEYES DEL CONTRATO AMERICANO

(CONTINUACION)



MI MAYOR EMOCION ANTE LA CAMARA

Sentí la emoción más grande en mi carrera de actor cinematográfico cuando me encontraba cómodamente sentado en la sala de proyecciones del estudio, viendo y oyendo una película parlante mía en la cual cantaba la canción "Mammy". Había aceptado la invitación de los hermanos Warner para preparar la primera película totalmente hablada, que se titula "El cantor de jazz". Pero cuando llegó el momento de actuar delante de la cámara y ante el micrófono, empecé a dudar de que hubiera procedido con prudencia al aceptar la invitación. La atmósfera del estudio, la falta de público delante de mí, la técnica enteramente distinta y la novedad de todo aquello, me desconcertó. Me parecía que no me era posible trabajar en esas condiciones. Mi entusiasmo empezó a decrecer en forma alarmante. Aunque no me sentía seguro de mí mismo, decidí seguir adelante, dispuesto a ha-

cer cuanto pudiera para no fracasar. Luego llegó el momento de cantar la canción "Mammy". Recuperé todo mi entusiasmo de los buenos tiempos y desempeñé mi papel mejor que nunca. Aquella misma noche me senté en la sala de proyecciones y vi pasar la escena de la canción. Las palabras se oían claras y fuertes, con un sentimiento comunicativo. Con toda modestia, me convencí de que mi éxito en las películas parlatas estaba asegurado. Toda mi confianza renació inmediatamente y actué en el resto de la película con verdadero entusiasmo. Desde entonces he estado muchas veces delante de la cámara cinematográfica y he pasado momentos verdaderamente emocionantes. Pero ninguna emoción puede compararse con la que experimenté mientras me encontraba en la sala obscura de las proyecciones, viendo pasar algunas escenas de mi primera película.

AL JOLSON

LAS NOVELAS HISTORICAS DE EDUARDO ACEVEDO DIAZ

(Continuación de la pág. 7)

Robledo escoltados por los dragones brasileños, Luis María se incorporaba a su hueste para seguir peleando por el ensueño de gloria y de sangre, y Dorila, la Ofelia criolla, quedaba durmiendo su eterno sueño bajo los jazmines del monte.

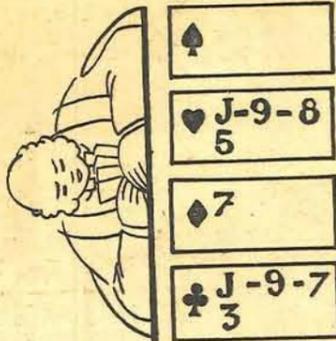
III

"GRITO DE GLORIA"

1825. El hombre miraba la ribera oriental y con los ojos del alma entreveía algo entre la sombra: el pago. Y el pago era la Patria, invadida de ribera a ribera por las huestes del Imperio. Ah, el Brasil... La agonía sangrienta de Cataluña, la derrota, la invasión, la esclavitud... Y en su trágico ensueño, decía el hombre que pesaban demasiado las cadenas para agotar las últimas fuerzas en estériles clamores. El día antes, en el saladero de Pascual Costa, había escuchado el diálogo doloroso de los héroes: —Nuestra tierra es brasileña desde hace tiempo... Los argentinos, a pesar de que Artigas la separó para siempre del viejo virreinato, dicen que es de ellos... —¡Ni argentinos ni brasileños! Pasaremos solos... Volviase ronco y amenazante el acento de Lavalleja al decir estas palabras, y las pupilas de

Manuel Oribe ardían como brasas. —"¡Pasaremos solos!" Y pasaron. El tercer romance histórico de Eduardo Acevedo Díaz es la narración admirable de la epopeya. Un viento de fuego soplabla sobre los recuerdos. Había que sembrar la semilla sagrada de la rebelión en las cuchillas y en los pagos, haciendo ondular sobre ellos la vieja bandera de Artigas. —Vienen de allá, del otro lado del río, y traen memorias del viejo Artigas —decían los "tupamaros" — y miraban con atención profunda a aquellos hombres misteriosos que llegaban con el crepúsculo, que hablaban a puertas cerradas con los caudillos, comían del asador, tomaban un mate amargo con el pie en el estribo y desaparecían con el alba. Eran los emisarios de la gloria; eran ellos quienes hacían salir de los rincones de los ranchos las lanzas de los antiguos vencedores de las Piedras. Descubiertos, comenzaron las persecuciones, como en los viejos tiempos del Preboste del Rey; la plaza fuerte de Montevideo estaba erizada de cañones, como en los tiempos de Fernando VII. Un día de otoño corrió un rumor extraño y terrible por las cuchillas, los pagos y las murallas. Un puñado de hombres se embarcaron en la ribera argentina y se entregaron a las ondas. "El abismo que éstas guardaban no era mayor que aquel que los atraía con fuerza misteriosa, y al que

Declaración
18. La declaración se efectúa especificando cualquier número de uno a siete inclusive, seguido con el nombre de un palo o de "sin triunfo". El declarador se obliga con ello a hacer, con tal palo, como triunfo o "sin triunfo", la cantidad especificada de bazas, más seis.
Orden de las declaraciones
19. La declaración de un número mayor de bazas vale más que la declaración de un

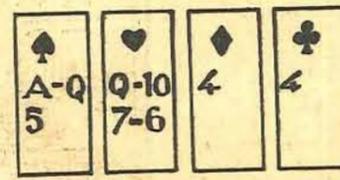
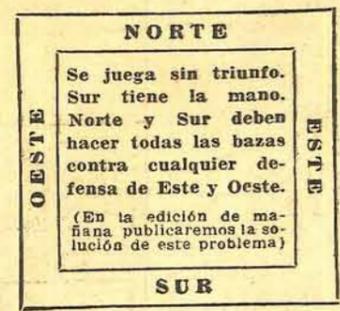


número menor. Cuando dos declaraciones especifiquen el mismo número, su valor tiene el siguiente orden: "sin triunfo" (mayor valor), pique, corazones, diamantes y tréboles (menor valor).

Declaración insuficiente
20. a) Salvo la primera declaración del dador, una declaración es insuficiente si no sobrepasa la del declarante anterior.
b) El jugador que efectúa una declaración insuficiente puede corregirla sin penalidad siempre que lo haga antes de que otro jugador llame su atención sobre la insuficiencia, o continúe el remate haciendo una nueva declaración. En este caso la declaración insuficiente puede hacerse normal en el mismo palo, o en "sin triunfo" si la declaración imputada fué en "sin triunfo".
c) Si el jugador a la izquierda del declarante transgresor se pronuncia por una nueva declaración antes de que se haya llamado la atención sobre su carácter anormal, esta última queda efectiva y se considera la anterior como suficiente.
d) Si cualquier jugador, fuera del que ha declarado insuficientemente, llama la atención sobre la insuficiencia antes de que aquél se haya corregido, y que el jugador que sigue en turno haya hecho su declaración, el declarador en tela de juicio debe normalizar su declaración y su compañero queda inhibido para participar en el remate. En tal caso, la declaración puede hacerse suficiente, sustituyéndola por una que corresponda en el mismo palo o en "sin triunfo".

Declaraciones imposibles
21. Si un jugador declara más de siete bazas, tal declaración es nula, y tanto él como su compañero se inhiben para participar en las declaraciones subsiguientes, y cualquiera de los adversarios puede:
a) Pedir un nuevo reparto de cartas.

habían jurado caer sin queja cuando se hubiera extinguido la última esperanza". Fué el desembarco épico, la gloria de los treinta y tres. Algo de inmenso flotaba sobre uno de ellos, sobre la cabeza de Lavalleja: el escudo primitivo de campo blanco con un sol arriba, y debajo un brazo robusto sosteniendo una balanza, símbolo de la justicia, y un lema: "con libertad, ni ofendido ni temo". Era la historia que volvía, el eco lejano de los combates desesperados, el recuerdo de los cruentos infortunios.



b) Obligar a que la declaración represente un contrato de siete bazas, que debe jugarse (doblado o no) por los jugadores que han declarado erróneamente.
c) Exigir que la declaración vuelva a la última legítima y sea continuada, modificándose o no, por los que no hayan incurrido en error.

Declaración o doble fuera de turno

22. Una declaración fuera de turno es nula, salvo que el adversario a la izquierda del transgresor declare antes de que el declarante en turno haga su nueva declaración, o de que cualquier otro jugador llame la atención sobre la falta, reclamando que el remate se inicie por donde corresponda. Cuando la declaración fuera de turno es nula, la que prosigue efectuada por el declarante en turno es válida, quedando inhibido para participar en el remate el compañero del jugador en falta; pero el transgresor puede hacer una nueva declaración en la oportunidad que le corresponda. Cuando el compañero del transgresor es el declarante en turno, ese turno pasa al próximo declarador. Cuando el adversario a la izquierda declara a raíz del jugador en falta, antes de que se llame la atención sobre la misma, la declaración continúa y no hay penalidad para nadie. Un doble o redoble fuera de turno se rige por los mismos

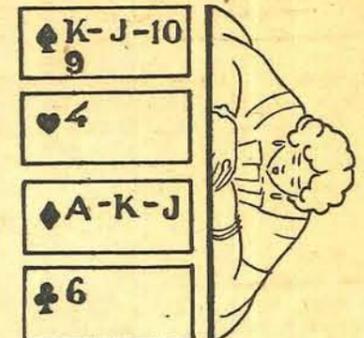
LEON CASABAL

Ahora, los payadores cantaban otra vez en los pagos, y los "tupamaros" curtidos a lanza se acordaban de la gloria de 1811. Siempre peleando, contra portugueses, contra ingleses, contra españoles... —Orientales, mañana la bandera ondeará en el Cerrito— dijo Oribe una tarde, y un veterano indígena murmuró: —Fué en las Piedras donde vencimos a los godos con el viejo Artigas... Es en esta parte del relato, allá por la mitad de la novela, donde comienza a tejerse el romance de amor, la continua-

preceptos que una declaración en las mismas condiciones, salvo en el caso en que el doble o el redoble se efectúe antes que sea consentido por el compañero del declarante, en cuyo caso se reglamenta por el artículo 26, inc. g).

Paso

23. Cuando en el turno correspondiente en que debe hablar el jugador durante el remate no declara, ni dobla o redobla, debe pasar: ello tiene que



hacerse diciendo "paso" o "no declaro", y el turno de la declaración se transfiere al jugador que está a la izquierda, salvo que dicho "paso" sea el punto final del remate.

"Paso" fuera de turno
24. a) Si no se ha hecho declaración, un "paso" fuera de turno es nulo.

El jugador de turno declarará y el transgresor no podrá revertir su decisión, ni doblar o redoblar hasta que la primera declaración sea mejorada o doblada.

b) Si se han hecho declaraciones anteriormente, un "paso" fuera de turno es nulo. El jugador en turno podrá declarar entonces y el transgresor no podrá hacerlo ni doblar hasta que la declaración que él pasó sea mejorada o doblada.

En cualquiera de los dos casos a) o b), si el jugador a la izquierda del transgresor declara antes de que se llame la atención sobre la falta cometida, el "paso" se regulariza y se continúa con el remate. El transgresor podrá declarar cuando le corresponda en turno.

En los mismos casos: si le correspondía declarar al jugador a la derecha del transgresor, una declaración hecha por el primer nombrado, antes de la declaración de su compañero, es válida siempre que se llame la atención sobre la falta.

Dobles y redobles

25. Durante el remate, y a su turno respectivo, cada jugador podrá doblar la declaración anterior de un adversario, o redoblar el doble del adversario. Doblando y redoblando aumenta el valor del cumplimiento del contrato (art. 36-b), bazas suplementarias y bazas perdidas (art. 52-b). El doble o redoble no altera el valor de las declaraciones (art. 19), ni los valores de los honores o "slams", ni la multa correspondiente por renunciar.

No puede irse más lejos del redoble en un palo declarado. El redoble es un doble del doble del adversario.

de aquel que vimos iniciarse en la estancia solitaria del Santa Lucía, sobre la tumba de Dorila Robledo.

La guerra seguía. Los invasores, el general Lecor y el barón de la Laguna, veían avanzar la tempestad. "Os patrias revoltosos", los libertadores de la tierra natal iban de victoria en victoria. Los bosques de lanzas arrojaban su sombra sobre las cuchillas nativas.

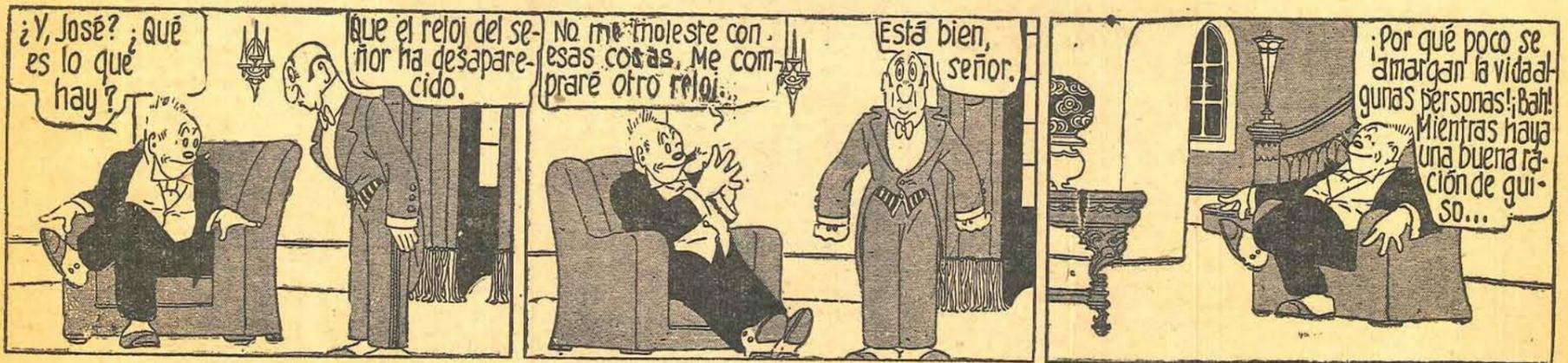
Y ahora Natalia estaba en Montevideo, y un oficial brasileño, el teniente Souza, que

(Continúa en la pág. 35)

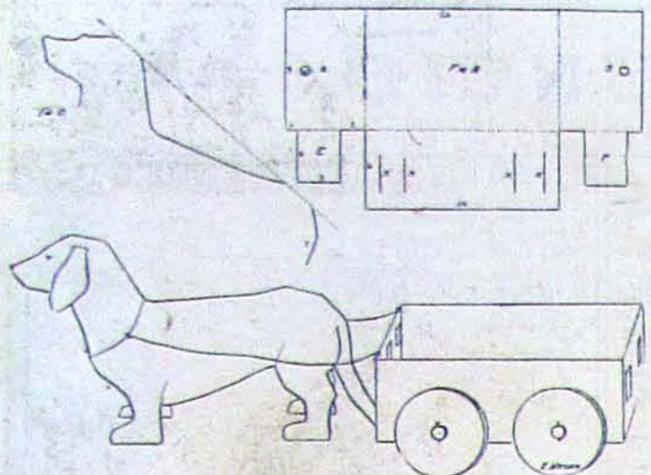


LO MAS VALIOSO

Dibujos de GEO McMANUS



COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



UN CARRITO La fig. A representa la mitad del carrito. (Hecho el dibujo sobre papel cuadriculado, los números indican la cantidad de cuadritos que corresponde a cada lado. Doblando por las líneas de puntos e introduciendo las lengüetas E y F en las hendiduras H, tendrás un carrito al cual le faltan las ruedas, que no son sino discos de corcho colocados en los extremos de dos palitos de junco que atraviesan la caja por los orificios "s".



dido estar dentro de este cántaro? —¿Qué te puede importar eso — respondió el genio —, puesto que vas a morir en el acto? —¿Morir?... ¡No! — suplicó el pescador — ¿Habéis olvidado que yo he sido quien os ha puesto en libertad?... —No lo olvidó y es por esa razón que te otorgo una gracia. Puedes indicar cuál es la muerte que prefieres. —Es así como me recompensas del bien que te he hecho! — insistió el pescador. —No puedo tratarte de otro modo —, explicó el genio —. Oye mi historia:

"Soy uno de los espíritus rebeldes que se opusieron a la voluntad de Salomón, hijo de David. Para castigarme, el profeta me encerró en este cántaro de cobre, y para que no me fuera posible salir de mi prisión, puso ese sello en la tapa, como lo habrás visto.

"Juré que haría poderoso al que me pusiera en libertad en el curso del primer siglo, pero pasaron los cien años sin que nadie me hiciera ese favor. Durante el segundo siglo, juré dar todos los tesoros de la tierra al que abriera el cántaro. En el tercero prometí hacer del que me ayudara un monarca magnífico, pero nadie me sacaba de allí. Enfurecido por tanta decepción, juré que si alguien me sacaba de allí lo mataría irremediablemente, sin acordarle más gracia que la elección de su muerte. Puesto que la suerte ha querido que seas tú el que me

liberara, no tienes más remedio que someterte y morir." Al oír estas palabras, el pescador quedó aterrado, pero como el peligro aguzó la inteligencia, se le ocurrió una estratagema. —Puesto que mi muerte es inevitable — dijo — me someto, pero antes de indicarnos la manera de morir, os ruego me digáis la verdad sobre una pregunta que deseo haceros. —Pregunta lo que quieras —, respondió el genio. —Quisiera saber si efectivamente estabais dentro de este cántaro. ¿Podrías jurarlo en nombre de Dios? —Lo juro, pues nada es más cierto. —Es que no puedo creerlo. Dentro de este cántaro no cabe siquiera la punta de vuestro dedo meñique. ¿Cómo podía ser estuviera dentro todo el cuerpo? —Pues bien, no has visto acaso tú mismo cómo salía de allí dentro? —Es que si no vuelvo a verlo, no me es posible creer en semejante maravilla. —Pues ya verás — respondió el genio, y transformándose de nuevo en humo empezó a introducirse dentro del cántaro con un movimiento lento pero continuo, hasta que desapareció del todo. —¿Lo crees ahora, pescador? —preguntó una voz.

En vez de responder, el pescador se apresuró a tapar el cántaro, cerrándolo con todas sus fuerzas. —Maldito genio —, exclamó entonces nuestro hombre —, ahora te toca a ti elegir la mejor manera de morir. El monstruo trató de salir, pero en vano, y viendo que sus esfuerzos eran inútiles y que estaba a la merced del pescador, suavizó su voz y exclamó: —Amigo mío, no creas ni por un minuto que pensaba en hacerte morir. Todo lo contrario. Eso lo decía en broma. Abre el cántaro pronto y ya verás como nunca te arrepentirás de haberlo hecho. No sabes todo lo que puedo hacer por ti, si me haces ese favor.

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

Para encontrar un pañuelo con los ojos vendados



El prestidigitador se deja tapar los ojos y entra luego al cuarto donde habrán ocultado su pañuelo. No tarda mucho en encontrarlo.

El secreto consiste en tener un ayudante que colóque un reloj en el pañuelo al esconderlo. Gracias al ruido de la máquina el prestidigitador podrá encontrarlo.



—Eres un ingrato y un traidor —, replicó el pescador —, pero todas tus promesas no me harán cambiar de opinión. Volverás a las profundidades del mar y allí permanecerás hasta el día del juicio final, si tal es la voluntad de Dios.

Diciendo estas palabras, el pescador arrojó el cántaro al agua y las olas se encargaron de hacerlo rodar hasta mar adentro, de donde nadie ha vuelto a salvarlo.

LA ALHEÑA

La alheña es un árbol originario de Oriente. Sus hojas azpionadas en un mortero, mezcladas con jugo de limón, son empleadas en todo el Oriente y en parte de Africa, para teñir de un color rosa anaranjado la cara, las manos y las uñas de las mujeres. Agregándole agua de cal, se obtiene un tinte muy resistente para el cabello. Se emplea también su raíz para diversos afeites.

HISTORIA DE UN PESCADOR Y DE UN GENIO MALO

HABIA una vez un pescador muy viejo y tan pobre, que a duras penas lograba ganar lo necesario para asegurar el sustento de los suyos. Todos los días salía temprano a pescar, pero nadie lo sacaba de su costumbre de sólo arrojar cuatro veces la red.

Una noche, aprovechando la luna llena, dejó más rato que de costumbre la red, y al retirarla sintió que pesaba mucho, por lo que creyó haber hecho una buena pesca. Grande fue su pena al verificar que se trataba solamente del cuerpo de un borrico. Nuestro hombre remendó la red en los lugares que se había roto y la tiró nuevamente al mar. Al sentir que también pesaba mucho, la retiró precipitadamente, pero sólo venía llena de conchilla y arena.

—¡Oh fortuna! — exclamó el desgraciado hombre — ¡Deja de perseguir a un pobre pescador! —y lavando la red la arrojó por tercera vez.

Ya empezaba a despuntar el alba, cuando el viejo pescador

retiró la red por cuarta y última vez, viendo que ella traía un cántaro de cobre perfectamente cerrado y marcado con un sello.

—Se lo venderé al plomero — se dijo el pescador —, y con el dinero que me dé compraré pan para los míos.

Tomó entonces el cántaro para llevarlo, pero al notar que era muy pesado, se le ocurrió mirar qué era lo que tenía adentro, pues le llamaba la atención el hecho que al sacudirlo, no se sentía nada. Para estar tan cerrado y sellado debía contener a lo mejor un tesoro... El pescador tomó su cuchillo y haciendo palanca con él, hizo saltar la tapa.

Un humo espeso empezó a salir del cántaro y extendiéndose por la playa comenzó a elevarse hacia el cielo, tomando luego, poco a poco, la forma de un genio de dimensiones colosales. Al ver semejante monstruo, el pescador trató de huir, pero las piernas le temblaban de tal manera que no le fué posible dar un paso.

—¿Quién eres? — preguntó el hombre — ¿y cómo es posible que siendo tan enorme hayas po-

ras se ve pelear y morir a los héroes del romance. Las banderas victoriosas se alejan en el crepúsculo.

En una carreta, un indio y un negro traen al novio agonizante de Natalia, mientras el teniente brasileño que la amó sin esperanza en los días sombríos de Montevideo se desangra entre los tréboles pisoteados del campo de batalla y el grito de gloria se convierte en gemido de dolor.

EL FRUSTRADO SUICIDIO DE ALLEGRO GIOIA

(Continuación de la pág. 24)

va. Ya nada nos queda que referir sobre él, sino que después de aquel escándalo encontró un simulacro de suicidio en el matrimonio, cosa más corriente tal vez de lo que uno se puede imaginar, puesto que la mujer puede ser el abismo hacia el cual uno se precipita o también el agua, ora calma y risueña, ora negra y tempestuosa en la cual uno se pierde. Todos los que le conocen le consideran como una persona correctísima, reposada, animada de buen sentido y nadie sospecharía jamás de aquella extraña melancolía que le ha quedado y que lleva encerrada dentro de sí mismo; en una palabra, la persuasión de que algo le sucedió en aquel día y que al fin de cuentas se realizó entonces su suicidio, debido a lo cual él ya no es el mismo de antes.

Y dejemos que tenga esta íntima persuasión para su tranquilidad y para que no vuelva a empezar.

LAS NOVELAS HISTORICAS DE EDUARDO ACEVEDO DIAZ

(Continuación de la pág. 33)

había apresado a su padre el día que se ahogó Dorila, se moría de amor por ella. Luis María Berón andaba por los campos de batalla...

Otro idilio se engarza en las nutridas y admirables páginas de este romance final: el amor de Jacinta, "especie de leona que huele a junquillo, con su poncho, sus bombachas de brin y sus botas de cuero de puma", por el gallardo teniente de Leonardo Olivero.

Esta Jacinta de cuerpo ágil y flexible pertenece al linaje de aquella Sinfonía que conocimos en 1808. Era la leona uruguaya de las guerras por la libertad.

—¡Libertad o muerte!" Este era el grito de guerra, y también el grito de gloria de los orientales. En ese grito se resumían sus ideales civiles y sus virtudes guerreras.

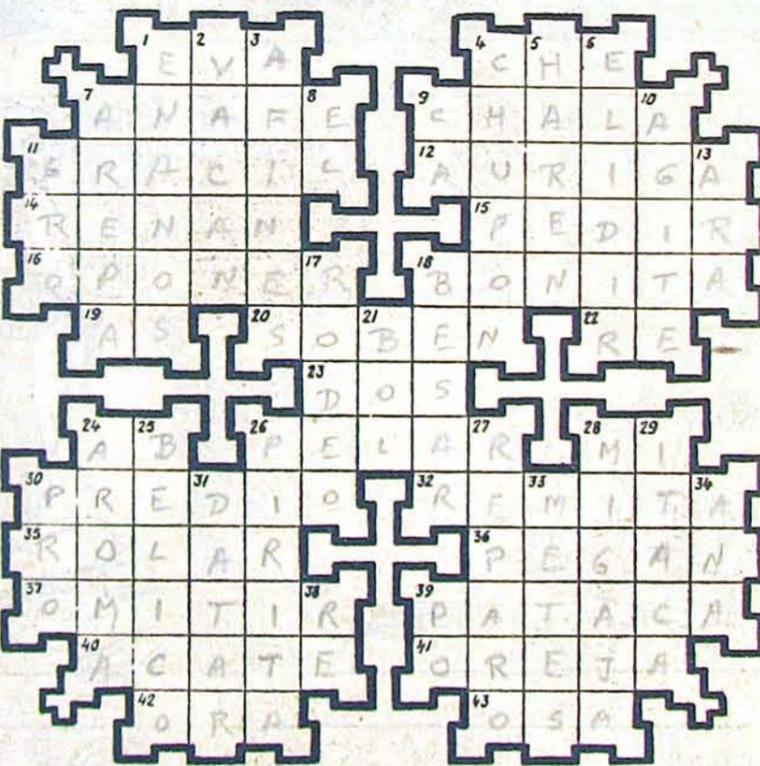
Y este grito resuena en todas las páginas de este romance histórico, se escucha a lo largo de todos los caminos, retumba en el seno de todas las cuchillas, vibra en el corazón de todos los ranchos, hasta que culmina en Sarandí.

La descripción de la batalla alcanza contornos de epopeya, desde el choque de los centuros hasta la muerte de Jacinta.

"¡Sarandí por la patria!" ¿Dónde estaban los dragones del Imperio?

Entre el remolino de las lanzas y el albor de los cañones

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

- 1. Nombre de mujer.
- 4. Nombre de una consonante.
- 7. Hornillo portátil de hierro, barro, piedra, o ladrillo y yeso.
- 9. Espata del maíz cuando está verde.
- 11. Sutil, delgado o menudo.
- 12. El que dirige o gobierna las caballerías que tiran de un carruaje.
- 14. Sabio filólogo e historiador francés, del siglo XIX, autor de los famosos y discutidos estudios sobre los "Orígenes del cristianismo".
- 15. Poner precio a la mercadería el que vende.
- 16. Impugnar, estorbar, contradecir un designio.
- 18. Linda, agraciada, de cierta proporción y belleza.
- 19. Punto en los dados.

Verticales

- 20. En sentido figurado, castiguen, dando algunos golpes.
- 22. Nota musical.
- 23. Nombre de una cifra.
- 24. Preposición inseparable que denota separación, intensidad o exceso de acción.
- 26. Figurada y familiarmente, ganar a uno todo el dinero, en el juego.
- 28. Nota musical.
- 30. Heredad, hacienda, tierra o posesión inmueble.
- 32. Haga que una cosa sea enviada a alguna parte.
- 35. Hablando del viento, dar vueltas en círculo.
- 36. Adhieren, conglutinan una cosa con otra.
- 37. Pasar en silencio una cosa, dejar de hacerla.
- 39. Raíz tuberculosa de la aguaturma, buen comestible para el ganado.
- 40. Rinda homenaje de sumisión y respeto.
- 41. Ternilla que en el hombre y en muchos animales forma

- la parte externa del órgano del oído.
- 42. Ya.
- 43. Constelación boreal.

- 1. Personas de extraordinaria pequeñez.
- 2. Cesan por algún tiempo en sus habituales negocios, estudios o trabajo.
- 3. Próximos, contiguos.
- 4. Cada una de las plumas con cañón no consolidado que suelen tener sangre si se arrancan al ave.
- 5. Departamento de las casas de los musulmanes en que viven las mujeres.
- 6. Frustrar, debilitar, desvanecer una cosa.
- 7. Pan de forma circular, compuesto de maíz salcochado, mojado y pasado por tamiz, huevos y manteca, y cocido al horno.
- 8. Pronombre personal.
- 9. Interjección con que se denota incredulidad o desdén.
- 10. Mueva con frecuencia y violentamente una cosa.
- 11. Tela de seda, de más cuerpo que el tafetán.
- 13. Altar en que se ofrecen sacrificios.
- 17. Camino más largo o desvío del camino.
- 18. Figurada y familiarmente, tratándose de cosas inanimadas, tocar unas a otras.
- 21. Vasija esférica y sin asa.
- 24. Olor muy agradable.
- 25. Perteneciente o relativo a la guerra.
- 26. Mineral brillante, de color amarillo de oro, y tan duro que da chispas con el eslabón; es un sulfuro de hierro.
- 27. Duda, dificultad o inconveniente.
- 28. Parte más pequeña y menuda del pan, que suele saltar o desmenuzarse al partirlo.
- 29. Una de las islas jónicas, en la que, según los poemas homéricos, reinaba Ulises cuando salió para el sitio de Troya.
- 30. Provecho.
- 31. Fechar.
- 33. Pones una cosa dentro de otra.
- 34. Nombre de mujer.
- 38. Nota musical.
- 39. Río de Italia, que desagua en el Adriático.

1930 N. Y. TRIBUNE, INC.

BETTY

EL NUEVO RENUNCIO



Si yo encontrase el modo de hacer que Betty sintiese celos, es seguro que mi situación mejoraría.



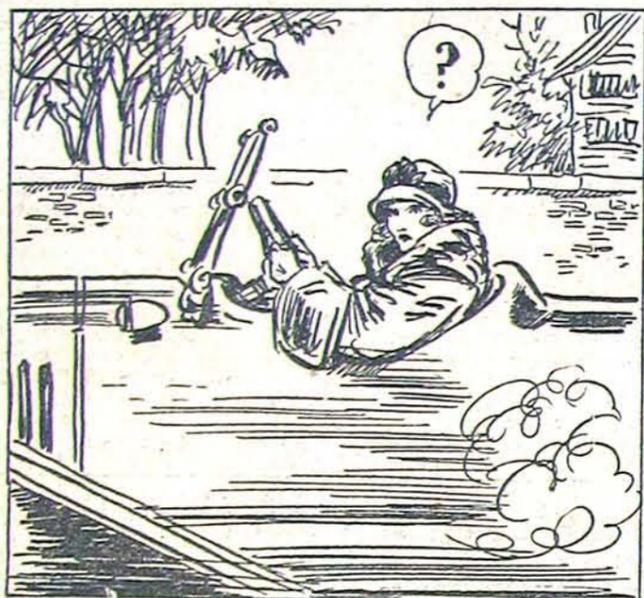
Disculpe, señor. ¿Podría indicarme dónde queda la calle Chuquisaca?

¡Ya lo creo, señorita! ¡Con mucho gusto!



Y cuando haya llegado a la calle Valdemoros, doble a la derecha y a la cuadra siguiente, Chuquisaca.

Muchas gracias, señor.



?



¿Quién era la joven con quien le ví hoy, de Pester?

¿Una joven? ¿Qué joven?



¡Bah! No finja. En la esquina de Equis y Zeta le ví a eso de las 10.

¡Oh! Este... Sí... Es decir... Tiene Ud. razón: era la condesa Porchinsky, a quien conocí en mi último viaje.



Es una dama encantadora, finísima. A mí me distinguió mucho y hasta mostró, ¿cómo diré? Pero, en fin: yo no me casaré sino con una compatriota.

De veras?



Yo creí que no volvería a verla jamás. Por cierto que al encontrarla me sentí bastante cohibido, porque como, a causa de mis negocios, no tuve tiempo para contestar a ninguna de sus cartas...

¿Es bonita? Porque no llegué a verle la cara.



Llaman a la puerta. ¿Quiere ver, León, si es algún amigo?



¿Está la Srta. Thompson? Pero, qué casualidad! Si no me equivoco, Ud. es la persona a quien esta mañana hice una pregunta respecto a la calle Chuquisaca.



¡Adelita! ¿Cómo te va? ¿Y tu prima?

Se mudó. La vi esta mañana. Por cierto que me costó dar con la calle en que vive.



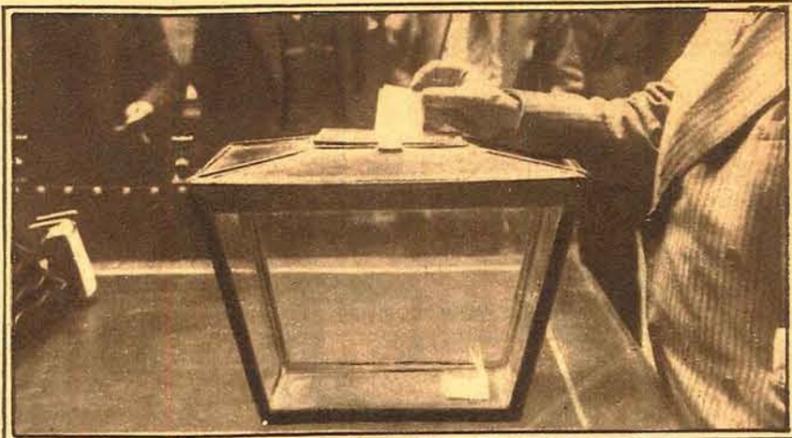
Menos mal que cuando ya no sabía hacia dónde tirar, un joven me señaló el rumbo. ¿Has visto qué coincidencia? Era el mismo joven que acaba de abrirme.

De modo que eras tú!

Con el objeto de estudiar mejor la emigración de las aves, los ornitólogos han ideado un sistema para ponerles anillos. invento del Profesor Bourdelle, del Museo de Historia Natural. Consiste el anillo en una plaquita de aluminio que se fija en la pata del pájaro capturado. El grabado muestra la colocación del anillo a una gaviota.

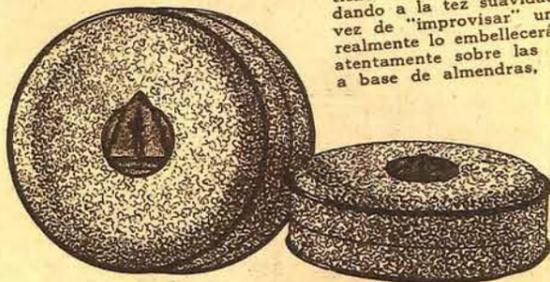


EL VOTO EN ESPAÑA. He aquí la urna clásica que acaba de ponerse en servicio en el Ayuntamiento de Madrid, después de la cesación de la dictadura española.



Si Vd conoce los Polvos Vindobona — es seguro que los usará.

Son los únicos que contienen almendras. Los polvos comunes tienen por base simplemente el almidón. Este cambio produce polvos completamente distintos. Las almendras hacen que los polvos se adhieran mejor. Así, la primera ventaja a favor de los Polvos Vindobona es su extraordinaria adherencia. Las almendras confieren a los Polvos Vindobona más suavidad. Cuanto más suave es un polvo mejor resulta su uso. Otra ventaja de los Polvos Vindobona es la fascinante variedad de sus perfumes. Usted puede elegir: Rosas de Shiras, Cyclamen, Acacia, Olginka, Orquídea, Muguet, Jacinto, Madre-selva. Llegan a la sensibilidad exquisita de toda dama. Hay distinción en ellos. Pero una cualidad debería por sí sola decidir a toda dama a considerarlos únicos: son saludables para el cutis, y no solamente inofensivos, sino beneficiosos. También esa cualidad se debe a las almendras. Usted sabe cómo las almendras conservan el cutis suave, sano y hermoso. Los Polvos Vindobona contienen todos los elementos tonificantes que ellas poseen, dando a la tez suavidad y lozanía encantadoras. Piense: en vez de "improvisar" un cutis mejor, Usted se ha informado realmente lo embellecerá. Y ahora, si Usted se ha informado atentamente sobre las cualidades de los polvos Vindobona, a base de almendras, seguramente deseará usarlos.



Se venden en las buenas casas del ramo y en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA
FLORIDA 8, piso 1º - Buenos Aires

TONOS: Blanco, rachel, rosa, piel natural, ocre rosado, ocre y ocre yodo.



"La tez aclarada... parece adquirir la luminosa limpidez de una perla blanca", dice la talentosa primera actriz señora Berta Gangloff.

Ella ha encontrado el sencillo tratamiento que confiere lozanía y blancura a su cutis y lo libra de todas las imperfecciones, borrando las huellas dejadas por los años de exposición al frío, al sol y al viento. Crema de Oriente Vindobona es todo lo que usa.

Blanquea la piel — elimina las pecas y manchas cutáneas — alisa las arrugas

Hoy es notablemente fácil adquirir un cutis claro, blanco, libre de toda impureza, sin pecas, manchas cutáneas, granos, barros y arrugas. La científica Crema de Oriente Vindobona elimina las impurezas cutáneas con asombrosa rapidez. Alisa las arrugas, porque penetra hasta las capas ocultas de la dermis y las tonifica. Mejora así la piel del rostro y elimina el cutis marchito y la tez cetrina. Casi en una noche, como por arte de magia, adquiere el cutis esa clara y lozana belleza que todo el mundo admira.

Compruébelo en 3 minutos

Ya pasó el verano. Ya el cutis tostado por el sol no está de moda. Ahora usted necesita lucir la piel suave y perlina. Es tiempo de hacer algo en seguida para aclarar su cutis. Tres minutos antes de acostarse introduzca la delicada Crema de Oriente Vindobona en su cutis. A la mañana siguiente mírese en el espejo. Observará cómo la piel cetrina, manchada, ha comenzado a dar paso a un cutis nuevo, claro, liso, sin arrugas. Y nadie se dará cuenta del tratamiento, pues Crema de Oriente Vindobona no levanta la piel. Es en las capas ocultas de la dermis donde ejerce su benéfica acción.

Resultados garantizados

Tan maravillosos, tan rápidos y seguros son los resultados de la Crema de Oriente Vindobona que la garantizamos ampliamente. Empiece a usarla desde ahora. Haga como las más destacadas actrices, que saben mucho de belleza y juventud. Si usted no quedara encantada con los resultados del tratamiento, le devolveremos el dinero gastado.

Crema de Oriente Vindobona se vende en las casas de mayor prestigio, entre ellas:

Farmacia Franco-Inglesa, Sarmiento y Florida; Gath & Chaves, Casa Central y Sucursales; Casa Scherrer, Suipacha 171; Farmacia del Pueblo, Rivadavia 729; Farm. Inglesa, Avenida de Mayo 900; Farmacia Gibson, Alsina y Defensa y Florida 381; Ciudad de México, Florida y Sarmiento; Farmacia Scannapieco, Esmeralda y Tucumán, y en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA
Florida N° 8 — Piso 1º — Buenos Aires
(Atendida por señoritas)

LABORATORIOS VINDOBONA
Florida N° 8 - Piso 1º - Buenos Aires.
Sirvanse enviarme gratis folletos explicativos sobre Crema de Oriente Vindobona.
Nombre
Calle..... N°.....
Ciudad..... F. C.....

Folletos gratis.
Remita el cupón.

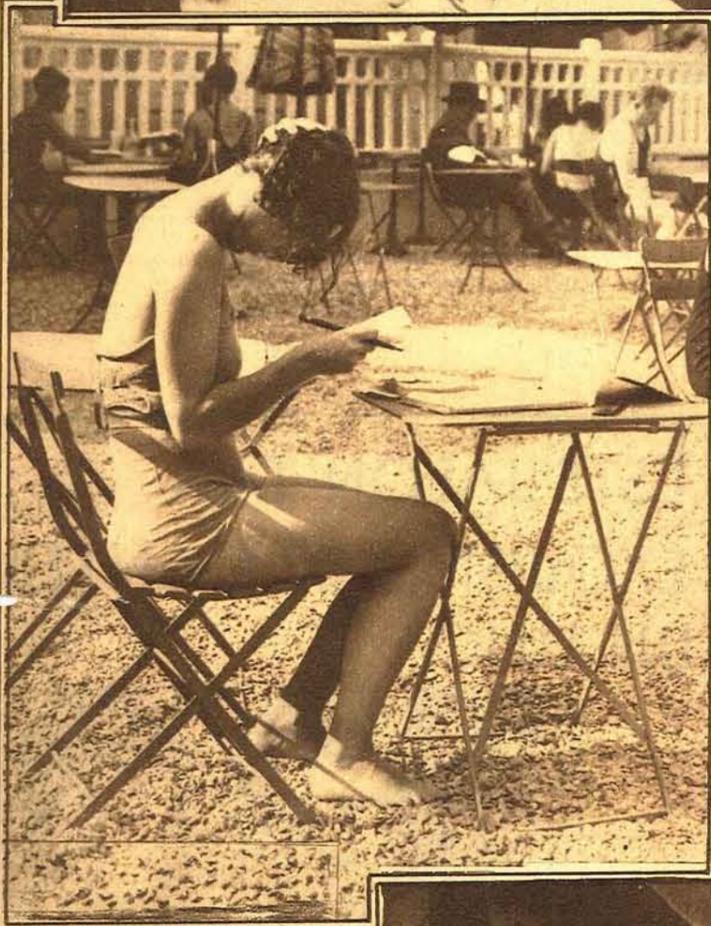
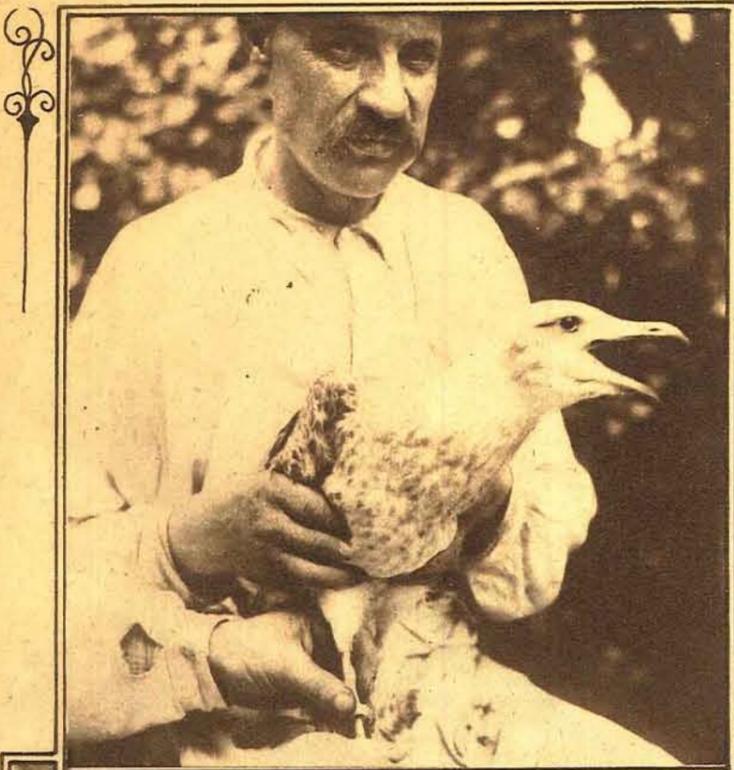
Pedidos del interior se sirven en el día.

EN MONTEVIDEO:
Andes, 1338
2º piso



Las actrices tenemos fama de saber conservar los jóvenes durante más años que la generalidad de los mortales. Este segundo arte nuestro se debe a que el escenario nos obliga a prestar gran atención al cuidado físico. Elegimos entonces los mejores productos de tocador. Sabemos juzgarlos. Yo nunca he visto ni oído de ninguna crema que reuniera tantas y tan buenas condiciones como la Crema de Oriente Vindobona. A los pocos días de usarla, al mirar el cutis en el espejo, al palparlo, parece que se viera y se sintiera el cutis de una criatura. He observado que la tez aclarada por ese producto parece adquirir la luminosa limpidez de una perla blanca.

Berta Gangloff



A TEMPERATURA SENEGALESA, VESTIDOS AD HOC. He ahí por qué esta parisense, empleada de un establecimiento del Bois, ha juzgado práctico despachar su correo vistiendo sólo una malla de baño. ¿Quién se atrevería a censurarla?

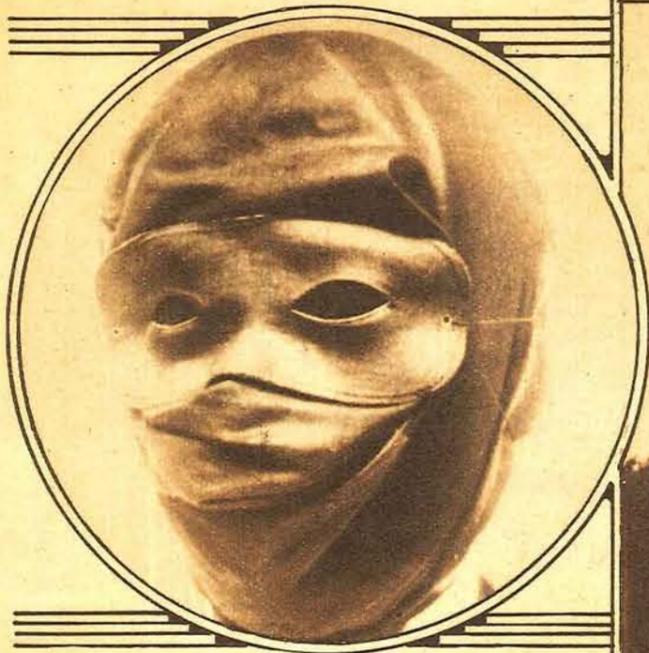
EN FRANCIA... El intenso calor llena las piscinas... Se nada, se ríe, se bebe y hasta se hace la "toilette" para estar presentable a la hora del aperitivo... que se beberá, naturalmente, en malla.



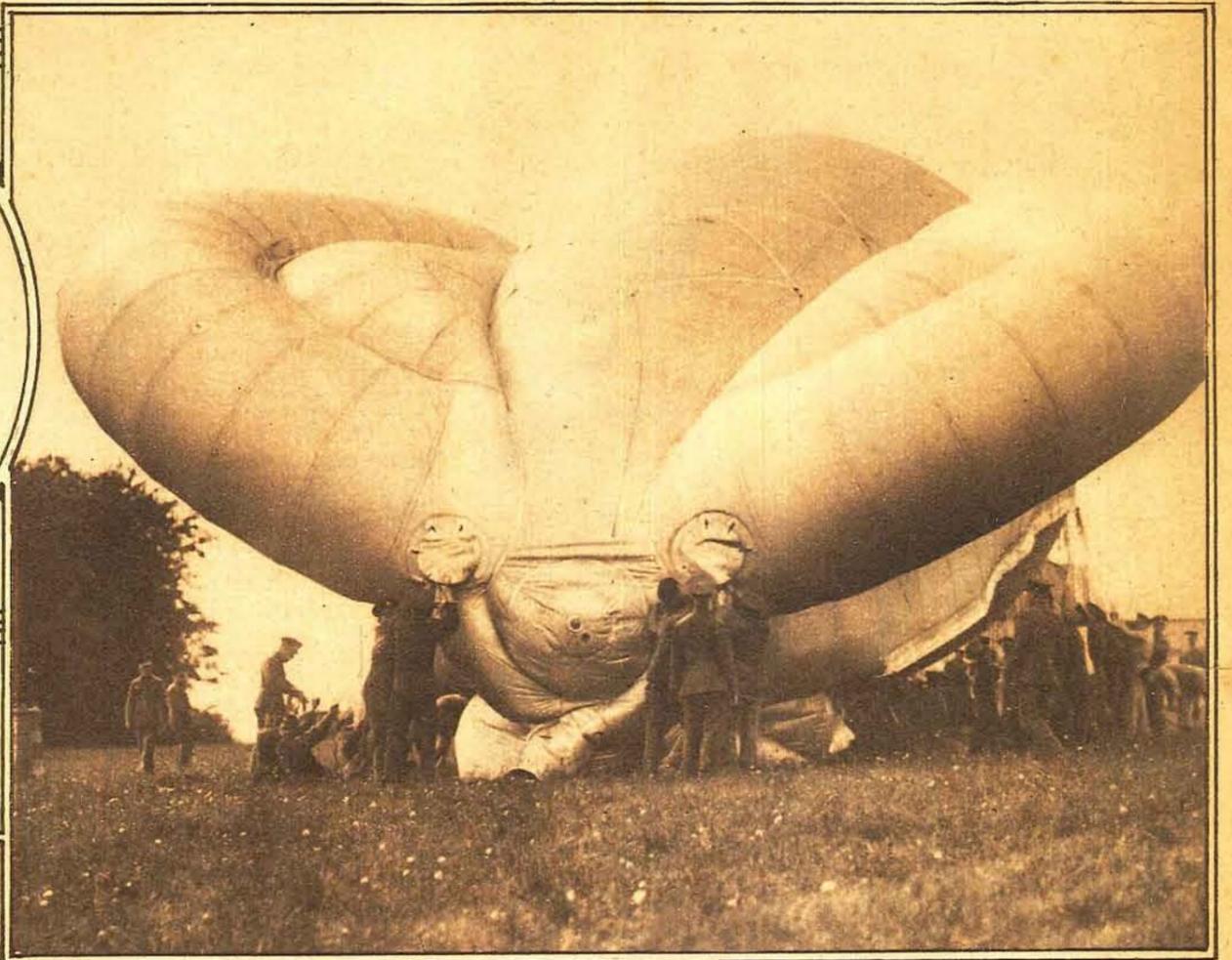
Al bañar a su nene, use usted el finísimo Jabón Boratado Mennen que limpia perfectamente sin reseca el tierno cuerpecito. ♦♦ Al terminar, rocíelo abundantemente con Talco Boratado Mennen, absorbe la humedad que haya quedado y deja una finísima capa que protege contra el roce de la ropa.

MENNEN

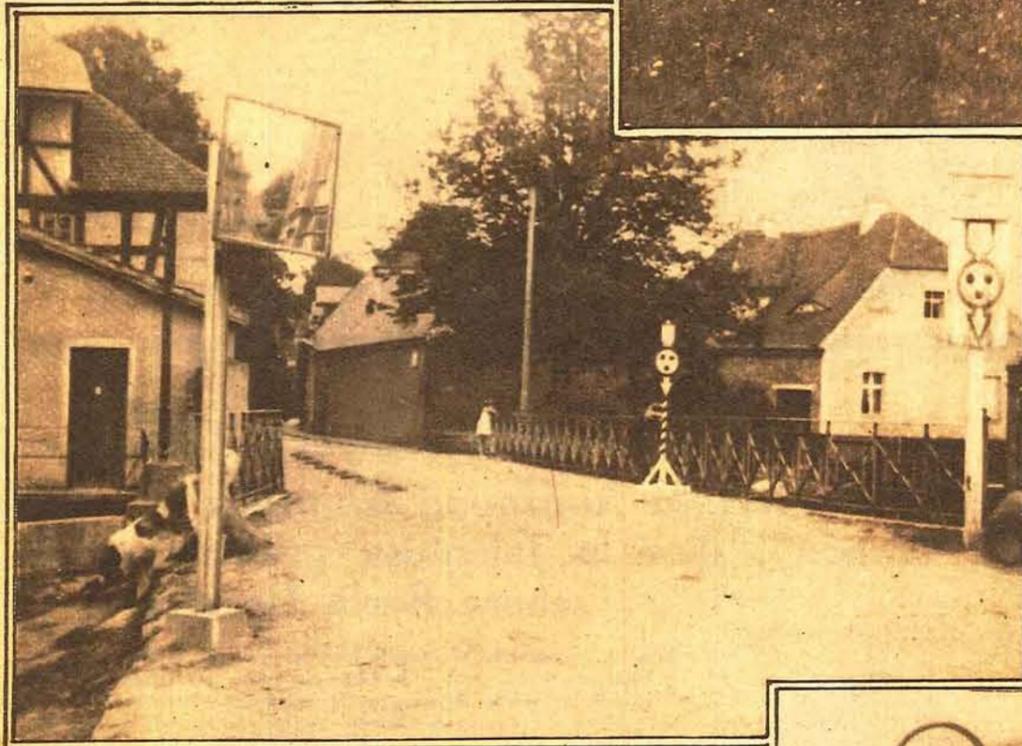




Máscara presentada en la Feria de Leipzig, que reemplaza el paño negro empleado por los fotógrafos.



Un globo de observación británico, traído a tierra durante las maniobras militares en Salisbury.



En algunas de las grandes carreteras alemanas han sido convenientemente colocados espejos, de gran ayuda para los automovilistas.



¡Qué Desilusión!

Cuando él ya creía que iba a oír el ansiado "sí", ella se fijó, con no poco disgusto, en el descuido que mostraba en el vestir su enamorado pretendiente.

LAS LIGAS PARIS

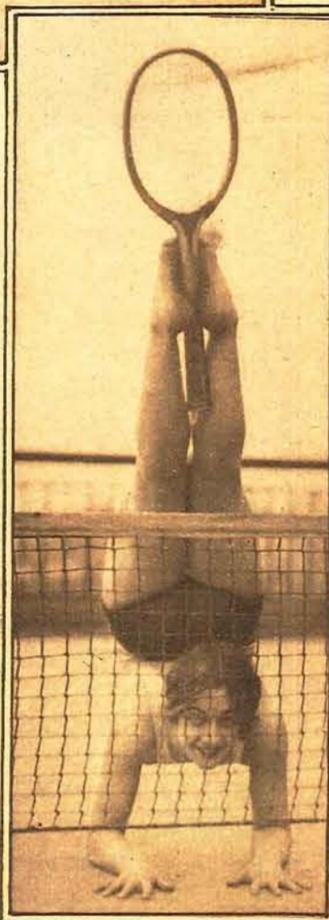
(No hay Contacto de Metal con la Piel)

hubieran rendido ese corazón.

Mantienen las medias cómodamente ajustadas, signo inequívoco de criticidad y buen gusto. Y no tienen rival por lo cómodas y durables.

LIGAS PARIS son las elegidas por el hombre bien ido en el mundo entero.

abricante: A. STEIN & COMPANY
Chicago, U. S. A. — New York, U. S. A.
cesionario: Paulino Barrio - Talcahuano, 177. Bs. As.



Helen Be Gay, corista, efectúa originales ejercicios de tennis en una pose no muy usual.

ESTE JABÓN TAN EXQUISITO ERA ANTES UN LUJO -



Un jabón tan delicado como una perla, tan fragante como una flor - el Jabón "LUX" de Tocador da a su cutis el cuidado esmerado y limpieza que solamente los más costosos jabones le han proporcionado hasta ahora. En todas partes del mundo las mujeres eligen este delicioso jabón marfil como su favorito - porque su sedosa espuma conserva su cutis tan maravillosamente suave. Pruebe una de estas exquisitas pastillas hoy.

50 centavos la pastilla

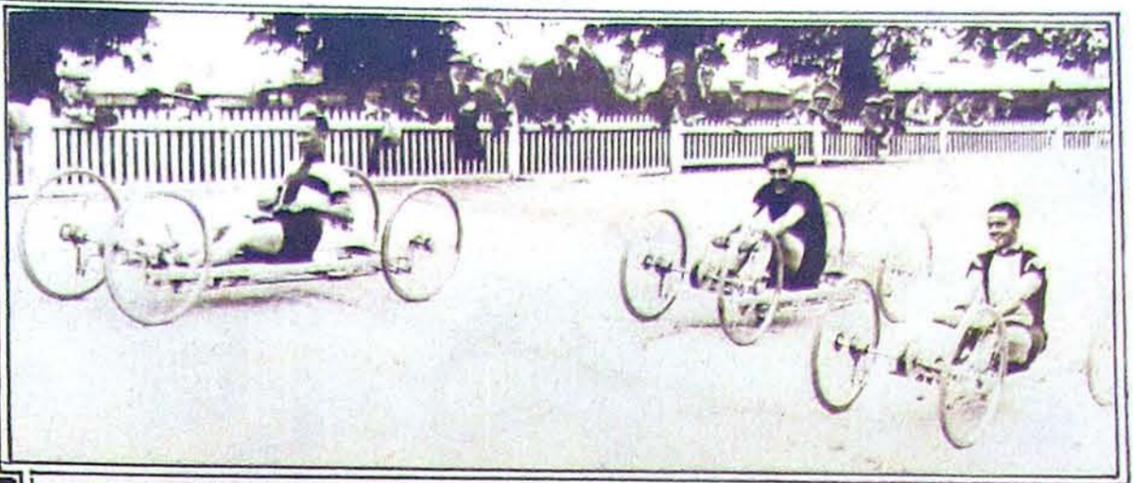
LEVIN HERMANOS LIMITADA - ESMERALDA 74 - BUENOS AIRES

LUX JABÓN de TOCADOR

L. T. S. - 11.



COMIENZA EL TIEMPO DE LAS OSTRAS EN EUROPA. ¡A prepararse aficionados y "gourmets", que la temporada va a empezar!



Por primera vez en Inglaterra se realizó una carrera de canoas terrestres en el velódromo de Horno Hill. La canoa terrestre se mueve a mano, en la misma forma que el remo.



MIENTRAS SESIONA LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES, las orillas del Lago Lemán, en Ginebra, son teatro de una vida de puerto y de estación balnearia.

Después del Trabajo Fuerte o Ejercicio . . .



IODEX con Salicilato de Metilo, en la característica caja verde. Con él se alivia lo dolorido de los músculos. Puede usarse con confianza: no mancha ni irrita la piel, por tierna que sea.

Se vende en todas las farmacias. Los médicos lo recomiendan.

IODEX
MENLEY & JAMES, LTD.
70 West 40th St., Nueva York, E. U. A.



El edificio Palmolive, de Chicago, que constituye el faro de aviación mas grande del mundo; fué inaugurado el 27 de agosto por el presidente de los Estados Unidos.

REVISTA DE "LA NACION"

"Las puertas de Babel" (carátula en rotograbado) . . . Pág. 1
 "Nota teatral extranjera" (página gráfica) . . . Pág. 2
 "La carta de recomendación" (cuento), por "Mateo Booz" (ilustraciones de Luis Macaya) . . . Pág. 3
 "Film" social (página gráfica). Página . . . 4
 "El frustrado suicidio de Allegro Giola" (novela corta), por Olindo Malagodi (ilustraciones de Ernesto M. Scotti) . . . Pág. 5
 "Las elecciones alemanas o el centenario del romanticismo", por Corpus Barga . . . Pág. 6
 "Epístola a Juan Silva Riestra" (versos), por Luis Cané . . . Pág. 6
 "Las novelas históricas de Eduardo Acevedo Díaz: "Ismael", "Natividad", "Grito de gloria", por Héctor Pedro Blomberg . . . Pág. 7
 "Sarmiento en Aconcagua", por Gabriela Mistral . . . Pág. 8
 "El último periodista "Crispino". Recuerdo de una tarde en la cámara", por L. D'Ambra. Pág. 9
 "Un novelista en su taller. II Forma interna y externa", por Hugo Wast . . . Pág. 10
 "El despertar de una muchacha aldeana" (versos), por Francisco Isernia . . . Pág. 10
 "La última carta" (cuento), por Ralph Plummer (ilustración de Juan Carlos Huergo) . . . Pág. 11
 "A diez años de distancia", por Jack Day . . . Págs. 12 y 13
 "El tercer centenario de Luján. La tradición gloriosa de la villa en la historia nacional", por Arturo F. González . . . Págs. 14 y 15
 "Romance de la señora Muerte" (versos), por Juana de Ibarbouro . . . Pág. 15
 "La enseñanza superior en la Rusia soviética: una universidad bolchevique", por José Arias . . . Pág. 16
 "Juan de Bethancourt: Conquistador de las islas Canarias", por Alphon-

se Berget Pág. 17
 "Hipopótamos", por A. Ritter von der Osten . . . Pág. 18
 Instantáneas (página gráfica). Página . . . 19
 Cuatro preguntas a Mile. Vindya. Página . . . 20
 De la China (página gráfica). Página . . . 21
 Estrellas de la pantalla . . . Pág. 22
 "Urbanismo y arquitectura. Notas de vaga filosofía sobre la casa y la ciudad en función de nuestro tiempo", por Vladimiro Constantinovski . . . Pág. 24
 "La voz del vacío" (continuación), por Pierre Quiroule (ilustraciones de Pedro Delucchi) . . . Pág. 25
 "El oxígeno en las profundidades marinas", por Oswald Falke. Página . . . 26
 "Estilos decorativos: Los interiores en el renacimiento italiano", por Pedro Durand Fontán (texto y dibujos) . . . Pág. 27
 "La elegancia femenina", por Eva Tingey y Silvestre Dorian (dibujos de Carlos Duncan) . . . Pág. 28
 "Objetos de oro, de bronce y de marfil en el arte negro", por Maggie Bloom . . . Pág. 29
 "Biografía de un biógrafo", por Emil Ludwig . . . Pág. 30
 "Canción del día de sol" (versos), por Rosa García Costa . . . Pág. 30
 "La policía volante", por Edwin T. Woodhall . . . Pág. 31
 "Mi mayor emoción ante la cámara", por Al Jonson . . . Pág. 33
 "Bridge: Leyes del contrato americano (continuación), por León Casabal . . . Pág. 33
 "El novio de Rosita. Lo más valioso" (historietas cómicas), por Geo Mac Manus . . . Pág. 34
 "Lecturas infantiles. Entretenimientos. Problemas de palabras cruzadas" . . . Pág. 35
 "Betty. El nuevo renuncio" (historieta cómica), por C. A. Voight. Página . . . 36
 Variedades gráficas. Págs. 37, 38 y 39

cosas corran



Las mujeres solteras también pueden conocer:

- Cómo ahorrar científicamente
- Cómo llegar a tener una renta

con sus preocupaciones económicas, ya sean sus entradas grandes o pequeñas.

Nuestro plan financiero es tan claro y sencillo, que una vez que Vd. lo conozca tendrá verdadero interés en iniciarse.

Lea la lista al pie de algunas de las muchas cosas que podemos proporcionarle. Entre ellas hay alguna que Vd. desea, ¿no es cierto?

Envíenos llenado el cupón, y además del consejo oportuno, recibirá un obsequio útil. Esto no significa ningún gasto. Con ello no contrae ninguna obligación. Envíe en seguida el cupón llenado.

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

Para conseguir esto Envíe este cupón

1. FORMAR un capital cuando llegue a los 50, 55 ó 60 años.
 2. FONDOS para pagar la casa hipotecada, ante cualquier eventualidad.
 3. EDUCAR a sus hijos de acuerdo a sus gustos.
 4. DINERO en efectivo para los gastos de sucesión.
 5. TENER una renta garantida si se incapacitara.
 6. DEJAR medios a su familia si a Vd. le ocurre cualquier cosa.
- Marque con una X el o los puntos que tengan más interés para Vd.

SEÑOR JEFE DE CONSULTAS:

Sírvase hacerme llegar información de los puntos que señalo, sin que ello signifique obligación alguna, y además el obsequio útil.

Nombre
 Calle
 Ciudad
 Provincia
 Año de nacimiento

Polvo de Tocador

LE SANCY



Caja Grande \$ 1.70

Caja Media \$ 0.70

Cajas:

Piel Natural, Rachel, Ocre,
Morochó Rosado,

y en la caja patentada

Tricolor
"Única en el mundo"

Antes de abrir una caja de LE SANCY toda dama de gusto tiene dos seguridades: una, que contiene el polvo de más finas y delicadas cualidades y la otra - consecuencia exclusiva de ello, - que pocos segundos después el espejo le comprobará que sigue siendo el "colaborador" más eficiente para dar al cutis suavidad, tersura y tono realmente incomparables.

Perfumeria
Dubarry

FUNDADA EN 1903

